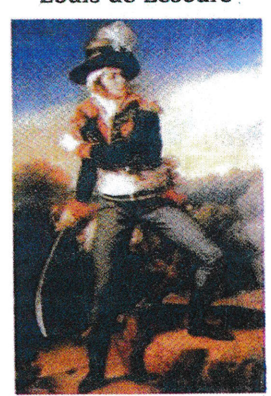
Jacques Cathelineau



Louis de Lescure



François Charette

TRAS la refutación intelectual ofrecida por los cuatro autores contrarrevolucionarios que ocuparon las páginas del volumen anterior, en el presente se expone la consiguiente reacción bélica.

El levantamiento de la Vendée constituyó una respuesta tajante al proyecto sedicioso de la Revolución francesa, que se había propuesto derribar los altares y los tronos. Tales serían, justamente, las dos grandes banderas de dicho levantamiento: Dios y el Rey.

Una pléyade de jóvenes heroicos se enrolaron en dicha cruzada, tras las huellas de grandes capitanes católicos, como Jacques Cathelinau, Henri de La Rochejaquelein, Maurice d'Elbée, Louis de Lescure, Charles de Bonchamps, François Charette. Frente a aquella Revolución, que a pesar de presentarse como renovadora había nacido decrépita, los caudillos que encabezaron el levantamiento encarnaban el ideal católico, joven y dinámico.

Sobre el tema se han escrito numerosas obras, pero muy pocas en español. A lo largo de las presentes páginas el autor ofrece una versión objetiva de aquellos hechos gloriosos, que siguen suscitando juicios frecuentemente apasionados.

ISBN 978-987-659-011-2




Alfredo Sáenz

TEMPESTADES

GLADIUS

Alfredo Sáenz

# LA EPOPEYA DE LA VENDÉE

Serie

LA NAVE Y LAS TEMPESTADES

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

CUARTA PARTE

**Alfredo Sáenz**

# LA NAVE Y LAS TEMPESTADES

## La Revolución Francesa

CUARTA PARTE

LA EPOPEYA DE LA VENDÉE

EDICIONES GLADIUS
2009



LA NAVE Y LAS TEMPESTADES



Imagen de portada

*Henri de La Rochejaquelein*
Óleo sobre tela de Paulin Guérin
Museo de Arte y de Historia de Cholet


Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723


Sáenz, Alfredo
La nave y las tempestades : La Revolución Francesa, cuarta parte. La epopeya de la Vendée.
1a ed. - Buenos Aires - Gladius, 2009.
448 p. ; 18x11 cm. (La nave y las tempestades; 10)
ISBN 978-987-659-011-2
1. Historia de Francia. I. Título
CDD 944

Fecha de catalogación: 05-10-2009



# Índice

*Muchas son las olas que nos ponen en peligro, y graves tempestades nos amenazan; sin embargo, no tememos ser sumergidos porque permanecemos firmes sobre la roca. Aun cuando el mar se desate, no romperá la roca; aunque se levanten las olas, no podrán hundir la nave de Jesús.*

San Juan Crisóstomo, Hom. antes de partir al exilio, 1-3: PG 52, 427-430

Décima Tempestad

# LA REVOLUCIÓN FRANCESA

## Cuarta Parte
## La epopeya de la Vendée

Durante el año pasado nos referimos a la respuesta intelectual con que cuatro pensadores contribuyeron a refutar el ideario subversivo. En el presente curso expondremos la respuesta bélica que suscitó el grave atentado que se estaba perpetrando en orden a socavar el altar y el trono.

Varios levantamientos contra la Revolución tuvieron lugar en distintos puntos de Francia. Entre ellos se destacó el acontecido en Lyon, a lo largo del año 1793. Un nuevo Danton, llamado José Chalier, jacobino ex sacerdote, trató de instaurar allí el sistema del terror que había desangrado a Francia. Estalló entonces un alzamiento que fue ahogado en sangre. Si dicha sublevación implicó un claro cuestionamiento al ideologismo disolvente de la Revolución francesa, mucho más lo sería

el de la Vendée. Porque el alzamiento de Lyon fue provocado por los desafueros de los funcionarios de la Revolución; se trató, más bien, de una reacción "girondina", es decir, desde adentro de la Revolución, con el deseo de paliar los desmanes de la Convención y del Terror.

El levantamiento de la Vendée fue mucho más allá, constituyendo una respuesta *integral* al proyecto subversivo, entendido como un atentado político-religioso, según lo explicamos en el primer volumen de estos tomos dedicados a la Revolución, en orden a derribar los altares y el trono. Tales serían, justamente, las dos grandes banderas de dicho levantamiento: Dios y el Rey.

La epopeya de la Vendée se extendería por mucho más tiempo que la de Lyon, sobre todo si consideramos sus coletazos. Tanto que algunos estudiosos no vacilan en hablar de "cinco guerras de la Vendée", como dicen, las dos primeras, entre los años 1793 a 1796; la tercera, de 1799 a 1801; la cuarta en 1815, a raíz de la gestión de Napoleón; y finalmente, la protagonizada por la duquesa de Berry, en el año 1832.

Nos referiremos a todas esas etapas, pero deteniéndonos con mayor prolijidad en las llamadas primera y segunda guerra, porque nos parece que son las que mejor trasuntan el espíritu místico del levantamiento, al tiempo que nos permiten resaltar como corresponde las figuras de los principales héroes que darían su sentido plenario a aquella gesta.



Sobre el tema que nos va a ocupar se han escrito cerca de 14.000 obras, algunas a favor y muchas en contra. En las presentes páginas trataremos de ofrecer una versión objetiva de aquellos hechos, que siguen suscitando juicios frecuentemente apasionados.

Capítulo Primero

# LA PRIMERA GUERRA



*Henri de La Rochejaquelein*

Analizaremos en este capítulo las raíces últimas del levantamiento, sus razones, sus capitanes y sus vaivenes bélicos.

## I. Antecedentes

No fue casual que el levantamiento tuviera lugar en la zona de la Vendée. Las circunstancias de su historia explican el rechazo casi instintivo que en ella provocó el desencadenamiento del proceso revolucionario. Tratemos de exponerlas.



*Luis María Grignion de Montfort*
*(Grabado de Víctor Delhez)*



## 1. *La evangelización de Grignion de Montfort*

Bien ha señalado Jean de Viguerie que hubo otras muchas regiones francesas que eran profundamente religiosas, como por ejemplo el Languedoc, y sin embargo no se levantaron en armas. Es cierto que algunas de ellas protestaron enérgicamente cuando los atropellos revolucionarios, pero no llegaron a la confrontación bélica. ¿Por qué fue precisamente la Vendée el escenario de este gran levantamiento? El pensador francés lo atribuye en buena parte a la profunda evangelización que San Luis María Grignion de Montfort y sus discípulos llevaron a cabo en esa región a lo largo de todo el siglo XVIII, especialmente mediante sus misiones parroquiales. De hecho, un gran número de parroquias insurrectas se contaron entre las que habían recibido la visita de aquellos misioneros. Sin ese apostolado y sin el espíritu de sacrificio que encendieron en las almas, la Vendée resultaría incomprensible. Nos convendrá, pues, aludir, aunque sea someramente, a la vida y la obra de aquel gran santo.

Nació Luis el año 1673 en un pueblito de Bretaña, Montfort-la-Cane. Su padre, Jean-Baptiste Grignion, era abogado. Ya desde chico mostró el santo una particular afición por las cosas religiosas, al punto de que luego algunos creerían poder sintetizar esos primeros años de su vida en la divisa: *Dios solo.* El día de su confirmación eligió por

segundo nombre: María. Realizó sus estudios secundarios en Rennes, en el colegio de los padres jesuitas. Luego ingresó al seminario de Saint-Sulpice, en París. Tras terminar sus estudios eclesiásticos recibió el Orden Sagrado. Por aquellos años, un virtuoso sacerdote de Nantes, que había sido discípulo del padre J.J. Olier, fundador de la Congregación de los clérigos de San Sulpicio, se había dirigido a París en busca de misioneros. Allí le presentaron al novel sacerdote, quien aceptó la invitación. Era el año 1700. El padre Grignion se encaminó, así, hacia Nantes. El viaje lo realizó en barca, por el río Loire, haciendo un alto en Fontevrault y en Saumur. Al llegar a aquella ciudad, y conocer a varios sacerdotes, quedó desagradado por la tibieza de algunos de ellos en cuyas casas se debió alojar, y creyó que Dios le inspiraba fundar, en aquella época tan dominada por el espíritu del jansenismo, "una pequeña y pobre compañía de buenos sacerdotes que, bajo la protección de la Santísima Virgen, fuesen de parroquia en parroquia dando catecismo a los pobres aldeanos, en manos de la sola Providencia". Por el momento se abocó a evangelizar en una parroquia de las cercanías de Nantes. Rápidamente conocido por el vigor de su predicación, recibió sucesivas invitaciones de varias parroquias de la misma ciudad.

Más adelante, fue llamado a Poitiers, donde formó un grupo de estudiantes universitarios, a quienes anhelaba convertir en élite para la conversión



de aquel lugar. Con el fin de lograr dicho propósito insistió particularmente en la frecuentación de los sacramentos, la oración, la lectura espiritual y la devoción a la Santísima Virgen. Fue también en Poitiers donde fundó una congregación religiosa a la que llamó de la Sabiduría, sobre todo para las misiones en el campo. Luego lo invitaron a Angers. Allí los jansenistas le dieron una acogida indigna.

Grignion, que parecía predestinado para ser misionero rural, era un sacerdote pletórico de fervor: cuando hablaba de Dios su rostro se inflamaba; los que lo escuchaban "decían que era Cristo quien hablaba por su boca". Sus sermones estaban siempre bien pensados. Su lenguaje, fácil de comprender, pero lleno de fuego, iba derecho al corazón de sus oyentes. Comenzó así a recorrer las provincias del oeste de Francia, sin aceptar estipendio alguno, siempre pendiente de la Providencia. Ir en todo a Jesús por María, restaurar el cristianismo en las almas por la práctica de la renovación solemne de las promesas del bautismo, propagar la devoción a Nuestra Señora, especialmente mediante la recitación del rosario cotidiano; tales fueron las grandes líneas de su método de evangelización. Cuando llegaba a un pueblo, lo primero que hacía, después de visitar el Santísimo Sacramento, era acudir al hospital; este paso lo miraba como inobviable.

Con especial gusto peregrinó a Mont-Saint-Michel, en Bretaña, sitio inolvidable para quienquiera lo haya conocido, donde llegó la víspera de

la fiesta del Santo Patrono. Dicho espacio sagrado, uno de los lugares más apetecidos por los miembros del estamento caballeresco, se lucía en aquellos tiempos con los majestuosos acentos del gregoriano. Él también, armado por el arcángel de los combates, descendería del monte santo con un coraje renovado y un ardor indeficiente para consagrar su vida a la salvación de las almas. Poco más adelante, fue a visitar al papa Clemente XI, a quien le presentó sus proyectos y le preguntó si por acaso no tendría que ir a las misiones extranjeras. "Usted tiene, padre, un gran campo en Francia para ejercer su celo", le respondió el papa.

Nunca quiso ejercer presión sobre los demás. Cierta vez, un capellán lo invitó para dar un retiro a un grupo de monjas. Presentóse nuestro santo al convento como mendigo, y pidió un pedazo de pan, por pequeño que fuera. "La comunidad es demasiado pobre –le dijo la hermana– para poder darle nada". Precisamente en ese momento llegó el sacerdote que lo había invitado. Al enterarse de que el supuesto mendigo no era otro que su predicador, las religiosas quedaron estupefactas, y le pidieron excusas. Luego lo invitaron a cenar. Él les diría en su primera plática: "Cómo, hermanas, ustedes niegan un pedazo de pan cuando se les pide en nombre de Jesucristo, y para un miserable pecador le preparan una buena cena: es pecar a la vez contra la fe y contra la caridad". Otro día llegó el santo a su ciudad natal de Montfort, con el fin de predicar



una misión. Tras subir al púlpito, se mantuvo en silencio durante algunos instantes. Todos lo miraban desconcertados. Luego tomó un gran crucifijo, lo mostró al pueblo sin decir palabra, pero su mirada al Señor allí clavado era tan ardiente que todos quedaron llenos de compunción. Después fijó el crucifijo al púlpito y descendió. Ese fue todo el sermón. Uno de los presentes dijo que nunca una predicación había resultado tan elocuente. A lo largo de su vida le daría gran importancia a la costumbre de colocar cruces en los caminos; solía hacerlo para perpetuar el recuerdo de la misión y de sus frutos. Elegía, por lo general, un lugar elevado, o una encrucijada de carreteras; por eso las cruces eran muy frecuentes en los campos del Oeste de Francia.

Las ciudades que él misionó: Rennes, Nantes, Angers, Poitiers, Luçon, acabaron por ser las más cristianas de Francia, las que mejor conservaron la fe, aun en medio de las persecuciones. El principal enemigo de nuestro santo fueron los jansenistas, particularmente molestos por la devoción a la Virgen que Grignion inculcaba con tanto fervor. Francia había conocido un largo tiempo de indiferencia en materia religiosa, de modo que el terreno estaba preparado para la eclosión de las doctrinas jansenistas que restringían el uso de los sacramentos bajo pretexto de falsa humildad. A veces aquellos herejes juntaban gente para insultar y amenazar a Grignion. Pero cuando a él le decían que tenía muchos enemigos, contestaba:

"Yo no conozco otros que los que me halagan o hablan en mi favor: mis verdaderos amigos son los que me dan pesadas cruces que llevar".

Estando un día en Fontchâteau, un pueblo a mitad de camino entre Nantes y Vannes, para predicar una misión, tuvo la idea de realizar allí un proyecto que desde hacía tiempo latía en la cabeza: erigir un calvario monumental en homenaje a Cristo crucificado. Cierto día, después del sermón, expuso su plan, que fue recibido con sumo agrado. Todos, con él a la cabeza, se lanzaron a concretar la idea. Cada día llegaban por la mañana de 200 a 400 trabajadores voluntarios, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, para ofrecer su aporte. La noticia cundió por Europa. De todos lados acudían nuevos colaboradores: de España, de Flandes, mujeres del pueblo, pero también de la nobleza, que descendían de sus carrozas y se ponían a trabajar.

Era el año 1709. El obispo de Nantes había decidido asistir personalmente para la bendición del monumento. Mas he aquí que ocurrió lo imprevisto. La víspera, llegó un mensaje de la curia donde se decía que no habría bendición. El padre, asombrado por la inesperada novedad, fue enseguida a ver al obispo, pero éste persistió en su actitud. Más aún, se recibió también una orden del rey según la cual el calvario debía ser prontamente demolido. Las autoridades convocaron entonces a 500 campesinos, que debieron trabajar, vigilados por soldados. Nunca se supo lo que había acontecido, quizás alguna presión de los poderosos jansenistas. Pero Grignion no era un hombre que se descorazonase fácilmente. Y fue en esos momentos cuando resolvió fundar en Nantes, bajo el nombre de "amigos de la Cruz", una cofradía para todos los que "a la sombra de la Cruz y de Nuestra Señora de la Piedad, deseaban entrar en el verdadero camino de la vida, que es el sendero estrecho y espinoso del Calvario".



Pronto se dirigió a la ciudad de La Rochelle, con la intención de predicar allí el evangelio. A diferencia de otros obispos, más o menos imbuidos de ideas jansenistas, el de La Rochelle era no sólo ortodoxo sino también admirador de la doctrina y el método apostólico del padre Grignion. Allí predicó varias misiones, en el campo y en la ciudad. Otro tanto hizo con los soldados. En la gran procesión que cerró la misión de estos últimos, un oficial marchaba adelante con los pies descalzos, enarbolando el estandarte de la Cruz; lo seguían sus soldados, también descalzos, llevando en una mano el crucifijo y en la otra el rosario, mientras entonaban cánticos. Porque uno de sus recursos misionales consistía en enseñar a los fieles cánticos diversos que él mismo había ido componiendo, donde exponía la doctrina católica, con lo que no sólo enseñaba sino que inflamaba de piedad los corazones.

Acertadamente el padre Montfort es considerado también como uno de los precursores de la de-

voción al Sagrado Corazón. No parece casual el hecho de que dos años después de su nacimiento, en 1675, Cristo se había revelado a Santa Margarita María, precisamente cuando los jansenistas se empeñaban por extinguir el impulso de los fieles hacia ese Corazón que tanto había amado a los hombres. Nuestro apóstol, ardiente de amor a Dios, con su alma encendida en aquel Horno Ardiente de caridad, estimaba que dicha devoción constituía una de las mejores salvaguardias contra la frialdad disecante del espíritu jansenista. También compuso varios cánticos en su honor.

Muchos lo odiaron, como cuadra a todo santo, y hasta algunos quisieron envenenarlo. Pero sobre todo lo calumniaron, tildándolo de hipócrita, de fanático, de loco, o bien afirmando que con su celo intempestivo turbaba el reposo público, que excitaba a los fieles, resucitando las guerras de religión... Tras su estadía en La Rochelle, fue invitado por el obispo de Luçon para evangelizar su diócesis, en especial la zona del *marais* vendeano (*marais* significa zona cenagosa, marisma) y de la isla de Yeu. En los alrededores de esta isla pululaban piratas y corsarios, que saqueaban sus costas, aleccionados probablemente por los calvinistas de La Rochelle. Trabajar en ese lugar no dejaba de ser peligroso. Pero al padre Grignion nada lo arredraba. Al fin y al cabo su anhelo más codiciado era el martirio. Lo cierto es que el éxito de la misión resultó notable en aquella isla. Volvió luego a La Rochelle, donde



completó las constituciones de las Hijas de la Sabiduría. Quizás fue también allí donde escribió su obra más famosa, el "Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen".

Siempre había tenido la idea de fundar una pequeña asociación de buenos sacerdotes, consagrados a predicar el Evangelio, especialmente a los pobres y desamparados, bajo el estandarte y protección de María. Ahora escribiría las reglas de dicho instituto –la Compañía de María–, que se abren con una oración sublime. El padre Faber experimentaba una especial predilección por dicha plegaria. Tratábase de una sociedad de misioneros que llevarían el nombre de María, bajo la conducción del Espíritu Santo, ya que ella concibió al Salvador en su seno virginal por obra del mismo Espíritu, su esposo celestial. Con dicho proyecto no buscaba tanto suscitar profesores, sino más bien misioneros, que evangelizaran en la pobreza más estricta, sobre la base de que el principal logro de una misión era que el mayor número posible de los misionados renovasen sinceramente las promesas del bautismo. "En este sacerdote –escribe de La Gorce– poca controversia, pero sí una fe tan profunda que se comunica por contagio; ninguna preocupación fuera de la salvación eterna; ningún odio excepto al pecado; en la cátedra, una implacable rigidez de doctrina, y en las conversaciones íntimas una ternura infinita; un corazón lleno de Dios y lágrimas verdaderas, capaces de pro-

vocar otras lágrimas. Con todo esto, una vida despojada hasta el desprecio más profundo de todo cuidado material; un celo que abría todas las fuentes de la vida, aunque debieran secarse antes de tiempo; largas caminatas a pie, de misión en misión; una habitación siempre pobre, un perpetuo cuidado de no contar personalmente para nada, de no ser más que un obrero del Evangelio".

Poco después emprendió un viaje por Bretaña y Normandía. En algunas ciudades encontró el rechazo frontal de los obispos del lugar, y hasta la negación de las licencias para confesar, por las intrigas que son de imaginar. Fue la novena vez que tuvo que soportar una situación tan dolorosa para un sacerdote. Luego volvió a La Rochelle. Allí le aconteció algo realmente notable. Por lo que se verá, parece evidente que la Santísima Virgen quiso, en una de sus fiestas, la de la Purificación, glorificar de manera particular a aquel que tanto había contribuido en el Oeste de Francia a la propagación de la devoción al Rosario y la esclavitud mariana. Estaba predicando en el día de esa fiesta sobre la grandeza de María cuando, según nos lo cuenta una multitud de testigos, de pronto la gente tuvo la impresión de estar escuchando a un santo. Su rostro, extenuado por las austeridades, los trabajos incesantes y los ayunos continuos, se mostró de golpe luminoso, brotando de él rayos de gloria. Era tal el cambio producido que los mismos que allí se encontraban sólo podían reconocerlo por la voz, de tal manera esta-



ba transfigurado. Dedicó estos años a misionar el llamado *bocage* vendeano (*bocage* significa boscaje, floresta, pequeño bosque), al norte de Fontenay. Predicando un día en la iglesia de dicho lugar se sintió indispuesto. Retiróse entonces a un valle profundo y estrecho. Los aldeanos de la zona se arremolinaban en su torno para atenderlo. Ese lugar acabaría por ser durante siglos meta especial de peregrinaciones.

Nuestro padre no dejó de preocuparse por la educación cristiana de los jóvenes. La juventud estaba por aquellos tiempos bastante desquiciada. En orden a remediar dicha situación, Dios suscitó dos grandes santos: en el este de Francia a San Juan Bautista de la Salle, con sus "Hermanos de las Escuelas cristianas", para educar a los varones, y en el oeste a San Luis María con sus "Hermanas de la Sabiduría", para trabajar con las niñas. Durante una misión que predicó cierta vez en Fontenay, se incorporó a su grupo de religiosos el padre René Mulot, que sería luego mirado como el segundo fundador de la congregación. Dicho sacerdote había estudiado con los jesuitas de Fontenay, y luego en el seminario que los mismos padres tenían en La Rochelle.

En estos momentos, el padre Luis María, que ya se encontraba llegando al término de su vida, se dirigió de manera especial a Nuestro Señor, para confiarle su empresa apostólica: "Señor Jesús, acuérdate de dar a tu Madre una nueva Compa-

ñía, para renovar por ella todas las cosas y para acabar por María los años de gracia, como los has comenzado por Ella. Dale hijos, dale servidores a tu madre. Acuérdate de sus entrañas y de su seno". Comenzó entonces su última misión en Saint-Laurent. Al concluirla sufrió un ataque de pleuresía. Ya había tenido la previsión de elegir como sucesor al padre Mulot, que era su confesor. Dicho padre lo reemplazaría por 33 años. En sus últimos instantes, el padre de Montfort no soltaba de su mano derecha una pequeña estatuilla de la Virgen que había llevado en todas sus misiones junto a un crucifijo. Los miraba con ternura y los besaba alternativamente. Así, pletórico de fervor, murió en 1716. Poco antes, entonó con voz vibrante de gozo, la primera estrofa de uno de sus cantos:

*Allons, mes chers amis,*
*Allons au Paradis.*
*Quoi qu´on gagne en ces lieux,*
*Le Paradis vaut mieux.*

El influjo que San Luis María tendría en la gesta de la Vendée fue realmente inconmensurable. En buena parte las guerras de aquella región se desarrollaron en las tierras que misionó el santo. Una fe sólida, alimentada en las devociones al Sagrado Corazón, la Cruz, la Sagrada Eucaristía, la Santísima Virgen y su Rosario, formó al pueblo para la gran resistencia al espíritu de la Revolución. Los misioneros del padre Mulot, discípulo y heredero de Montfort, contribuyeron a solidificar aquella fe,



ya robusta, en todas las regiones de esa zona, y ello hasta 1789, insistiéndose siempre en lo mismo: la consagración a Jesucristo, que no podía pasar sino por la perfecta consagración a la Santísima Virgen, en un ambiente de renovación de las promesas del bautismo. Todos recibieron idéntico mensaje, desde el simple trabajador hasta el noble del castillo. Los guerreros de la Vendée llevarían en sus camisas la imagen del Sagrado Corazón, en tela roja, encuadrada por las iniciales de Jesús y de María; la pondrían sobre el chaleco o como escarapela en sus sombreros de anchas alas. Fueron los herederos del padre Mulot, los llamados *Mulotins*, quienes la difundieron en toda aquella zona.

Como bien señala Rubén Calderón Bouchet, tal fue la influencia que los verdaderos sacerdotes, discípulos espirituales de Montfort, ejercieron en la Vendée. "No hubo incitación a la rebelión y mucho menos una cuidada elaboración de la guerra. Se predicó la verdadera fe y cuando se sancionó la Constitución Civil del Clero, los sacerdotes de Cristo no la aceptaron. Este *¡no podemos!* fue comprendido por un pueblo que había recibido [...] su palabra familiar y popular, a la manera de Cristo mismo, y cuyo secreto resulta tan difícil para los que tienen más complicaciones que alma".

En 1888, monseñor Carlos E. Freppel, obispo de Angers, pronunció un panegírico de nuestro santo en Saint-Laurent, donde nos parece encontrar un compendio de todo lo que hemos dicho:

Grignion de Montfort lleva con él tres fuerzas cuyo secreto nos ha entregado en sus admirables escritos: una inteligencia perfecta de la divina Sabiduría, un amor apasionado por la Cruz, una devoción singular a la Santísima Virgen. Con esta palanca de un poder incomparable, levantará multitudes; sin hacer caso a la prudencia de la carne combatirá en la cara a la sabiduría soberbia del siglo con la humilde locura de la cruz; irá, con el crucifijo en una mano y el rosario en la otra, a derribar los ídolos del mundo, abatirlos y hacerlos añicos, a los pies de sus calvarios; fuerte con la misión que el papa Clemente XI le confió, triunfará de las arideces y durezas del jansenismo arrojando a las almas en los brazos de María, para conducirlas a Jesús [...]. Mediante sus prácticas tanto como por sus enseñanzas, formará un pueblo de cristianos de fe robusta, de piedad franca y abierta, sencillos en sus hábitos y en sus costumbres, que sabrán conservar, de una a otra generación, la fuerte impronta de su misionero, y serán capaces de mostrar, con el coraje del soldado, las virtudes que hacen a los santos y el heroísmo que engendra a los mártires [...]

En la época en que Grignion de Montfort comenzó su apostolado, había, en el oeste de Francia, un pueblo hacia el cual se dirigirían con preferencia las miradas del santo misionero. Dios, que distribuye sus dones como le place, había dotado a ese pueblo con todas las cualidades naturales que hacen un gran pueblo. La historia estaba allí para mostrar con qué tenacidad había sabido defender, desde los tiempos de Julio César, la vida y la tradición nacionales. Luego, la Iglesia había venido a injertar sobre ese tronco robusto las virtudes cuyos principios ella llevaba en sí [...]. El alma de este pueblo había sido como moldeada por dos sentimientos igualmente



propios para engendrar el heroísmo: la fe religiosa y la fidelidad al poder legítimo.

Cuando al fin del último siglo, es decir, en la época de la Revolución, cuando en un día de odio y de ceguera, se vino a atacar a los ungidos del Señor. a todo lo que representaba a Cristo, tanto en el Estado como en la Iglesia, ese pueblo se estremeció en sus boscajes y en el fondo de sus barrancos. Entonces se levantó para defender todo lo que amaba, todo lo que respetaba; y el mundo fue testigo de una lucha tal que no se ha visto otra más emocionante desde el tiempo de los Macabeos. *Moriamur in simplicitate nostra*, "muramos en la simplicidad de nuestra fe", repetían esos hijos de campesinos que la fe había transformado en héroes, y que caminaban al combate simplemente y sin temor.

Infructuosamente en apariencia, su sacrificio no permanecería estéril. Porque si es verdad que la sangre de los mártires se convierte en una semilla fecunda [...], si algunos años después de esa guerra de gigantes, como la llamó un hombre que entendía de ello, habéis visto que nuestros altares se levantaban de nuevo, vuestros sacerdotes volvían del exilio, y la Iglesia de Francia se levantaba sobre sus ruinas más fuerte que nunca, es que la sangre de los justos había merecido todas esas restauraciones, es que antes de resplandecer ante el gran día de la historia, la resurrección había germinado en esas tumbas oscuras, en que el sacrificio había sido sepultado con los hijos de la Vendée.

Pero, ¿quién fue el que retempló el alma de ese pueblo en las fuentes de la fe? ¿Quién fue formando desde hacía tiempo y preparando para esas luchas heroicas a esta Vendée militar, vuelta la admiración del mundo entero en los peores días de nuestra his-

toria? ¿Quién puso en marcha ese movimiento de resistencia cristiana, cuyos efectos se hacían sentir a ochenta años de entonces? No dudamos en decirlo y en repetirlo con la voz pública: nadie ha contribuido más para ello que San Grignion de Montfort. Esas cosas maravillosas han sido en gran parte su obra y la de sus hijos.

No se equivocaba demasiado el infame Fouché, cuando dejaba traslucir su virulenta inquina a los *Mulotins*, responsables en su opinión del alzamiento de la Vendée.

## 2. Pródromos del levantamiento

Cuando en noviembre de 1789, la Asamblea Nacional resolvió expropiar los bienes del clero, la medida cayó muy mal en el pueblo católico de todo el país, no sólo por lo que implicaba de despojo de la Iglesia sino también por el hecho de que dichos bienes fueron adquiridos por los banqueros de las ciudades, nada bien vistos en la población. Un paso más dio la Asamblea cuando el 13 de febrero de 1790 procedió a la supresión de las órdenes religiosas y de los votos monásticos, en camino a la próxima promulgación de la Constitución Civil del Clero, votada en julio del mismo año. El 24 de agosto, el rey sancionó dicha ley e invitó a todos los franceses a adherirse. La mayoría de la gente entendió que se trataba de un rey prisionero.



En la zona de la Vendée, un grupo de sacerdotes refractarios, que conocían perfectamente el estado del campo y el dolor profundo de las familias, escribieron al rey muchas cartas, todo a lo largo del año 1792, donde lo animaban para que no aflojase, que pusiera el pecho a la Revolución. El 9 de febrero del mismo año, algunos de ellos, reunidos en Angers, redactaron una misiva para el rey, que puede considerarse como el acta originaria de la epopeya de la Vendée. "Señor –le decían–, sois un hombre piadoso, no lo ignoramos. Haréis lo que podáis [...]. Pero sabedlo, al fin, el pueblo está cansado de la Revolución. Su espíritu ha cambiado, le ha vuelto su fervor, frecuenta los sacramentos [...]. El pueblo está con nosotros [...] ¿Se dice que excitamos a las poblaciones? Es todo lo contrario. ¿Qué sería del reino si no contuviéramos al pueblo? [...]. No sabéis, Señor, de lo que sería capaz un pueblo que se ve arrebatar su culto, sus templos y sus altares".

Pero el rey no tuvo coraje, y los proyectos revolucionarios siguieron adelante. Los antiguos obispados, que eran 53, fueron suprimidos, de modo que cada departamento político, pasó a ser una diócesis. Los obispos ya no eran designados por la Santa Sede, sino por los mismos electores que sufragaban en las elecciones políticas, fuesen católicos, protestantes, judíos, agnósticos o incluso adversarios del cristianismo. Asimismo se prohibía que la Iglesia reconociese en Francia la auto-

ridad de cualquier obispo cuya sede estuviese bajo la jurisdicción de una potencia extranjera, es decir, concretamente, del papa. Como broche final, los sacerdotes debían prestar juramento de fidelidad a la Constitución Civil del Clero.

"El fin de la Constituyente –ha escrito Mourer– era claro: se quería establecer en Francia una Iglesia nacional, y al mismo tiempo se reglamentaban todas las relaciones que ella debía tener, en adelante, con el papa, con el Estado y con el pueblo". Tratábase de un paso querido y no accidental, en razón del cual el clero, si quería seguir siendo fiel a la Iglesia y a sus compromisos sacerdotales, se viera en la necesidad de declararse en rebeldía, negando su acatamiento al Estado. La medida sonó como un estampido en toda la nación. Aun cuando el rey se dirigió a los franceses pidiendo que la aceptaran, el episcopado permaneció sordo a la invitación, y la mayor parte de los sacerdotes se rehusaron a prestar el juramento.

Las reacciones fueron múltiples, pero de una manera particular en la Vendée. Un grupo de más de cien sacerdotes de la diócesis de Nantes, elevaron su protesta a la Asamblea, donde se afirmaba que la Constitución que se les quería imponer rompía el carácter jerárquico de la Iglesia, hacía de Francia una nación en rebeldía con el papado y sometía la autoridad religiosa al poder civil. En marzo de 1791, el papa Pío VI salió en defensa del clero fiel: "El efecto obligatorio de la Constitución decretada



por la Asamblea –declaraba–, es destruir la religión católica, y con ella, la obediencia debida a los reyes". Al día siguiente, señalaba en una encíclica que "los 17 artículos de los derechos del hombre, tan contrarios a la religión y a la sociedad [...]".

A pesar de la intervención del papa, pronto empezaron a aparecer los primeros obispos "constitucionales", es decir, que hicieron suya la Constitución Civil, no reconocidos, como era obvio, por el Santo Padre. Cuando intentó ocupar su sede el obispo intruso de Nantes, el clero se le rebeló: "Vuestra elección es nula y vuestra consagración ilícita. Cuando veais que os viene a recibir la municipalidad, en traje de gala, los cuerpos administrativos, la guardia nacional, cuando escuchéis tañer las campanas de la catedral y tronar el cañón, creeréis que sois el deseado de la ciudad, de toda la diócesis. Pero vuestra ilusión terminará quizás con el sonido de las campanas, con el retumbar de los cañones, con las felicitaciones de la gente, porque la mayoría del clero de la ciudad y del campo os mirarán como a un usurpador". En varias diócesis los nuevos obispos debieron avanzar entre dos filas de soldados para poder acceder a la catedral. Con frecuencia no los esperaba ni un solo sacerdote. El clero, formado sólidamente a lo largo del siglo XVIII, no supo sino alinearse detrás de sus obispos legítimos y ello de manera pública. Los jacobinos presionaron en favor de la medida gubernamental, hasta lograr que el poder político resolviera que ningún sacerdote

que no hubiese jurado pudiera permanecer en su cargo. Refiriéndose a este asunto, un presbítero que había colgado los hábitos, el padre Cavoleau, escribía: "En 1790, la Asamblea constituyente obligó a los sacerdotes católicos a un juramento que hizo más mal a Francia que las guillotinas de Robespierre y los ejércitos de Europa coaligados contra ella".

En lo que toca al *bocage* vendeano, que es lo que más nos interesa, la gran mayoría del clero rehusó la constitución nueva y el juramento. El rechazo fue del 80 al 100%. En cuanto a las órdenes religiosas, que estaban bastante relajadas, no pocos de sus miembros aceptaron con más facilidad que el clero diocesano pronunciar el juramento cismático; no así las religiosas, que se opusieron cerrilmente. El dilema que los miembros del clero habían tenido que afrontar era categórico: o prestaban juramento o tenían que irse. Cientos de sacerdotes emigraron, la mayoría a España, y otros a Holanda, Inglaterra o Alemania. A los de España les fue bastante bien; en cambio los que se dirigieron a países protestantes tuvieron que afrontar frecuentemente la miseria, deambulando de un lugar a otro.

En junio de 1792 el rey, tras haber seguido consintiendo a la implementación de varias medidas inicuas, tomó coraje y puso el veto a la ley de expulsión que se había decretado contra los sacerdotes que se obstinaban en negarse al juramento. Sin embargo los llamados "patriotas", haciendo caso omiso, siguieron adelante con sus medidas.



En Angers, 408 sacerdotes fueron encerrados en una abadía; allí permanecieron, tirados sobre paja, durante seis días, a pan y agua. Las autoridades de la zona de Fontenay obligaron a todos los sacerdotes "refractarios" a ir a esa ciudad para ser allí internados. Los que pudieron y se animaron, se quedaron en sus puestos, claro que escondiéndose. Una vida nueva comenzaba para ellos, vida errabunda, de escondite en escondite. En todo eso no se sabe qué admirar más, si la solicitud de los fieles por sus pastores, a quienes protegían, o la entrega heroica de éstos a sus fieles, hasta poner en peligro su vida. El rey estaba ahora encerrado en el Temple, con la familia real. La persecución se desencadenó, ya sin trabas. La gente lamentaba: "¡Se nos lleva a nuestros buenos sacerdotes!".

Mientras tanto, comenzaron a ocupar sus cargos los sacerdotes juramentados. Eran, por lo general, mal recibidos, al igual que los obispos gubernamentales. Cuando tomaban posesión de sus parroquias sólo los saludaban los "patriotas", los cuales ni siquiera sabían lo que era una misa. El pueblo, que se sentía abandonado, estaba de luto, cual si hubiera muerto algún pariente cercano. Llegaba el domingo. ¡El cura intruso estaba solo! Como si se tratara de algo casual, el cantor se encontraba afónico, el sacristán enfermo, los monaguillos no habían ido. El nuevo párroco debía tocar él mismo la campana. Por ahí se acercaban algunos: era un grupo de jacobinos, los de la vís-

pera. A esos curas los buenos cristianos los llamaban "intrusos", lo que por deformación sonaba *trut* o *truton*, que era el apodo burlesco familiar con que denominaban a los juramentados.

La situación en que se encontraba el nuevo clero era francamente incómoda. Para poner un ejemplo, en cierta capilla, desde marzo a diciembre de 1792, o sea, en el lapso de ocho meses, se celebró un solo matrimonio. Si se quería administrar el bautismo había que recurrir a la fuerza armada. En uno de esos bautismos forzados, cuando el intruso hizo la pregunta ritual: "¿Qué pide este niño?", la mujer respondió: "Nada"; un capitán allí presente, enfurecido, la hizo sentar el revés en un burro, y ordenó que la pasearan por las calles del pueblo. En otro lugar, cuando llegó el nuevo cura a celebrar la santa misa, encontró la iglesia repleta, al punto que le costó abrirse paso en medio de una multitud que lo empujaba de aquí para allá; contento de que hubiese venido tanta gente, subió al altar, pero cuando se dio vuelta para saludar, vio que el templo estaba vacío. En una iglesia, a las siete de la mañana celebró la misa un sacerdote irlandés, no juramentado; la iglesia estaba llena. A las diez llegó el intruso para celebrar en el mismo lugar: no había nadie. Uno de esos curas escribió a las autoridades políticas: "Soy insultado, escarnecido en el altar, perseguido a pedradas, sin cantores, sin sacristán, sin monaguillo, y, para decirlo todo, sin parroquianos. No encuentro empleados ni servicio doméstico". Un párroco recién nombrado tuvo que marcharse porque ni siquiera pudo conseguir fuego para encender las velas: tal unanimidad reinaba en una parroquia de 4000 almas.



Los sacerdotes clandestinos, por su parte, se veían obligados a vivir en la ilegalidad más total. Forzados a estar en contacto con gran número de personas, se encontraban expuestos al peligro permanente de la delación, alentada por la autoridad revolucionaria. A veces debían refugiarse en medio de un bosque, o en una zanja cubierta, o en un humilde rancho, celebrando la misa una o dos horas antes del amanecer. Con frecuencia, la presencia de un extraño interrumpía la ceremonia, y el sacerdote desaparecía.

Los fieles tenían que ser aleccionados para adecuarse a la nueva situación. He aquí un extracto del "Catecismo para uso de los fieles en las circunstancias actuales", redactado por los sacerdotes fieles de Saint-Laurent-sur-Sèvre. "¿Cómo comportarse con los juradores?", se llama el capítulo.

*El fiel.* Si no se tienen otras misas que las de los intrusos, ¿qué hay que hacer?

*El sacerdote.* No hay que asistir, ni siquiera en el día de Pascua.

*El fiel.* Sin embargo la Iglesia manda ir a misa los domingos y fiestas.

*El sacerdote.* Sí, cuando la hay; pero la de éstos es como si no fuese. (Siguen preguntas sobre los bautismos, los matrimonios, los entierros...) .

*El fiel.* ¿Con los muertos qué hay que hacer?

*El sacerdote.* No hay que dirigirse al intruso para enterrarlos, como para lo demás.

*El fiel.* Entonces ¿seremos enterrados como viles animales?

*El sacerdote.* Consuélense, los cuerpos de los santos mártires han sido tirados al mar, al fuego, al viento, al río, a los animales, al basurero...

Justamente la iglesia de Saint-Laurent estaba a cargo de los discípulos de Grignion de Montfort. Refiriéndose a esos religiosos decía Charles Dumouriez, un antiguo jacobino: "Habría que descubrir su lugar de cabecera de Saint-Laurent. La Asamblea nacional debe preocuparse de ello. Se asegura que no se puede mantener a las Hijas de la Sabiduría sin los misioneros. En ese caso, hay que destruir los dos establecimientos; su origen es demasiado místico, y el instituto demasiado político". No se podía resumir mejor la naturaleza y el influjo de aquellas dos congregaciones, la masculina y la femenina. Eran "místicas" porque sus raíces se alimentaban de la contemplación, pero al mismo tiempo, como sus adversarios lo habían entendido demasiado bien, sabían sacar de tales fuentes las debidas consecuencias para el orden temporal, incluida la política.



La situación se fue enrareciendo más y más. En algunos casos hubo que sacar las tropas a la calle, hasta con artillería. La gente, provista de navajas y guadañas, se apiñaba en torno a los soldados. A veces el cura jurador debía refugiarse en la casa del intendente del lugar, mientras la multitud gritaba desde afuera contra él. Las procesiones de Corpus que organizaban los nuevos curas, se realizaban con una asistencia ficticia, obligada, ya que el pueblo hacía oídos sordos a las convocatorias de los alcaldes. En algunos pueblos de la Vendée, los sacerdotes juramentados no podían siquiera entrar en la iglesia; los parroquianos la habían cerrado a cal y canto. En Saint-Christophe-du-Ligneron se llegó a la sangre, y de ambos lados. No lejos de allí, en Soullans, el padre Noeau, que era el prior, había dicho desde el púlpito: "No escuchen a los que vengan después de mí; ellos no serán pastores, sino lobos rapaces". Cuando llegó el sucesor anunciado sonaron las campanas, y de las parroquias limítrofes acudieron varios en ayuda de los fieles. Los chicos le tiraban piedras al intruso. "Todos los campesinos –testimonia un "patriota"– se arman para sostener, dicen, la causa de Dios".

Por ley se había ordenado sacar las campanas de las iglesias, que los revolucionarios juzgaban inútiles. Desde la Edad Media, las campanas habían sido un elemento casi constitutivo de la sociedad; anunciaban las noticias de la pequeña parroquia, los días de fiesta, las jornadas de luto, los nacimien-

tos, los matrimonios, las muertes. Con su supresión, un inmenso silencio se extendió como una mortaja sobre los campos de la Vendée. Asimismo se prohibió el uso de la sotana ya que, como declaraban los "patriotas", no era lícito "disfrazarse". Por su parte, los aldeanos llevaron las cosas al extremo, negándose a admitir la validez de los sacramentos conferidos por un sacerdote juramentado: si habían sido bautizados por él, no se estimaban realmente bautizados; si alguno de ellos los había casado, no se consideraban sino concubinos. Fue menester que se aclarasen las cosas canónicamente: "Aunque esté excomulgado, suspendido, interdicto, irregular o degradado, si bien el sacerdote peca al celebrar la misa, lo que hace es válido". La gente sencilla no entendía de cánones; les parecían sutilezas; para ellos se trataba, simplemente, de sacerdotes que debían ser evitados a toda costa.

Los curas refractarios, en cambio, encontraban un apoyo irrestricto en el pueblo fiel. El general Turreau, de quien hablaremos más adelante, reconoció claramente el ascendiente que en la realidad tenían aquellos sacerdotes. Ello se debe, decía, a tres razones: la integridad de sus costumbres, la seriedad de su formación y el conocimiento íntimo del ambiente. Los sacerdotes que se quedaron fueron considerados héroes. Habiendo podido emigrar, en espera de días mejores, prefirieron seguir entre los suyos, apoyándose en el acogimiento de la población. Porque los fieles estaban dispuestos a



hacer todo lo que estuviera a su alcance en favor de aquellos hombres que optaron por perseverar en sus puestos, aun con peligro de la vida. En informe elevado por un comisario de la Asamblea nacional se lee: "Nosotros no solicitamos otra gracia, dicen ellos unánimemente, que contar con sacerdotes a quienes tenemos confianza. Varios de ellos atribuyen tan grande valor a este favor que nos aseguran que con gusto pagarían para obtenerlo el doble de sus impuestos".

La partida del clero refractario dejó a la mayoría de las parroquias sin sacerdote. Las despedidas fueron a veces emocionantes. Uno de ellos, antes de alejarse, les dijo a sus fieles: "En cualquier lugar que la Providencia me conduzca, rezaré por vosotros; mi corazón y mi espíritu estarán con vosotros. Cada domingo, si puedo hacerlo, ofreceré a Dios el santo sacrificio por todos los habitantes de esta parroquia. Y si, como por desgracia temo, quedáis privados de oír la misa celebrada por algún buen sacerdote, os comprometo, en cuanto os sea posible, a que os juntéis todos los domingos en la iglesia, a la hora en que tuve siempre la costumbre de decir la misa con vosotros. A esa hora, es decir, hacia las diez, subiré al santo altar y celebraré por vuestra intención. Vosotros juntaréis vuestra oración a la mía y no dudo que el buen Dios tendrá en cuenta esta intención que tenéis de satisfacer el precepto [...]. No asistáis a la misa de ningún intruso". La iglesia de ese sacerdote permaneció abierta, y todos los domingos la

campana, que felizmente no había sido retirada, convocaba a los fieles. Entonces la autoridad envió un grupo de soldados para que cerrasen las puertas del templo. Grande fue su sorpresa cuando al domingo siguiente volvió a sonar la campana a las diez. Una multitud estaba de rodillas junto al cementerio contiguo a la iglesia, en el más profundo recogimiento.

– ¿Qué diablos hacen acá?, le preguntó el oficial a un viejo.

– Nuestro padre, al irse, nos prometió que todos los domingos, a esta misma hora, diría la misa por nosotros, en el lugar donde se encontrase.

– ¡Imbéciles y supersticiosos! ¡Creen que oyen la misa del lugar donde se la dice!

– La oración recorre más de cien leguas, porque sube de la tierra al cielo.

– ¿Y ustedes creen que están aquí en una iglesia? ¡Qué salvajes que son!

– Nosotros estamos en un lugar santo, sobre los huesos de nuestros padres.

Los gendarmes trataron de forzar a la gente a dispersarse pero, temiendo una reacción violenta, prefirieron alejarse.

Contribuyó a atizar la tendencia al levantamiento los ataques de la Asamblea a la realeza, lo que también resultaba irritante para aquellos pueblos. A la lealtad católica que distinguió al clero y a los fieles, correspondía la lealtad monárquica que caracterizaba sobre todo a los nobles de la Vendée,



en su mayoría oficiales de carrera. Los "patriotas" eran vistos por ellos como rebeldes al orden tradicional. Ellos preferían ser "rebeldes a la rebelión", o "contrarrevolucionarios". En 1791, se había decretado que los oficiales prestasen juramento a la Asamblea y no obedecieran sino sus órdenes. ¿Cómo hacerlo si Luis XVI seguía siendo el rey? Muchos se negaron. Uno de ellos, Henri de La Rochejaquelein, había sido elegido por la reina María Antonieta para ser subteniente en la guardia del rey. Luego de tres meses de servicio, dicha guardia fue disuelta por la Asamblea nacional. Luis XVI les pidió a los oficiales que permaneciesen en París y continuasen su servicio en traje de civil. Entre ellos se encontraban varios de los futuros jefes vendeanos: no sólo La Rochejaquelein, sino también Bonchamps, d'Autichamp, Charette, Lescure y otros.

A la tarde del 9 de agosto de 1792, sólo Charette, La Rochejaquelein y d'Autichamps llegaron a tiempo a las Tullerías, antes de que las verjas del palacio se cerrasen. En el curso de la vergonzosa jornada del 10 de agosto, los 200 nobles allí presentes, dispuestos a dar su vida por la familia real, vieron con indignación no sólo que el rey se negaba a hacer dispersar a la multitud sino también consentía en trasladarse al recinto donde se encontraba la Asamblea, prefiriendo para su protección una escolta de la Guardia nacional. La Rochejaquelein, joven e imberbe, se perdió en medio de la multitud; Charette se camufló, blandiendo el brazo hecho trizas de un

suizo masacrado por los rebeldes; d'Autichamps apuñaló a un guardia nacional y desapareció. De vuelta a su tierra, ¡cómo no iban a resistir la iniciativa de los rebeldes al rey! Se entiende así lo que escribió la esposa del marqués de Lescure: "Cuando se exigió a los militares un juramento contrario a la dignidad real y a los verdaderos intereses de Francia, mi marido presentó su dimisión. Retornó a su castillo, deplorando conmigo las desgracias que amenazaban a Francia".

### 3. *Causa inmediata: la leva*

Tales fueron los prolegómenos que anticiparon la guerra de la Vendée. Pero hubo un motivo más inmediato. A raíz de la propagación de la ideología revolucionaria y de su alta peligrosidad, no sólo en Francia sino en el ámbito internacional, varias naciones de Europa resolvieron entrar en guerra con Francia. El 12 de julio de 1792, la Asamblea nacional declaró "la Patria en peligro", y decretó la leva de nuevos batallones de voluntarios. En lo que toca al territorio de la Vendée, el director del Departamento de Deux-Sèvres ordenó a todos los municipios, por resolución del 22 de julio del mismo año, confeccionar dos listas de ciudadanos: una con aquellos que aceptaban alistarse y otra con los que se rehusaban a hacerlo. Tal novedad causó un profundo malestar en la zona, provocando



"la primera explosión". Los jóvenes de doce municipios, armados con guadañas y horquillas, se agruparon en Moncoutant, y desde allí convocaron a todos los hombres para que se les juntaran en orden a manifestarse contra un gobierno despótico al que se negaban a servir; juntamente con ello pedían el restablecimiento del rey en su plena autoridad, como único medio de volver al orden tradicional y a la libertad religiosa. Pocos días más adelante, en Chantillon, estalló una revuelta de varios miles de hombres que ocuparon la ciudad.

El 24 de agosto se entabló combate en un lugar llamado "los Molinos de Cornet". Los aldeanos, provistos de armas improvisadas, enfrentaron a las fuerzas republicanas, bien abastecidas de fusiles. Los soldados dispararon a los campesinos, dejando un tendal de muertos; luego se ensañaron con los cadáveres, cortando las orejas de los caídos, con las que hicieron escarapelas para sus sombreros. Tal fue el primer alzamiento de la Vendée, precursor del gran levantamiento. Contemporáneamente con estos sucesos se iba llevando a cabo la deportación de sacerdotes refractarios, a que acabamos de aludir, lo que endureció aún más a los aldeanos.

Los hechos que hemos relatado deben ser vistos sobre el telón de fondo de un acontecimiento político realmente trascendente, la caída de la monarquía el 10 de agosto de 1792. Más grave aún, si cabe, sería la noticia de que Luis XVI había sido llevado a juicio, condenado, y luego guillotinado

el 21 de enero de 1793. La muerte del rey, escribe la marquesa de Bonchamps, llevó a su colmo "el dolor tan profundo y la indignación tan vehemente de la población de los campos. Se amaba al rey, se lo veneraba como a una persona sagrada. Al matarlo, la Revolución había matado a su padre". Toda la Vendée se sumió en un silencio sagrado. Al mismo tiempo se operó una aproximación en los espíritus: la religión era perseguida, también lo era la monarquía, y ello por parte de las mismas personas. Hasta aquí el tema monárquico no había influido demasiado en los vendeanos. Pero desde ahora el pueblo se volvió ardientemente realista, y ello por ser, previamente, ardientemente católico. Hasta ese momento se había salido casi solamente por los fueros de Dios. En adelante se dirá: ¡Dios y el Rey!

Tras esta nueva configuración mental, el levantamiento se hizo formal. Mientras los dos hermanos de Luis XVI, los condes de Provence y de Artois, se movían por Europa pensando qué actitud tomar, el 11 de marzo varias zonas, Retz, el Bocage vendeano, el Chaletais, y otras más, se rebelaron, dando comienzo a la primera guerra de la Vendée. En París las cosas se pusieron al rojo vivo. El 6 de abril, Danton creó el famoso Comité de Salvación Pública, que gobernaría a Francia hasta 1794. Pronto pasó a integrarlo Robespierre, quien instauraría el régimen de Terror. La reacción vendeana se inscribe en este contexto sangriento. Mientras tanto, el



conde de Artois se dirigía a Inglaterra, con la idea de juntarse a los vendeanos.

¿Por qué chocó tanto la decisión de imponer una leva? La conscripción había sido suprimida en 1790. Pues bien, tres años después y en un contexto nuevo, se la retoma. Hacía poco, el 20 de abril de 1792, Francia había declarado la guerra a Austria, o, como entonces se dijo, "al rey de Bohemia y de Hungría", y a Holanda e Inglaterra el 31 de enero de 1793. ¿Con qué objeto? Para "exportar la Revolución". Poco se logró, ya que el ejército francés era débil y estaba anímicamente mellado, por lo que el enemigo iba de triunfo en triunfo. Entonces, para hacer frente a la invasión, se resolvió convocar a 300.000 hombres. Las municipalidades, encargadas de seleccionar a los posibles conscriptos, elegían con preferencia a los opositores que vivían en sus jurisdicciones. Así, de paso, se los sacaban de encima. Los vendeanos no vieron otra opción: o colaboraban con un régimen opresor, odiado, perseguidor de la Iglesia y regicida, dejando las poblaciones ante el poder absoluto del Estado, o entraban en rebelión abierta.

Por primera vez en la historia de la nación, los conscriptos convocados se rebelaron, reclamando el fin de la Revolución opresora. Como los funcionarios amenazaron con severas sanciones, los jóvenes reclutas se apoderaron de las armas a viva fuerza. Casi sin pensarlo, se hallaron en guerra con el Estado. Quede bien en claro que no los llevó a

ello una actitud "pacifista", que abomina de toda guerra, aunque fuera justa, sino la prepotencia de esta república abominable, asesina del rey, perseguidora de los buenos sacerdotes, enemiga de la religión. La queja se radicalizó cuando se supo que los "funcionarios" estaban dispensados del enrolamiento. ¡Era el colmo! ¡Los funcionarios, esos *patauds* (palurdos), como llamaban a los sedicentes "patriotas", que desde hacía meses nos estaban hartando con sus gritos: "Aux armes, citoyens! Marchez! Marchez!", van a quedarse así, muy tranquilos, gozando de sus prebendas, mientras que nosotros, los campesinos, los obreros, tendremos que ir a hacernos matar en las fronteras por una causa que no es la nuestra! ¿Esa era la famosa igualdad? ¡Que vayan ellos a la guerra! Será la guerra de los *patauds*, de los intrusos, de los sin-dios.

Los vendeanos comprendieron muy bien que la Convención, al querer enrolar nuevos conscriptos, no lo hacía simplemente porque tenían necesidad de soldados. Lo que principalmente se buscaba era que todo francés aceptase el yugo de la Revolución, comulgase en la ideología de los jacobinos pasando por el crisol de los ya concientizados ejércitos revolucionarios. Ello explica que los que habían dado pruebas de "patriotismo" estuviesen exceptuados de la conscripción. El decreto de la leva fue, pues, el detonante del drama, no su causa profunda, que, según ya lo hemos visto, era sobre todo religiosa.



No dejaba de ser sintomático que la Convención hubiese declarado la guerra a la católica Austria, la patria de María Antonieta, junto a la cual se batían ahora los Príncipes franceses emigrados. ¿Había que ir ahora en socorro de la República, perseguidora de "los buenos sacerdotes" y asesina del rey, con riesgo de tener que tirar sobre los Príncipes? "Jamás usaré las armas en contra de los emigrados. Prefiero morir". Tal fue la réplica de Henri de La Rochejaquelein. "Se nos quiere enrolar para que hagamos causa común con los impíos, con hombres a quienes detestamos y que querrían hacernos semejantes a ellos", declaró un juez, Joseph Clemenceau. "¡Cómo! ¡Vamos a ir a combatir para un gobierno semejante! ¡Partir al llamado de gente que trastorna todas las administraciones del país, que hacen subir al rey al cadalso, que ponen en venta todos los bienes de la Iglesia, que quieren imponernos sacerdotes que no queremos y que arrojan a la prisión a los verdaderos pastores! ¡Jamás!", exclamaban los habitantes de Saint-Julien-de-Concelles. "Han matado a nuestro rey, han matado a nuestros sacerdotes, han vendido los bienes de nuestra Iglesia, ¿dónde está el dinero? Se han comido todo; y ahora quieren nuestros cuerpos. No, no los tendrán", exclamaban los jóvenes de Thouaré.

Se los había puesto frente a un verdadero caso de conciencia: servir a Dios y al rey, o servir a la República. "Responder al requerimiento –afirmaba el marqués de Roux–, partir en los ejércitos de

la República es, para esos hombres, cometer el pecado de sedición, exactamente como si hubiesen consentido en dejarse enrolar en los batallones de la «Columna Insurreccional» que el 10 de agosto marchó hacia las Tullerías. Seguían siendo súbditos del niño prisionero del Temple. La Convención no era para ellos sino la insurrección momentáneamente victoriosa. Servir en sus ejércitos era incurrir en la misma falta en que incurrieron los que han desencadenado la Revolución".

Ante cierto funcionario que insistía, la respuesta de un vendeano no dejaba de ser astuta: "Todo es lo mismo, hemos plantado el bonete de la libertad sobre nuestro campanario, ¡pues bien!, ya que somos libres, no queremos ocuparnos sino de trabajar nuestros campos". Usaban así los argumentos ideológicos del enemigo. El artículo 35 de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano rezaba: "Cuando el gobierno viola los derechos del pueblo, la insurrección es, para el pueblo y para cada porción del pueblo, el más sagrado de los derechos, el más indispensable de los deberes". A los ojos de los vendeanos su rebelión era, a la vez, legítima y legal. Se les acusó de falta de patriotismo. No era, en verdad, antipatriótico para franceses bien nacidos y leales hacia su soberano, negarse a colaborar con un gobierno impío y desear la derrota de los "voluntarios" de la República.

En esta eventualidad se hizo oír también la voz de algunos pastores de la Iglesia, por ejemplo de



monseñor de Coucy, obispo de La Rochelle, de quien dependía una gran parte del *Bocage* vendeano: "Servir a los ejércitos revolucionarios –declaró– es pecar contra la justicia y la obediencia siempre debidas al soberano. No se puede en conciencia ceder a esa gente que quiere forzar a tomar las armas y servir bajo las banderas de la República". El marqués de Roux concluye justamente: "La inspiración de la guerra [de la Vendée] fue completamente religiosa, o mejor, fue la concepción religiosa de un deber político, el de no cooperar activamente al sostenimiento de un poder juzgado en conciencia usurpador de un poder legítimo" Usurpador político y usurpador religioso. En el corazón de un vendeano real, la fe religiosa y la convicción monárquica eran confluyentes.

Daniel-Rops nos ha dejado un texto extraño: "A decir verdad –escribe– dos Francias se enfrentaron en aquella lucha fratricida. La una, católica y tradicionalista, en la que se confundían convicciones cristianas y realistas hasta el punto de borrar en ella el sentido de la comunidad nacional y aceptar el lanzarse a una revuelta en el instante en que la patria era invadida de todas partes [...]. La otra, la Francia (de *la Montaña)*, vagamente deísta, violentamente anticlerical, que no tenía en el fondo otra religión que la de la Patria". No es tan sencillo como lo presenta el ensayista francés. En realidad la guerra tenía un propósito bien determinado, no el de defender a la patria sino el de transformar a la patria en

el sentido revolucionario. Como lo reconocía el diputado Brissot: "Era la abolición de la realeza lo que tuve en vista al hacer declarar la guerra". Algo semejante se nos descubre en la carta que un convencional girondino escribió a Robespierre: "Queríamos la guerra porque con toda seguridad la paz mataba a la República; emprendida a tiempo, los primeros reveses harían posible limpiar a la vez el senado, el ejército y el trono". Por eso erra seriamente Daniel-Rops al reprochar que el levantamiento se hubiese realizado "en el instante en que la patria era invadida por todas partes". Como bien lo explica Calderón Bouchet: "El peligro de la invasión no venía sólo de afuera. Los bárbaros habían tomado el gobierno y la buena gente temía más a los patriotas encargados de difundir el nuevo patriotismo que a los soldados extranjeros a los que casi estaba tentada de considerar como salvadores".

En su momento el padre Bachelier afirmó que cuando los partidos revolucionarios proclamaban la patria en peligro, millones de franceses estaban tentados de regocijarse, como si saludaran el alba de una liberación. Porque, desde hacía tres años, poco más o menos, los partidos, dueños del país, hacían pesar sobre él un yugo cada vez más tiránico, y que al agravarse se tornaba insoportable. En semejante coyuntura los "rebeldes" proclamaron que sólo reconocían al rey de Francia, y no a los "patriotas" de la Convención, ni a las municipalidades, ni a los clubes jacobinos. "Preferimos morir



en la Vendée –dijeron algunos "desertores"– antes que acudir a las fronteras para defender a los asesinos del rey y a los compradores de los bienes nacionales", es decir, a los burgueses.

## II. El territorio y el pueblo de la Vendée

La Vendée está ubicada al oeste de Francia, lindando con el Atlántico. Ningún pueblo de dicha nación se había mostrado hasta entonces más dócil, más sometido a las leyes. Cuando la Revolución estaba en sus comienzos, no la vieron con malos ojos, recibiendo con beneplácito la noticia de la convocatoria de los Estados Generales. También ellos aportaron su *cahier de doléances,* con sugerencias sensatas, siempre dejando en claro su convicción de que estaban bajo "el mejor de los reyes". Pero cuando empezaron a atisbar la ideología que se escondía detrás de tantas frases altisonantes, comenzaron a fruncir el ceño. Como lo acabamos de señalar, la irritación llegó a su extremo con el asesinato del rey. Sólo les quedaba el pobre delfín de ocho años, encerrado sin piedad en el castillo del Temple.

El levantamiento abarcó más que la Vendée territorial, uniendo tres provincias en cuatro departamentos, que se amalgamaron para formar una provincia artificial, la llamada "Vendée militar". Las guerras que nos ocuparán se denominaron guerras de la Vendée porque la primera batalla formal tendría lugar en el departamento de ese nombre.

En marzo de 1793 la Vendée militar abarcaba 770 comunas repartidas en 10.000 kilómetros que incluyen el norte de la Vendée y de las Deux-Sèvres, el sur de Maine-et-Loire y el Loire inferior.



Porque hay también una Vendée departamental, que va desde el oeste al este, es decir, del Atlántico a la ciudad de Saumur, sobre una banda de 150 kilómetros de largo, y de norte a sur, del Loire a la Gâtine potevina, sobre unos 100 kilómetros. La línea norte, que corre junto al Loire, va de Saint-Nazare a Pont-de-Cé; la del este comienza en Pont-de-Cé y termina en Parthenay; la del sur une Parthenay y Saint-Gilles, sobre el Atlántico. Las tres provincias que colaboraron fueron Anjou, Bretaña y Poitou, que no tienen una historia común. Por reduccionismo se eligió la palabra Vendée.

Durante la guerra, el Departamento de la Vendée no pasaba de una población de 300.000 habitantes; su capital, Fontenay, incluía unos 7000. Geográficamente la zona estaba dividida en tres regiones: el llano, el bosque y la marisma de la zona costera. De tales condiciones topográficas y de sus consiguientes propiedades los vendeanos sabrían sacar inteligente partido para abordar una guerra tan especial como la que llevaron contra los republicanos.

La Vendée de 1793 no se parece a la de hoy. El general Kléber, uno de los jefes del ejército republicano, la definió "un laberinto oscuro, inextricable y profundo". Solamente dos caminos la cruzaban, separados entre sí por más de treinta leguas: Nantes-La Rochelle y Samour-Les Sables, éste último sin terminar. Ningún camino transversal los unía. Entre aquellos dos caminos principales, un revoltijo

de montes, de landas, de densos matorrales. Había también otros caminos, pero por lo general eran estrechos, encajonados, tortuosos, desnivelados, muy polvorientos en verano y barrosos en invierno. Desde comienzos de noviembre hasta abril, la circulación se volvía problemática.

Numerosas lagunas de sal jalonaban la zona. Entre ellas había trozos de tierra de gran fertilidad. El labrador recorría estos campos saltando con notable agilidad por los fosos y canales. El silencio del paisaje suscitaba un sentimiento melancólico y religioso. Los habitantes se sustentaban de la pesca, así como de vacas y ovejas. El general Turreau, que siendo comandante republicano recorrió a menudo esta comarca durante la guerra, dice sobre ella: "Los ejidos son en invierno intransitables, y en los demás tiempos del año, difíciles; por ende, fácil la defensa [...]. El rebelde lleva el fusil a la espalda, de una correa, se apoya en una larga pértiga, y pasa de una a otra orilla con maravillosa ligereza. Si la proximidad del enemigo no le permite ese salto sin exponerlo al alcance de una bala, se arroja a un pequeño bote plano y corre el canal con la rapidez del rayo, siempre bastante protegido para sustraerse a las miradas de sus perseguidores. A poco vuelve a aparecer, dispara una bala a su adversario, y desaparece instantáneamente".

En sus *Memorias*, Mme de La Rochejaquelein nos ha dejado una descripción sugerente del paisaje vendeano:



El país, por su forma y, más aún, por las costumbres de sus habitantes, forma un contraste con el resto de Francia. Consta, por lo general, de colinas de moderada elevación, que no se enlazan con ninguna cordillera. Los valles son estrechos y de poca profundidad: pequeños arroyos corren por ellos en todas direcciones; unos hacia el Loire, otros hacia el mar, otros se juntan en el llano y forman riachuelos. En todas partes hay rocas de granito. Se comprende que un territorio que no tiene cadenas de montañas, ni ríos, ni valles anchos, ni siquiera una llanura extensa, ha de formar una especie de laberinto.

Raras veces se hallan alturas muy eminentes sobre las otras, que dominen el país y ofrezcan una visión amplia. Está cubierto de malezas, como lo indica su nombre (*bocage*); se ven allí pocos bosques grandes, pero todo campo y todo prado está rodeado de un seto vivo, que se apoya en árboles muy próximos unos a otros; no tienen troncos altos ni ramas extendidas [...]. Una que otra vez se ve a través de los árboles un techo de rojas tejas y casas, o se levanta sobre las ramas un campanario. Casi siempre la mirada está muy limitada, una que otra vez se extiende a una o dos millas [...]

Al fin de cada finca se halla una encrucijada que deja al viajero incierto sobre la dirección que ha de tomar. Los mismos habitantes se extravían a menudo, aunque sólo hayan de ir a dos o tres leguas de su casa. No hay ciudades grandes en el *bocage*, sólo lugares de dos a tres mil almas están esparcidos en su superficie. Las aldeas no son numerosas, y distan mucho unas de otras. Tampoco se ven grandes caseríos. El país está dividido en casas de campo, cada una de las cuales tiene un ecónomo y algunos criados. [...]. El campo circundante es grande pero rin-

de poco. La renta principal procede de la venta del ganado, y en guardarlo se ocupan principalmente los campesinos.

Contrariamente a lo que comúnmente se cree, la Vendée militar, antes de 1793, se caracterizaba por su riqueza agropecuaria. En la zona cercana al Loire había 200.000 vacunos y dos millones de ovejas, que alimentaban y vestían a Francia. El sur del Loire-inferior y el sudoeste de Anjou vivían en abundancia gracias sobre todo a los viñedos y la hacienda. El trigo tenía buen precio y era muy abundante. Agreguemos los árboles frutales de toda clase, cuyos frutos se exportaban.

Las costas eran bajas, por lo general, y también anegadizas, lo que daba lugar a que se formasen extensos pantanos (*marais*). Dicha topografía habría de inspirar a los estrategas de la República la idea de cercar a los vendeanos por el norte, el este y el sur, para empujarlos hacia las playas y sepultarlos en los barriales de la costa atlántica.

Si atendemos ahora a la idiosincrasia de aquel pueblo advertimos que una de sus características principales era un profundo espíritu religioso. Cuando el paisano recorría los caminos se topaba frecuentemente con numerosas imágenes piadosas. Conmovedoras cruces monumentales, llamadas "calvarios", habían quedado allí plantadas en recuerdo de alguna misión, quizás de las predicadas por Grignion de Montfort o sus discípulos. Otras



cruces, más modestas, lo sorprendía al que por allí pasaba, en las encrucijadas de los caminos. Al verlas, los hombres se sacaban el sombrero. Asimismo cuando en algún entierro se llevaba en andas el ataúd, los portadores no dejaban de detenerse un instante al pie de la cruz. Numerosos eran también, al borde de los senderos, los arcos allí erigidos para albergar una estatua de la Santísima Virgen; a veces el viajero era invitado a saludarla con un Avemaría. En los domingos y días festivos que jalonaban el año, todo el pueblo se dirigía a la iglesia, al llamado de la campana. La misa dominical era el acontecimiento de la semana. No se faltaba a ella por nada del mundo. La blasfemia era desconocida. A. Billaud, en su magnífico libro sobre la Vendée, nos dice que en el entrevero de los combates, a veces de noche, cuando todos se mezclaban y no se sabía quién era quién, para identificar a alguien sólo había que observar de dónde procedía una blasfemia. No podía ser sino enemigo. También las costumbres eran puras. Los escándalos apenas si existían. El sacerdote era para ellos el hombre de Dios, alguien que estaba en otro nivel. Él amaba a sus ovejas y sus ovejas lo seguían.

## III. Dos cosmovisiones en pugna

Más importante que conocer en detalle la secuencia de los combates que jalonaron esta epopeya, nos convendrá detenernos en su telón de fondo. Porque de lo que se trató fue de un encontronazo frontal entre dos mentalidades, dos cosmovisiones opuestas: la católica y la que brotaba del espíritu moderno. Bien ha escrito Philbert Doré-Graslin: "Excedidos por las medidas antirreligiosas de la revolución, violentados en sus almas, brutalizados en sus conciencias, las poblaciones de la futura Vendée Militar rechazan la ideología revolucionaria y se rehúsan a asistir impotentes a la destrucción programada del orden social cristiano. Y cuando la campana de rebato suena en los campanarios de las seiscientas parroquias del sur del Loire convocando a la guerra santa, a la última cruzada de la Francia cristiana, las poblaciones, y más particularmente los jóvenes, lanzan a la cara de la Revolución el grito de San Pedro: *Non possumus*".

El alzamiento ya estaba formalizado. La Revolución no tardó en entender que se le enfrentaba un enemigo poderoso. Advertía cómo toda la zona del sur del Loire se había mancomunado en torno a ideales convocantes. Sus fautores blandían la bandera blanca del rey en lugar de la tricolor de la República, y luego de haber arrancado los árboles de la libertad, no vacilaban en expulsar a los funciona-



rios oficiales. Era la Francia tradicional, que enarbolaba su bandera y su doctrina, frente a la Francia disolvente y revolucionaria. Las dos posiciones se mostraban cada día más claras. No se trataba, pues, de un levantamiento epidérmico, sino radical, cosmovisional, cuya veta más profunda era la religión. Propiamente el enfrentamiento era entre dos religiones, como entonces se dijo de manera drástica: "la religión de Dios y la religión del demonio". La primera era servida por los buenos sacerdotes, los refractarios, los que se habían negado a doblar su rodilla ante el Baal revolucionario, y la segunda por los juramentados, los malos pastores, inficionados por las ideas prevalentes.

Las poblaciones de las orillas del Loire, de Bretaña y de Poitou, que se mostraron reacias a seguir *le vent de l'histoire*, es decir, los propósitos corrosivos de los "filósofos" de moda, de los que trataban de crear la "opinión pública", estaban integradas en su casi totalidad por gente de campo, en contraposición a los burgueses de las pequeñas ciudades, muchos de los cuales habían adherido a la nueva cosmovisión. El pueblo tradicional estaba asistiendo al derrumbe de la Francia que había aprendido a amar, con su orden espiritual, moral e incluso material. Veía con angustia cómo se introducían nuevas instituciones, nuevos modos de pensar, un conjunto de ídolos. Juzgando el árbol por sus frutos, esa gente rechazó la nueva ideología y prefirió la tradicional. Tal es la razón por la que en marzo

de 1793 emprendió esta guerra atípica, la guerra por la Francia católica, en pro de la restauración de los principios conculcados por quienes que los representaban. Emprendió el combate contrarrevolucionario para restablecer el orden social cristiano, es decir, en última instancia, la Cristiandad.

No se trató, pues, de dos proyectos económicos en confrontación, ni de antagonismos estrictamente políticos. Era algo mucho más profundo. Ese pueblo había florecido a partir de sus comunidades naturales: la familia, la parroquia, la provincia y el reino. La fe impregnaba los espíritus y las costumbres, el año transcurría al ritmo del calendario litúrgico, marcado por fiestas religiosas como las de los santos patronos de las parroquias y los santos protectores de tal corporación o de tal cofradía. La vida se desarrollaba de manera apacible, sin deseos inmoderados, en serena fidelidad a las costumbres ancestrales y al recuerdo de sus antepasados. Todos, desde el rey hasta el último de sus súbditos, sabían perfectamente que no eran ciudadanos definitivos de esta tierra, sino peregrinos, en camino a otro reino, el del cielo. Mas he aquí que ahora habían aparecido unos señores, los "propagandistas" de la revolución cultural, con sus "luces", para explicarles que todo aquello era anacrónico, que debían renunciar a esa vieja cosmovisión en aras de un nuevo mundo, que les traería "la edad de oro", al decir de Voltaire. Para ello era preciso hacer tabla rasa del pasado, terminar con las antiguas costumbres, nacionales, provinciales y aldeanas, impregnadas de cristianismo; ahora serían reemplazadas por la ley escrita, "obra abstracta de la voluntad general". La Revolución vino a suplir todo aquello con un Estado laico y una nueva patria, no la de Carlomagno y de San Luis, sino una distinta, ideologizada.



La innovación mayor que excogitó fue en el plano espiritual, procurando sustituir el culto de Dios por el culto del hombre. Como bien diría años después, en 1878, Albert de Mun en la Cámara de Diputados: "La Revolución no es ni un acto ni un hecho; es una doctrina social, una doctrina política, que pretende fundar la sociedad sobre la voluntad del hombre en lugar de fundarla sobre la voluntad de Dios, que pone la soberanía de la razón humana en lugar de la ley divina. Eso es la Revolución; el resto no es nada". Dicho proyecto quedó claramente simbolizado en el juramento que se exigió a todos los sacerdotes. También ellos debían optar entre la religión de siempre y la "moderna". Los buenos sacerdotes, obligados primero a abandonar sus parroquias, tuvieron luego que esconderse, ser encarcelados, y finalmente expulsados del reino. Pero el pueblo no quedaría sin religión, ya que se instauró una nueva, acorde a los nuevos tiempos, la de la Diosa Razón, o del Ser Supremo. Asimismo, al asesinar a Luis XVI, no sólo se contentaron con hacerlo desaparecer, como persona concreta; a lo que se apuntaba era

al principio monárquico como tal, o mejor, al tipo de rey que reinaba desde hacía ocho siglos en Francia, el vicario de Dios para el orden temporal.

Fue por todo ello que cuando sonó el toque a rebato en los campanarios de las 600 iglesias del sur del Loire, llamando al levantamiento de la Francia católica, esas poblaciones, y sobre todo sus jóvenes, lanzaron a la cara de la Revolución el corajudo grito de San Pedro: *"Non possumus"*, a que se aludía en un texto anteriormente citado. Reiterémoslo. No fue el rechazo de una política económica determinada o de un recetario social específico lo que enardeció a aquellos corazones, sino que el portazo lo dieron desde la teología, desde la concepción de Cristiandad.

Por eso, así como hubo dos Iglesias contemporáneas, también existieron dos patrias paralelas, las "dos patrias" de las que no hace mucho ha escrito páginas magistrales Jean de Viguerie. Los vendeanos lo sabían bien. Uno de los convocados por la leva lo estableció categóricamente al decirle a sus compañeros: "Los que quieran servir a Dios pasen a mi derecha, y los que quieran servir a la República a mi izquierda". Acertadamente asevera Calderón Bouchet que los republicanos sabían que tenían "su" patria y gustaban llamarse "patriotas", es decir, militantes de esa patria querida a su corazón, la patria encarnada en su gobierno. Y cuando los países extranjeros juntamente con los emigrados franceses que se encontraban en dichos países invadieron Francia, llamaron a voluntarios porque "su patria estaba en peligro". También los vendeanos amaban a su patria, pero, como lo señalamos más arriba, la entendían de otra manera, no era la misma patria que la de aquéllos. Amando a su pequeña patria provincial de ningún modo desconocían la patria grande. Lo que reprobaban era la dirección que sus gobernantes pretendían darle. Como bien afirma Émile Gabory: "Dos Iglesias, dos patrias igualmente en oposición. La guerra está ya en las almas: la guerra civil está siempre en las almas, antes de ser efectiva".



Hemos señalado páginas atrás que, en líneas generales, el campo respondió mejor a los vendeanos, y las ciudades a los republicanos. No se trató de una ley absoluta. Pero lo que sí se puede afirmar es que en las aglomeraciones urbanas, influidas no poco por las logias masónicas y los clubes, las palabras "filosofía", "razón", "luces", "filantropía", encontraban resonancia en los espíritus. En el campo, en cambio, por lo general rebotaban, ya que los aldeanos y campesinos vivían con los pies en la tierra, lejos de las utopías ideologizantes.

Por lo demás, muchas veces los términos en uso no tenían el mismo sentido para todos. En la sociedad se había producido una especie de confusión de lenguas. La palabra "fraternidad", por ejemplo, en labios de un vendeano, era un término impregnado de cristianismo; no así en boca de los jacobinos. Ello sucedió sobre todo con la pala-

bra "libertad". Se puede decir que a fines de 1792 coexistían dos acepciones totalmente antagónicas de la libertad: la de los vendeanos, más obvia, más concreta, más radicada en la vida cotidiana, en las familias, o en los consejos de parroquia elegidos por sus miembros; y la de los revolucionarios, una libertad más abstracta, más intelectual, la liberación de toda traba, de toda religación, aun cuando de hecho significara el aplastamiento de una serie de libertades bien concretas, en aras de otra serie, mucho menos real, de principios quiméricos. La Vendée se levantó precisamente para reivindicar una de esas libertades, a su juicio la más trascendental: la de poder vivir y morir según la doctrina y las costumbres de la religión católica.

Unos pensaban simplemente: "libertad para profesar el culto católico". Los otros, según una fórmula que los fascinaba: "libertad sin límites". Pero en realidad había límites, que eran los que señalaba el ideologismo de la Revolución, y que convertía en prisioneros vigilados a todos aquellos que intentasen transgredirlos. "¿Acaso hay que fusilar a la gente para iluminarla?", se preguntaba el general Hoche. Desde comienzos de 1793, los republicanos que habitaban en la Vendée entendían que la mayoría de sus compatriotas constituían un pueblo ignorante, cerrado a las Luces, al que había que "obligar a ser libre"; era el eco, casi textual, de una fórmula de Rousseau en su *Contrato social*. Saint-Just, en vísperas de su muerte, sostenía la necesidad de poner a todo el mundo "bajo el yugo de la libertad pública". Los voluntarios que en 1793 se ofrecieron para combatir a los rebeldes de la Vendée se autodesignaban con orgullo como representantes del "fanatismo de la libertad", dispuestos a combatir al "fanatismo de la religión". Robespierre, por su parte, consideraba que el fanatismo era una particularidad propia de la religión, y defendía lo que gustaba llamar "el despotismo de la libertad". Así lo afirmó en un discurso que pronunciara ante la Convención en febrero de 1794: "El motor del gobierno popular en la revolución es la virtud y el terror; la virtud, sin la cual el terror es funesto, el terror, sin el cual la virtud es impotente [...]. El gobierno de la revolución es el despotismo de la libertad contra la tiranía". Para los revolucionarios, la libertad era patrimonio de los que aceptaban la Revolución. Los vendeanos, por el hecho de rechazarla, no eran sino engendros que no merecían vivir. "Es por principio de humanidad –afirmaría el general Carrier– que yo purgo la tierra de esos monstruos".



Dos concepciones, pues, totalmente divergentes de lo que es la libertad, dos cosmovisiones lanza en ristre. Ya en junio de 1793, el diputado Barère se había dirigido a la Convención para proponer las primeras medidas despiadadas contra la Vendée. Nos queda un grabado de la época que muestra al diputado de pie, apoyando su mano sobre una mesa donde se encuentra una hoja en que se lee la ins-

cripción "Derechos del Hombre". Así como sería en nombre de la Libertad que Robespierre propiciaría el despotismo, así fue en nombre de la Declaración de los Derechos del Hombre que Barère incitará al incendio y la masacre. Porque lo mismo que sucedió con la "libertad", acontecería con los "Derechos del Hombre". Éstos sólo tendrían vigencia para los "ciudadanos" que los aceptaran. Los que se rebelasen contra ellos serían considerados como si fuesen "extranjeros entre los ciudadanos", también según la fórmula de Rousseau, y se les aplicaría el artículo 27 de aquella Declaración, a saber, "que todo individuo que usurpa la soberanía sea al instante llevado a la muerte por los hombres libres".

No resulta, pues, extraño que los vendeanos, ya desde los primeros días del alzamiento, se abocasen a destruir festivamente todos los signos de ese "hombre nuevo" que se les quería imponer, en especial su principal símbolo, los árboles de la libertad, justamente en orden a recuperar la libertad y los derechos perdidos. Sus enemigos se guiaban por una razón ideológica: inculcar e imponer las ideas revolucionarias para "regenerar al hombre", como decían. Y habían elegido la Vendée como campo predilecto de experimentación. De ahí las ganas con que los vendeanos se lanzaron al combate. La marquesa de Bonchamps, en sus *Memorias*, escribe: "Reinaba entonces en la Vendée una maravillosa actividad en los castillos y aldeas. Se forjaban armas; los pastores se habían



hecho soldados, en sus cabañas resonaba el martillo. Las rejas de arado se trocaban en espadas; la gente que solía llevar sólo vitualla, llevaban ahora en sus carros instrumentos de muerte. Los campos continuaban labrándose, aunque sólo por las mujeres y los niños; pero cuando la fortuna abandonaba a los varones, las mujeres corrían en auxilio de sus maridos, para cubrir la retirada y aun para luchar con ellos y ahuyentar al enemigo. En las batallas resonaban mil voces clamando: «¡Viva la religión, viva el rey, vivan los Borbones!» No se dirigían contra el enemigo, sino que corrían contra él".

## IV. Por Dios y por el Rey

Los republicanos apenas si entendieron los motivos profundos del levantamiento de la Vendée. Para ellos eran reductibles a problemas socio-económicos, como la presión fiscal, las tasas agrícolas, la disminución de la autonomía de los municipios frente a los burgos, etc. Sabían, sí, que había también motivos religiosos, pero en modò alguno podían entender que esa fuera la principal razón. Para que el asunto quedase claro los vendeanos expusieron en un manifiesto los móviles de su alzamiento: "No deseamos la guerra, pero tampoco la tememos. Queremos volver a tener nuestros sacerdotes legítimos, y no intrusos, nuestros antiguos párrocos que eran nuestros bienhechores y nuestros mejores amigos, que compartían nuestras penas y preocupaciones, y mediante su piadosa instrucción y sus ejemplos nos enseñaban a soportarlas. Estamos dispuestos a derramar la última gota de nuestra sangre por la religión de nuestros padres. Queremos de nuevo la monarquía, no queremos vivir bajo un gobierno republicano, que no trae más que división, confusión y guerra". He aquí claramente expuestos los dos motivos del levantamiento: la religión y la realeza.

El 27 de mayo todos los jefes del ejército vendeano hicieron público el siguiente pregón: "Creemos deber proclamar altamente nuestros proyectos y el fin de nuestros comunes esfuerzos. Conocemos el anhelo de Francia, es el nuestro: volver



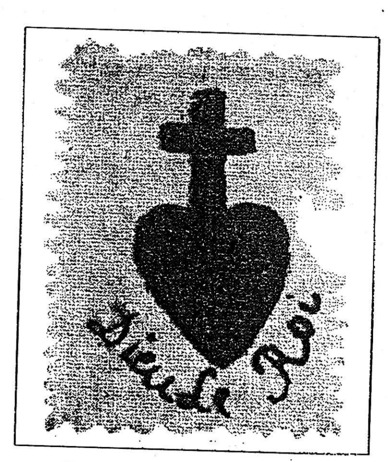
a encontrar y conservar para siempre nuestra santa religión católica, apostólica y romana, y tener un Rey que nos sirva de padre adentro y de protector afuera". Según la idea tradicional, el rey era para ellos, según dijimos, el vicario de Cristo en el orden temporal, verdadero don del Padre celestial.

Uno de los jefes republicanos que acabamos de nombrar, el general Hoche, comprendiendo fácticamente la influencia que los sacerdotes ejercían sobre los vendeanos, para dar un término a su resistencia entendió que la única política inteligente sería atraer al pueblo "al carro de la Revolución", prometiéndosele algunas ventajas sustanciales y una libertad relativa en cambio de su adhesión. "Una vez arreglada la cuestión religiosa –afirmaba en carta al Directorio, el año 1795–, los vendeanos se resignarán a abandonar al rey, e incluso, con el tiempo, a olvidarlo". El gobierno de aquella época no estaba dispuesto a tales concesiones, y menos aún los vendeanos hubieran aceptado dicho *ralliement*.

El 17 de marzo de 1795, un sacerdote, el padre Marchais, pondría en guardia a sus ovejas contra la seducción de una paz falseada: "Sólo con un Rey monarca o soberano y la religión católica triunfante, pero no de otra manera ni en base a cualquier otro pretexto, esperad todo de nosotros y contad con una paz que será tanto más valedera cuanto sea más sólida; será sólida porque será tanto religiosa como razonable". El padre Étienne Bernier, quien sería nombrado en 1796 "agente general de los Ejérci-

tos católicos y reales cabe el Rey y las potencias beligerantes", se expresaba de manera semejante: "Separar el trono del altar, someterse a los regicidas, resignarse al desarme del país, es hacer el juego a los enemigos de la religión; la aparente libertad de la que goza provisoriamente el culto no durará y pronto, cuando el pueblo haya abandonado todo medio de resistencia, ese engaño terminará [...]. Vosotros habéis jurado restablecer el trono, debéis ser fieles a dicho juramento; el perjurio es un crimen". Esto lo decía cuando estaba terminando la segunda guerra vendeana, en 1796. Pero la conjunción de ambos ideales ya tenía vigencia desde el principio, desde el año 1793, que es el que ahora nos ocupa.

*Utrique fidelis,* tal era la divisa, fiel al uno y al otro, a Dios y al Rey, al Altar y al Trono.




*Emblema de los vendeanos*



## 1. *Pro Deo*

Porque por sobre todo la Vendée fue, como lo hemos reiterado, una rebelión eminentemente religiosa, una respuesta a la feroz ideología ateizante o anticristiana, que desde París se quería imponer a sangre y a fuego sobre toda la nación. Una insurrección de este tipo, surgida para defender el cristianismo conculcado, constituye un hecho singular en la historia. "El buen pueblo del campo –escribía el padre Brumault de Beauregard– no tiene otro interés personal opuesto a la revolución que el referente a la religión. Que se le devuelvan los ministros que supieron conquistar su confianza; que se les deje los medios de practicar el culto al que adhiere". Ello era lo principal; lo del rey era segundo.

Tratóse, por consiguiente, de una guerra teológica, un capítulo de la guerra agustiniana de las Dos Ciudades. De un lado la impiedad, el sacrilegio y las matanzas sin compasión. Del otro, el testimonio de los mártires, sea de los que caían con las armas en la mano, dispuestos a morir por la causa sagrada, sea de las víctimas inocentes, mujeres y niños masacrados. Se podrían citar cien ejemplos como el de aquella mujer que exhortaba a su marido a dejarse quemar la mano antes que quemar su catecismo, como se lo ordenaban los verdugos: "¡Ten coraje! es por *le bon Dieu*". Otro ejemplo: cuando uno de los primeros jefes, Jacques Cathelineau, llegó a las proximidades de Jallais,

mandó detenerse a los quinientos hombres que lo seguían y les dijo: "Amigos míos, no olvidemos que estamos luchando por nuestra santa religión". Se arrodilló, se santiguó, y entonó el himno litúrgico *Vexilla Regis prodeunt* ("las banderas del Rey avanzan"). Sabemos también que ese mismo día, el jefe y los suyos pusieron sobre sus camisas la insignia del Sagrado Corazón.

Es cierto que, como lo indicamos más arriba, fue el llamado a la conscripción lo que provocó inmediatamente el levantamiento, pero ello no constituyó la causa real. Como lo ha notado de Viguerie, también en otras provincias dicha medida suscitó el mismo sentimiento y sin embargo no se rebelaron. La región que se levantó en armas fue la que había protestado más enérgicamente contra la persecución de los sacerdotes refractarios, la que para apoyarlos y oponerse al movimiento cismático manifestó su fe de manera clamorosa por medio de procesiones y peregrinaciones a los santuarios marianos, con cientos de miles de personas que iban y volvían caminando. Ya tres años antes de que estallara el levantamiento ese pueblo se había manifestado, y a veces de manera violenta, en contra de la venta de los bienes del clero y el decreto del juramento, arrojando piedras a los guardias que cerraban las iglesias de las parroquias suprimidas y a las autoridades que venían a poner en funciones a los curas constitucionales. El fundamento de esta actitud de resistencia fue incuestionablemente religioso. El sorteo sólo constituyó la mecha que encendió la pólvora. "La insurrección armada –concluye de Viguerie– no es más que la culminación de una movilización espiritual en defensa de la fe".



Por cierto que inspirando dicha movilización había un clero –el clero refractario– que se mostraba muy activo e influyente, y no se dejaba doblegar por el desánimo. A uno de ellos, a quien lo compadecían porque se veía obligado a esconderse continuamente, él les replicaba: "Si los republicanos supiesen cuán contento estoy de ser perseguido por la buena causa, me imagino que se arrancarían el pelo de despecho". Tal celo intrépido suscitaba la admiración de sus fieles, quienes defendían a tales sacerdotes, los amaban y les daban asilo.

Cuando durante la guerra los vendeanos lograban ocupar un lugar, lo primero que hacían era reabrir iglesias, de modo que los "buenos sacerdotes", como la gente llamaba a los refractarios, pudiesen retomar y celebrar las fiestas. El Jueves Santo los fieles volvían a escuchar la pasión, la historia de un Dios que murió por ellos y que a lo mejor mañana les pediría morir por Él. El Viernes Santo veneraban la cruz, cantando el *Vexilla Regis*, entonces himno litúrgico y mañana himno precursor del combate. Y cuando en la Vigilia Pascual el sacerdote entonaba el Aleluya en tono vibrante, no podían dejar de pensar en su religión, hasta ayer humillada, y que ahora renacía. Los enemigos de la Vendée

debían sentirse desconcertados. Hasta el momento, ninguno de sus métodos había tenido éxito. Ni la persecución, ni la descristianización sistemática, ni la introducción de nuevos cultos, ensayados sucesivamente para reemplazar el catolicismo, lograron apartar a los vendeanos de su fe. Cuantas veces en esta guerra, que fue tan larga, había alguna tregua, al punto el culto se restablecía por doquier y de manera espontánea. La respuesta será tan fuerte que impresionará a Bonaparte, impulsándolo a firmar el Concordato de 1801.

No queremos obviar una escena ocurrida el 2 de mayo de 1791 en Saint-Christophe-du-Ligneron, que simboliza de manera acabada la sublime "terquedad" religiosa de los rebeldes de la Vendée. El cura fiel acababa de morir. Corría la voz de que un juramentado vendría a reemplazarlo. Entonces un grupo de campesinos se juntó para oponerse por la fuerza al ingreso del nuevo sacerdote. Pronto llegaron las tropas encargadas de reprimir, iniciándose el combate. En el curso de la refriega, dos paisanos y tres soldados resultaron heridos. El primero de aquellos dos, Paul Barillon, un hortelano de Soullins, se defendió como un héroe, precisamente al pie de un Calvario. El joven, que había recibido veintidós heridas, chorreando sangre, seguía protegiendo con una horquilla el Calvario que se aprestaban a derribar los guardias nacionales. Un soldado lo intimó: *Rend-toi* ("entrégate"), y el paisano le respondió: *Rend-moi mon Dieu* ("entrégame a mi



Dios"). Toda la Vendée se resume en este tan escueto como expresivo diálogo. El pedido del noble aldeano no se limitaba a que se le devolviese "el Dios íntimo de la conciencia", como lo hubiera entendido de haber sido "católico liberal", sino el Dios público, el que estaba representado en la cruz del camino, el Dios que renovaba cada día su sacrificio en la misa, el Dios que quería impregnar con el espíritu del Evangelio todo el orden temporal; que le devolvieran, en última instancia, la Cristiandad que le estaban arrebatando. Todo ello se esconde en este diálogo que resume, como decíamos, toda la Vendée, y que expresa de manera incisiva el carácter religioso de la lucha entablada: *Por Dios*. La escena aconteció, es cierto, dos años antes del levantamiento, pero lo preludia y condensa a la vez. Por algo luego exclamaría Napoleón: "La guerra de la Vendée fue un acto de fe que se renovó en cada sacrificio". Acotemos que el Calvario, finalmente abatido en aquella ocasión, fue rehecho en 1967.

En Angers y en otros lugares, los vendeanos tiraron abajo los llamados "altares de la patria", de la patria nueva, la patria descreída, y volvieron a levantar los altares de Dios, símbolo claro del carácter teológico del alzamiento, del choque de dos cosmovisiones. Cuando ocupaban un lugar derribaban también, como dijimos, "el árbol de la libertad", de la libertad desbocada, y hacían sonar las campanas. No es, pues, de extrañar que al enterarse de una derrota que los republicanos ha-

bían sufrido en estas guerras, el diputado Barère debiese reconocer en la Convención: "¡No ha habido nada parecido desde las Cruzadas! ¡No hay que perder un instante!".

## 1. *Pro Rege*

El grito se reiteraba: "Devuélvannos (*rendez-nous*) nuestros buenos sacerdotes, abajo los intrusos". Pero también pedían que les devolvieran al rey. Ya desde el comienzo del levantamiento, cuando los paisanos invadieron Chemillé, entraron en la ciudad gritando: "Viva el rey y los buenos sacerdotes". Eran dos amores que se cobijaban bajo la misma bandera. El lema de uno de los comandantes, La Rochejaquelein, rezaba *Pro aris, rege et focis* (por los altares, el rey y los hogares). Tal sería la divisa que se podía leer en letras de oro sobre la bandera blanca de la Vendée militar. El blanco era el color del rey.

No bien se enteraron del asesinato de Luis XVI, surgió otro grito: *Vive Louis XVII,* hasta entonces delfín, el hijito del rey guillotinado, encerrado en el Temple. Los vendeanos se hacían la ilusión de liberar un día a su joven rey de mano de sus verdugos y traerlo consigo a Cholet, ya que no podían llevarlo a Reims, para que recibiera allí su consagración real. El 28 de enero, siete días después de la muerte de Luis XVI, el conde de Provence, hermano del rey, lo había proclamado como Luis XVII, declarándose a sí mismo Regente hasta la mayoridad del nuevo rey. Por su parte, el príncipe de Condé, delante de los emigrados en armas, lo proclamó rey, frente a la iglesia de los franceses de Villingen, después de una misa de requiem por Luis XVI. Inglaterra, Cerdeña y España se declararon en favor de Luis XVII. El otro hermano del rey asesinado, el conde de Artois, fue nombrado Lugarteniente general del reino. En una proclama a los emigrados decía el nuevo Regente: "Si es posible alcanzar un consuelo en semejante desgracia, se nos ofrece, en venganza de nuestro rey, poner en el trono a su hijo, y devolver a nuestra patria aquella antigua constitución, la única que puede hacer su felicidad y su gloria". Esta proclama se difundió ampliamente en Francia. La Vendée le dio respuesta con su levantamiento.



El ejército vendeano sería así un ejército alzado en defensa del rey legítimo, y ello por un motivo religioso ya que, como decía el marqués de Roux, la religión les había hecho un deber de conciencia "no cooperar en sostener un poder juzgado usurpador del poder legítimo". Por ello, cuando los jefes vendeanos tomaron conciencia de la importancia de sus fuerzas y de sus logros bélicos, sintieron enseguida la necesidad de ponerse bajo una autoridad superior, de modo que fuesen reconocidos y encabezados por sus Príncipes naturales. Tal fue la razón por la que escribieron al conde de Artois, el

18 de agosto de 1793: "Es al generoso hermano de un Rey que no cesamos de llorar, es a Vuestra Alteza Real que nosotros reconocemos por lugarteniente general de Reino de este niño por el cual estamos prestos a derramar hasta la última gota de nuestra sangre [...]. Queremos expresarle nuestro ardiente deseo de que nosotros y nuestros intrépidos soldados veamos a Vuestra Alteza Real a la cabeza de los nuestros [...]. Venid, pues, Señor, venid [...], nos atrevemos a aseguraros que seremos invencibles teniendo entre nosotros a un Príncipe". Lamentablemente los Príncipes no parecieron advertir la importancia de un paso así, que hubiera permitido poner efectivamente en el trono a Luis XVII. Napoleón diría que si él hubiese sido uno de aquellos Príncipes no hubiera dudado en acudir, aunque fuera en la cáscara de una nuez.

La Revolución se obstinaba en destruir la realeza tradicional. Aunque de hecho los Borbones no estuvieron, ni de lejos, a la altura de las circunstancias, los vendeanos seguían viendo en ellos a los vicarios de Dios en el orden temporal. No olvidaban que en la Navidad del año 496, durante el bautismo solemne de Clodoveo, rey de los francos, que recibió juntamente con tres mil de sus vasallos en la catedral de Reims, el obispo Remigio le había dirigido al caudillo las siguientes palabras: "Inclina humildemente la cabeza, Sicambro; adora lo que has quemado y quema lo que has adorado". Cuenta una leyenda que cuando llegó el día



de su consagración, como el sacerdote que debía llevar el óleo sagrado para dicho rito no podía atravesar la ciudad a causa de la multitud que se había agolpado, una paloma blanca llevó en su pico la botellita de óleo *–ampulla–* hasta el altar, y un ángel trajo una bandera bordada con flores de lis, que sería la enseña de los reyes de Francia. Pues bien, esa Santa Ampolla, empleada desde entonces en la consagración de los reyes, había sido rota por el convencional Rhül, pastor luterano, justamente en el año en que estamos, 1793, sobre el pedestal de la estatua derribada de Luis XV, en el corazón de la Plaza Real de Reims, "para dar una fiesta a nuestros buenos patriotas y amigos", se dijo. Algunas gotas de ese líquido sagrado fueron salvadas entonces de la profanación y, mezcladas con el Santo Crisma, pudieron todavía servir para ulteriores consagraciones.

Los soldados de la Vendée luchaban, pues, por su Dios y por su Rey, el descendiente del viejo Clodoveo, intuyendo que no hubiera tenido sentido luchar sólo por la religión o sólo por el rey. Había que defender ambas cosas a la vez. De ahí que quisieran llamarse *Armée Catholique et Royale*. Por sobre la causa política, sin embargo, reiterémoslo una vez más, primaba la causa religiosa, la que defendían los "buenos sacerdotes". Ya desde el comienzo del levantamiento, el 24 de marzo, quisieron dejar en claro, a través de un manifiesto, que si bien su intento se dirigía a restablecer el trono y la

religión, había una jerarquía de intereses. "El restablecimiento del culto católico y romano –escribe Gabory–, es lo que principalmente movió a los campesinos a tomar las armas". Cuando se detenía a algunos de ellos, inmediatamente hacían ante los jueces protesta pública de su catolicidad. Como ya lo hemos señalado, sus adversarios calificaban dicha actitud de delirio: "Es de su parte un verdadero fanatismo, como en el siglo IV –opinaba el convencional Volney, enviado por el gobierno a aquella región–. Se los ejecuta todos los días, y todos los días mueren cantando cánticos y haciendo su profesión de fe". El general Berruyer, por su parte, constataba: "Morir es para ellos el comienzo de la felicidad". El general Turreau no vacilaría en compararlos con los cruzados.

Dos causas, pues, se conjugaban en aquellos guerreros, la monárquica y la religiosa, pero con preeminencia de la segunda. Uno de sus principales héroes, Maurice d'Elbée, confesaría al morir: "Juro sobre el honor que a pesar de que yo desease sincera y verdaderamente el gobierno monárquico, no tenía ningún proyecto particular y habría vivido como ciudadano pacífico bajo cualquier gobierno que fuese, con tal que hubiese asegurado mi tranquilidad y el libre ejercicio del culto religioso que he profesado siempre".

Una anécdota confirmará nuestro aserto. El 11 de mayo de 1793, el diputado de la Convención, Lecointre-Puyravaux, jacobino militante, denunció



a sus colegas lo que creía ser la traición de un republicano, el general Quétineau, vencido y hecho prisionero por los vendeanos en Thouars. Para demostrar que realmente hubo traición, el convencional comenzó alegando que el general vencido había comido con los jefes de los rebeldes, siendo su anfitrión el marqués de Bonchamps. Por tanto, concluía, con ello ha demostrado su acercamiento a los aristócratas. Pero como el hecho pareció insuficiente para convencer a los miembros de la asamblea, el convencional agregó un agravante, a saber, que el general vencido había entonces exclamado: "¡Viva el rey, viva la reina!". Era un indicio flagrante de su aceptación de la realeza, segundo grado, más grave, de la prueba de traición. Mas al advertir que sus colegas se mostraban aún indecisos, entendió que debía aportar a la prueba de la traición de Quétineau un dato del todo contundente. Entonces señaló que el general había "incluso" gritado: "¡Viva Jesucristo!". Era el tercer y supremo grado de la prueba de traición. Ya nadie dudó. Quétineau merecía la muerte. Al parecer, el general era un hombre ingenuo, porque, cuando le fue posible hacerlo, volvió a la zona republicana para probar que había cumplido con su deber; inmediatamente fue detenido, juzgado y ejecutado.

Dios y el Rey. Aquellos vendeanos, como lo observamos más arriba, entendían que la religión no era separable de la conformación de la sociedad. No quedarían satisfechos con que se "tolerase" la

práctica de la religión verdadera, sino que además anhelarían el reconocimiento de la realeza social de Jesucristo, es decir, la impregnación evangélica del orden temporal. No eran liberales. Afirmaban, al menos implícitamente, la necesidad de un orden político católico, fiel a la doctrina del Evangelio, más allá de las debilidades de sus representantes, religiosos o políticos. Los vendeanos combatieron por Dios, Señor de las almas, pero también por Dios, Señor de la ciudad católica. No se contentarían con un Dios prisionero en las sacristías, en medio de una sociedad liberal e iluminada por las "Luces".



## V. ¿Iniciativa de los nobles o del pueblo?

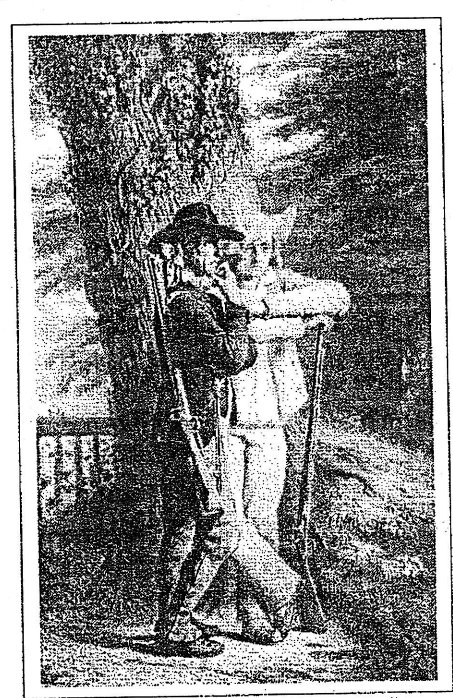
La nobleza de la región de la Vendée militar tenía sus características propias. Ante todo estaba hondamente enraizada en la tierra, lo que le merecía un respeto generalizado. El castillo era el corazón del pueblo. Todos conocían el camino que a él conducía, principalmente los pobres, que allí siempre encontraban acogimiento. La nobleza de esa zona parecía vivir una edad de oro. Es cierto que algunos nobles habían sido infiltrados por el espíritu de la Ilustración, o al menos no se proclamaban abiertamente contrarrevolucionarios. Pero constituían casos excepcionales. Por lo demás, tratábase de una nobleza nada versallesca; era más bien sobria y frugal. "Los castillos –afirma Mme de La Rochejaquelein– estaban edificados y adornados sin lujo, no se veían grandes parques ni elegantes jardines. Los nobles vivían sin boato, con suma sencillez. Cuando su jerarquía o el servicio de la corona los sacaba por algún tiempo de su región, no traían al volver las costumbres y el tono de París; su mayor lujo era una buena mesa y el único deleite la caza. Los nobles de Poitou fueron en todo tiempo buenos cazadores. Este ejercicio y la vida que llevaban, los acostumbraron a tolerar penalidades, y a renunciar a los goces ordinarios de los ricos. Los señores viajaban a caballo o en litera, o en un coche tirado por bueyes".

El historiador Weiss nos ha dejado una fidedigna descripción del ambiente en que se movía la nobleza vendeana. Las relaciones entre nobles y labriegos, escribe, eran diferentes que en el resto de Francia; reinaba entre ellos, como lo acabamos de señalar, una cercanía que no se hallaba en otra parte. "Los señores no cercaban su terruño; repartían la cosecha con sus chacareros que lo trabajaban; cada día tenían, por tanto, comunes provechos y relaciones que presuponían mutua confianza y honradez". Como las propiedades estaban muy repartidas, el señor se encontraba en constante trato con los chacareros, los trataba paternalmente, los visitaba a menudo en sus chacras, hablaba con ellos de su situación, del cuidado de la hacienda, tomaba parte en sus penas y pesares, que a veces lo afectaban también a él, asistía a las bodas de sus hijos y bebía con los huéspedes. El domingo había baile para todos en el patio del castillo. Cuando era día de caza, el párroco lo anunciaba a sus fieles desde el púlpito. Cada cual tomaba su fusil e iba al lugar señalado. De manera semejante y con la misma naturalidad serían luego convocados a la guerra.

Tales costumbres crearon un pueblo excelente: "Son mansos, devotos, hospitalarios, afectuosos, valerosos y alegres –prosigue Weis–; las costumbres son puras, son muy honrados. Nunca se oye hablar de un crimen, rara vez de un litigio. Eran adictos a sus señores, y su reverencia se expresaba confiadamente. Su carácter, que tiene algo de salvaje, reservado y desconfiado con los forasteros, infundía toda-



vía más adhesión a los que hacía tiempo se habían ganado su confianza". Si bien, como dijimos, algunos de los nobles experimentaron cierta simpatía por las ideas revolucionarias, cada vez se mostraban más descontentos con el nuevo curso de las cosas. Bien ha escrito Calderón Bouchet: "Ambos estamentos [el de la nobleza y el pueblo] compartían una fe sencilla y muy viva, un mismo amor al terruño e idénticos gustos. Una Edad Media paternal y agrícola se prolongaba en aquella región de Francia".



*Soldados vendeanos*

Podía advertirse, eso sí, cierto enfrentamiento entre el campo y la ciudad. En la Vendée, la resistencia a la Revolución fue en alguna manera la lucha de los nobles y de los campesinos contra los burgueses, contra los ciudadanos ávidos. Porque la nobleza era ajena a la codicia y mostraba una ineptitud hereditaria para la industria y el comercio, más propios de los burgueses.

La "historia oficial" se ha propuesto imponer la idea de que la Vendée fue el producto de un enfrentamiento de clases entre la nobleza opresora y el pueblo humilde, al que no le quedaba sino acatar. Según dicha versión, los nobles, y también el clero, fueron quienes empujaron a aquellos pobres paisanos, totalmente incultos, a defender los privilegios de sus amos. Los hechos desmienten absolutamente dicho aserto. Porque en la realidad, el levantamiento partió del pueblo y sólo después arrastró consigo a la nobleza. "El pueblo era sencillo, laborioso y piadoso –escribe el mismo Weiss–, no corrompido con la literatura disolvente del siglo XVIII. La nobleza no se había arruinado por la prodigalidad y la frivolidad de aquella época; y en la pureza de costumbres y en la fe poseyeron ambos la fuerza para acciones heroicas en la lucha por las ideas que habían fundado la grandeza de Francia". Se trató, pues, de una confluencia enriquecedora, con objetivos comunes: Dios y el Rey. Mas fueron los aldeanos quienes tomaron la iniciativa. Ellos querían luchar por sus ideales. Pero



para hacerlo convenientemente necesitaban jefes adecuados. "Si tenemos nobles a nuestra cabeza, iremos a París", decían.

Por cierto que cuando hablamos de "pueblo", debemos incluir también en él, además de los campesinos, a numerosos artesanos, e incluso a algunos comerciantes honrados, si bien estos últimos fueron contados. Se levantó, entonces, el pueblo. Pero ¿dónde encontrar jefes? Muchos de los nobles que prestaron servicios en el ejército real, habían emigrado. Los que permanecían, no mostraban demasiado interés en este movimiento exclusivamente popular, e incluso entendían que muy difícilmente podrían triunfar. Un republicano, Jules Simon, nos informa:

> No son los príncipes cuyos pensamientos y esperanzas estaban en los ejércitos de Condé [...]. No es la nobleza local. Hoy se sabe que aquélla preveía el fin, que advertía y resistía, y que fue menester que la obligaran a ser heroica [...]. Estuvieron, como sus paisanos, por los curas refractarios contra los constitucionalistas, pero se puede suponer que su fe era menos simple y menos viva, y que no eran tan extraños a las controversias filosóficas como los campesinos [...]. Tenían mucha experiencia y seguían de cerca la marcha de los acontecimientos; no se hacían ilusiones sobre la suerte de una insurrección local. La vieron nacer con tristeza, y se esforzaron, dentro de lo posible, para evitar que estallara [...]. Es verdad que fueron obligados por los insurgentes y amenazados con una violencia, que no era vana palabrería, a tomar el mando de las tropas. Pero una vez decididos, lo hicieron sin reservas. Comenzaron por dar su

fortuna y después dieron la vida. De esta manera los nobles y los sacerdotes fueron los jefes de la revuelta, pero no sus instigadores. Es el paisano vendeano el que se rebeló primero y solo contra la Revolución".

Tal fue el proceso: al comienzo los paisanos se lanzaron por su cuenta. Pero enseguida entendieron que la cosa no sería tan sencilla, y que tendrían que recurrir a personas más inteligentes y poderosas, a aquellos cuyos castillos, desde hacía siglos, se levantaban en medio de las chacras.

Hubo, por cierto, algunos casos, realmente excepcionales, en que fueron personas de extracción popular quienes encabezaron operaciones militares. Por ejemplo un joven llamado *Forestier*, de 18 años, hijo de un zapatero de aldea, que con el tiempo llegó a ser general, desempeñó un brillante papel en los combates. Otro caso de hombre común invitado a acaudillar las huestes todavía informes, fue *Jacques Cathelineau*. Tratábase de un vendedor ambulante de 34 años, padre de familia numerosa, y conocido en toda la región por su piedad y sus virtudes. No sería sino él quien el 13 de marzo dio la señal de la guerra santa.

Con razón señala Mme de La Rochejaquelein en sus *Memorias:* "La igualdad reinaba mucho más en el ejército de los vendeanos que en el de la República; nunca pude saber si había más oficiales nobles o burgueses. Sólo se atendía al mérito, nunca a la nobleza". Y en otro lugar: "Ni los sacerdotes



ni los nobles fomentaron o comandaron nunca la revuelta; secundaron a los campesinos, y sólo cuando la revuelta estaba lanzada; entonces la apoyaron. No niego que la desearon; pero hay que entenderlo, por poco que se piense, ninguno de ellos era tan loco como para enrolar a un puñado de campesinos sin armas y sin dinero para atacar a toda Francia". Comentando el testimonio de esta mujer, Michel Ragon escribiría en 1992: "Podría ser citada como parcial, a pesar de que no se vea qué ventaja podía sacar la viuda de uno de los jefes rebeldes más estimados, Luis de Lescure, en mostrarlo como seguidor de una revuelta y no como su iniciador". Lo que afirma esa señora es completamente lógico. Los nobles sabían bien lo que era una guerra. ¿Qué podían esperar de aquellos paisanos mal armados y sin adiestramiento alguno frente a los ejércitos de la República? Lejos, pues, de predicar la rebelión, hicieron todo lo posible para que los paisanos permaneciesen tranquilos en sus granjas y no se expusiesen a previsibles represalias.

Como se ve, en modo alguno se puede afirmar que la idea del levantamiento partió de los nobles; éstos no hicieron sino responder generosamente al llamado de los paisanos. Traigamos a colación algunos casos de nobles que fueron convocados, aun contra su voluntad. Entre ellos podemos nombrar a *M. Danguy,* caballero de San Luis, antiguo capitán en un regimiento. Era más que sexagenario y casi ciego. En vano se excusó, alegando que ape-

nas si podía moverse. Lo pusieron sobre un caballo y lo llevaron con ellos, si bien les hizo prometer que lo dejarían volver a su casa a la puesta del sol. Forzado a combatir, acabaría finalmente guillotinado por los republicanos en Nantes. Días después se vio llegar al marqués *de la Roche-Saint-André*. Se presentó poco menos que en piyama, para que quedara en claro que no se incorporaba sino forzado. Sus paisanos, que lo querían por jefe, habían ido por él a su morada.

Otro día un grupo se dirigió al castillo de un caballero llamado *François Charette*, antiguo oficial del rey, decididos a no irse sin él. Al caballero el proyecto le parecía una locura, una tentativa condenada de antemano al fracaso. Entonces se escondió debajo de la cama, con la esperanza de que quienes lo buscaban siguiesen de largo al no verlo aparecer. Ellos empezaron a gritar: ¡Charette, Charette! Hasta que tuvo que mostrarse; pero todavía se resistía. ¡Es una vergüenza, le dijeron, que un antiguo oficial del rey se niegue a combatir a los sacrílegos que mancillan las iglesias y aprisionan a los sacerdotes! Después de tres días de insistencia, Charette acabó por aceptar. Iré, les respondió, pero con la condición de que me obedecerán puntualmente. Los condujo entonces a un lugar espacioso y allí les dirigió una arenga, prometiéndoles el retorno de los buenos sacerdotes y la reapertura de las iglesias; más aún, concluyó, el pequeño rey prisionero subirá finalmente al trono. Dirigióse luego con sus hom-



bres a uno de esos Calvarios que se encontraban en un cruce de caminos, y allí pronunció una nueva alocución. Se ve que lo había tomado realmente en serio. Todos lo escucharon con atención, seducidos por su actitud marcial. Allí se comprometió bajo juramento solemne ser fiel al rey, y no deponer las armas hasta que la religión fuese restablecida. Señalemos que, por lo general, los nobles aceptaban combatir ante todo por el trono, y en segunda instancia, también por el altar. El campesino, en cambio, anhelaba preferentemente luchar por el altar, y luego por el trono; menos lo movía el amor al rey que el odio a la República sacrílega.

Cierto día, los paisanos que vivían en las cercanías del castillo del marqués *Charles de Bonchamps* se presentaron para pedirle que se pusiera a su cabeza. Dicho marqués pertenecía a una de las familias más antiguas del país. Tiempo atrás se había negado a prestar el juramento que la República exigía a todos los oficiales, tras lo cual se retiró a su castillo. Pues bien, ahora los labradores le "rogaron" que se pusiera al frente de ellos. Pidió tiempo para meditarlo. Pero ellos urgieron una respuesta. "Bueno –les dijo– ¿están ustedes irrevocablemente dispuestos a sacrificarlo todo por la santa causa que quieren defender? ¿Prometen no abandonarme nunca?". "Sí, sí", le respondieron. "¿Juran ser fieles a nuestra sagrada religión, a nuestro joven rey que se consume en la cárcel, y finalmente, a la monarquía y a la patria?". Todos juraron morir en

la defensa del altar y del trono. Entonces el marqués los exhortó, en nombre de la religión, a mantenerse siempre alejados de aquellas crueldades que por lo regular acompañan a las guerras intestinas. A su mujer le dijo al despedirse: "Ármate de valor, redobla tu paciencia y abnegación, pues te serán muy necesarias; no hemos de engañarnos; no hemos de contar con una recompensa aquí abajo; estaría por debajo de la pureza de nuestra intención y la santidad de nuestra causa. Ni siquiera hemos de contar con la gloria entre los hombres; en la guerra civil, no la hay. Veremos nuestros castillos incendiados; seremos saqueados, proscritos, insultados, calumniados, y acaso sacrificados. Demos más bien gracias a Dios, porque nos da este modo de ver, pues esta previsión duplica el merecimiento de nuestras acciones". Agrega su esposa en las *Memorias* que luego escribiría: "Me desgarró el corazón cuando lo vi marcharse tan solo en medio de aquellos labriegos sin disciplina ni pericia militar".

En otra ocasión un grupo de paisanos se dirigió a la casa de *Maurice d'Elbée*, antiguo teniente del ejército. Ese mismo día acababa de ser padre por segunda vez. "¿Podrán ustedes resistir a las tropas de la República?", les dijo. Dos días hizo esperar la respuesta. Al tercero, una nueva insistencia de los demandantes disipó toda reserva. "Entonces –les dijo– iremos hasta el fin, hasta la victoria". De hecho, iría hasta la muerte, y muerte gloriosa, que es también una forma de victoria.



Otro caso, el de un grande, *Henri de La Roche-Jaquelein*. La vida, a pesar de la dureza de aquellos tiempos, se le abría por delante llena de esperanza. Tenía 20 años y, como tantos otros, debía presentarse para ser alistado. El joven campesino que le trajo esa noticia preguntó: "Señor, ¿podéis ir a alistaros mientras vuestros labriegos se baten contra el alistamiento? Venid con nosotros; todo el país os desea y os obedecerá". Ya la guerra había estallado y varias derrotas habían jalonado los enfrentamientos, por lo que nuestro joven no podía sino ver bajo los colores más sombríos la lucha a mano armada. Los paisanos querían a todo precio que él se pusiera a su frente. Pero a él no le pareció oportuno, de modo que por el momento la cosa quedó como una expresión de deseos. Pasaron los días. Volviendo en cierta ocasión de un corto viaje, al entrar en su castillo encontró el patio lleno de paisanos. "Señor Henri –le dijeron–, los azules marchan sobre nosotros; poneos a nuestra cabeza, defendednos– Henri trató de que razonasen. Resultó inútil. "Señor Henri –le dijo un chacarero– si vuestro padre estuviese aquí, no habría tenido miedo de comprometerse". Henri lo miró y exclamó: "¡Bueno, sea! Acepto. Que toquen a rebato. La cita es mañana por la mañana acá". A esa hora lo esperaban 3000 hombres. Henri pasó revista. Luego, con el entusiasmo y la altivez propios de la juventud, les dirigió una arenga: Si mi padre viviera, dijo, tendríais confianza en él. Yo, es cierto, soy todavía muy joven, pero trataré de ha-

cerlo lo mejor posible. "Si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, vengadme". Lo aclamaron.

Un último caso, el del marqués *Luis de Lescure*. Vivía habitualmente en su castillo de Clisson, cerca de Bressuire, y no era muy amigo de hacer o recibir visitas, fuera de la de su primo, que era justamente Henri de La Rochejaquelein, con quien compartía las mismas ideas. El 10 de agosto de 1792, a pedido de María Antonieta, había participado voluntariamente en la defensa de las Tullerías. Vuelto a su castillo, fue allí detenido con su familia hasta el 1° de mayo de 1793, siendo liberado con la ayuda de su primo Henri. Como era oficial de la Guardia nacional de su aldea, en cualquier momento podía ser requerido por el gobierno para reprimir a los rebeldes de la Vendée. Fue precisamente en esos cruciales momentos cuando lo abordaron los paisanos y su primo Henri, en el castillo de Clisson. Conocemos detalles de lo acontecido en ese encuentro por las *Memorias* de Mme de La Rochejaquelein. Henri, el más joven, habló primero: "Nunca combatiré contra los labradores o los emigrados". A lo que Lescure acotó: "Yo no pelearé nunca contra mis amigos". "Es, pues, cuestión de morir". Así a La Rochehaquelein se le unió su primo Lescure, de 27 años, excelente oficial de una rara piedad. Sería llamado "el santo de Poitou".



## VI. Cómo era el Ejército Católico y Real

Las poblaciones vendeanas se dividían en dos grupos. Porque no todos se encolumnaban entre los que luchaban con las armas en la mano. El primero de ellos lo formaba la parte no combatiente de la población; su tarea consistía en mantener los sembrados, levantar las cosechas y cuidar a los animales. Ellos debían también alertar de posibles incursiones, prevenir a la población en caso de peligro e incluso resistir a un ataque eventual. Los molinos diseminados por los campos tenían un papel relevante en este sentido. Colocados por lo general en lugares elevados, parecían especialmente aptos para vigilar los territorios vecinos de donde provenía el peligro y consiguientemente alertar a la población. Sus propietarios usaban las aletas de los molinos para transmitir diversos mensajes. Así, las alas en cruz de San Andrés significaban calma; en forma de cruz común, llamado a congregarse; el ala baja a la izquierda de la puerta de entrada, peligro próximo; las aletas en forma de equis, pasó el peligro. De este modo, los molinos no sólo servían para proveer el pan cotidiano al campesino, sino también para comunicar mensajes relacionados con los acontecimientos bélicos.

Al conocer esta estratagema que empleaban los vendeanos los combatientes del otro bando optaron por una solución tan simple como drástica:

derribar todos los molinos. Las señales de los molinos se completaban con un grupo de mensajeros, a pie o a caballo, que advertían convenientemente a las poblaciones del avance del enemigo. Entonces los habitantes no aptos para el combate se distribuían en la zona y trataban de demorar lo más posible la marcha del adversario, con troncos atravesados en el camino, carretas quebradas, que servían de obstáculo, etc.»

El segundo grupo abarcaba a los varones en edad de llevar armas, o sea, desde los trece años. A su cabeza, un estado mayor, compuesto de un general en jefe, un segundo comandante y varios generales subordinados al comandante, todos libremente elegidos por los soldados.

### 1. *Su composición, uniforme y armamento*

Cuando los enemigos se ponían en marcha, la región entera entraba en estado de alerta. Los molineros hacían lo suyo. Los capitanes de parroquia ordenaban tocar las campanas a rebato. Al escucharlas, el campesino dejaba el arado, tomaba su guadaña o su fusil, se proveía de raciones de pan para varios días, y partía al combate. Las parroquias cercanas se agrupaban en un lugar previamente convenido. En menos de veinticuatro horas un ejército estaba de pie. Dicho ejército contaba con una sección de infantería, cuyos integrantes llevaban los cartuchos o balas en los bolsillos. La segunda sección estaba compuesta por la caballería; pocos la integraban, ya que la zona no se prestaba tanto para grupos montados. Finalmente la artillería.



Al comienzo de la guerra los combatientes marchaban sin armas. Las primeras fueron muy elementales, bastones, garrotes, guadañas y máquinas de podar; luego recurrieron a fusiles de caza. Los vendanos, por ser cazadores, tenían excelente puntería. El general Turreau no vaciló en elogiar su habilidad en este campo: "Ningún pueblo conocido, por guerrero que sea, saca partido tan grande del fusil". Pronto las derrotas de los republicanos, que avanzaban imprudentemente en zonas de malezas y pantanos por ellos desconocidas, con cañones y cajas de municiones, los proveyeron de un parque impresionante de cañones, unos 300 en los tres primeros meses de la guerra, pero sobre todo de fusiles y de pólvora. Los paisanos se divertían muchísimo oyendo el estrépito de esas armas, hasta entonces por ellos desconocidas, si bien les costó familiarizarse con tanto ruido. Pronto aprendieron a hacer metralla, e instalaron tanto arsenales como depósitos de armas. Varios prisioneros republicanos entendidos en ese menester, aportarían su colaboración forzada.

Cuando los combates se generalizaron resolvieron elegir un generalísimo, para unificar las operaciones. Sería el comandante en jefe de todos los

grupos. El primero de ellos fue Cathelineau. Luego d'Elbée, La Rochejaquelein, Stofflet, etc.

No es fácil determinar el número preciso de los combatientes vendeanos. Se habla de 60.000 o quizás de 100.000 hombres. Lo que hace difícil conocer la cantidad exacta es el estilo del combate. Al comienzo, sus miembros se enrolaban, pero luego, no bien terminada la batalla o la campaña, ponían su fusil en bandolera, y retornaban a sus hogares para asegurar la siembra o la cosecha. Eran muy hogareños, no resultándoles posible olvidar a los miembros de su familia. Como señala Gabory, el soldado vendeano no dejaba de ser un campesino, y a pesar de su adaptación a las necesidades castrenses, la organización bélica seguiría siendo rudimentaria y hasta caótica. Uno de ellos dejó 45 veces su casa y combatió 66 veces, recorriendo 400 kilómetros.

Los combatientes no tenían uniforme propio. El vestido se componía generalmente de una chaqueta de tela rústica, bombachas y un cinturón de lana roja; se cubrían con un sombrero de alas anchas, con escarapela blanca, o, más simplemente, un pañuelo colorado. Como calzado usaban albacas. Los bolsillos de la chaqueta servían de cartucheras. A veces, una mochila tomada a los republicanos era empleada como recipiente de víveres. Los soldados llevaban un estandarte blanco, que era el de la monarquía, con la imagen del Sagrado Corazón o de la Virgen, así como la insignia: Dios y Rey.



De noche dormían al raso. Las comidas las tomaban proveyéndose en los lugares por donde pasaban. Si se trataba de grandes unidades –en algunos casos 40.000 hombres–, requisaban el pan y la comida, con la promesa de devolver el costo cuando llegase la paz. Los combatientes eran hombres y adolescentes; en algunos casos, también mujeres, pocas, por cierto, a veces vestidas de hombres. No recibían, como era obvio, sueldo alguno. El hecho de recibirlo hubiese aminorado, en su opinión, el valor del sacrificio que estaban ofreciendo a Dios.

Los burgueses de las ciudades que asistían como espectadores al paso de las columnas vendeanas no podrían olvidar esa visión que parecía de otra época. Adelante iban los que llevaban armas de fuego: viejos arcabuces conservados en los castillos, fusiles de caza, largas y pesadas escopetas. Luego avanzaban los que portaban armas blancas. La misma diversidad: sables tomados al enemigo o forjados de manera casera; bayonetas; guadañas, ayer destinadas a las cosechas, hoy terribles cosechadoras de hombres; enormes cuchillos de lagares que hacían brotar sangre en vez del jugo de las uvas: finalmente, simples bastones a los que se les ajustaba una punta de hierro larga y acerada, que llamaban picas. Tras la infantería venían los de la caballería, al trote pesado y desigual. Nada más extraño y pintoresco. Un muchacho de 16 años a quien Bonchamps le había dicho: "Eres demasiado

joven para servir, no podrás seguir al ritmo de los nuestros", le respondió: "Iré a caballo". "Pero no tienes caballo", le replicó el jefe. "Se lo sacaré a uno de los azules". Así se sentían frente al adversario: inermes. Se cuenta que en cierta ocasión, al ver al enemigo poderoso que se acercaba, y ellos carecer de medios de combate, un grupo de vendeanos se acercó a su comandante: "General –le dijeron–, ¡no tenemos más pólvora!". A lo que éste les respondió: "¿No hay más pólvora? Bueno, en frente ellos la tienen, ¡no hay más que ir a tomarla!".

En cuanto a los efectivos propiamente dichos, señala Gabory que pronto se pudieron distinguir cuatro ejércitos principales que abarcaban el conjunto de los combatientes de las provincias insurrectas: el de Poitou, el de Anjou, el del Centro y el de Marais. El primero, que igualaba en cantidad a los otros Ejércitos reunidos, llevaba el nombre de "Gran Ejército", si bien algunas veces ese término era empleado para designar la totalidad de las tropas. Tuvo por jefes a Lescure, Marigny y La Rochejaquelein. A la cabeza del segundo, el Ejército de Anjou, que contaba entre 10.000 y 15.000 hombres, lo encontramos a Cathelineau, Bonchamps y d'Elbée; más adelante a Stofflet, y luego a d'Autichamps. El Ejército llamado del Centro, de unos 5000 hombres, se movía entre Montaigu y el mar. El cuarto Ejército, el de Marais, conducido por Charette, acabaría por ser el más importante de todos. El órgano unificante de esta



organización fue el gran Consejo de la Vendée militar, que administraba el territorio conquistado, en nombre de Luis XVII, para el cual se construyó una casa en Beleville. El 12 de junio fue este Consejo el que eligió a Cathelineau como primer generalísimo, a quien sucederían d'Elbée y La Rochejaquelein.

### *2. El espíritu sobrio y guerrero de los vendeanos*

Ocho ejércitos republicanos cercaron la Vendée, con afamados generales a su frente. Se los denominaba *Azules*, por el color de su uniforme, en contraposición a los *Blancos*, así llamados por la escarapela que llevaban en su chaqueta. ¿Cómo combatían los vendeanos? La marquesa de Bonchamps nos revela en sus *Memorias* algunas peculiaridades: "El fogonazo de un cañón era para ellos la señal de arrojarse al suelo e invocar al Dios de los ejércitos; el estampido era la señal para volverse a levantar rápidamente, lanzarse contra las baterías, y acuchillar con rapidez todo lo que oponía resistencia". Resalta asimismo que cuando en su marcha hallaban una cruz de misión, todos se detenían y se arrodillaban para orar. Uno de los jefes quiso un día reprenderlos por la inconveniencia de dicha costumbre. Pero Lescure lo interrumpió enseguida: "Déjelos rezar; con ello se hacen más fuertes". Una vez, agrega la marquesa, en-

contrándose frente a fuerzas superiores, exclamaron: "¡Adelante, marchemos al cielo!", y se lanzaron sobre los batallones enemigos, felices por sufrir rápidamente el martirio.

Como es natural, los azules luchaban con otro espíritu, nada religioso, por cierto, sino más bien vengativo. Por los cronistas sabemos que eran más cobardes en la lucha y más crueles en la victoria. Los jefes vendeanos se mostraban, por lo general, auténticos caballeros; sus soldados eran sobrios, según lo señalamos anteriormente, usando sogas en vez de riendas, albacas en lugar de botas, y vestimenta de toda clase; al cinto llevaban dos pistolas, de la espalda colgaba el fusil, y el sable de una cuerda. En la cola del caballo a veces ataban una tricolor, o las charreteras de algún azul vencido. Cuando conquistaban un pueblo, lo primero que hacían era derribar el árbol de la libertad, símbolo predilecto de los republicanos, y luego lo quemaban. Entre ellos estaba rigurosamente prohibida la embriaguez, así como el juego y las riñas. Mme de La Rochejaquelein refiere haber asistido a una escena singular entre dos jinetes. Uno de ellos, a raíz de cierta discusión, sacó el sable e hirió ligeramente al otro; éste quiso reaccionar. Intervino enseguida el oficial: "Jesucristo perdonó a sus verdugos –le dijo– ¿y un soldado del ejército católico quiere matar a su camarada?" Los contrincantes se abrazaron. El coraje debía mostrarse contra los azules.



Cuando la columna era grande, compuesta a veces de infantería, caballería y artillería, sus componentes solían albergarse en las pequeñas aldeas o en las granjas que estaban a su paso. La camaradería reinaba entre ellos; caballeros, ciudadanos y paisanos se alimentaban de los mismos platos y compartían las mismas cuchetas. Para la atención de los enfermos se valían de algunos médicos y cirujanos que se encontraban entre los que habían tomado las armas. Al acabar el combate, juntaban a amigos y enemigos heridos para que todos fuesen atendidos. También había hospitales en abadías y conventos, e incluso uno fue instalado en medio del monte para la atención de dos mil heridos. Por lo demás, estaban admirablemente informados por sus espías; sabían cuándo el enemigo había salido de sus bases, la dirección y el destino de sus columnas. A veces eran mujeres o gente disfrazada de mendigos quienes acercaban la información.

Pero el principal motor de sus victorias, más allá de sus métodos de combate, fue el factor moral, el entusiasmo que ponían en sus propósitos. El general Turreau señalaba con cierta razón en sus adversarios "la especie de delirio, de embriaguez, que les daban éxitos inesperados". Goupilleau, miembro de la Convención, decía de ellos: "Están de tal modo fanatizados, que no tienen necesidad sino de un pedazo de pan negro y de agua por toda provisión, y así, conducidos por jefes inteligentes,

guiados por un furor religioso, no aspirando sino a la gloria del martirio, se precipitan sobre nuestros cañones y sobre nuestras armas. Un gran número perecen, pero a menudo el resto triunfa".

El coraje de aquellos guerreros improvisados era proverbial, fruto de su convicción y de su espíritu sobrenatural. Cuando se les preguntaba si tenían miedo antes del combate respondían con las palabras de uno de sus himnos: "Sólo tenemos un miedo en el mundo: ofender a nuestro Señor". Todas las noches se juntaban las diversas secciones para la oración. Un oficial republicano que había participado en los combates, se animó a reconocer en un club de los jacobinos: "Nuestros éxitos en la Vendée han sido breves, y nuestras derrotas frecuentes. Ni uno de nuestros Generales posee la confianza absoluta de los soldados: necedad, liviandad, traición, éstas son sus principales cualidades. Los batallones de París constan en verdad sólo de gente que se ha dejado alistar por 500 francos, y no son del todo a propósito para obtener una victoria [...]. No hay crimen ninguno de que no se hayan hecho culpables. Están familiarizados con el robo, las violaciones, el saqueo; las liviandades y los crímenes están del lado de los patriotas. Es un grande error aplicar las reglas de la táctica contra gente que va a la batalla con el rosario en la mano, y armados con simples palos se lanzan contra nuestra artillería. No se baten por sus nobles, sino por sus sacerdotes [...]. No podemos persuadirles nuestros principios; o los hemos de aniquilar a todos, o ellos nos aniquilarán a nosotros".



Como hemos señalado anteriormente, hasta las mujeres se sentían inclinadas a intervenir en los combates. El Consejo de Guerra había prohibido severamente admitirlas en las filas de los combatientes vendeanos. A pesar de ello, una que otra vez se halló entre los caídos alguna joven disfrazada. "Poco antes de la batalla de Thouars –refiere Mme de La Rochejaquelein– vino a mí un soldado, al castillo de Boulay, y me dijo que me quería comunicar un secreto: era una doncella y deseaba un chaleco diferente del que se daba a los soldados más pobres, y me pidió que no dijera nada de eso a Lescure. Se llamaba Juana Robin, y era de Coulay. Escribí a su párroco; él contestó que era una muy virtuosa doncella, pero no había podido disuadirla de ir a la guerra. Antes de marcharse se había confesado y recibido la Sagrada Comunión. La noche antes de la batalla de Thouars le dijo a Lescure: «General, soy una doncella, la señora de Lescure lo sabe [...]. Mañana es día de batalla. Hacedme dar unos zapatos; cuando hayáis visto cómo me bato estoy segura de que no me despediréis». En realidad peleó tenazmente a la vista de Lescure. «General –le gritó una vez–, no os adelantaréis a mí. Siempre estaré más cerca de los azules que vos». Fue herida en la mano. «No es nada» –dijo–; se lanzó exasperada en lo más empeñado de la batalla y recibió un tiro. Los adversarios ha-

blaron en sus periódicos de una nueva Doncella de Orleans, que había surgido entre los vendeanos".

A veces las mujeres hacían guardia, cuando los varones estaban en combate. Pero aún éstos fueron casos excepcionales. Por lo general, mientras los hombres peleaban, las mujeres estaban en la iglesia de rodillas, pidiendo la victoria, o en las casas, cuidando a los heridos y enfermos. El entusiasmo hacía que cada una trabajara donde podía ser útil.

No deja de resultar admirable advertir cómo todos, jóvenes y viejos, varones y mujeres, estaban animados por los mismos ideales. Un cronista nos relata que, en cierta ocasión, una patrulla de azules detuvo a un chico de doce años, que llevaba víveres a un sacerdote refractario oculto. "¿A dónde vas con esa cesta de panes?" El chico tartamudeó. "Dime la verdad, pequeño ladrón, o te hago fusilar", le dijo el oficial. El pobre chico hizo la señal de la cruz y contestó: "Mátenme; hagan lo que quieran de mi cuerpo; pero invoco a la Madre de Dios por testigo de que no les diré una palabra más" No le arrancaron una palabra.

### 3. *La estrategia que utilizaron*

Notables eran los procedimientos que empleaban. El vendeano practicaba instintivamente lo que hoy se llama "utilización del terreno". Cuando querían atacar una posición de los azules, buscaban amparo alrededor de ella en los setos y hondonadas; desde allí comenzaban un certero fuego. Sus enemigos no los veían, de modo que las descargas que éstos hacían no producían efecto. Poco a poco, de arbusto en arbusto, avanzaban hasta desbordar al adversario por los costados. Su principal objetivo era apoderarse rápidamente de sus cañones. Se lanzaban hacia ellos, pero no bien veían el fogonazo, se arrojaban a tierra, de modo que los proyectiles pasaban silbando sobre sus cabezas. Luego seguían avanzando por los setos, procurando llegar hasta los artilleros. Generalmente los sorprendían, por su velocidad, después del segundo disparo; los mataban y se apoderaban de la pieza. Si el artillero aquel era vencido, no le quedaba salida, ya que, en caso de huida, se perdía en el laberinto de senderos, impracticables con frecuencia, y era muerto. En cambio, cuando los blancos no podían tomar una posición de sus enemigos, se dispersaban sin poder ser alcanzados. Saltaban los setos, huyendo por sendas que ellos conocían al dedillo, y se dispersaban con la esperanza de volver a encontrarse a los dos o tres días en un lugar predeterminado, retomando desde allí la lucha.



La táctica fue muchas veces de guerrillas. El general Turreau no ocultaba su estupefacción ante este ejército tan insólito: "Hablemos ahora de los vendeanos, hablemos de estos hombres verdaderamente extraordinarios, cuya existencia política,

los rápidos progresos y sobre todo la ferocidad inaudita, harán época en los fastos de la Revolución; de esos vendeanos a quienes no les falta más que la humanidad y otra causa por defender para reunir todas las características del heroísmo. Una manera de combatir que aún no se conocía y quizás inimitable en cuanto que no puede emplearse sino en aquella región y brota del genio de sus habitantes; una adhesión inviolable a su partido, una confianza sin límite en sus jefes, una fidelidad tal a sus promesas que ella puede suplir a la disciplina, un coraje indomable y a prueba de toda clase de peligros, de fatigas y de privación: he ahí lo que hace de los vendeanos enemigos temibles y que debe colocarlos en la historia del primer rango de los pueblos guerreros".

El elogio que nos ofrece Weiss es mucho más ecuánime: "Eran superiores a sus adversarios en valor y entusiasmo, peleaban por la fe de sus padres, y por el desgraciado rey, por su familia, por su patria, por su hacienda, por sus adalides que los precedían en la lucha, y les daban ejemplo de valor y energía; estaban por tanto inspirados por los más poderosos sentimientos que hacen que el hombre desafíe todo riesgo y menosprecie todo obstáculo y aun la muerte".

El combatiente seguía siendo un paisano, austero pero festivo y eutrapélico. Incluso en los días más sombríos de la guerra perseveraba en su gusto por la danza, el buen vino y los chistes ocurrentes. Ambos bandos tenían su repertorio musical. He aquí uno de los cantos que entonaban los azules: *Carmañola de los brigands de la Vendée:*



*Refrán*

| | |
|---|---|
| *Vive la Carmagnole,*<br>*vive le son, (bis)*<br>*Vive la Carmagnole,*<br>*Vive le son du canon.* | Viva la Carmañola,<br>viva el tronar, (bis)<br>Viva la Carmañola,<br>Viva el tronar del cañón. |
| *A Nantes, ils sont tous venus,*<br>*disant: C'est l'armée de Jésus,*<br>*mais nos braves Nantais,*<br>*les chatouillaient de près.* | Todos ellos vinieron a Nantes<br>diciendo: "Es el ejército de Jesús",<br>pero nuestros bravos nanteses<br>les hacían cosquillas. |
| *Quand il passait quelques boulets*<br>*vite ils prenaient un chapelet,*<br>*mais nos coups de fusil*<br>*les ménent au paradis.* | Cuando pasaban las balas,<br>enseguida tomaban un rosario,<br>pero nuestros golpes de fusil<br>los llevan al paraíso. |
| *La jolie Carmagnole*<br>*que vous avez, (bis)*<br>*la jolie Carmagnole*<br>*que l'on vous a fait danser.* | Hermosa la Carmañola<br>que tenéis, (bis)<br>hermosa la Carmañola<br>que os ha hecho danzar. |
| *Le feu dix-huit heures a duré,*<br>*Plus de dix mille ont été tués.*<br>*Ces cruels brigands*<br>*disent en trépassant:* | El fuego duró dieciocho horas,<br>más de diez mil han sido muertos.<br>Esos crueles *brigands*<br>dicen muriendo: |
| *La f... Carmagnole*<br>*que nous dansons, (bis)*<br>*La f... Carmagnole,*<br>*f... du son du canon.* | La f... Carmañola<br>que bailamos, (bis)<br>la f... Carmañola,<br>f... al tronar del cañón. |

Los vendeanos, por su parte, hicieron suyos algunos himnos republicanos, cambiándoles la letra. Por ejemplo uno que llamaron "El Credo de los intrusos y otros juradores", con 18 estrofas. En otra ocasión se burlaban así de un general llama-

do Marcé: *"Marcé s' en va-t-en guerre, Mironto, Mironton, Mirontaine"*; tenía 27 estrofas. Y con la melodía de la *Carmagnole* cantaban:

| | |
|---|---|
| *La République a mal au coeur;* | La República está mal del corazón; |
| *Il lui faut de la liqueur.* | necesita licor. |
| *Nous lui en donnerons* | Nosotros se lo daremos |
| *A grands coups de canon* | a fuertes golpes de cañón. |
| *A bas la République!* | ¡Abajo la República! |
| *Vive le son, vive le son* | Viva el tronar, viva el tronar |
| *Du canon.* | del cañón. |

Entre los numerosos cantos que entonaban, transcribiremos el siguiente:

1

| | |
|---|---|
| *Tambours nationaux* | Tambores nacionales |
| *battez la retraite;* | tocad a retirada; |
| *gardes nationaux,* | guardias nacionales, |
| *rendez vos drapeaux.* | entregad vuestras banderas. |

2

| | |
|---|---|
| *Chasons nos intrus* | Echemos a nuestros intrusos |
| *qui sont schismatiques,* | que son cismáticos, |
| *voleurs et latrons* | ladrones y bandoleros, |
| *brûleurs de maisons.* | incendiarios de casas. |

3

| | |
|---|---|
| *Vous avez chassé* | Vosotros habéis echado |
| *tous nos bons évêques,* | a todos nuestros buenos obispos, |
| *vicaires et curés,* | vicarios y párrocos, |
| *et tout le clergé.* | y todo el clero. |

4

| | |
|---|---|
| *Vos femmes effrontés* | Vuestras descaradas mujeres |
| *portent la cocarde,* | llevan la escarapela, |
| *vous serez pendus,* | vosotros seréis colgados, |
| *vous et vos intrus.* | vosotros y vuestros intrusos. |



Y también este otro:

1

| | |
|---|---|
| *C'est notre philosophie* | Nuestra filosofía |
| *qui fait encore des projets;* | sigue haciendo proyectos; |
| *la France est à l'agonie,* | Francia está en agonía, |
| *on inmole ses sujets;* | inmolando a sus súbditos; |
| *nos docteurs emphatiques* | nuestros doctores enfáticos, |
| *pour nos perdre à tout jamais,* | para perdernos del todo, |
| *veulent une république,* | quieren una república, |
| *le tombeau des bons Français.* | la tumba de los buenos franceses. |

2

| | |
|---|---|
| *Frappe, frappe ta poitrine,* | Golpea, golpea tu pecho, |
| *ouvre donc enfin les yeux.* | abre por fin los ojos. |
| *C'est la plus sale doctrine* | Es la más sucia doctrina |
| *qui te rend si malheureux.* | la que te hace tan desgraciado. |
| *Viens voir un peuple de frères* | Ven a ver un pueblo de hermanos |
| *professant la même foi,* | que profesan la misma fe, |
| *en chantant comme nos pères:* | cantando como nuestros padres: |
| *Vive l'Église! Vive le roi!* | ¡Viva la Iglesia! ¡Viva el rey! |

3

| | |
|---|---|
| *Enfin, Dieu les abandonne* | Finalmente Dios abandona |
| *ces hommes, faibles mortels,* | a esos hombres, débiles mortales, |
| *tous voleurs de la couronne,* | todos ladrones de la corona, |
| *destructeurs de nos autels.* | destructores de nuestros altares. |
| *Vivent le roi, la noblesse,* | Vivan el rey, la nobleza, |
| *le clergé, nos bons Français,* | el clero, nuestros buenos franceses, |
| *Vivons tous dans l'allégresse* | vivamos todos en la alegría, |
| *ne nous divisons jamais!* | ¡no nos dividamos jamás! |

Los vendeanos fueron fecundos en artilugios. Por ejemplo, los jefes hacían retumbar el tambor del lado opuesto a aquel desde donde se proponían atacar; los republicanos, engañados, se precipitaban en la dirección equivocada. Otro de los ardides consistió en cantar con la melodía de la Marsellesa una letra contrarrevolucionaria. Al oír

la música del himno, no escuchando aún las palabras, los azules creían que quienes lo cantaban eran de los suyos y caían en la trampa tendida. Ello sucedió concretamente en marzo de 1793, al comienzo del levantamiento: un pequeño destacamento republicano, oyendo cantar la melodía de la Marsellesa, pensaron que se trataba de una columna de Nantes que venía a juntársele.

He aquí el texto de la pseudo-Marsellesa, redactado por un sacerdote, el padre Lusson, asesor del Ejército del Centro:

| | |
|---|---|
| *Allons, armées catholiques,* | Adelante, ejércitos católicos, |
| *Le jour de gloire est arrivé:* | ha llegado el día de gloria: |
| *Contre nous de la République* | contra nosotros se ha levantado |
| *l'étendard sanglant est levé (bis).* | el estandarte sangriento de la República (bis). |
| *Ontondez-ve, dons quiès campagnes* | ¡Oid, en nuestros serenos campos |
| *les cris impurs des scélerats!* | los gritos impuros de los perversos! |
| *Ole venant jusque dans nos bras,* | Ellos se acercan hasta nosotros |
| *prendre vos feilles et vos femmes.* | para apoderarse de vuestras hijas y de vuestras mujeres. |
| *Aux armes, Poitevins!* | ¡A las armas, los de Poitou! |
| *Formez vos bataillons!* | ¡Formad vuestros batallones! |
| *marchez, marchez,* | marchad, marchad, |
| *Le sang des Bleus* | La sangre de los azules |
| *Rogira vos seillaons!* | Enrojecerá vuestros surcos! |

La mayor dificultad era mantener unido a aquel ejército proveniente de tantos lugares. Por lo general ello sólo se lograba durante tres o cuatro días. Como lo hemos relatado más arriba, luego de una



batalla, ganada o perdida, los combatientes retornaban a sus campos. Ellos sabían que los esperaban sus mujeres, que sus bebés lloraban en la cuna y las cosechas estaban a la sazón, sin poder ser levantadas. A su entender, la bravura en el combate todo lo suplía. Así que sólo permanecían los que vivían lejos. Y de este modo sucedía que, de pronto, un ejército victorioso, no existía más, se había evaporado. Cuando los jefes proyectaban otra campaña, nuevamente había que convocarlos, para lo cual se hacía menester una trabajosa tramitación. Era preciso mandar un mensaje a las parroquias y tocar a rebato; los labradores acudían a la iglesia, y allí se les leía: "En nombre de Dios y por encargo del rey, se intima a la parroquia... que envíe cuanta tropa pueda a tal o cual sitio, para tal o cual día y hora".

Las relaciones de los paisanos con sus jefes eran notablemente cordiales. Si un noble se había mostrado débil durante el combate, en la mesa, donde por lo común el soldado almorzaba con los oficiales, éste no vacilaba en decirle: "Lo que usted ha hecho no está bien para un noble". En cierta ocasión un combatiente llegó a manifestar con total franqueza a su general: "Usted ha sido un poco cobarde en aquel combate". Como se puede ver, reinaba una curiosa "igualdad", que le haría declarar a Napoleón: "Los ejércitos vendeanos estaban dominados por ese gran principio que acababa de invadir a Francia y contra el cual ellos se batían cada día".

### 4. *El carácter católico del ejército*

Este aspecto es fundamental para entender el sentido de la epopeya. Según ya lo hemos advertido, no fue sino en nombre de la religión que los paisanos tomaron las armas. *"Au nom de Dieu, de par le Roi"* era la fórmula consagrada para convocar a los combatientes. Todo estaba impregnado de catolicismo. Ya desde los comienzos la empresa fue bendecida por los sacerdotes. Cathelineau tenía su asesor, el padre Barbotin; La Rochejaquelein el suyo, el padre Jagault, benedictino de Angers, eminente profesor de teología. En enero de 1794 el papa Pío VI nombró a monseñor d'Hercé, obispo de Dol, "asesor ordinario de todo el ejército real del Oeste".

Pero no se trataba sólo de "nombramientos" protocolares. Algunos ejemplos, elegidos entre mil, bastarán para mostrar que la fe y la piedad no eran de fachada, sino el corazón mismo de la vida de los soldados y de su combate. Después de la toma de Bressuire, sucedió algo muy sintomático, que así relata la marquesa de La Rochejaquelein: "A la tarde quedé muy impresionada y edificada al ver a todos los soldados que se alojaban en la misma casa que nosotros ponerse de rodillas, rezando el rosario que uno de ellos decía en voz bien alta. Supe que nunca faltaban a esta devoción tres veces por día". Después de su primera derrota, Cathelineau ordenó oraciones públicas y penitencias. Luego volvieron al combate, cantando en el camino el *Vexilla Regis*; asimismo, juntamente con cien de sus mejores caballeros, La Rochejaquelein escoltó al Santísimo Sacramento llevado en procesión a la cabeza de las tropas. Es cierto que al comienzo el espíritu religioso parecía más espontáneo en la gente humilde que en los nobles, pero una vez que éstos resolvieron acompañar a los aldeanos, se mostraron dignos de la fe sólida y simple de sus hombres.



Tratóse de una nueva cruzada donde todo tenía un toque religioso. Antes de ponerse a tirar, el soldado no dejaba de hacer la señal de la cruz, y mientras iba recorriendo los caminos, se detenía para rezar ante las imágenes de Cristo o de la Virgen, allí diseminadas desde la época de Grignion de Montfort, o para rezar el rosario. Ello a veces ponía nerviosos a los oficiales, porque los republicanos podían aprovechar tales demoras para atacar o para escapar. Por lo demás, los soldados eran bien conscientes del sentido de su combate. En cierta ocasión, en que uno de ellos había sido herido gravemente en la cabeza, alguien se acercó para ayudarlo, y le mostró su compasión, pero él le dijo: "Dios ha sufrido mucho más por nosotros". No en vano las tres flores de lis de sus banderas blancas encuadraban una cruz.

Asimismo los vasos sagrados que ellos retiraban de las iglesias, para salvarlos del sacrilegio, eran llevados junto con las tropas. Todo un símbolo. A uno

de los sacerdotes que en cierta ocasión custodiaba dichos vasos en sus manos consagradas, el padre Barbotin, lo protegía un destacamento especial, compuesto por cien hombres, para defender de toda profanación tanto las hostias como los vasos sagrados. En torno a esos vasos se apretaban los paisanos, llevando el emblema del Sagrado Corazón, coronado por una cruz entornada por la corona de espinas. Cientos de plegarias a dicho Corazón circulaban entre ellos. Recuérdese que un siglo atrás,



*La caricatura revolucionaria burla la alianza de la Iglesia y del campesino vendeano*



en 1689, Cristo le había hecho llegar este mensaje a Luis XIV por intermedio de Santa Margarita María de Alacoque: "Has saber al hijo mayor del Sagrado Corazón [...] que quiero reinar en su palacio y estar pintado en sus estandartes y grabado en sus armas [...] a fin de que quede victorioso de todos los enemigos de la Iglesia". Aquel rey no lo hizo, ni tampoco sus sucesores. Los vendeanos cosieron la imagen del Sagrado Corazón sobre sus camisas como insignia de Cruzada, prefiriendo el Corazón mismo de Dios a la Cruz, cual emblema de su fe.

En cuanto a los sacerdotes, por lo general no combatían. Es cierto que a veces se encontraron en los campos de batalla cadáveres de sacerdotes; pero éstos nunca llevaron armas. Los enemigos hicieron correr la versión de que eran ellos quienes arrastraban contra su voluntad a los campesinos. Nada más lejos de la verdad. Su cometido era acompañar a las tropas, asistir espiritualmente a los moribundos y administrarles los sacramentos. En las *Memorias* de Mme de La Rochejaquelein leemos: "Se ha dicho que los sacerdotes combatían. Ellos confesaban a los moribundos, en medio del fuego, en el campo de batalla [...]; ninguno pensó en otra cosa que en exhortar a los soldados, e inspirarles coraje y resignación en sus sufrimientos". En las mismas *Memorias*, refiriéndose a lo que pasó en la batalla de Dol, escribe:

> Todavía fue más eficaz la acción de los sacerdotes. Allí los vi por primera vez mezclados con los com-

batientes, y empleando todos los medios de la religión para alentarlos a la lucha; y creo que sólo por calumnias se les puede echar en cara haber fanatizado entonces al ejército, como decían los azules. Durante el plazo en que se imponía silencio para atender al estampido de los cañones, el párroco de Santa María de Ré subió a una altura cercana a mí, levantó un gran crucifijo, y comenzó a dirigir un sermón a los vendeanos con voz estentórea. Estaba éste entusiasmado y hablaba como sacerdote y soldado. Preguntó a los soldados si carecerían de honra, hasta el extremo de abandonar a sus mujeres e hijos a los cuchillos de los azules. El único medio de salvarlos era volver a la batalla. "Hijos míos, yo iré delante de vosotros a la pelea con el crucifijo en la mano; los que quieran seguirme, arrodíllense ahora y les daré la absolución; si caen, se van al cielo; pero los cobardes que traicionen a Dios y abandonen sus filas en el apuro, serán acuchillados por los azules y caerán en el infierno". Más de dos mil hombres que estaban alrededor suyo, se arrodillaron, les dio la absolución en voz alta, y marcharon al grito de "¡Viva el rey! ¡Queremos ir al cielo!". El párroco iba delante de ellos y continuaba espoleándolos [...]. Finalmente se supo que la victoria había sido completa, y los republicanos se retiraban. Ahora nos volvimos a Dol. Soldados, oficiales y sacerdotes, todos se felicitaban mutuamente, y se abrazaban [...]. Vi cómo el párroco de Santa María volvía al frente de los suyos, siempre con el crucifijo en la mano; cantó el *Vexilla regis*, y todos se arrodillaban donde él pasaba.

Entre tantos sacerdotes dignos, hubo uno muy extraño. Se llamaba Guillot de Folleville. Era doctor en teología y cura en la ciudad de Dol. De hecho llevaba un doble juego. Por una parte, a pesar de su conducta deplorable, logró ganarse la confianza de las Hijas de la Sabiduría y de los Padres de Espíritu Santo, gracias a cierta apariencia de piedad; pero, por otra, frecuentaba los clubes, exhibiendo su carnet de afiliado al club de los Jacobinos de París. Cuando estalló el levantamiento, dijo que era obispo, que había sido consagrado secretamente. "¡Un obispo, un obispo, tenemos un obispo!", exclamaba la gente. Todos le creyeron, soldados y comandantes, convirtiéndose así en el jefe religioso de la Vendée militar. Viajaba a caballo, seguido de dos sacerdotes, uno de los cuales llevaba su pectoral y el otro la mitra. Antes de la lucha, exhortaba a los vendeanos, y luego, si salían victoriosos, entonaba el *Te Deum*. Pero había cosas que llamaban la atención, por ejemplo la facilidad con que perdonaba sin penitencia a los sacerdotes intrusos, y también el hecho de que a veces pasaba semanas sin celebrar misa. Se consultó al papa quien declaró nulos sus actos y lo excomulgó, afirmando que no figuraba entre los obispos. Pronto cayó en manos de una patrulla de republicanos y fue ejecutado en Angers, a comienzos de 1794.



En las diversas proclamas y reglamentos de los jefes se les pedía a los soldados que se comportasen en su vida moral de acuerdo con la doctrina católica. No todos fueron ejemplares, ni mucho menos. Hubo, por cierto, de parte de ellos, pillajes y crueldades, que se exacerbaban al ver las salvajadas del enemigo que mataba con alevosía. Sin em-

bargo, fuera de casos aislados, trataron de ejercitar la misericordia. Por ejemplo en la manera de tratar a los prisioneros. Cada ciudad que ocupaban se convertía en una prisión de soldados azules. En agosto no había menos de 60.000 prisioneros. ¿Qué hacer con ellos? En algunos casos se les hizo jurar que no combatirían más en su contra; luego se los pelaba al ras, para que quedasen marcados, lo que no dejaba de provocar risas, y se los dejaba en libertad. Así más de 25.000 soldados pelados recibieron documentos que les permitían retornar a las zonas republicanas, donde constaba el compromiso de la palabra jurada. Pero para la Convención tal juramento no tenía ningún valor, por lo que muchos de ellos retomaron el combate junto a los azules. Sin embargo algunos quedaron muy impresionados por la grandeza de alma de sus vencedores. Uno de ellos escribiría: "Fuimos conducidos a las prisiones de Saint-Florent con todos los miramientos posibles. Los señores comandantes y soldados del Ejército católico y real nos han tratado como a hermanos y amigos y han empleado todos los cuidados para hacer nuestra cautividad más confortable". Los republicanos, por su parte, jamás aceptaron los ofrecimientos de canje de prisioneros. "No hay ninguna respuesta que dar a dicha proposición –decían–; los prisioneros que hemos hecho son perversos; los que se nos han hecho son buena gente".

Refiriéndose a esta diferencia de comportamiento entre los azules y los blancos, escribe Calderón



Bouchet: "La dosificación de bondad y perversión no era la misma en los dos bandos en pugna. La Vendée tuvo algunos jefes duros: Stofflet y Charette. Y sus huestes no siempre dieron muestras de caridad para con los prisioneros [...]. Pero la revolución empleó el terror por sistema, con frialdad calculada y sin parar mientes en ningún sentimiento noble. Si hubo alguna excepción hay que buscarla entre los militares de oficio: uno que otro dieron pruebas de que tenían entrañas de hombre, y pagaron esta osadía con el patíbulo". A ello podemos acotar que si bien hubo atrocidades de los dos bandos, es preciso agregar que del lado realista fueron excepcionales, a menudo cometidas bajo el choc de la indignación, cuando los vendeanos descubrían con horror los crímenes abominables cometidos por los republicanos, y reprimidas en lo posible por los jefes y el clero; en cambio, del lado de los azules fueron frecuentemente sistemáticas. De manera especial los sacerdotes procuraron habitualmente que los vendeanos se mostrasen generosos con los azules. En Saint-Laurent-sur-Sèvres, por ejemplo, un padre llamado Suplaud se colocó delante de la casa donde estaban detenidos varios presos republicanos muy aborrecidos por sus crueldades, y al advertir que algunos vendeanos avanzaban profiriendo amenazas declaró que sólo sobre su cadáver llegarían a ellos.

En aquellos tiempos había dos clases de ciudadanos en la Vendée: los "azules" y los "brigands".

Ya hemos dicho por qué los primeros eran llamados azules. La palabra *brigand*, que significa salteador, bandolero o pillo, apareció desde los primeros días para designar a los soldados católicos. Al comienzo éstos se irritaban por el ultraje. Refiriéndose a los soldados del general Turreau, diría uno de ellos: "Si la gente de mi partido son *brigands*, ¿qué no serán los del suyo?". Luego la costumbre fue quitando a la expresión lo que tenía de ofensivo, a tal punto que los vendeanos llegaron a calificarse a sí mismos de *brigands*. En sus *Memorias*, las señoras de Sapinaud y de La Rochejaquelein hicieron de ella un uso corriente; los vendeanos capturados e interrogados se autodenominaban con orgullo *brigands de la Vendée*. Otro de los insultos con que los azules buscaron descalificarlos fue el de *aristócratas*, aunque se tratase de simples campesinos. También ellos lo asumieron, a pesar de su falsedad: "Lo seremos –declaraban– hasta nuestro último suspiro". Señala Gabory que quizás tras esta adjudicación del calificativo, pretendidamente denigrante, se esconda una coquetería de elegancia y de distinción. Ellos no eran ya simplemente labriegos. ¿Acaso uno de los suyos, Cathelineau, no tenía a nobles bajo sus órdenes?



## VII. El levantamiento en Bretaña: los chuanes

Además de la sublevación de la Vendée, estalló otra similar en Bretaña, que tuvo colaterales en Normandía. La zona es, como la Vendée, montañosa, cubierta de bosques y peñas, por tanto fácil de defender contra enemigos invasores.

El nuevo orden de cosas instaurado por la Revolución encontró una repugnancia visceral entre los bretones. Tres mil nobles de esa región habían emigrado al extranjero. Ya en 1790 apareció una figura precursora y convocante, que supo expresar el rechazo de aquel pueblo al espíritu de la Revolución, el marqués *de La Rouerie*. Su vida fue muy azarosa. Siendo joven, se había enrolado en la aventura de la independencia de América, aun antes de que lo hiciera Lafayette. Mientras tanto la Revolución seguía su curso, en razón de lo cual el marqués se dirigió al conde de Artois, proponiéndole un plan para levantar Bretaña. Como no obtuviera respuesta, entendió que debía trabajar por su cuenta y desde adentro. Creó entonces, en cada cabeza de distrito, un consejo formado por nobles, burgueses y clero. Para armar a los suyos adquirió en Inglaterra municiones y fusiles. A comienzos de 1792, llegó una carta de los Príncipes acordando a de La Rouerie plenos poderes. Pero precisamente en esos momentos los ejércitos

de los aliados que se dirigían a prestar apoyo a Luis XVI habían sido derrotados, debiendo cruzar de nuevo el Rin, ahora en retirada. De La Rouerie, escondido en los bosques, hubo de esperar una nueva ocasión. Mas he aquí que, por casualidad, le llegó un día la noticia del asesinato de su amado rey. Lleno de indignación, y encendido en una emoción suprema, falleció de tristeza.

Bretaña resistió a la Revolución, entre otras cosas porque se sentía más bretona que francesa. Pero además la pobreza, en vísperas de la Revolución, juntamente con el agobio de los impuestos, la habían afectado terriblemente, incluidos los miembros de la nobleza. Por lo demás, seguían sólidamente adheridos a la religión de sus ancestros. Al parecer, el levantamiento de la Vendée estuvo en el origen del alzamiento bretón y normando, no por mimetismo sino por solidaridad paisana. La leva en masa decretada por la Convención en febrero de 1793 fue determinante. El 15 de agosto, en el interior de la iglesia de San Ouen se iba a realizar el sorteo de reclutas. Un campesino se acercó al púlpito y gritó: "¡No! ¡Nada de voluntarios! Si el rey nos llama, nuestros brazos y nuestros corazones serán suyos; marcharemos todos juntos, yo respondo por todos. Pero si hay que partir para proteger lo que vosotros llamáis la libertad y la igualdad, ¡partid vosotros! ¡Nosotros somos leales al rey y sólo al rey!" Los allí presentes, enardecidos, se adhirieron al que acababa de hablar.



Añadamos que, del mismo modo que en la Vendée, la cuestión religiosa jugó un papel preponderante en el alzamiento. El bretón amaba a sus sacerdotes. La Constitución Civil del Clero había resultado detonante. Para los bretones, el culto era algo intocable y la jerarquía no podía ser modificada sino por la misma Iglesia. Cuando a los sacerdotes se les hizo prestar el juramento, la mayoría de ellos se resistió; sólo consintieron en hacerlo unos 750 sobre un conjunto de 4000. Las elecciones de los nuevos obispos llevaron al colmo la indignación popular, al punto de que algunos marcharon para liberar a sus pastores legítimos, depuestos abusivamente de su cargo. Los obispos que habían aceptado prestar el juramento, se veían obligados a asumir rodeados de la Guardia nacional. En Finistère, lugar situado al extremo oeste de Bretaña, estaba muriendo el obispo regular; en su lecho de agonía dejó asentado que desde ya consideraba un intruso al que fuera entronizado según las formas nuevas. Como lo había barruntado, al mes de morir fue elegido obispo un sacerdote juramentado. El fanatismo de este pastor intruso en favor de la nueva causa superaría a los fanáticos de los clubes jacobinos. Durante una ceremonia patriótica, en lugar del *Te Deum* entonó el *Ça ira* revolucionario.

La situación religiosa y política se iba enrareciendo cada día más. Un cantar de aquel tiempo así describe las cosas:

Oíd, los perros ladran. Seguramente vienen los franceses. Huyamos rápidamente a los bosques, y llevemos delante los rebaños [...] ¿Habremos de sufrir siempre a esos ladrones, que oprimen a los labradores? Han deshonrado a nuestras bellas jóvenes, matado a la madre, al niño y al varón; hasta han asesinado a los pobres enfermos, a causa de sus blancas manos [se refiere a los nobles]; han incendiado las cabañas de los pobres, han destruido las chacras, quemado la mies del campo y el heno en el prado. Han cortado los árboles frutales de nuestros huertos, y los han quemado tan terriblemente que en nueve o diez años no habrá manzana ni mosto. Han robado los vasos sagrados de las iglesias, derribado nuestras campanas, hasta han destruido los osarios y dispersado las reliquias. Han devastado los hermosos valles de Bretaña, en otro tiempo verdes y fértiles, de suerte que no se oyen en ellos la voz de un hombre.

¡Ah! si pudieran nuestros ojos derramar sus lágrimas con entera libertad! Pero cuando ve correr lágrimas, el ciudadano derrama sangre. ¡Si pudiéramos hallar aún una cruz para arrodillarnos ante ella y pedir a Dios la fuerza que nos falta! Pero, oh Dios mío, tu santa cruz ha sido derribada en todas partes, y en su lugar se ha elevado la cruz de la guillotina. Cada día se ve a tus sacerdotes, como a ti, inclinar la cabeza en el Calvario y perdonar al mundo. Los que han podido huir, se han ocultado en los montes; allí dicen a la noche sobre las peñas la santa misa, a veces en barcas en el mar. Otros se han tenido que marchar de la patria, y andan errantes por el Océano sin recursos, porque han preferido servir a Dios que a los hombres, porque prefieren comer pan de cebada en tierra extraña que pan blanco con remordimientos de conciencia. Los juramentados viven en nuestras casas, de los bienes de los pobres, después de



haber vendido a su Dios por dinero como Judas. El que no va al sacerdote perjuro, pierde seguramente la vida, sea noble o labriego. Nobles y labradores, gente del país de alta frente, todos los bretones son ahora perseguidos porque son cristianos.

Tú puedes ahora, presa del infierno, entregar tu corazón a la alegría, cuando has arrancado lágrimas a tu ángel de la guarda en el cielo, cuando has puesto la ley del diablo en lugar de la ley de Dios, cuando has matado a los sacerdotes, a los nobles y al rey; cuando has asesinado a la reina, y has hecho rodar su cabeza por tierra, con la cabeza de dorados rizos de su cuñada Isabel; cuando has arrojado al joven rey a una fétida cárcel, para pudrirse y morir en la suciedad. Oculta tu faz, bendito sol, a vista de los crímenes que son dignos del espíritu del infierno.

Adiós, Jesús y María. Vuestras imágenes han sido destrozadas; sirvieron a los azules para empedrar con ellas las calles de la ciudad. Adiós, pila bautismal, donde en otro tiempo hemos hallado fuerza para padecer antes la muerte que el yugo de los malos. Adiós, santas campanas, que cantaban sobre nuestras cabezas; no os oímos ya cuando los domingos y días festivos nos llamabais a la iglesia. Los hombres de la ciudad os han fundido para hacer sueldos. Adiós, adolescentes, que sois llevados al ejército, para arruinaros en cuerpo y alma. Adiós, hijo mío, hasta volvernos a ver en el valle de Josafat; cuando estés fuera de Bretaña, ¿quién protegerá entonces a tu padre? Cuando los hombres de la ciudad penetren en mi morada, me oirán decir: Si mi hijo estuviese aquí, me defendería. Ven, hijo mío, a los brazos de tu pobre madre, que te llevó en sus entrañas, ven al pecho que te amamantó, pobre hijo mío, antes que yo muera. Cuando vuelvas a esta casa, yo ya no estaré en el mundo; ven para que te abrace por última vez.

No llores, madre mía; no llores, padre mío; me quedo para ampararte, para defender tu Bretaña. Es muy doloroso ser oprimido, pero no es deshonra; sólo es afrenta someterse como un cobarde o cómplice a los ladrones. Si es necesario pelear, quiero pelear por la patria; si he de morir, quiero morir libre y alegre a un tiempo. No temo las balas que no pueden matar mi alma; si mi cuerpo cae en tierra, mi alma se eleva al cielo.

Adelante, hijos de Bretaña, mi corazón empieza a arder, la fuerza de mis brazos aumenta: ¡Viva la religión! ¡Viva el que ama a su país! ¡Viva el joven hijo del rey! Márchense los azules, para aprender que hay un Dios. Vida por vida, amigos míos; matar o morir; Dios hubo de morir para vencer al mundo [...]. Venid nobles, sangre regia del país, y Dios será glorificado por todos los cristianos del mundo. Al fin la verdadera fe volverá a la Bretaña, y Dios volverá a su altar, y el rey a su trono. Los valles de Conouaille volverán entonces a reverdecer; los corazones se abrirán como las amapolas y las flores de los árboles. Entonces la Cruz del Salvador se levantará radiante sobre el mundo, y a sus pies, regados con la sangre de los bretones, crecerán los más bellos lirios.

Este poema, tan emotivo, es verdaderamente histórico. Describe mejor que muchas memorias la situación trágica de aquellos tiempos, la presión que gravitaba sobre los corazones, y cómo los caracteres enérgicos se veían impelidos a la lucha, aunque fuese desesperada.

Pronto se conjugaron la Vendée y la Bretaña. Como lo señalaremos más adelante, un día los vendeanos en combate decidieron cruzar el río



Loire, internándose en Anjou y Bretaña. Fue entonces cuando, de golpe, en la otra orilla de aquel río, indignados por la leva que se les imponía, catorce departamentos entraron en combate. Allí, como en la Vendée, los paisanos blandieron sus bastones y sus horquillas, contra la opresión revolucionaria y en favor de sus antiguos pastores. Los soldados tiraron sobre ellos. Por toda respuesta, los bretones gritaban: "No tenemos ni rey ni sacerdotes. No queremos colaborar con la nación. ¿Con qué autoridad pretenden reclutarnos?". Sólo lograron que algunos de sus dirigentes fueran llevados a la cárcel mientras clamaban: "¡Viva el rey. Viva la buena religión!". Es claro que todo esto era muy anárquico, obedeciendo sólo a los impulsos de la indignación. Y así, como en la Vendée, los paisanos corrieron en busca de jefes que los condujeran. El primero a quien ofrecieron el mando fue un joven llamado *Le Bras des Forges*, antiguo oficial de la marina, quien de entrada hizo sufrir una derrota a la Guardia nacional. Pero el incipiente ejército bretón no iría como en la Vendée de victoria en victoria. No tenían la cohesión de sus vecinos. También la Normandía entraría en esta lucha, si bien con menos empuje que la Bretaña.

La resistencia en Bretaña se llamó *Chouannerie*. La palabra deriva de quien sería su jefe: *Jean Chouan*. Tal era el sobrenombre que tenía. Su nombre verdadero era Jean Cottereau. La palabra "chouannerie" tiene un extraño origen. Tiempo

atrás, en la aldea St. Quen des Toits vivía un fabricante de zapatos llamado Jean Cottereau. Por su cara hosca y genio tedioso, un vecino lo empezó a llamar *Chat-huant* (lechuza), que, abreviado, pasó a ser Chouan. La familia conservó el apodo. El nieto de Jean Cottereau fue un contrabandista de sal, razón por la cual estuvo dos veces preso e incluso lo condenaron a ser ahorcado. Entonces su madre se dirigió a Versalles para interceder por él ante Luis XVI y logró que lo indultaran. Con todo, como luego reincidió, volvió a la cárcel, pero esta vez ello le sirvió para convertirse a una vida honesta y virtuosa. Tal será nuestro héroe. En agosto de 1792, con ayuda de algunos camaradas, expulsó de su municipio a un grupo de empleados que querían hacer cumplir el decreto de conscripción, alistando a los jóvenes como soldados. Luego formó un cuerpo de unos 750 hombres, denominado *La Petite Vendée,* emprendiendo una guerra de escaramuzas contra los guardias nacionales que recorrían la zona. La Bretaña había tomado las armas. Pronto la "petite Vendée" se soldaría con la "Grande Vendée".

Dos personajes emergen en la gesta *chuan.* El primero es *George Cadoudal.* Nació George en una familia de paisanos acomodados. Cuando joven, ingresó en el seminario, del que luego salió, juzgando que no tenía vocación. A raíz de la Constitución Civil del Clero, resolvió incorporarse al Ejército católico y real, que había pasado a la otra orilla del Loire. Nombrado capitán de caballería, combatió



durante un tiempo en las filas de los vendeanos, sobre todo en Granville y Le Mans, pero tras una derrota creyó conveniente apartarse de ellos. El 27 de enero de 1794 comenzó a recorrer el campo para reclutar tropas. Informada de sus movimientos, la policía lo detuvo, juntamente con toda su familia, y los llevó a la cárcel de Brest, de donde logró escapar. Su tío, al abandonar la prisión le había dicho: "Si escapas, ve a un escondite donde he enterrado una suma de 9000 francos. Te los doy". Con esa pequeña fortuna, organizó militarmente la zona, ayudado por su lugarteniente Mercier, a quien había conocido en el ejército vendeano.

La rebelión comenzó a extenderse poco a poco por toda la Bretaña Lo que Jean Chouan había comenzado y Cadoudal afianzado, se fue consolidando por obra de un militar de nombradía, el conde *Joseph de Puisaye,* perteneciente a una familia de la nobleza de Perche. También él, de joven, había ingresado en el seminario, pero salió para ser militar, incorporándose a un regimiento de caballería. Era alto, atractivo, de mirada penetrante, con cualidades de jefe En 1789 fue miembro de la Contituyente, y adhirió a los girondinos. Pero pronto advirtió lo que se escondía en los entretelones de la Revolución. En 1792 intentó, sin éxito, salvar a Luis XVI. Luego huyó al país de los bretones, para dedicarse enteramente a la resistencia contra la República en dicha región. Topóse con muchas dificultades, pues no era bretón de nacimiento y de-

bió aprender el dialecto de la zona, así como superar la instintiva desconfianza que los bretones solían sentir por los forasteros y sobre todo eludir la persecución de que era objeto por parte de los republicanos. Él mismo nos lo refiere en sus *Memorias:* "Súbitamente me vi en medio de un país que me era del todo extraño, más de ochenta lenguas alejado de mi familia y amigos, proscrito y denunciado a todos los puestos que entonces cubrían las carreteras [...]; leía en todas partes la orden de prenderme; en todas partes se me aseguraba la muerte". Pero estaba en el país de los bretones, y éstos jamás traicionan a ningún fugitivo de la buena causa. Por su manifiesta adhesión al rey, Puisaye se ganó pronto la confianza de los labriegos, la nobleza y el clero. A los tres meses ya hablaba el dialecto...

En esos momentos, los vendeanos, tras haber atravesado el Loire, marchaban hacia el puerto de Granville, en espera de una ayuda que los ingleses habían prometido. Puisaye, uno de los caudillos más inteligentes del Oeste francés, quizás desconfiando de los ingleses, trató de atraerlos hacia la Bretaña, exhortándolos a ocupar Rennes, la capital, cuya toma tendría a su juicio gran resonancia. Pero los vendeanos, más atentos a su idea de un apoyo del gobierno inglés, siguieron su camino. Como los vendeanos no lo oyeron, se volcó a los chuanes. Y así expidió una proclama: "¡Franceses! Sacudid finalmente vuestras cadenas, y atreveos a ser libres, y lo seréis. Volved a erigir vuestros altares, llamad a



vuestros sacerdotes y colocad en el trono al joven rey, y no depongáis las armas hasta haber castigado a los rebeldes". Que todos los bretones se levanten, agregaba; el que no lo haga, será tratado como rebelde. Al decir esto se estaba refiriendo a los pocos nobles que olvidaban sus deberes de la religión y el honor propio de su estamento, para no arriesgar sus posesiones, y luego a todos los que vacilaban entre los partidos y blasonaban una deshonrosa neutralidad, o retenían a sus fieles vasallos impidiéndoles que se incorporaran a los ejércitos del rey.

Tras la convocatoria, les impuso a los inscriptos un compromiso solemne: "Juro sobre la sangre de mi Rey, indignamente masacrado, sobre la de mis hermanos, que mana continuamente de los patíbulos, por mi honor y delante de Dios, no reconocer otro soberano que Luis XVII y otra religión que la religión católica".

Mientras tanto los vendeanos habían sido derrotados en Savenay. Entonces la Convención volcó sus esfuerzos contra los chuanes. Lo primero que hicieron fue enviar a los departamentos levantados, tropas integradas por criminales de derecho común, disfrazados de chuanes, provistos de imágenes del Sagrado Corazón y rosarios al cuello, con el encargo de multiplicar los asesinatos, violaciones y robos, para que aquéllos quedasen deshonrados en el pueblo. Eran los llamados "falsos chuanes", chuanes de contrabando. Tal estrategia se extendió mucho más allá del tiempo que nos ocupa. Toda-

vía en 1798, en una circular secreta enviada por el ministro de policía Sotin, miembro de la Montaña, a los agentes del Directorio en el departamento del Oeste, se decía: "Es preciso que la chuanería sea deshonrada en sus obras vivas; los ministros del interior y de guerra os dan instrucciones en ese sentido; yo os anuncio varios centenares de hombres de acción que podéis emplear para todo. Os envío jacobinos que, dañosos en París al desarrollo de las instituciones constitucionales, rendirán en Bretaña inmensos servicios. Lo que más detestan en el mundo son los chuanes; déjenlos hacer e irán más lejos que los insurgentes [...], que sean bárbaros gritando: «Viva el Rey» y rezando al que antes llamaban *bon Dieu*". Eran siempre falsos chuanes, llamados "cent sous", por su sueldo.

Las represalias fueron terribles. "Cuantas veces me traen un prisionero chuán –decía un oficial republicano– lo envío al Padre eterno; es mejor que esté allí que no aquí". Por el frente de Bretaña fueron pasando una serie de generales azules, sin ningún resultado definitivo, si bien provocando numerosas bajas. Entre ellos se contó el general Kléber, quien así nos informa: "Los chuanes conocen perfectamente el país, que está cortado por fosos, setos y malezas, de suerte que a primera vista parece sólo una enorme selva; se retiran ante nuestras tropas cuando las tienen por superiores; las atacan con osadía cuando creen que tienen ventaja sobre ellas. Otra porción de los chuanes, que se extiende



sobre una gran parte del país, mendiga o trabaja de día, y por las noches guerrea. A éstos pertenece, por así decirlo, una gran parte de la población [...]. En general el país tiene el aspecto de la Vendée [...]. En todas partes el fanatismo llevado al extremo les da la energía que combate y la tenacidad que nunca se enmienda. Se siente que los sacerdotes y los nobles dirigen toda la agitación". Será preciso terminar con esta peligrosa sublevación, prosigue, para lo cual propone colocar destacamentos en lugares claves, organizar constantes correrías y desarmar completamente las aldeas.

Varios de los generales presentaron a los chuanes como tropas salteadoras. Éstos, mostrando la falsedad de dicha imputación, enviaron la siguiente proclama: "Venimos para traeros la paz, y el auxilio para sacudir las cadenas bajo cuyo peso gimen todos los hombres honrados. Sólo la calumnia más maligna podría moveros a abandonar vuestro hogar al aproximarnos nosotros, que somos vuestros hermanos y amigos. Nuestra conducta os ilustrará sobre nuestros principios. Queremos la religión, el rey y la paz, la renuncia a las venganzas, la vuelta del orden y de la tranquilidad".

Todo chuán que caía prisionero era ejecutado. Pero la presa más codiciada fue siempre el peligroso "conspirador" Puisaye. Éste había intentado nuevos golpes, mas sin éxito. Permanecía, con todo, obstinado, dirigiendo a los franceses una nueva arenga: "Las circunstancias terribles que agitan desde

hace tanto tiempo a nuestra malhadada patria no permiten ya a nadie permanecer incierto y flotando entre dos partidos, dudar entre la maldad y la virtud". Evoca luego el asesinato de la familia real, las iglesias profanadas, la persecución... Un segundo llamado es a los soldados azules: "Soldados franceses, es tiempo de entendernos. ¿Quién ha provocado la guerra atroz que hacemos cada día? ¿Quiénes somos nosotros y por qué combatimos? De un lado, una República monstruosa, una asamblea imbécil, de sedicentes representantes, tan ridículos como feroces. De nuestra parte, el respeto y el honor de las propiedades y la libertad de los individuos". Al advertir la falta de eco de sus convocatorias, y tras nuevos intentos fallidos, se trasladó a Londres, donde murió el año 1827, sin haber vuelto a Francia durante la Restauración. En Londres publicó sus *Mémoires pour servir à l'histoire du parti royaliste durant la dernière Révolution*.

En la guerra de la Vendée, como lo veremos, una batalla seguía a la otra; en la Bretaña, al contrario, sólo hubo escaramuzas. Fue ésta más bien una guerra de guerrillas, si bien ininterrumpida. En cada cantón, los bretones se batían contra los azules. La idea de Puisaye había sido convencer a los suyos de la necesidad de una guerra común; constantemente viajaba por el país, enrolando jóvenes, por ver si así los arrancaba de su visión aldeana y los orientaba a la idea de una lucha general. Pero con poco éxito.



Hubo, por cierto, algunas empresas hechas de consuno. Por ejemplo una expedición de varios grupos, comandados por el mismo Puisaye, contra Rennes, para sorprender a los comisarios de la Convención. Éstos estaban allí reunidos, celebrando una gran fiesta. Silenciosamente, por caminos semiabandonados y de noche, avanzaron los diversos grupos desde distintos lados hasta ubicarse a dos horas de la ciudad. Pero la cercanía los traicionó, dando tiempo a los enemigos para reaccionar. Tras violentos combates, hubo que dar orden de retirada. Entre los mejores oficiales que allí murieron se encontraba Jean Cottereau.

Según la opinión autorizada de la marquesa de La Rochejaquelein, los bretones no estaban hechos para una guerra de ese estilo. "Los bretones –escribe– no son a propósito para una guerra cual la hacen los vendeanos: son abnegados y valientes, pero tienen poco calor en la resolución; viven más aislados que la gente del Poitou, y obedecen con mayor dificultad a sus jefes; cada cual es terco, y piensa en sus provechos; son más bien gente sedentaria, y salen de casa de mala gana: el temor de que pueda incendiarse o ser saqueada los retiene".

Su lucha fue, pues, muy especial, una guerra de emboscadas, no de enfrentamientos de un ejército contra otro. Al parecer eran renuentes a combatir alistados en una unidad militar. Preferían los golpes de mano, en que intervenían muy pocas personas, golpes tipo comandos. A la estrategia normal prefe-

rían las expediciones nocturnas, los ataques, fulminantes. Se ha dicho que el sobrenombre de "chuanes", podía venir de *chouette*, que significa lechuza, en alusión al chistido que les permitía reconocerse en la oscuridad. Bollet, un comisario de la Convención, decía que "los chuanes son las tropas ligeras de los *brigands* de la Vendée".

Por lo demás, el chuán, que conocía todos los senderos que llevaban a lo más oculto del bosque, tenía una habilidad especial para estar enterado de todo lo que pasaba a su alrededor, por dónde iban los enemigos y cuáles eran sus propósitos. Para ello a veces se valían de personas que se enrolaban como espías, niños incluidos. Su astucia se mostraba proverbial. Ser chuán, escribe Gabory, era vivir acosado como el zorro, ser duro como un lobo y rápido como la liebre. Así fueron pululando numerosos grupos en diversos bosques, con lo que volvían locos a sus enemigos. Se retiraban para volver a aparecer de pronto en otra comarca.

En las filas de los chuanes hubo varios sacerdotes, más que en la Vendée, donde eran poco numerosos. Con todo, como señala el mismo Gabory, si bien el levantamiento de los bretones fue plenamente católico, no se siente por encima de esta guerrilla el soplo místico que caracterizó a las guerras de la Vendée; el chuán no se consideraba guerrero de Dios, al modo del vendeano. Así como se puede hablar de una cruzada vendeana, no se podría hacer lo mismo con la lucha de los chuanes. No hubo



entre ellos Lescure, ni La Rochejaquelein, "el santo de Poitou", como lo llamaban. No se habla de santos chuanes de Bretaña o de la Normandía. Ello se reflejó a veces en el comportamiento de sus tropas. En ocasiones, por ejemplo, reprimieron el terror con el terror. No que los vendeanos fuesen todos perfectos, ni todos sus actos laudables; sin embargo siempre un idealismo superior fue la nota dominante.

Con todo, sería injusto, y así lo reconoce Gabory, desconocer que también la chuanería fue un venero de hechos caballerescos, de actos de lealtad y de coraje. Nunca olvidaron que la causa principal del levantamiento fue religiosa. Tampoco ellos dejaron de llevar en sus ropas diversas imágenes de la fe por la que luchaban, un pequeño crucifijo, un escapulario, un rosario. Cuando triunfaban en algún punto, tras echar o en algunos casos matar al sacerdote intruso, se apresuraban por reabrir las iglesias al verdadero culto, posibilitando el inmediato retorno de los sacerdotes fieles que estaban escondidos.

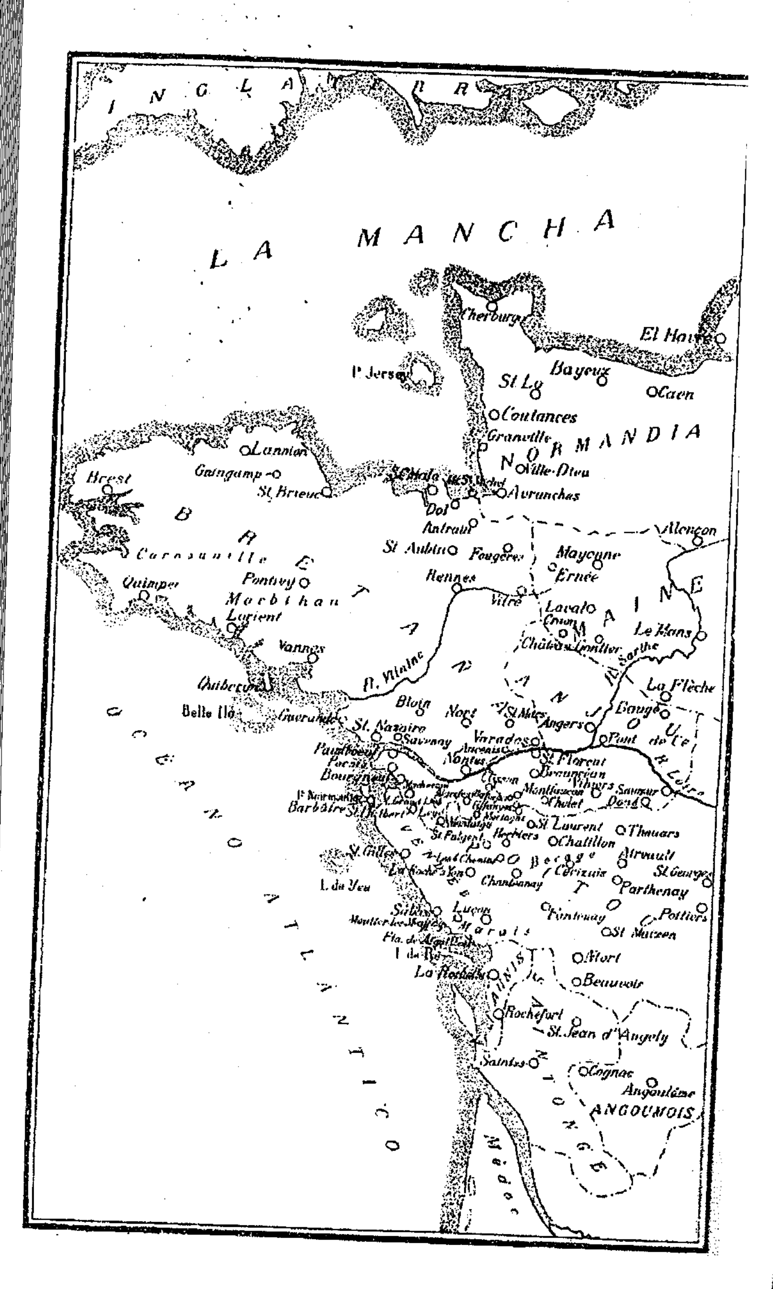
Un cronista nos ha dejado un relato conmovedor que protagonizó Mme Huneau, una mujer culta, que empleaba sus conocimientos de medicina en atender a pobres y heridos. Tenía un solo hijo, de 15 años, que en razón de su debilidad corporal era incapaz de tomar las armas por la buena causa; entonces mostró su celo sirviendo de intermediario de los chuanes para llevar cartas y órdenes, así como para espiar la marcha de los azules. En cierta oca-

sión, volviendo el joven de una de esas misiones al encuentro de su madre, uno de los azules concibió sospechas sobre él y ahí nomás lo mató. La pobre mujer vio caer a su único hijo, mientras el asesino huía. Sólo la fe le ayudó a sobrellevar la cruz. No mucho después, el asesino contrajo una enfermedad vergonzosa, y a los dolores del cuerpo se agregó la desesperación del alma, profiriendo insultos y blasfemias. Entonces aquella mujer misericordiosa tomó algunos remedios y se dirigió a la casa del enfermo, quien al verla comenzó a gritar: "¿Quién trae acá a esa mujer? ¿Sabe lo que he hecho? ¿Viene para recrearse en mis tormentos? No espero sino la condenación. El mismo Dios no me puede librar de ella". La mujer se sobrepuso y le dijo: "¿Por qué blasfemas de Dios? Vuelve a entrar en ti y te perdonará. ¿Por qué no podría hacerlo, pues Él me ha traído a ti, a ti, que mataste a mi hijo? Ah, si Dios me ha enviado a ti para perdonarte, sin duda también Él te perdonará; pero merece su misericordia". Ante tales palabras, el hombre se conmovió y pidió la asistencia de un sacerdote. Ella sabía dónde estaba oculto uno de ellos, y que a pesar del peligro de ejecución que lo amenazaba si era descubierto, vendría enseguida al lecho del enfermo. Así se hizo y el blasfemo se reconcilió con Dios.

A pesar de todos los contratiempos, la chuanería no desapareció el año 1793. En septiembre del 94 seguiría existiendo, no sólo en la propia Bretaña, sino también en los departamentos de Maine y



Loire, Maguncia y Calvados. El gobierno confirió entonces al general Hoche el mando superior del ejército azul para dar término a tal situación. Este fervoroso republicano empleó, sin embargo, una política de conciliación. Y así, en una proclama exhortaba de este modo a los chuanes: "Dejad de creer que vuestros hermanos quieren vuestra ruina; que la patria, vuestra madre común, quiere vuestra sangre [...]. A los que vuelvan a sus hogares [la República] les asegura la paz y la seguridad". Pero a los rebeldes que persistan, agregaba, "con fuerzas superiores los perseguirá día y noche, y hará asimismo a sus padres, madres y parientes, responsables de todo daño". Por lo demás, recomendó a los suyos respetar el culto y a los sacerdotes, aunque fuesen refractarios, así como a las mujeres. La estrategia era ahora ganarse a los chuanes. Pero la gente, ya harta de mentiras, no confiaba lo más mínimo en las autoridades de la República. El obispo de Dol publicó entonces una pastoral donde recomendaba a los chuanes perseverar y obedecer al "Judas Macabeo de la Bretaña", es decir, a Puisaye, todavía en actividad, y seguir combatiendo por el joven rey, que se consumía en la cárcel, "para que Dios proteja su cabeza y libre su corazón de los errores del siglo, para que sea como su gran ascendiente, San Luis". La lucha de los chuanes continuaría hasta 1797, siempre secundados por el movimiento de la Vendée.






## VIII. Victorias y derrotas

Volvamos a nuestros queridos vendeanos. Su primera guerra, que es la que nos está ocupando, tuvo tres diferentes etapas.

### 1. *Primer período*

Del 12 de marzo al 29 de junio los vendeanos lograron apoderarse, en la euforia general, de un inmenso territorio de cerca de 10.000 kilómetros cuadrados, donde se incluían unas 770 comunas repartidas en cuatro semi-departamentos: el norte de la Vendée, el noroeste de las Deux-Sèvres, el sur del Loire inferior y el sudoeste de Maine-et-Loire. Algunas ciudades periféricas, como Angers y Saumur, se entregaron o cayeron. Nada parecía capaz de detener a este ejército glorioso. Por razones estratégicas, se decidió atacar Nantes, cuya ocupación permitiría establecer la unión con Bretaña. Detallemos, si bien de manera sumaria, las operaciones militares.

Todo comenzó con el ofrecimiento de Cathelineau, hombre de pueblo, como ya lo hemos señalado, quien al enterarse de la arbitrariedad de la leva para combatir en favor de una Revolución que les era ajena y enemiga, se puso al frente del

levantamiento. Dispuestos a llevar adelante su proyecto, los insurrectos ocuparon los pueblos de Jallais y de Chemillé. Con las armas conquistadas en ambos combates, se dispusieron a apoderarse de Cholet, la ciudad más importante de la zona. Antes de lanzarse a la batalla, le pidieron al padre Barbotin, quien se les había unido, que celebrase una misa de campaña. Tras recibir la absolución colectiva, se lanzaron sobre Cholet.

Bien señala Calderón Bouchet que la tropa tenía más de horda que de cuerpo regular, pero el empeño y el coraje reemplazaban a la disciplina. Marchaban con ellos cuatro cañoncitos, de los que se habían apoderado en los anteriores combates. Ni siquiera sabían cómo usarlos, pero felizmente apareció un "entendido" que andaba por allí, un vagabundo apodado "seis centavos", por lo poco que valía, quien supo poner las armas en actividad. Durante la marcha hacia Cholet, se unió a los improvisados soldados un grupo de leñadores, dirigidos por un antiguo soldado alsaciano llamado Stofflet, que tenía no sólo cierto ascendiente sino también alguna experiencia militar. Cuando faltaba una legua para llegar a Cholet, se hizo un alto. El comandante escribió una proclama dirigida a los habitantes de la ciudad para que se rindieran al "Ejército cristiano". La guarnición contaba con 300 guardias nacionales, bien equipados, por cierto. Stofflet dispuso a los suyos en forma de media luna, y comenzaron un tiroteo, resguardándose entre los árboles. Como los de adentro



no se explicaban de dónde provenían aquellos tiros, no atinaron sino a huir. La toma de Cholet fue el primer triunfo importante. Los vencedores recorrieron de noche la ciudad, gritando su alegría y entonando cánticos religiosos, probablemente algunos de ellos compuestos por Grignion de Montfort.

En días posteriores se sumaron a la expedición Bonchamps, Lescure y La Rochejaquelein. El siguiente objetivo fue la ciudad de Thouars, a la que atacaron el 5 de mayo. Esa ciudad era muy importante, algo así como la clave de Poitou. Tras cierta indecisión, Lescure tomó un fusil, llamó a todos los valientes que se atrevieron a acompañarlo, y se lanzó al puente que cruza el río Thouet, bordeando la ciudad. Una descarga de metralla cayó sobre ellos. Los paisanos, que nunca habían oído semejante estrépito, retrocedieron asustados. Lescure retornó del puente y arengó a los suyos, pero estaban temerosos y no se atrevían, por lo que regresó solo al combate. Volviendo luego de nuevo, les reprochó su cobardía, y se lanzó una vez más a la lucha en total soledad, sin la ayuda de nadie. Precisamente en esos momentos llegó La Rochejaquelein, quien lo siguió impertérrito. Avergonzados de su medrosidad, los paisanos acabaron por encolumnarse detrás de sus jefes.

"¡Soldados, adelante!", gritaba La Rochejaquelein. Pero faltaba lo más duro. ¿Cómo trepar las murallas? No tenían escalas. Entonces La Rochejaquelein montó sobre los hombros de un soldado, y lle-

gando a un hueco de la pared, fue descargando allí los fusiles que le iban pasando. Al fin lograron trepar los demás, y así entraron en la ciudad que al poco tiempo se rindió. ¿Qué hacer con los prisioneros, no menos de 4000? Se decidió dejarlos libres, previo juramento de no tomar más las armas contra los vendeanos. Ellos no lo podían creer, ya que estaban seguros de que serían fusilados. Entonces juraron y gritaron: "¡Viva el rey!". Al salir del Consejo, Cathelineau encontró al general Quétineau, el comandante vencido de Thouars. "Sus soldados –le dijo el jefe azul al vencedor– se baten como leones. Todos ustedes son héroes. Pero ¡ir solos contra la República! Jamás vencerán. ¿Entonces?" "¿Entonces? –respondió simplemente Cathelineau–, entonces moriremos".

El 2 de junio el ejército se puso de nuevo en marcha. Ahora la meta era la ciudad de Saumur, a orillas del río Loire, donde se encontraba el Cuartel General de los republicanos. "Vimos lo que nunca habíamos visto –relata un testigo–: un ejército realmente espléndido, lleno de altivez, de coraje y de esperanza, desfiló durante más de seis horas por la gran ruta de Cholet a Vihiers. Se advertía con sorpresa y con alegría una especie de orden militar [...]. En primera fila Cathelineau. Cada parroquia tenía su bandera y su tambor. La división de Bonchamps había sido ubicada por honor en la vanguardia [...]. El estandarte general era blanco, con las armas de Francia, con una cruz y una espada en aspa. Todos los vendeanos, tanto los jefes como los soldados, llevaban sobre el pecho un escapulario donde estaban las iniciales de Jesús y de María, rodeando un corazón inflamado. Durante la marcha, las primeras filas recitaban el rosario; los otros respondían [...]. Era una procesión religiosa tanto como una marcha guerrera".



Llegaron a Saumur. Al verlos, el enemigo abrió el fuego. Pero al mismo tiempo y sorpresivamente un regimiento de coraceros atacó a los vendeanos por detrás. Respondieron éstos, pero quedaron estupefactos al advertir que las corazas de sus adversarios eran refractarias a las balas. Para quitarles el miedo, Lescure le tiró a un azul en la cara, ultimándolo. Al verlo, los demás se animaron a hacer otro tanto. Tras sucesivos ataques y contraataques, los republicanos acabaron por rendirse. Nuestro ejército entró triunfalmente en Saumur y lo ocupó. Las banderas, ahora negras de polvo y agujereadas por las balas, se levantaban y se inclinaban todas a la vez cuando se pronunciaba el nombre de *Jesús*. Una vez más, los vencidos fueron puestos en libertad. Eran 11.000. A manos de los vendeanos pasaron 80 cañones, 15.000 fusiles, y pólvora en abundancia. Ahora sí que estaban pertrechados.

Tras la ocupación de Saumur, a propuesta de d'Elbée, se decidió elegir un Generalísimo. Las operaciones exigían unidad de comando. ¿Quién podría serlo? ¿Un noble como Bonchamps, Lescure, el mismo d'Elbée, La Rochejaquelein? Lescure pro-

puso a Cathelineau. El "Santo de Poitou", así lo llamaban a Lescure, abogaba por el "Santo de Anjou", como Cathelineau era denominado; un noble proponía por jefe a un plebeyo, un hombre de pueblo. Los demás consintieron. Nótese que el acuerdo fue resuelto por un Consejo que se había constituido como resultado de una decisión tomada por los dirigentes de las parroquias. Dicho Consejo encabezaría el levantamiento en nombre de Luis XVII. El nombramiento de Cathelineau no deja de llamar la atención. Sin duda pensaron que él estaba muy cerca de la gente sencilla, pero al mismo tiempo sabían que era una persona ejemplar y también humilde, por lo que no tomaría medidas sin consultarlo previamente. Tal circunstancia no dejaría de llamar la atención a la marquesa de La Rochejaquelein, quien observó en sus *Memorias* que la igualdad, tan cacareada por la Revolución, "reinaba mucho más en el ejército de los vendeanos que en el de la República".

El Gobierno comenzó a temblar. La Convención no salía de su asombro. La toma de Saumur hizo que los republicanos comprendiesen que no se hallaban ante un simple levantamiento, sino frente a una guerra.

Pero en este momento a los vendeanos se les abría un interrogante: ¿qué hacemos ahora?, ¿a dónde nos dirigiremos? Las opiniones fueron divergentes. Lescure prefería quedarse en la Vendée, y allí atrincherarse, manteniéndose a la defensiva.



Bonchamp estaba herido y no pudo opinar, pero se sabía que su idea era cruzar el río Loire con varios miles de hombres, resueltos a ir en ayuda de la Bretaña, que no esperaba sino una señal para levantarse. Porque él tenía contactos con los partidarios de La Rouerie. "La Bretaña nos llama –decía–, vayamos allí, elevemos nuestra visión. Pasemos el río para que Francia asombrada nos vea recorrer victoriosos la Bretaña. Allí se agregarán a nuestro ejército todos los que aún aman a Dios y al Rey". En el Consejo de Guerra d'Herbiers aportó su opinión: "No hemos de poner en las potencias extranjeras nuestra esperanza de volver a erigir los altares y el trono, a nosotros ha de pertenecer esta gloria. Para este fin hemos de salir de nuestros bosques y de nuestras peñas, hemos de pasar el río y conquistar un puerto de mar, por donde nos pongamos en relación con nuestros Príncipes".

La Rochejaquelein se mostró aún más atrevido: propuso nada menos que una marcha inmediata a París, porque, aducía, "la anarquía es un monstruo al que no se lo puede herir mortalmente sino golpeándolo en el corazón". Stofflet lo apoyó sin vacilar: "Se nos abre el camino a la capital. ¡Vamos a París a buscar al pequeño rey, para hacerlo coronar en Cholet!". Pero ello no era sino un sueño. No olvidemos que aquellos guerreros eran, antes que nada, campesinos, y se acercaba la época de las cosechas. Los habían convocado para tomar Saumur. Ya estaba hecho. Basta por ahora.

Lo que pasa en París les resultaba mucho menos acuciante que el trigo, la uva, sus bueyes y su arado. No podemos ir a París. Está muy lejos.

Vayamos a Nantes, convinieron finalmente los jefes. Costó mucho persuadir a los vendeanos. Para ellos era totalmente insólito tener que cruzar el río. Siempre habían vivido de este lado. Al atravesar el Loire, pasaban a otra provincia, y ya sabemos de su localismo. Pero los jefes insistieron. Es menester dejar esta orilla, dijeron. Ellos habían previsto entrar en contacto con algunos grupos de soldados comandados por Charette, que se encontraban en el Marais, y así llevar adelante un plan conjunto para ocupar la ciudad de Nantes, baluarte de las fuerzas republicanas que operaban en esa región. Los vendeanos acataron finalmente la orden de sus jefes. Así daremos también una mano a nuestros hermanos de Bretaña, que luchan por nuestros mismos fines. Nantes contaba con 80.000 habitantes.

Luego de cruzar el río, el 23 de junio se apoderaron primero de Angers sin mayor dificultad, y de allí se encaminaron a Nantes. El 29 de junio empezó el combate. Los vendeanos ocuparon rápidamente los arrabales. Pero los nanteses no se amilanaron, oponiendo una tenaz resistencia. La batalla duró 18 horas y en su transcurso el generalísimo Cathelineau cayó gravemente herido. El sitio de Nantes debió ser levantado. Era el primer contraste serio en esta guerra. Desde acá evolucionaría en otra dirección.



## 2. *Segundo período*

Duraría desde el 29 de junio hasta el 18 de octubre. Tras la derrota de Nantes, los vendeanos volvieron a cruzar el Loire, esta vez hacia su tierra natal. Ambos bandos recompusieron sus fuerzas. Las victorias y las derrotas se sucedieron en los dos campos. No vamos a detallar todos los combates, por cierto. Châtillon, Montaigu, Mortagne, y otras ciudades, fueron sucesivamente ocupadas y retomadas. En estos momentos apareció un joven general republicano, llamado Francisco José Westermann, a quien luego nos referimos con mayor detenimiento, quien introdujo una política de incendios masivos. Entre otros lugares, hizo quemar el castillo de Lescure. Los labriegos estaban furiosos. Sus jefes, sabiendo que Westermann se encontraba en Cholet, resolvieron ir a castigarlo, para lo cual reunieron a miles de los suyos. Llegados allí, Bonchamps dio orden a sus soldados de irse arrastrando hacia el enemigo hasta llegar a un tiro de fusil, y luego caer de improviso sobre los artilleros. Así lo hicieron. Westermann sólo logró salvarse gracias a la velocidad de su caballo. Esta vez los aldeanos, indignados como estaban por tanta depredación, no quisieron hacer gracia, a pesar de sus jefes. Algo semejante había acontecido en Châtillon. Y así comenzaron a acuchillar a sus enemigos, sin que Lescure pudiera contenerlos. ¿Era posible frenar la venganza a la vista de tanta crueldad?

Hacia fines de julio llegó un enviado de Inglaterra, ofreciendo ayuda al Consejo de Guerra vendeano. Los despachos que entregó estaban firmados nada menos que por Pitt, el Primer Ministro británico, y otros dirigentes políticos. Tras elogiar la valentía de los sublevados, expresaban su disposición para ayudarlos, enviando quizás algunos barcos. Recuérdese que Francia revolucionaria estaba en guerra contra varias coronas de Europa, que se habían aliado para ir en ayuda del trono de los Borbones, así que este ofrecimiento no era demasiado insólito. En aquel despacho preguntaban por los motivos del alzamiento, de dónde sacaban el material de guerra, con cuántos hombres podían contar, etc. En uno de esos barcos debía venir un Príncipe de Borbón, suscitándose así el levantamiento de la Bretaña. Comentando este proyecto, opinaría Napoleón varios años después: "Un Borbón a la cabeza era necesario en aquella lucha de gigantes". Pero por el momento todo quedó allí.

El 1° de agosto Barère, diputado de la Convención, señaló en un discurso: "La destrucción de la Vendée, el castigo de los traidores, la extirpación del realismo, he aquí nuestras necesidades". Lo que así glosaba el periódico *Moniteur*: "El Comité ha preparado medidas que tienden a exterminar esa raza rebelde, hacer desaparecer sus guaridas, incendiar sus bosques, segar sus cosechas". Como se ve, la Convención estaba proyectando una guerra de exterminio. Se llevaría combustibles diversos para



incendiar los bosques, malezas y retamas de la región, sobre todo uno cuyo humo tenía la virtualidad de destruir cuanto estaba cerca, "asfixiando todo ser vivo". Asimismo requisarían los animales.

Pero para destruir la Vendée, primero había que derrotarla militarmente. Se destinó para ello al Ejército de Maguncia. Su palabra de orden era: "¡Viva la República! ¡Terror a los *Brigands*!". He aquí su canción "La Carmagnole de la Vendée":

| | |
|---|---|
| *Patriotes, réjouissez-vous.* | Patriotas, regocijaos. |
| *L'armée de Mayence est avec vous;* | El ejército de Mayence está con vosotros; |
| *Elle est venue nous aider* | él ha venido a ayudarnos |
| *A purger la Vendée.* | a purgar la Vendée. |

Un nantés antivendeano pronosticaba el fin próximo de la campaña: "Antes de 15 días, ya no habrá más Vendée", decía. Como comandante había sido nombrado el general Kléber, quien en el fondo admiraba el coraje de los vendeanos. En su francés alsacianizado reconocía: *Les pricands se pattent bien* (los *brigands* se baten bien). Los 16.000 hombres puestos bajo su mando, parecían dar ventaja a los azules, pero en un encuentro con los blancos, el 19 de septiembre, después de cinco horas de combate mortal, aquel ejército fue vencido.

Los republicanos empezaron a temer un triste desenlace para ellos. Así, el 1° de octubre, Barère elevó este informe sobre la marcha de la guerra: "Ciudadanos, la inexplicable Vendée existe todavía. Ese crisol donde se purifica la nación, debía

haber sido aniquilado ya hace tiempo; y todavía amenaza hacerse un poderoso volcán. Ya por lo menos veinte veces, desde la existencia de ese nido de la contrarrevolución, los diputados, Generales y la misma Comisión, os han anunciado la presta ruina de esos fanáticos; pero los pequeños éxitos de nuestros Generales vienen siempre seguidos de grandes derrotas [...]; los vendeanos no tenían al principio ni pólvora, ni cañones, ni armas [...]. Ese ejército católico es una especie de prodigio; ayer insignificante, hoy fuerte de 100.000 hombres. Hace poco se creía aún que era una pequeña tropa, mas ahora forma tres grandes ejércitos". ¿Cómo es que son tantos? "Todos los varones, desde los diez años hasta los sesenta, han tomado el fusil; las mujeres hacen las guardias; todo el pueblo está sublevado". Por tanto, concluía, es urgente destruir la Vendée.

Lamentablemente los jefes vendeanos comenzaron a desentenderse entre sí, ya por rivalidades personales, ya por divergencias de tácticas. Al fin cada uno decidió luchar por su cuenta. Para colmo, los principales comandantes, d'Elbée y Bonchamps, habían muerto en combate, justamente cuando el ejército republicano se estaba reestructurando; Lescure se encontraba herido de gravedad. El 17 de octubre, los vendeanos perdieron Cholet. Convencidos de que no podían ya resistir en su propio territorio, decidieron cruzar otra vez el río Loire hacia Bretaña, con la intención renovada de unirse a los chuanes y apoderarse de un puerto donde pudiesen recibir la ayuda de los emigrados y de los ingleses.



### 3. *Tercer período*

Corre desde el 18 de octubre hasta el 23 de diciembre. Tras la derrota de Cholet y la muerte de varios de los jefes, se hacía preciso elegir un nuevo comandante general. Primero le ofrecieron el cargo a Lescure, pero el héroe se disculpó, aduciendo que estaba mortalmente herido, y sugirió a La Rochejaquelein. Éste objetó que no tenía sino 21 años, careciendo de suficiente experiencia. Quizás no la tendría, pero los labriegos le amaban y le obedecían. Todo en él contribuía a ello: su aspecto, su manera de obrar, su palabra inflamada. De modo que se le confirió el cargo propuesto, en medio de aplausos. Minutos después, lo encontraron en un rincón, llorando amargamente. Cuando se le acercó Lescure para saludarlo, él le dijo redondamente que no servía y le rogó que no bien se curase retomara el mando. "Ya no tengo esperanza de ello –le contestó Lescure–, pero si sano, seré tu ayudante general".

Enseguida se reunió el Consejo de Guerra. Lescure aconsejó un rápido ataque contra Nantes. El príncipe de Talmont, uno de los jefes vendeanos que era general de carrera, propuso atacar Rennes, en orden a provocar el anhelado levantamiento de la Bretaña, y luego avanzar hacia Saint-Malo, para

así entrar en contacto con Inglaterra. El enemigo, que era sagaz, había advertido la peligrosidad de una alianza entre el norte y el sur del Loire. Eso fue lo que se intentó. El 18 de octubre, un día después de la derrota de Cholet, comenzó lo que se dio en llamar *la virée de Galerne,* vasta campaña militar al norte del Loire. En el *patoi* vendeano, la palabra *galerne* indicaba el noroeste, con lo que la expresión significaba "el viraje hacia el noroeste". A lo largo del camino, numerosos jóvenes bretones se fueron incorporando al ejército vendeano, si bien no se produjo el esperado levantamiento general de Bretaña. De pronto llegó la noticia de que se acercaban los de Maguncia bajo el mando del terrible general Westermann. El encontronazo fue terrible. Los azules lograron penetrar en Entrammes, ocupada por los nuestros, ya en la región de Maguncia. Entonces se oyó a La Rochejaquelein que gritaba a los suyos: "Amigos míos, ¿han de pernoctar los azules en la ciudad y dormir nosotros en el campo?". Corrieron entonces al puente, se apoderaron de los cañones, y volvieron a entrar en la ciudad. Fue el 27 de octubre. La Rochejaquelein estaba manifestando sus dotes de caudillo. Cada vez los suyos lo admiraban más. También sus enemigos.

¿Se haría por fin ahora factible la alianza con Inglaterra? Para lograrlo los vendeanos se dirigieron hacia el norte, hacia la Mancha. Había que buscar un puerto donde acoger la poderosa flota británica que se aguardaba. Todo el pueblo se puso,



así, en marcha: combatientes, pero también mujeres, niños, ancianos, y hasta rebaños. La Convención estaba desconcertada. Tras la victoria de Cholet creyeron que el ejército católico se encontraba destruido. Y he aquí que había vuelto a cruzar el Loire y se dirigía decididamente hacia el norte. Era preciso detenerlos, costara lo que costase. Los jefes vendeanos, por su parte, no estaban demasiado seguros de que actuaban como convenía. Inglaterra ya había hecho anteriormente varias promesas, ¿las cumpliría en esta ocasión? Para presionar sobre la corte inglesa, le escribieron al rey mismo, Jorge III, diciéndole que las cosas iban a andar bien, que los habitantes de la Normandía se incorporarían a sus filas contra la tiranía de la República, y le rogaban que Inglaterra se apoderase de algún puerto: Saint-Malo, Granville u otro. "Que sus soldados vengan con los nuestros", le pedían en la misiva. Se convino en tomar el puerto de Granville.

El 8 de noviembre la vanguardia alcanzó primero el puerto de Dol. Un destacamento se dirigió al cercano monasterio de Mont-Saint-Michel, muy cercano de aquel puerto. Dicho monasterio había sido un gran centro cultural durante la Edad Media. Allí en el siglo XII se tradujo a Aristóteles. Por lo demás, San Miguel era, desde tiempos remotos, el Ángel guardián de Francia. La Revolución había suprimido las iglesias a él consagradas, sus fiestas, solemnidades y cofradías. Así, tras ser depuesto de su patronazgo, fue expulsado del Sagrado Monte en la

persona de los benedictinos que vivían en el santuario, obligados a exiliarse. Algunos meses más tarde, el procurador síndico de Avranches hizo despojar el tesoro de la Abadía, y el Mont-Saint-Michel pasó a ser el "Mont-Libre", paradójicamente, una cárcel, donde fueron internados más de 300 sacerdotes refractarios. Lo primero que hizo el destacamento vendeano que arribó a aquel lugar fue liberar a los sacerdotes prisioneros.

Pronto nuestros guerreros llegaron a Granville, el punto convenido. Los ingleses, tras muchas dudas, finalmente se habían comprometido. Pero cuando los vendeanos accedieron al puerto, quedaron consternados. No solamente Granville resistía. Los ingleses no aparecían. En vano miraban a lo lejos. ¿Y las velas inglesas? Nada se veía. No importa. Ya llegarán, pensaron. Mientras tanto, había que tomar la ciudad. Pero las murallas parecían inexpugnables. Tras dos días de asedio, y viendo que no llegaban los refuerzos asegurados, en lugar de persistir en el cerco de la ciudad, resolvieron regresar al Loire, maldiciendo a los ingleses, a "la pérfida Albión". Es cierto que Inglaterra había pedido que primero ocuparan un puerto, y los vendeanos no lo habían hecho. Sin embargo se dijo que "Inglaterra había faltado a su palabra".

Volvieron entonces al Loire, cariacontecidos. En el camino de retorno ocuparon la ciudad de Maguncia, el 24 de noviembre, y la ciudad de Le Mans, el 10 de diciembre. Pero pronto los azules reconquistaron esta última, tras una lucha casa por casa y cuerpo a cuerpo. Una borrachera de sangre y de sadismo se apoderó de los vencedores, reservándose como botín de guerra a las religiosas y a las mujeres más distinguidas; metían cartuchos en los cuerpos de las víctimas y les prendían fuego.



Por fin los vendeanos arribaron al Loire. El ejército se dirigió hacia Savenay, a orillas de aquel río. Eran apenas 7000 los que allí llegaron, 5000 de ellos apenas capaces de llevar las armas. ¿Por qué no prefirieron internarse en la hospitalaria Bretaña? Quizás porque ya estaban exhaustos y tan cansados de sufrir que poco importaba el lugar de su muerte. Al menos morirían cerca de su patria. Pronto apareció Westermann, que inicialmente fue rechazado por el fuego de los vendeanos. Pero el combate frontal sería al día siguiente, el 23 de diciembre. Billaud nos lo relata en detalle. La noche anterior, escribe, se hizo eterna para los nuestros. Unos reparaban sus armas, otros se repartían los pocos cartuchos disponibles. Muchos se confesaban. La mayoría rezaba en silencio. "Hoy es el fin de la guerra", dijo Westermann, frotándose las manos. Los azules eran ahora cuatro contra uno. La batalla de Savenay tuvo el desenlace que era de esperarse. Sólo 2000 vendeanos pudieron huir. El resto fue masacrado. Y enseguida empezó la caza del hombre, que duraría ocho días. Todos los matorrales, todos los bosques vecinos fueron cuidadosamente registrados. También recurrieron al engaño, prometiéndose la vida a

quienes se rindieran. De entre los fugitivos, 1200 se dejaron capturar, y fueron fusilados en Savenay.

Más odioso aún que la masacre fue el acento de alegría infernal con que los verdugos relataron sus hazañas. "¡Qué placer –dijo uno de ellos–, ver caer a los soldados de Jesús!". Westermann comunicó a la Convención: "Ya no hay Vendée. Ella ha muerto bajo nuestro sable libre, con sus mujeres y sus hijos. Acabo de enterrarla en los pantanos y en los bosques de Savenay. Siguiendo las órdenes que me habéis dado, he aplastado a los niños bajo las patas de los caballos, y masacrado a las mujeres, que al menos ya no parirán. No tengo un prisionero que reprocharme, lo he exterminado todo. Se fusila sin cesar en Savenay porque a cada instante llegan *brigands* que pretenden hacerse prisioneros. Nosotros no hacemos prisioneros: habría que darles el pan de la libertad, y la piedad no es revolucionaria".

Refiriéndose a la campaña en general, Gabory dice la verdad: "El hambre, la disentería mataron más que el acero; nada les hizo temblar [a los vendeanos]. Vencieron a Kléber, Marceau, Westermann en diez combates; se apoderaron de una decena de ciudades. Sin víveres, sin ropa, recorrieron 170 leguas de camino en menos de dos meses. Llevaban con ellos mujeres, niños, enfermos, ancianos, todo un pueblo, y sus dificultades eran sobrehumanas. ¡Ninguna derrota más gloriosa!".



## IX. El broche de sangre: Westermann y Carrier

Dos altos dirigentes azules fueron responsables principales de la terrible hemorragia sufrida por el pueblo vendeano. Del primero de ellos, el general *Francisco José Westermann*, ya hemos dicho algo, pero ahora abundaremos. Alsaciano de origen, ingresó en la carrera militar siendo suboficial de gendarmería y luego gentilhombre del conde de Artois. El 10 de agosto se puso al frente de un grupo de bretones republicanos en el asalto de las Tullerías, tomando parte importante en la toma del palacio. En 1793 se dirigió a París y trabó amistad con Danton. Tras diversos avatares fue promovido a general de brigada.

En realidad debió los galones menos a su ciencia militar, casi nula, al decir de su camarada, el general Turreau, que a su extraordinaria bravura. Siempre a la vanguardia, no pensaba en otra cosa que en atacar y dar sablazos; dicha temeridad le valdría éxitos inesperados y derrotas resonantes. Intervino de manera destacada en la guerra de la Vendée. Allí se destacó por imponer entre los suyos una disciplina severa así como por su arrojo y brutalidad. Tomó parte decisiva en la batalla de Le Mans, el 13 de diciembre del 93, y de Savenay, el 23 del mismo mes. Westermann era jactancio-

so, sin escrúpulos, sin moral, sin piedad, duro con sus soldados, cruel con sus enemigos, saqueador, incendiario y masacrador, como lo mostró en la guerra que ahora nos ocupa. Cierta vez entró con los suyos en una aldea llamada Amaillou, a la que saqueó y luego entregó a las llamas. Entendía que tal era el procedimiento adecuado: una aldea quemada aterroriza más que la vista de cien cadáveres, decía. El mismo día fue a incendiar, y lo hizo personalmente, el castillo de Clisson, residencia de Lescure. Luego siguió quemando por el camino todo lo que podía arder: pueblos, fincas y cosechas. Cerró esta expedición haciendo quemar el castillo de La Rochejaquelein.

Ya hemos visto cómo se comportó en Savenay. Diez días después de dicha batalla, el 2 de enero de 1794, fue llamado a París. Por ese entonces, Danton había caído en desgracia. Como Westermann era su amigo, también él cayó en desgracia. Fue destituido, encarcelado y condenado a muerte, juntamente con su protector Camille Desmoulins. Lo ejecutaron el 3 de abril.

El segundo personaje al que queremos referirnos es *Juan Bautista Carrier.* Tras pasar por un seminario y luego salir, estudió derecho. Cuando la Revolución, fue elegido diputado en la Convención de 1792. Se ubicó, entonces, entre los de la Montaña, y votó, sin sombra de duda, la muerte del rey así como la creación del Tribunal Revolucionario.



A este hombre, que sería enviado a la zona de la Vendée, Weiss lo ha descrito con maestría: "Era de aquellas índoles de las que dice Séneca que están amasadas con sangre y lodo. Sus inclinaciones eran bajas; el vuelo de su espíritu no se elevaba; era un calavera escandaloso y su inteligencia de la política no iba más allá de los sofismas que había sorbido en los escritos de Rousseau, y de las insensateces que había oído en el club de los jacobinos". Un día dijo a su confidente, el diputado Real: "El gobierno ha calculado el número de los habitantes, y hallado que es imposible mantener tanta gente; por tanto hay que tomar medios para disminuir la muchedumbre de la población, y para suprimir una parte, han de ir a la guillotina, primero los nobles, los funcionarios, los sacerdotes [...]. Por eso, ¡matad, matad!". En otra ocasión le confesó a Lamarie y a otros: "Preferimos hacer de toda Francia un cementerio, que dejar de transformarla a nuestro modo y frustrar el fin que nos hemos propuesto".

El plan de la Convención y de sus enviados era destruir una tercera parte de la población para que pudiesen vivir los otros dos tercios. De ahí la alocución de Carrier a una columna que debía cruzar la Vendée: "Os conjuro en nombre de la ley: pegad fuego en todas partes y no perdonéis a nadie, ni siquiera mujeres y niños; fusilad a todos, incendiadlo todo". No será necesario, agrega, excluir de ello a los patriotas. De hecho no los hay: "Yo os puedo afirmar que no ha quedado ni un solo patriota en la

Vendée. Todos los habitantes de esta región han tomado parte más o menos activa en esta guerra". Hasta los chicos: "Los niños de trece a catorce años llevan las armas contra nosotros, y los niños de aun menor edad son los espías de los *brigands.* Muchos de esos pequeños pillos han sido juzgados y condenados por la comisión militar".

De hecho los generales estaban vigilados por el poder político. Para asegurarse de su civismo republicano se había enviado a la región del Oeste diputados y comisarios de toda clase. Los mandaba la Comuna de París, el Ministerio de Justicia, el Ministerio de Guerra, y eran llamados lisonjeramente sus "adjuntos". Tenían a su cargo evaluar "la conducta revolucionaria" de las tropas, y de sus mandos, al tiempo que preparar listas de "sospechosos". Eran los antecesores de los "comisarios políticos" de la Unión Soviética. Por sus intromisiones fueron a veces culpables de reveses militares. Los generales tenían que pedir hasta el menor permiso a esos controladores, quienes, por lo demás, medían el ardor militar de los oficiales por su fe jacobina.

En cierta ocasión el general Haxo, que estaba bajo el control de Carrier, le solicitó víveres para la Vendée republicana. Así le respondía Carrier: "Resulta sorprendente que la Vendée se atreva a solicitar subsidios, después de haber destrozado la patria con la guerra más sangrienta y cruel. Entra en mis proyectos, y son también las órdenes de la



Convención Nacional, quitar todas las subsistencias, los cultivos, los pastos, todo, en una palabra, en esta maldita región, quemar los edificios, y exterminar a todos los habitantes [...]. Oponte con todas tus fuerzas a que la Vendée tome o conserve un solo grano [...]. En una palabra, no dejes nada en este país de proscriptos".

Carrier tendría una actuación especialmente destacada en la ciudad de Nantes. Allí había de todo. Al principio eran pocos los jacobinos, y muchos más los timoratos, que para seguir viviendo sin aprietos cedían cosa tras cosa. Nantes constituía para el gobierno tanto un baluarte como un lugar estratégico, que debía permanecer incólume en manos de las autoridades republicanas. Nada, pues, de extraño que la Comisión del Bien Público así le escribiera a Carrier, que en esos momentos se encontraba en el *Bocage*: "Te conjuramos que vayas a Nantes; te enviamos un decreto que te urge limpiar esa ciudad". A dicho decreto apelaría más adelante Carrier cuando al fin de su vida le hiciesen un proceso, para negar toda acusación de crueldad.

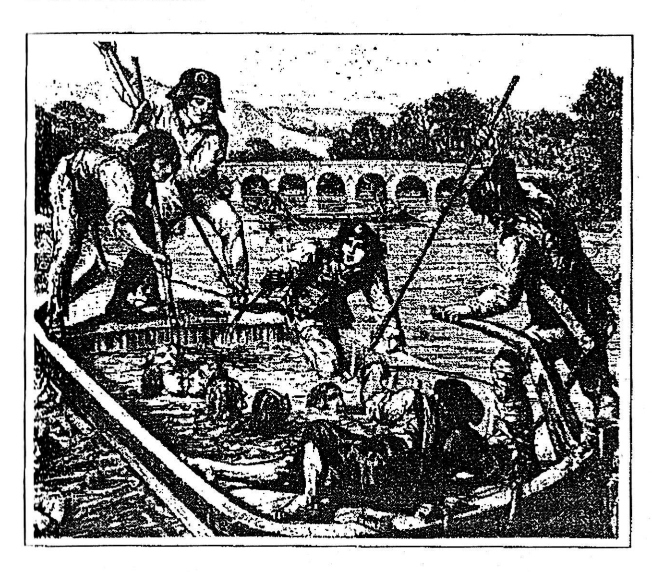
El hecho es que fue el 8 de octubre cuando entró el nuevo comisario en la gran ciudad comercial del Loire. Primero levantó la bandera populista y reivindicatoria: "¡Pueblo, pueblo! Toma tu clava, mata a todos los grandes traficantes, a todos los que se han enriquecido con el fruto de tu sudor [...]. Puedes, ¡oh pueblo!, contar conmigo [...]; la guillotina dará a todos su merecido". Luego reunió

un grupo de bribones para constituir un tribunal revolucionario, y creó una entidad bajo el nombre de "Sociedad Marat", integrada por sesenta miembros, cuyo fin era capturar a los sospechosos y ejecutarlos; tales hombres dispondrían de la libertad, la vida y la hacienda de sus conciudadanos. Carrier quería denunciar una conspiración ficticia para declarar a Nantes en estado de sitio. ¿Cómo hacerlo? Uno de sus confidentes nos lo explica: "Se inventa; se hace tocar marcha general; los *sans-culottes* y todos los hijos del pueblo corren a sus puestos, mas los ricos y los egoístas se quedan en su casa; con eso se hacen sospechosos, y se los puede detener enseguida. Esto no es sino equitativo. Se quedan en sus casas; luego son miembros de la conjuración, porque no salen para combatirla".

Mientras tanto introdujo un nuevo medio en Nantes para acelerar la destrucción de sus enemigos. Las prisiones estaban repletas, la guillotina era muy lenta para vaciarlas con la velocidad que se requería, había hambre en Nantes... Alguien sugirió la idea de ahogar por la noche a los prisioneros. El primer ahogamiento colectivo tuvo lugar el 17 de noviembre; allí perecieron noventa sacerdotes que habiéndose negado a prestar el juramento que abusivamente se les requería, estaban encarcelados desde 1792, y al año siguiente habían sido trasladados a una cárcel común en Nantes. Ahora se los colocó en un barco, y desde allí se los transfirió a un buque de carga. Ellos creían que serían



llevados a la prisión de Cayena, pero su viaje era a la eternidad.



Con este motivo recuerda Weiss lo que refería el historiador Tácito tratando de la vida de Nerón. En cierta ocasión éste se hallaba perplejo sobre el modo de matar secretamente a su propia madre; entonces un tal Aniceto le ofreció construir una nave que se abriría durante la navegación, para que las mudas olas se tragasen la víctima. No otra cosa dispuso Carrier. Previamente los carpinteros habían abierto compuertas en la embarcación a la que serían trasladadas las víctimas. Se conducía luego la nave a la parte donde el río era más ancho y profundo. Entonces un artillero quitaba el cerrojo. Se oían gri-

tos de desesperación. Después todo quedaba en silencio. Una coincidencia no desdeñable: a la hora misma en que los sacerdotes fieles sufrían el martirio en el Loire, el obispo constitucional del Loire-Atlántico, monseñor Minée, y sus vicarios generales abjuraban públicamente de sus funciones sacerdotales. Al día siguiente todos los clérigos juramentados de Nantes trajeron sus documentos de curas y con ellos se hizo una fogata, en medio de gran algarabía. Ocho días después se celebró en Nantes "la Fiesta de la Razón".

Poco más adelante, el 1° de diciembre, se reiteró el procedimiento: cinco sacerdotes, sentenciados a deportación en Cayena, fueron traídos de Angers en un barco. Alguien de la "Sociedad Marat" le preguntó a Carrier si se debía acabar con ellos en el barco. "No –le contestó–, no tanto sigilo; hay que echar al agua a todas esas bestias". Carrier no trepidó en informar a la Convención de este procedimiento, y ello ya desde el primer ahogamiento; refiriéndose a la segunda tanda dijo el muy cínico: "La última noche han sido devorados por el río Loire. ¡Qué revolucionario este río!".

En el periódico *Moniteur* del 30 de noviembre se podía leer: "El representante Carrier escribe desde Nantes. Todas las autoridades constituidas han sido regeneradas, una sociedad anti-popular disuelta, los conciliábulos clandestinos, llamados «cámaras literarias», dispersadas [...]. El apostolado de la razón esclarecedora, electrizando a todos los espíritus, los eleva al nivel de la Revolución; prejuicios, superstición, fanatismo, todo se disipa ante la llama de la filosofía. Minée, antes obispo, hoy presidente del Departamento, ha atacado, en un discurso muy elocuente, los errores y los crímenes del sacerdocio, y ha abjurado su calidad de sacerdote; cinco curas han seguido su ejemplo, y han rendido el mismo homenaje a la razón. Un acontecimiento de otro género parece haber querido disminuir el número de los sacerdotes: noventa de aquellos que nosotros designamos bajo el nombre de refractarios, estaban encerrados en un barco sobre el Loire. Me acabo de enterar, y la noticia es muy segura, de que todos han perecido en el río". Firmado: Carrier.



Por lo visto, al comisario le gustó el método. Lo que primero se había hecho con los sacerdotes, pronto se aplicó a los civiles. Las cárceles de Nantes se encontraban, como dijimos, abarrotadas de prisioneros vendeanos, especialmente de los que habían quedado después de la derrota de Savenay. Carrier estaba dispuesto a quitarles de en medio, vaciando las cárceles "a la manera revolucionaria". La ejecución con la guillotina era demasiado lenta, el fusilamiento hacía mucho ruido y costaba pólvora. Así volvió al método del ahogamiento. Trajeron entonces 129 de esos presos, diciéndoles que se los requería para cierto trabajo. Como uno de ellos pidiera un vaso de agua, uno de los "maratistas" le dijo al carcelero: "No es necesario; pronto beberá de la gran taza". Los metieron en una

barca y después abrieron las compuertas. Algunos que estuvieron allí presentes luego contarían que las víctimas sacaban por los huecos las manos y brazos, pidiendo compasión. Entonces un soldado había cortado las manos a los desgraciados. Se dice que en Nantes fueron ahogados unos 4860 personas, entre varones, mujeres y niños. Pero hubo otros ahogamientos, de modo que no se conoce el total absoluto.

A veces cambiaban las modalidades. No se puede negar que los azules sabían divertirse. Por ejemplo en Entrepôt dos carceleros, mientras recorrían diversos graneros donde estaban recluidos los presos, fueron eligiendo a algunos de ellos, hombres o mujeres, y se los puso en una larga fila que llegaba casi hasta el Loire. La mayoría creía que se trataba de un traslado de prisión. Pero algunas mujeres, más intuitivas, que llevaban su bebé en brazos, entendieron que se las iba a sumergir. Al llegar al río, les arrancaron la ropa, luego ataron a las víctimas de a dos, un hombre y una mujer, o, lo que resultaba más gracioso, un sacerdote y una religiosa, entre chistes obscenos; eran "matrimonios republicanos", decían. Luego se los hizo subir a un barco, que se llenó. Mientras las víctimas rezaban, el agua les llegó primero hasta las rodillas, luego a la cintura. Tras los últimos gritos, un gran silencio. El encargado fue a darle cuenta a Carrier, que estaba medio borracho, como de costumbre. Se rió, y bebió a la salud de la República.



A juicio de Weiss, lo más abominable en Carrier no es tanto su asesinar en masa, sino el bromear todavía sobre ello. Especialmente se regocijaba cuando las víctimas eran sacerdotes: "Nunca me he reído tanto como a la vista de las muecas que hacían al morir", decía. Si los *brigands* se han quejado a veces de morir de hambre, al menos no podrán quejarse de que se les haya hecho morir de sed, agregaba. En el periódico *Moniteur* podía leerse: "Ancenis, Saint-Florent y otros lugares están llenos de prisioneros; pero no se quedarán mucho tiempo, porque tendrán también el bautismo patriótico". O, como prefería decir Carrier: "Los nanteses tienen aún el sentir de los antiguos bretones; por eso hay que valerse del hierro, el agua y el fuego". Por hierro entendía la guillotina, por agua el ahogo, y por fuego el fusilamiento en masa. A un grupo de condenados a perecer en el Loire les dijo que serían empleados en una construcción bajo el agua; a otros, que sufrirían una "deportación vertical". Cierto día le presentaron un conjunto de jóvenes vendeanas para que dispusiera de su suerte. Como no encontró ninguna que le interesara especialmente, dijo: "Aquí no hay nada limpio; llévenlas al baño nacional". Los verdugos, por su parte, antes de ahogarlas, solían abusar de las mujeres que les agradaban. Carrier tenía un harén de vendeanas hermosas a su disposición, a las que no trepidaba en hacerlas ahogar cuando ya dejaban de agradarle. "Todo buen republicano –decía– ha de sentirse feliz al ver morir esas bestias".

La variante era ser ahogado o ser fusilado. En Nantes se ahogaba, en Angers se fusilaba. Porque también Angers fue sumamente castigada. Las prisiones rebosaban. "Hay que degollar todo esto", se decía. Al comienzo conducían a los prisioneros hasta una especie de tribunal. "Los jueces –relata un testigo– están sentados en medio de botellas y de vasos que se confunden con los escritorios y los papeles". "¿Tu nombre?". "¿Has estado con los *brigands*?". "¿Has ido a la misa de los refractarios?", "Ponle un F", gritaba el presidente al escribano. F, con tinta azul, frente al nombre, significaba *fusilar*. Para acelerar los procedimientos, el tribunal se trasladaba a las prisiones. Así todo era más rápido. "¿Tu nombre? ¿*Brigand*? Ponle una F". En Angers se especificaba la causa de la condena, por lo general, de orden religioso. He aquí algunos ejemplos: Jacques Uzureau, 63 años: "Empleado de un sacerdote refractario": F. Marie-Jeanne Grille, 56 años: "Ha recibido a un sacerdote no juramentado": F. François Pagis, 62 años: "Ha querido ir a la misa de un cura no juramentado" : F. Gabrielle Audrouin, 36 años: " Ha escondido varias veces a su hermano sacerdote": F. Marie Pichery, 39 años: "No ha ido a la misa republicana": F. François Miaulet, 35 años: "Ha hecho rosarios": F. Maurice Louettiers, 44 años: "Ha llevado un Sagrado Corazón en su chaleco": F.

Los condenados iban en fila a la muerte, atados de a dos, en silencio. Notable resultaba el contraste entre los carceleros, que olían a alcohol, y los campesinos o nobles, que caminaban cantando: "Yo pongo mi confianza, Señora, en tu socorro". Los carceleros los encaminaban a un lugar donde había una zanja. Al llegar allí los condenados se ponían de rodillas. Tiros, bayonetas, sepultureros. Merecidamente este campo de Angers se llama hoy "el Campo de los Mártires".



Además de los ahogamientos y fusilamientos, funcionó también la guillotina, "la navaja nacional", como la llamaban, y ello de manera incesante. Fue tanta la sangre derramada que, desde el lugar donde se encontraba la guillotina, hubo de hacerse un canal de desagüe al río Loire. Los clérigos fieles a la Iglesia eran ejecutados. Los que no lo eran, eludían la persecución. Hemos nombrado al obispo Minée, hombre ambicioso y sin fe. Había comprado al precio de 6000 francos la dignidad de obispo constitucional. Ahora, por miedo, se hizo cómplice de los crímenes de Carrier. Mientras sus virtuosos hermanos en el sacerdocio eran sumergidos en el río, él, como encargado que era del Departamento, y como obispo, pronunció aquel discurso a que antes nos referimos, impregnado de incredulidad, a cuyo término renunció al cargo episcopal, "pues la razón y la filosofía –afirmó– le hacían una ley quebrantar los lazos que le sujetaban a su casta, a la cual debía la República toda su desgracia".

¿Qué sería luego de Carrier? En febrero de 1794 empezó a caer en desgracia. ¿Cuántos fueron los que murieron por decisión suya? Se dice que no menos de 7000. Las víctimas de la Revolución en todo el noroeste se calculan en un millón. Ahora Carrier estaba próximo a la demencia. Como observa Weiss, la Convención había dado a los comisarios un poder tal, que algunos llegaron a perder el juicio. Y así le ocurrió a Carrier. Cuando pasó la época del Terror, la gente reclamó su presencia en el banquillo de los acusados. Al fin fue relevado, y llevado a París el 8 de febrero de 1794. Carrier nada ocultó ante la Convención de lo por él actuado. Cuando se le preguntó si era cierto que había dicho: "No me hablen de humanidad ante estas fieras de la Vendée; todas serán exterminadas. No hay que dejar vivo a un solo rebelde", pretextó que él sólo había hecho lo que la Convención le ordenaba. Si lo castigaban a él condenarían a la Convención; todos en la Convención serían culpables, hasta la campanilla del presidente, dijo con gracia: *"Tout est coupable ici, jusqu'a la sonnette du président"*. Es cierto que a Robespierre le cupo responsabilidad directa en la represión llevada a cabo por Carrier. Pero ello no lo exime de culpa. Sea lo que fuere, el asesino de Nantes fue condenado a muerte el 25 de noviembre y guillotinado el 16 de diciembre.



## X. Los capitanes más relevantes

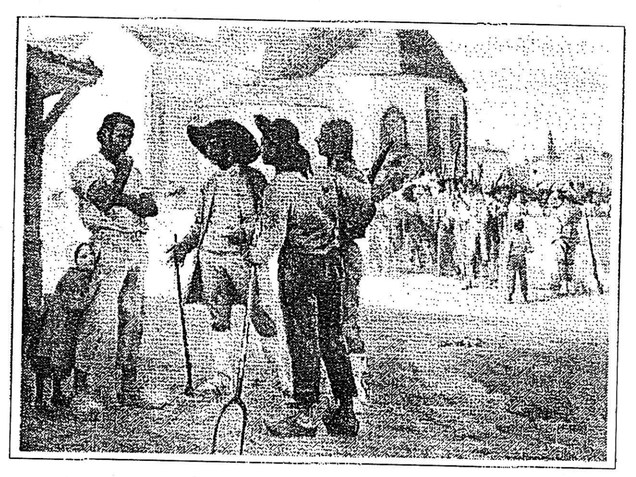
Ya algo hemos dicho de las personalidades más notables del levantamiento. Pero nos parece conveniente abundar un tanto en ello.

### 1. *Jacques Cathelineau (1759-1793)*

Tal la primera figura importante que aparece en la contienda. Nacido en Pin-en-Mauges, era un hombre de pueblo, que recorría la zona en carro y hacía encargos a domicilio. Al mismo tiempo cumplía el cargo de cantor en la parroquia. Tratábase de una persona de fe sólida, cuyas virtudes lo recomendaban a todos los que lo conocían. A este joven alto, inteligente y de ojos vivos, la persecución religiosa lo había exasperado. Aborrecía la Revolución, y por donde pasaba no perdía ocasión de hablar a la gente en su contra. El hecho de ir de feria en feria, de mercado en mercado, le permitía conocer a todo el mundo en los alrededores, siempre diciendo francamente lo que pensaba.

Pues bien, como lo hemos señalado anteriormente, el 11 de marzo de 1793 estaba preparando el horno con el fin de amasar pan para él, su mujer y sus cinco hijos, cuando llegó a su casa un primo suyo, que había sido convocado como conscripto

en aquella famosa leva que provocó el golpe de Saint-Florent, y le relató lo que allí había sucedido entre los conscriptos y las autoridades del distrito.



*La invitación a Cathelineau*

Se lavó las manos, se vistió a las apuradas, ciñóse una pistola, ató a la cintura el rosario, y se dirigió a la plaza para hablar con los paisanos. Tenía entonces 34 años. De entre los presentes 28 se le unieron. Los llevó entonces a la iglesia y puso en sus chaquetas una imagen del Sagrado Corazón. Volvió luego a la plaza. Se encontraban allí varias mujeres: "Ustedes, que no pueden combatir –les dijo–, recen por el éxito de nuestras armas". Su esposa, llorando, quería retenerlo. "¿No ves nuestros cinco hijos? ¿Qué harán sin ti?". A lo que le contestó: "Ten confianza; Dios, por quien voy a luchar, tendrá cuidado de ellos". Algunos hicieron tocar las campanas a rebato, también en los campanarios vecinos. Y partieron para la Cruzada. Así se ha podido señalar el 11 de marzo como la fecha en que dio comienzo esta epopeya.



Cathelineau y los suyos se dirigieron hacia Jallais, donde estaba apostada una guarnición de soldados. Sería preciso arrebatarles las armas. En las cercanías, una mujer les dijo: "Los republicanos tienen allí un cañón". "Lo tomaremos", respondieron. "¿Con bastones?". "Con la ayuda de Dios". Cuando llegaron a Jaillais ya eran 500. Al ver la ciudad, el caudillo detuvo a los suyos: "Amigos –les recordó–, no olvidemos que estamos luchando por nuestra santa religión". Puso una rodilla en tierra, hizo la señal de la cruz y entonó en alta voz el *Vexilla Regis,* que sería en adelante el himno de piedad y de combate de los vendeanos. Luego se levantó, y se lanzó intrépido al ataque, juntamente con sus compañeros, que blandían guadañas y bastones. Los republicanos, tomados de sorpresa, huyeron, abandonando su famoso cañón. Al ver que en el campanario de la iglesia flameaba el pendón tricolor, Cathelineau no vaciló en arriarlo. Un gesto realmente simbólico. Luego siguió avanzando con su contingente, ocupando poblados, incorporando hombres y apoderándose de cañones enemigos. En algunos de esos encontronazos debió combatir cuerpo a cuerpo, enardeciendo a los suyos. Cuando terminó el día, "el santo de Anjou"

–así lo apodaría toda la Vendée– entró en una capilla y rodeado de penumbras agradeció su ayuda al Señor de los Ejércitos. Como se ve, inicialmente no fue sino un movimiento espontáneo, popular y religioso. Sin saberlo, otros muchos se habían levantado en diversos lugares de la zona con idénticos propósitos, entre ellos Stofflet.

No nos detendremos en las siguientes batallas que comandó quien pronto sería proclamado Generalísimo de todo el Ejército y tuvo siempre en jaque al enemigo. Refiriéndose a él, diría Napoleón que poseía "la primera cualidad de un hombre de guerra, la de no dejar reposar jamás ni a los vencedores ni a los vencidos".

En el sitio de Nantes, según lo hemos indicado con anterioridad, cayó mortalmente herido. Fue llevado a Saint-Florent, a orillas del Loire, lugar donde comenzó el alzamiento. El sacerdote que lo acompañó los catorce días que duró su agonía, nos ha dejado una inteligente reflexión del significado de su persona y de su gesta: "¿Cómo es que alrededor de esta vida corta se ha fijado una gloria que pocos hombres de guerra han igualado? La explicación se encuentra no tanto en los méritos del hombre, como en todo aquello que simbolizaba. Cathelineau personificaba el alma de la Vendée [...]. La revuelta fue popular: él era pueblo. Fue paisana: él era hijo de la tierra. Fue una sublevación de hombres que no temían nada: él, según la confesión de todos, era un bravo entre



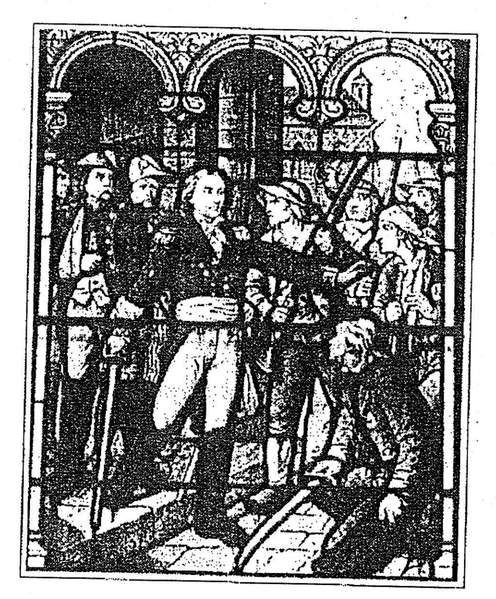
los bravos. Fue una explosión de fe cristiana [...]. Aparece como la viva encarnación de sus compatriotas. Instintivamente el pueblo busca perpetuar en un nombre la memoria del generoso esfuerzo, sacrificio, devoción, trabajo, desprecio por la muerte, hogar y familia abandonados, Dios confesado hasta la sangre. Todo lo que era mérito colectivo y sublimemente anónimo se fijó en un hombre; y todo esto, en la lengua del pueblo sublevado, se llamó Cathelineau". Murió el 14 de julio de 1793.

### *2. Maurice d'Elbée (1752-1794)*

Nació en Dresde, de padre anjevino. Siendo subteniente en el cuerpo de granaderos del Elector de Sajonia, pasó al servicio de Francia en 1772. Tras renunciar al ejército en 1785, se retiró a su propiedad de Beaupréau. También él fue invitado por los insurgentes. Al morir Cathelineau lo proclamaron General en jefe el 19 de julio. Tenía 31 años cuando lo buscaron.

Entre sus batallas, recordemos la de Chemillé, el 11 de abril, choque duro, por cierto, donde murieron 600 vendeanos y 1500 azules. Algunos exaltados allí gritaban: "¡Venguemos a nuestros muertos! ¡Nada de cuartel a los prisioneros: masacrémoslos!". D'Elbée trató de calmarlos. Pero en vano. Sintiéndose desbordado, ordenó en alta voz: "¡Soldados, de rodillas! Digamos primero el Padrenues-

tro". Sin comprender demasiado, los vendeanos acataron la orden. Al recitar la frase: "Perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a los que nos han ofendido", d'Elbée los interrumpió: "Desgraciados, ¿ustedes se animan a pedirle a Dios que les perdone como ustedes perdonan a los demás?". Los paisanos eran cristianos y desistieron de su propósito, quedando así a salvo la vida de los prisioneros. Fue el llamado "Pater de los Vendeanos". En el interior de la iglesia de Chemillé hay todavía un vitral representando la escena.



*El «Pater» de d'Elbée, por el que perdona a 500 prisioneros azules*



D'Elbée cayó gravemente herido en la batalla de Cholet, el 17 de octubre de 1793. Fue entonces recogido y transportado a la isla de Noirmoutier, entonces bajo control de Charette. El 2 de enero de 1794 los enemigos ocuparon la isla. Él no estaba aún curado de sus heridas. Capturado por los azules fue fusilado el 9 de enero.

### 3. *Louis de Lescure (1766-1793)*

Vástago de la antigua nobleza de Poitou, nació en París. Ingresó de adolescente en el estamento militar, realizando una brillante carrera. Todavía joven, siendo capitán, tuvo acceso a la corte. Cuando estalló la Revolución, tras una corta tentativa de emigración, volvió a su castillo de Clisson, cerca de Bressuire. Luego la reina María Antonieta le pidió que estuviese con ella en París. Así lo hizo, participando valerosamente en la defensa de las Tullerías, el 10 de agosto de 1792. Luego fue detenido, juntamente con su familia. Liberado por su primo, Henri de La Rochejaquelein, pronto se convirtió en uno de los comandantes del Gran Ejército Católico y Real, llegando a ser su tercer General en jefe.

Hombre de piedad profunda y austera, estuvo adornado de sólidas virtudes. Se destacó sobretodo en la misericordia. Por lo general los vendeanos fueron, sobre todo en los comienzos, generosos con el enemigo. Promulgaron, es cierto, el derecho a las

represalias, pero de hecho no lo practicaron. "Teníamos repugnancia a los incendios y degollinas", dice uno de ellos. Cuando se enteraron de que los habitantes de Parthenay habían ayudado a Westermann a incendiar diversos lugares, entre los cuales se contaba el castillo de Lescure, lo lógico hubiera sido que aquel pueblo fuese castigado. "No quiero vengar el incendio de mi castillo de Clisson", les había dicho Lescure, y por tanto tampoco acá se vengaron de aquellos malhechores.

Bajo su comando los vendeanos tomaron Thouars, Fontenay y Saumur, ciudad esta última donde fue herido. Luego de otras victorias, resultó nuevamente lesionado, en vísperas de la batalla de Cholet, pero esta vez de gravedad. Haciendo un reconocimiento en torno a la ciudad, había subido a una colina, y al ver cerca un puesto de los azules, ordenó atacarlos diciendo: "Adelante, amigos míos". En ese instante una bala enemiga le entró por el ojo izquierdo y le salió por la oreja, cayendo sin sentido. Durante su agonía, la noticia que más le dolió fue la de la ejecución de María Antonieta, aquella reina por él tan amada. "Me batí para liberarla –comentó–; si recobro las fuerzas, la vengaré; no más merced".

Estando todavía grave, le pidió un día a su mujer que abriera las cortinas del cuarto. "Están abiertas", dijo. "¿El día está claro?", preguntó. "Sí". Preocupado le confesó: "Entonces tengo un velo en los ojos, no veo nada". Como su mujer lloraba, teniendo a su hijito en brazos, él murmuró: "Te voy a dejar. Es mi único dolor, y también el de no haber podido reponer al Rey en el trono [...]. En cuanto a mí, muero tranquilo. Sin duda, he pecado. Pero combatí en favor de Dios; espero en su misericordia. Voy al cielo con confianza". Recibió los sacramentos, y poco después murió. Tenía 27 años. Al enterarse de su defunción, Merlin, comisario de la Convención, escribiría: "Su muerte valió tanto para nosotros como una batalla ganada". Cuando falleció encontraron en su cuerpo las marcas de un cilicio. Vivió como un santo, afirma Gabory, un santo guerrero, al estilo de San Luis. No en vano gustaban llamarlo "el santo de Poitou". Luego de la partida de Lescure, su esposa, Victoire de Domissan, se casó con Luis de La Rochejaquelein, hermano de Henri, volviéndose así la marquesa de La Rochejaquelein, autora de las famosas *Mémoires*, a que tanto hemos recurrido.



### 4. *Charles de Bonchamps (1760-1793)*

Desde 1776 fue cadete en un regimiento de infantería. Al comienzo no se mostró hostil a la Revolución, pero pronto captó su perniciosidad. En 1793 organizó en la Vendée dos compañías de cazadores, costeándolas de su propio peculio, que formaron el núcleo del ejército vendeano: "los Bonchamps", se los llamaba. Tenía una visión más

universal de la guerra que sus compañeros, demasiado encerrados en las fronteras de la Vendée, e incitó a que el levantamiento se extendiera al norte del Loire. "Nuestros señores quieren concentrar acá todas sus fuerzas –objetaba– para atraernos toda la República sobre nosotros".

Bonchamps fue así uno de los primeros en comprender la utilidad estratégica que los emigrados y sus aliados podían extraer del levantamiento vendeano y viceversa. De este modo propició el establecimiento de una cabeza de puente en la costa, que hiciera viable un posible desembarco de aquéllos, concordando en esto con su amigo La Rochejaquelein. De ahí su insistencia en la necesidad de expandir el frente hacia el norte, en la zona de Bretaña y Normandía, para unirse allí con las tropas chuanas, y también hacia el este, enviando en esas dos direcciones fuertes contingentes de vendeanos. Por cierto que lo esencial del Ejército debía permanecer en la Vendée, como base de operaciones. Fue el famoso "plan Bonchamps". De haberse cumplido, fácilmente la insurrección hubiera triunfado.

La personalidad de Bonchamps es francamente sugestiva. Desde joven mostró una especial afición por las ciencias y las artes, sobre todo las matemáticas y la música. Asimismo componía cantares y sabía acompañarlos con el arpa. También dibujaba a la perfección. Su conversación era particularmente amena. Amaba la tranquilidad de la vida campestre en el castillo de sus padres. Entre sus seguidores nadie hubiera podido discutirle su talento militar; se lo consideraba el más hábil General, y su ejército el mejor entrenado. Su rostro era franco y amable, su carácter manso y sin ambición, sus hombres le tenían rendida confianza. Lo único que le echaban en cara era que, como General, se exponía en exceso. Pero al parecer obraba así más por cálculo que por temeridad, ya que conocía muy bien a los vendeanos, que tanto valoraban la ejemplaridad del coraje. Ello hizo que en varias ocasiones resultara herido. Cierta vez en que por motivo de sus lesiones debió apartarse de los suyos durante tres días, oyó que éstos estaban descontentos y los oficiales no lograban reducirlos a su deber. Entonces se hizo llevar allí; apenas lo vieron, lo rodearon exclamando: "¡Viva el rey, viva Bonchamps!", y confirmaron su sumisión. La autoridad que ejercía sobre los soldados era omnímoda.



Recuérdese cómo los jefes, después de la derrota de Cholet, decidieron pasar el Loire. Pero previamente se preguntaron: ¿Qué hacer con los prisioneros? Eran más de 5000, entre los cuales había soldados intrépidos, pero también incendiarios y asesinos. ¿Qué hacer? ¿Soltarlos? En dicho caso, ¿no irían a engrosar las filas de los azules? ¿Llevarlos al otro lado del Loire? Imposible. "¡Hay que fusilarlos!", opinó el jefe de su custodia. "¡Hay que fusilarlos!", repitió la multitud. "Han incendiado nuestras casas, deshonrado a nuestras mu-

jeres, degollado a nuestros hijos. ¡Si ellos nos tuviesen, nos matarían! ¡A muerte! ¡A muerte!" Pusieron entonces cañones en la puerta de la iglesia donde aquéllos estaban detenidos. Los jefes se reunieron y coincidieron con sus subordinados.

Bonchamps, que a la sazón se encontraba muy grave, prácticamente moribundo, se alojaba en una casa cercana. Cuando fue puesto al corriente del asunto, se irguió, llamó a d'Autichamp y le dijo: "Yo me voy a morir. La última orden que os doy: no manchéis nuestra causa con una masacre tan horrible, perdonad a esos malhechores". D'Autichamps fue a la plaza, pero cuando trató de hablar, los gritos cubrieron su voz. Entonces hizo retumbar los tambores. Luego dijo: "¡Gracia a los prisioneros! ¡Bonchamps moribundo así lo quiere! ¡Bonchamps moribundo así lo ordena!". Al solo nombre del joven vendeano, la cólera se desvaneció. Y la multitud repitió "Bonchamps moribundo lo quiere. ¡Gracia a los prisioneros!" Se hizo abrir entonces la puerta de la iglesia y los azules salieron libres. De los 5000 prisioneros agraciados, 4900 retomaron la guerra contra los vendeanos. Se ha dicho que fue un error del jefe. Quizás lo haya sido desde un punto de vista puramente militar. Pero se trataba de una guerra cristiana, regida por la caridad.

No se trató, por cierto, de un caso aislado. Los blancos solían tener compasión por los vencidos. El mismo Bonchamps había protagonizado tiempo atrás algo semejante. En cierta ocasión se enteró de



que los azules habían reducido su castillo a pavesas. Los cazadores le pidieron permiso para lanzarse contra los incendiarios. "Os doy las gracias por vuestra adhesión y lealtad –contestó el marqués–, pero ni una gota de sangre de los soldados de mi rey se ha de derramar por la defensa de mi propiedad".



*Bonchamps, moribundo, concede gracia a los prisioneros*

Bonchamps se agravaba cada día más. Entonces los suyos lo llevaron con enorme respeto a la otra orilla, y lo alojaron en la cabaña de un pescador. Llegó luego un sacerdote, quien después de darle el viático, lo exhortó a la confianza. "Yo me atrevo a contar con la misericordia de Dios –exclamó nuestro héroe–. No he combatido por la gloria humana. Si no he podido volver a erigir los altares y el trono, por lo menos los he defendido. He servido a mi Dios, a mi Rey, a mi Patria. He sabido perdonar".

¿Cuál fue la reacción de los azules ante aquel gesto de perdón que tanto lo sublimó? Para quitarle méritos, algunos dijeron que habían sido ellos quienes liberaron a los prisioneros; otros, más cínicos, afectaron indignarse, como si se hubiese tratado de una hipocresía de Bonchamps. Así declaró uno de ellos, Merlin de Thionville, un representante del pueblo: "Los cobardes enemigos de la Nación, según se dice, han perdonado a más de 4000 de los nuestros [...]. El hecho es verdadero, porque yo lo sé por varios de ellos. Algunos se dejarán conmover por este rasgo de increíble hipocresía. Yo se lo he explicado a los soldados y ellos han comprendido pronto que no debían ningún agradecimiento a los *brigands*. Pero como la Nación no está todavía a la altura de nuestros sentimientos patrióticos, vosotros obraréis sabiamente no diciendo una palabra sobre tal indignidad. ¡Hombres libres que aceptan la vida de manos de los esclavos! Eso no es revolucionario. Hay que sepultar en el olvido esta desgraciada acción. No habléis de ello, ni siquiera a la Convención. Los *brigands* no tienen tiempo de escribir o de hacer diarios. Esto se olvidará, como tantas otras cosas".



He aquí cómo se practica la "memoria" falseada para que las nuevas generaciones nada sepan de la verdad histórica. Fue el primer "memoricidio" de la historia, el primer intento de matar su memoria. Ya desde entonces son los "medios de comunicación" los que fabrican la opinión pública. Algunos días más tarde, comenta Billaud, los azules arrojarían, aún vivos, a una cisterna de Vihiers, 27 carretadas de heridos vendeanos juntados en el campo de batalla de Cholet. De ello no se hablaría.

Con la muerte de Bonchamps, escribe Weiss, no sólo perdió la Vendée al General que la condujo de victoria en victoria y que sabía entusiasmar a sus hombres para que realizasen acciones admirables, sino también el secreto de sus alianzas con los caudillos del partido de La Rouerie, así como su conocimiento del país y de la gente de Bretaña. Gracias a Dios, su mujer, la marquesa de Bonchamps, nos ha dejado sus tan valiosas *Mémoires*.

### 5. *Henri de La Rochejaquelein (1772-1794)*

Fue uno de los arquetipos principales de la epopeya que nos ocupa. Siendo su padre coronel,

entró de adolescente en el colegio militar. Era todavía muy joven cuando prestó servicios en la guardia personal de Luis XVI, teniendo una participación heroica en la defensa de las Tullerías, el trágico 10 de agosto de 1792. Esta familiaridad con la corte lo marcó de por vida.

Si Lescure fue el táctico, el estratega y el santo, escribe Calderón Bouchet, La Rochejaquelein era el valor ardiente y apasionado, con una intrepidez rayana en la locura. Y si en el combate tenía que ser reprendido por la audacia con que exponía la vida, en los Consejos de Guerra se solía dormir. "¿Qué diablos quieren –decía sonriendo–. No quiero ser un general, soy un húsar para quien la pelea es una fiesta".

El Ejército vendeano carecía por aquel entonces de general en jefe. D'Elbée no estaba en condiciones de ejercer el mando; su cuerpo sangraba por las heridas recibidas y debía ser atendido para su recuperación. ¿Quién lo reemplazaría? Lescure, herido de muerte, sugirió para el cargo a Henri de La Rochejaquelein. Monsieur Henri –así lo llamaban respetuosamente los paisanos– fue finalmente elegido. Tenía sólo veinte años. Fue entonces cuando dijo: "Si mi padre estuviese entre nosotros, os inspiraría más confianza. Yo tengo en mi contra no sólo mi juventud sino también mi inexperiencia, pero ardo en deseos de hacerme digno de conduciros. Vamos en busca del enemigo: si avanzo, seguidme; si retrocedo, matadme; si muero, vengadme (*si j'avance, suivez-moi; si je recule, tuez-moi; si je meurs, vengez-moi*)". Comentando Napoleón estas palabras, hubo de reconocer: "Era hablar como un héroe". No se trató, por cierto, de una "corazonada". Habitualmente seguiría hablando y obrando como tal. Así lo atestigua uno de sus vendeanos: "Siempre era él quien daba la señal de ataque; trazaba sobre su cuerpo una gran señal de la cruz y se lanzaba hacia delante, precipitando su caballo hasta en medio de los escuadrones enemigos. Su sombrero, adornado con plumas blancas, su bufanda del mismo color, ordenando en medio del humo, arrastraban a los soldados".



Comúnmente solía llevar un pañuelo rojo al cuello, y otro en la cintura, donde guardaba sus pistolas. Cuando aconteció la batalla de Fontenay, los vendeanos oyeron cómo los azules se decían entre sí: "¡Apunta a aquel del pañuelo rojo!". Esa noche los oficiales le pidieron que en adelante no se mostrara con dicho pañuelo para no ser fácilmente reconocido, pero él se negó; entonces acordaron llevar todos un pañuelo del mismo color para disminuir el peligro de perder a su jefe. A partir de ese momento los pañuelos rojos en el cuello fueron universalmente usados en el ejército vendeano. La condesa de La Rochejaquelein observa en sus *Memorias* que ese pañuelo y el vestido holgado le conferían al oficial vendeano el aspecto de un capitán de salteadores, y en ello se inspiraron los azules para darles el nombre de *brigands*.

Sus soldados lo adoraban. Él los llamaba "sus amigos", "sus hijos", y compartía todo con ellos, sin perder en modo alguno la dignidad del mando. Su amistad con Lescure era conocida. Pero sobre todo se mostraba camarada y admirador de Bonchamps, con cuyo plan estratégico coincidía: abrir un segundo frente en Bretaña, uniendo a los vendeanos con los grupos chuanes, para entrar lo más pronto posible en Anjou. Fue, sin embargo, durante su mandato que el Consejo de Guerra decidió acercarse a los ingleses. A La Rochejaquelein no le agradaba la idea, pero a pesar de ello ordenó la marcha sobre Granville. Ya hemos relatado aquel trágico suceso. ¿Se trató de una verdadera traición de los ingleses? Cuando los vendeanos llegaron a la costa preestablecida, los navíos británicos estaban fondeados en Jersey, con todas sus tropas embarcadas. Al parecer, no oyeron los incesantes cañonazos de los vendeanos que tronaron durante 33 horas como para anunciar su presencia, según se había convenido previamente. El comandante inglés de las tropas de desembarco nunca recibió, a pesar de sus instancias, la orden de lanzarse al mar. La decepción de los vendeanos al ver el mar totalmente vacío de aliados, de Príncipes y de emigrados, fue inenarrable.

El viaje de vuelta de Granville hacia el Loire constituyó un verdadero calvario. Los paisanos se sentían engañados. Y hasta echaban la culpa a sus jefes. Henri hubiera podido renunciar a su cargo, pero eligió sacrificarse por sus soldados y su pueblo. Para colmo, los azules los esperaban con cinco ejércitos. La Rochejaquelein se sentía abandonado de todos, de los ingleses, de los emigrados, de los Borbones. Resalta aquí la grandeza trágica del más puro héroe de esta Cruzada.



El 28 de enero de 1794, Monsieur Henri cayó muerto de un balazo en la cara que le dirigió un fugitivo azul a quien acababa de hacerle gracia. Como Bonchamps, sus últimas palabras fueron de perdón. Tenía 22 años.

Con razón algunos autores no disimularon su estupor al advertir que la gesta de la Vendée convocó especialmente a la juventud más idealista. La edad promedio de los *sans-culottes* era de 40 a 45 años, en cambio la de los contrarrevolucionarios y sus jefes no solía pasar de los 30. En su reciente obra "La mentalidad revolucionaria" ha escrito Michel Vovelle que "la contrarrevolución es joven", ya que sus adherentes pertenecían en su mayoría a una juventud en plena comunión con sus mayores. Eso y no otra cosa es la "tradición", la tradición pletórica de juventud, que enfrentaba a la "revolución" senil.

En 1814 aparecerían las *Mémoires de la Marquise de La Rochejaquelein*, obra escrita entre los años 1798 y 1803. Lo mismo hizo la marquesa de Bonchamps. También algunos azules nos dejaron Memorias, por ejemplo, el general Westermann. El mejor entre los escritos del bando enemigo es uno llamado *Mémoires d'un ancien commissaire militaire des armées républicaines*.

## XI. La Vendée vengé

"La guerra contra la Vendée –escribe Weiss– fue la más difícil que la Revolución tuvo que sostener, mucho más que su ataque a Lyon, en su propio país, y pertenece generalmente a la más notable de todos los siglos; fue una lucha por altos ideales, por la religión y el derecho histórico, sostenida por sencillos labradores, que por su unanimidad y abnegación obtuvieron muchas victorias sobre grandes ejércitos, y en que, aun cuando sucumbieron a las fuerzas superiores, mostraron en su misma ruina un glorioso heroísmo, y hasta en su muerte intimidaron a sus enemigos. En Saveney se dio la última batalla grande de los vendeanos: pelearon con el mismo menosprecio de la vida que los griegos en las Termópilas".

Contemporáneamente a los sucesos que hemos ido relatando, el año 1793 vio consolidarse en el orden nacional la línea más dura de la Revolución, la que encabezaba Robespierre, del grupo llamado de la Montaña, porque sus representantes se ubicaban en la parte superior de la sala de debates. Fue durante ese año cuando se creó el famoso Comité de Salud Pública para desalentar la resistencia mediante el espanto colectivo al estilo de Carrier, prohibiéndose hacer prisioneros, repartiéndose el botín entre los vencedores, tomándose rehenes y masacrando a los *brigands* capturados. Así el año 1793 terminó en el horror.



En una carta que Marceau, general de división, comandante en jefe por un tiempo del Ejército del Oeste, dirige al ministro de Guerra se lee: "[...]. El enemigo no pensó sino en buscar su salvación en la huida [...]. Yo acababa de dar orden a Westermann de subir a caballo con toda su caballería [...]. Él sembró entre los enemigos un terror tan fuerte que ellos no pensaron más en darse vuelta para oponerse a sus esfuerzos. Pronto, toda la ruta estuvo cubierta de muertos. La infantería, que en la ligereza de su curso seguía a la caballería, mató a todos los que ella dejaba atrás, como los que buscaban en los caminos transversales los medios de escaparse a sus golpes".

Los vendeanos que alcanzaron la otra orilla del Loire se salvaron del desastre de Savenay. Westermann, el gran vencedor, se gloriaba, algunos días más tarde, en su informe al Comité de Salud Pública, de haber masacrado a la Vendée, de haber aplastado a los niños bajo los cascos de sus caballos, según lo consignamos más arriba.

Una carta enviada a Carrier confirmaba la victoria: "Finalmente el núcleo destructor salido de la Vendée está destruido. Westermann ha purgado el suelo de la libertad entre Savenay y Montoir".

El 7 de noviembre de 1793, la Vendée fue rebautizada con el nombre de *Vengé*, a pedido de

Merlin de Thonville. Éste había propuesto a los convencionales borrar "el nombre de Vendée del cuadro de los departamentos", para sustituirlo por aquél, más evocador, de "département vengé". Esta medida sería aplicada algunos meses más tarde. "Como si se pudiese castigar a un pueblo con palabras", comenta Reynald Secher.

Capítulo Segundo

# LA SEGUNDA GUERRA



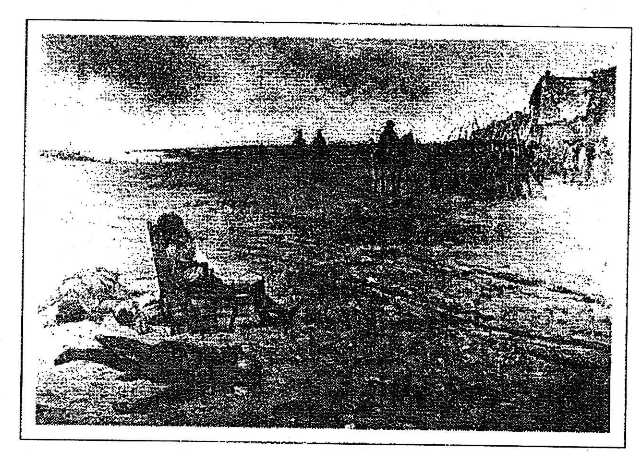
*Monumento al soldado vendeano ofreciendo su corazón a Dios*

Con la derrota de Savenay, el 23 de diciembre de 1793, se acaba la denominada Primera Guerra de la Vendée. Aquella batalla puso un término doloroso a la epopeya del Gran Ejército Católico y Real. Pero pronto Stofflet, La Rochejaquelein y Charette retomarían el combate. Así se dio comienzo a lo que se ha dado en llamar "la Segunda Guerra", que abarcaría tres largos años, llenos de suspenso, los años 1794, 1795 y 1796. Nos limitaremos a exponer tan sólo los acontecimientos más destacados.

## I. Año 1794

Durante este año el coraje siempre renovado de los unos y el sadismo sin límite de sus adversarios se harán cada vez más notorios.

Acabamos de señalar que la primera guerra terminó con el paso del Loire, tras la derrota de Savenay. El grueso del ejército republicano estaba ahora al otro lado del río. D´Elbée había sido herido gravemente en la batalla de Cholet, el 17 de octubre pasado. Entonces fue recogido y transportado a la isla de Noirmoutier, según lo indicamos anteriormente. Cuando los republicanos retomaron dicha isla, el 2 de enero de 1794, el caudillo católico no estaba aún recuperado de sus heridas. Hecho prisionero por los azules, fue fusilado el 9 de enero. Así comenzó, de manera lúgubre, el año 1794.



*Fusilamiento de d' Elbée*

La Convención se mostraba exultante. "¡La Vendée ya no existe!", exclamaban. Por cierto que cantaban victoria antes de tiempo. La Vendée militar estaba viva y de pie, si bien dispersa. Aún no se había apagado el eco triunfal de los últimos cañonazos de los generales Marceau, Kléber y Westermann, cuando comenzaron a rebrotar por toda la Vendée, el Poitou, el Bocage angevino, la Bretaña y la Normandía, nuevos focos de rebelión, que prolongaban inesperadamente la guerra contra la República anticatólica y antimonárquica. Sus ejércitos ya no formaban, hay que reconocerlo, un bloque compacto e imponente, como se habían mostrado el año anterior. Pero sí persistían y reaparecían numerosos grupos que combatían a la manera de los chuanes.



No deja de mostrarse revelador, en lo que a ello compete, el contenido del informe que Lequinio, representante de la Convención en la Vendée, envió a sus jefes el último día de 1793. Allí sostenía que la táctica empleada hasta entonces no había dado el resultado esperado. "Si la población que todavía está en la Vendée no llegara más que a 30 o 40.000 almas, sería evidentemente lo más breve acuchillarlo todo, como yo creía al principio; pero la población es enorme, asciende a 400.000 hombres, y este es un país cuyas barrancas y colinas, montes y bosques, menoscaban nuestros medios de ataque, y al mismo tiempo acrecientan los medios de defensa de los habitantes". Luego echaba al ejército la culpa de los fracasos sufridos, porque los generales, decía, han hecho de la guerra un negocio, favoreciendo el saqueo. No sólo. "Los re-

publicanos han violado mujeres en los montones de piedra de la carretera, y luego las han fusilado y degollado. Otros llevaban niños de pecho en la punta de la bayoneta o de los pies, que habían traspasado al niño y el pecho de la madre". Asimismo, agrega, a los que se rendían, los mataban. Y eso que Lequinio no era una persona fácil de condolerse, destacándose por contarse entre los peores hombres del terror.

Volvamos a las filas de nuestros vendeanos. Como ya lo hemos relatado, La Rochejaquelein, que seguía siendo el comandante en jefe, había vuelto muy decaído por la aventura de Granville, que él no había alentado en modo alguno. Durante el penoso viaje de retorno de los puertos del norte al Loire, logró ganar, por cierto, varias batallas, pero no pudo impedir el fracaso en Angers y Le Mans. Siguió adelante, con pocos de los suyos, hasta que llegó a Ancenis, población contigua al Loire, con la intención de cruzar el río. Allí se embarcó en compañía de Stofflet y de algunos más. Llegó a la otra orilla, pero al encontrarse tan aislado, se vio obligado a esconderse. Ni siquiera entonces se rindió. Al contrario, se puso a reclutar en la zona donde se encontraba nuevos paisanos para reiniciar el combate. Tras una escaramuza entre los vendeanos y sus enemigos, advirtió en cierto momento que dos soldados azules estaban próximos a ser ejecutados por los suyos. Dirigióse entonces a los enemigos gritándoles: "¡Rendíos! ¡Os



concedo la vida!". Uno de los agraciados se le acercó y le dijo: "Me rindo". Pero enseguida disparó contra él. La bala alcanzó a La Rochejaquelein en el medio de la frente. Así murió a los 22 años, abatido por un soldado felón. Era el 28 de enero.

Cuando Stofflet se enteró de tan triste noticia, quedó consternado, pareciéndole oportuno ocultar tanto a sus hombres como a los azules, la noticia de la muerte del comandante en jefe, porque ello hubiese sido desmoralizante. Para que nadie pudiera reconocer el cadáver, lo hizo desnudar, luego cortó con un sable la cabeza ensangrentada del héroe, y escondió su cuerpo en un matorral, de modo que los azules, que estaban por doquier, no pudieran usarlo como trofeo. Nueve días después, el 9 de febrero, dos vendeanos se llegaron a ese lugar, y encontraron que los lobos habían devorado buena parte de los restos. Entonces Stofflet, con dos hombres más, llevaron lo que quedaba a 500 metros de allí, donde había un pequeño valle alejado de todo camino, y lo enterraron al pie de un peral. Allí permanecieron los despojos hasta 1816, en que fueron llevados a la tumba familiar, sita en Saint-Aubin de Baubigné. Tal fue la trágica suerte del "Águila de la Vendée", el caballero sin miedo y sin tacha, el más valiente y admirado de los jefes vendeanos.

Mme de La Rochejaquelein dice en sus *Memorias*: "Entre los adalides de los vendeanos, su carrera fue la más brillante. Era el ídolo del ejército.

Todavía ahora, cuando los viejos vendeanos recuerdan su ánimo fogoso y brillante, su modestia, su afabilidad, su carácter de héroe y buen muchacho, hablan de él con orgullo y amor; no hay un labriego cuya mirada no centellee como el fuego, cuando refiere que sirvió a *Monsieur Henri*". El conde de Quatrebarbes, por su parte, trae a colación el testimonio de Mme de Cambourg, quien se encontraba en Cholet la víspera de la batalla que iba a decidir la suerte de la Vendée. "Ella vio a Monsieur Henri, como el más humilde de los fieles, mezclarse con la gente que se acercaba a recibir la Sagrada Comunión. Durante más de dos horas permaneció en oración, inmóvil y la frente inclinada hacia abajo [...]. Cuando se levantó, una expresión sobrenatural brillaba en su mirada de águila e iluminaba su bella imagen. Se hubiese dicho que advirtió ya en el cielo la palma que Dios reserva a los que mueren por él". Tenía dos hermanos, Luis y Augusto, ambos con pasta de héroes. De ellos hablaremos más adelante. Fue Stofflet quien lo reemplazó como general en jefe.

### *1. Turreau y las "columnas infernales"*

No todos los generales que estuvieron al frente de los ejércitos republicanos durante la represión azul fueron iguales. Los hubo de tres categorías. Unos luchaban simplemente porque se los obligaba a ello. Otros se consideraban "profesionales", esmerándose en respetar los códigos de la guerra; entre ellos podemos incluir a los generales Kléber, Marceau y Hoche. Pero en su mayoría eran hombres fanáticos y sanguinarios, al estilo de Westermann. Por lo demás, según lo señalamos anteriormente, se sabían "controlados" en su fidelidad a la ideología del régimen y su "entusiasmo" revolucionario por los "comisarios" que las autoridades políticas enviaban desde París, los cuales vigilaban de cerca el comportamiento de los generales y oficiales superiores.



En un primer momento la Convención, tras las victorias logradas por los azules en Le Mans y Savenay, dio al levantamiento por terminado. Eran todavía los tiempos de Carrier. Bourbotte, uno de los comisarios, refería: "El silencio y el desierto reinan ahora en el país que en otro tiempo poseyeron. Se puede viajar mucho tiempo por aquellas comarcas, sin ver un hombre o una cabaña; pues fuera de Cholet y Saint-Florent y algunos pocos lugares donde el número de los patriotas era mucho mayor que el de los enemigos de la Revolución, no hemos dejado en pos de nosotros más que cenizas y montones de cadáveres". Merlin, por su parte, habló en la Convención defendiendo a los que habían intentado, aunque tímidamente, una política de cierta blandura y remedio de las heridas abiertas: "Era en provecho de la República; también era difícil extirpar a todo un pueblo".

A lo que se opuso de una manera terminante Fayau, comisario de la Convención en el ejército de Saumur: "Todavía no se ha quemado bastante en la Vendée; hay que enviar allá un ejército de incendiarios. Durante todo un año ningún hombre ni animal debe hallar víveres en aquel país".

Tal sería la política que se implementaría desde ahora. Justamente en estos momentos, fines de 1793, Robespierre y el Comité de Salud Pública habían optado por el recurso al Terror generalizado. En diciembre de dicho año, el gobierno dio orden de exterminar lisa y llanamente las poblaciones de las 778 parroquias de la Vendée. "Es necesario masacrar a las mujeres para que no reproduzcan y a los niños porque serían los futuros rebeldes". Basta de "paridoras de bandoleros". Tal fue lo resuelto con la firma del ministro de Guerra, Lázaro Carnot. El general Kléber se negó a obedecer aquella orden: "¿Pero quién se creen que yo soy? Soy un soldado, no un carnicero". Fue entonces cuando mandaron al general Turreau.

¿Cómo llevar a la práctica el proyecto de la Convención? El modo de hacerlo se determinaría según los gastos y beneficios que ello implicara para el erario. Fusilar a casi dos millones de personas hubiera supuesto un costo muy elevado, aunque se lo considerase sólo por el gasto de balas. Para ahorrar se pensó en otro modo: cortarles la cabeza a sablazos. Así se lo empezó a hacer, pero tampoco ello resultó; los sables pronto perdían el filo. Se buscó otro expediente: envenenar los ríos con arsénico, mas he aquí que el agua arrastraba el veneno más allá de la zona rebelde, poniendo en peligro a los seguidores de la República que habitaban por aquellas zonas. Se encargó entonces a un farmacéutico que fabricara gas venenoso. Pero también aquí se encontraron con una dificultad: a menudo el viento llevaba los efluvios del gas en direcciones no deseadas. Otro medio excogitado consistió en minar el territorio odiado, mas a veces las minas explotaban bajo las botas de los propios azules. Carrier, ya lo hemos visto, había recurrido a un expediente original, el de aquellas barcazas para sumergir a los vendeanos en las aguas del Loire. Al final se optó por recurrir a los cañones: se encerraba a las víctimas en un edificio, por lo general la iglesia del lugar, y se lo derribaba a cañonazos.



Con el fin de sacar todo el provecho posible a las víctimas se recurrió a un procedimiento verdaderamente sádico: se arrojaba los cadáveres en hornos prefabricados para poder servirse de su grasa, que se empleaba luego en los hospitales o para aceitar los fusiles. Asimismo se utilizaba a los muertos arrancándoles la piel antes de tirarlos a los hornos. Con ella hacían pantalones. En un informe a la Convención declararía un testigo: "Se curte, en Meudon, la piel humana. La piel que proviene de los hombres es de una consistencia y de una bondad superiores a la de la gamuza. La de las mujeres es más suave pero menos sólida". Un soldado azul se jac-

taba de haber vendido doce de esos pantalones hechos con piel humana, en orden a lo cual había hecho derretir los cadáveres de 150 mujeres para extraerles su grasa. Explicaba así el procedimiento: "Hacíamos huecos en la tierra para allí colocar calderos, a fin de recibir lo que caía. Poníamos abajo barras de hierro y a las mujeres arriba; luego, más abajo, el fuego". La macabra idea de utilizar piel humana había sido de Saint-Just, empleándola el ejército sobre todo para confeccionar botas. Todavía hoy se puede ver en el Museo de Historia Natural de Nantes la piel de un rebelde debidamente curtida.



*Piel de un chuán*
*(Museo de Nantes)*



Focalicemos ahora nuestra investigación sobre el tema que nos ocupa en una de las figuras más siniestras del ejército azul, el general Turreau. ¿Quién era *Luis María Turreau*? Nacido en una familia noble normanda, aprovechó de la Revolución para hacer carrera en el Ejército. Enviado tardíamente a la Vendée, cuando terminaba el año 1793, impuso allí el Terror propiciado por Robespierre en el orden nacional. Ya en enero de 1794 se dirigió por carta al Comité de Salud Pública, manifestándole su propósito de crear doce columnas de combate. "Sin ello –les dice– yo no podría responder de aniquilar esta horda de *brigands*, que parecen encontrar cada día nuevos recursos". Y en carta al ministro de Guerra: "Esta raza infernal parece renacer de su ceniza". Tras la destrucción que propiciaba, sus planes incluían una ulterior "recolonización" de esos territorios con personas seguras, verdaderos patriotas; a cada uno se le daría una tierra para cultivar, de las arrebatadas a los *brigands*. De este modo, si desde el verano del 93, la Convención había decretado la destrucción de "esta raza rebelde", a partir de enero del 94, por orden del Comité de Salud Pública, el general Turreau lanzaría sobre la Vendée sus doce "Columnas Infernales" con esta consigna: "La Vendée debe ser un cementerio nacional". Sus órdenes estaban encabezadas por la inscripción: "Libertad, igualdad, fraternidad, o muerte".

Como lo señalamos páginas atrás, no todos los generales se avinieron a ejecutar puntualmente las

órdenes de Turreau. Algunos de ellos no dejaron de expresar su repugnancia. Por ejemplo en el tono de los informes de las operaciones que el general Duquesnoy enviaba a su general en jefe se advierte cuánto despreciaba a aquel superior indigno y su programa de devastación: "Tú ordenas matar e incendiar todo [...]. Todo lo que resta hoy en la Vendée se ha levantado contra la República. Esta población, no teniendo otra perspectiva que el hambre y la muerte se defiende aún". Turreau, que no toleraba las objeciones, intentaría enviar este hombre a la guillotina porque "ha contribuido no poco a trabar las medidas revolucionarias tan sabiamente adoptadas". Por fortuna Duquesnoy logró escapar a la venganza de su comandante. También el general Bard, que se opuso al plan de exterminio, fue suspendido por Turreau y puesto en prisión. Otro general, Alexandre Dumas, padre del famoso escritor, juzgó necesario presentar su renuncia, declarándose incapaz de seguir la política establecida.

Más allá de estas objeciones, el hecho fue que desde el 17 de enero de 1794 hasta el 14 de mayo del mismo año, se puso en práctica el plan de ataque de Turreau. El muy fanfarrón había prometido liquidar en un mes el levantamiento. Las autoridades, confiando en su decisión, lo habían nombrado Generalísimo para el frente de la Vendée. Ahora su programa se concretaría aún más: 24 lanchas cañoneras en el río Loire debían evitar la fuga de los *brigands* a Bretaña, e imposibilitar todo



auxilio desde allí; 12 columnas debían recorrer el país desde el este, y destruir toda concentración de rebeldes, incendiar las casas, apoderarse de los víveres y de la hacienda. Los que habían tomado parte en el levantamiento habían de ser acuchillados en el acto; los demás serían trasladados a comarcas netamente republicanas para ser allí "reciclados".

Turreau había organizado un gran ejército de seis divisiones, comprendiendo cada una de ellas dos columnas. Eran, pues, 12 las columnas que debían cubrir toda la zona, desde la periferia hasta el centro. Los jefes de aquellas columnas, Huché, Grignon, Duval y otros, eran por lo general tan bárbaros como Turreau. El general Grignon, por ejemplo, jefe de la primera columna, juró al entrar en la Vendée asesinar a todos los que le saliesen al paso, aunque entre ellos se incluyese ocasionalmente algún "patriota". No había personas sospechosas, no había sino culpables. Todo vendeano, toda vendeana, cualquiera fuese su edad, sería culpable, por el mero hecho de ser vendeano. Observaba así puntualmente las últimas directivas de Turreau, quien había comunicado esta instrucción a sus soldados: "Les doy la orden de entregar a las llamas todo lo que es susceptible de ser quemado y de pasar al filo de las bayonetas a todos los habitantes que encuentren a su paso. Yo sé que pueden encontrarse algunos patriotas en esa región. Es igual, debemos sacrificarlos a todos".

A Huché se le dio la orden de apoderarse de todos los víveres y animales que encontrase a su paso, y llevarlos a Luçon. Tras ello debía quemar enteramente, sin excepción, todas las aldeas, hornos de pan y molinos, y extirpar enseguida a los habitantes que hubiesen tomado parte, directa o indirectamente, en la sublevación. Se conservan, aún hoy, las huellas de los lugares por donde pasó Huché. En uno de ellos, antes de masacrar a las víctimas, les cortaron las orejas. El sitio se llama "El Campo de las Orejas". Cerca de allí hay otro lugar de numerosos muertos que se denomina "El Campo de la Masacre". Sólo doce ciudades fueron temporariamente exceptuadas del incendio, cosa imprescindible para contar con lugares donde ubicar las guarniciones convenientes. Así lo había dispuesto Turreau: "Mi intención es incendiar todo –escribía el 12 de enero de 1794 al Comité de Salud Pública–, preservando sólo los pastos necesarios para establecer los acantonamientos propios para la aniquilación de los rebeldes, pero esta gran medida debe ser prescrita por ustedes". Esto último lo agregó, sin duda, no sin cierto temor de ser desautorizado. Temor infundado, ya que el 8 de febrero de este modo le respondió el Comité: "Extermina a los *brigands* hasta el último, ese es tu deber". Así las columnas pasaron y volvieron a pasar, una y otra vez, los mismos territorios, como para no ir dejando nada en pie.

El general Huché, tan adicto a la bebida, da la impresión de una especie de sádico enloquecido.



Gabory lo describe comiendo con excelente apetito, mientras en el jardín contiguo se oían los gritos y súplicas de las víctimas. Más aún, uno de sus pasatiempos era ver rodar hasta la base de una roca escarpada a mujeres que había hecho fusilar sobre la cuesta, para reírse luego de los accidentes de la caída. Algunos de sus soldados, después de desventrar a las mujeres encintas, llevaban a los bebés ensartados en la punta de sus bayonetas; a otros los quemaban en sus cunas.

De la columna Gramment se cuenta que degollaban ancianos, mujeres y niños. Del general Amey se relata, "que hacía encender los hornos de pan y arrojaba a ellos mujeres y niños. Como le hiciéramos reflexionar por ello, dijo que de este modo cocía la República su pan". El general Duval escribía desde Niort al general Turreau que en algunas comunas habían sido destruidas más de dos mil toneladas de cereales. Carpentier, antiguo cura constitucional, transformado ahora en uno de esos generales, entregó a las llamas todas las provisiones que se habían descubierto en los graneros, las cavas y las bodegas de una vasta región. Otro general se gloriaba así de lo realizado: "Mareuil-sur-le-Ley en este momento está ardiendo –le escribe triunfalmente al general Huché–. ¡Viva la República! Los *brigands* se multiplican: tanto peor y tanto mejor, más perversos que destruir y la tierra será purgada".

Tal era la catadura de aquellos generales. Pero, como comenta Weiss, quizás fuese peor la de los

comisarios de la Convención. Uno de ellos, llamado Francastel, vituperó incluso al cruel Grignion: "Haces demasiados prisioneros; ¿quién haría prisioneros en la Vendée?".

Turreau, por su parte, que estaba habitualmente borracho, a punto de no poder mantenerse a caballo, coleccionaba vasos sagrados de las iglesias, así como ornamentos de oro y plata, un conjunto destinado, decía, al Comité de Salud Pública. Pero fue aún más llamativo el modo como se comportaron con la gente. A las religiosas de la Gaubretière, los soldados les cortaron los dedos. A una familia, compuesta de cinco personas, que se negaron a gritar: ¡Viva la República!, les arrancaron la lengua, les sacaron los ojos y les cortaron las orejas antes de recibir el golpe mortal. Hubo también hombres y mujeres que, empalados o cortados vivos a pedazos, rogaban: "Acaben con nosotros". A veces capturaban grupos de jóvenes mujeres. Cuando no las mataban, a las menos agraciadas las entregaban a los soldados, y a las más atractivas a los oficiales. La violación era la recompensa normal del soldado. Una mujer de Pouzauges fue la conquista común del estado mayor del ejército. Otra perteneció a treinta soldados. Luego todas fueron fusiladas. Señala Gabory que se podría componer un libro de 300 páginas con escenas de este género. Era la bestia desencadenada.

Para colmo tales crímenes se presentaban a los soldados como formando parte del plan de venganzas necesarias. Turreau llamaba la quema de la Vendée, es decir, su política de incendiarlo todo, "la gran iluminación". Sus oficiales retomaron la frase: "La iluminación se extiende más que nunca". Eso se dijo cuando cuarenta granjas iluminaron el campo al anochecer. A la idea de "iluminación" se sumaba la de "calefacción": "Yo me he calefaccionado muy ampliamente esta mañana", dijo un oficial azul.



Como lo hemos señalado, a veces había "patriotas" entre los caídos. En cierta ocasión llegó el ejército azul a una pequeña aldea habitada por unos cincuenta "buenos patriotas", que los recibieron con honores; durante el banquete que éstos les prepararon, comieron y bebieron festivamente; al terminar, los soldados los llevaron a un cementerio donde fueron apuñalados uno tras otro. Los llamados "patriotas" solían tener dos pasaportes: uno de la República y otro de la Vendée, por si acaso. Era en vano: si hablaban como vendeanos y vestían como vendeanos, pensaban como vendeanos: ¡A la muerte! Tampoco se excluyó una cierta comicidad sádica. A un grupo de 72 ancianos, hombres y mujeres, encerrados en un castillo, se los hizo comer, beber y bailar la Carmañola. Luego los mataron.

## 2. *El heroísmo al desnudo*

El martirologio vendeano fue nutrido. Ofreceremos tan sólo algunos ejemplos aleccionadores. Cierto

día, tras haber entrado a sangre y fuego los azules en una finca, se apoderaron de un chico de ocho años: "¡Vamos!, pequeño *brigand*, te vamos a perdonar. Pero con una condición: antes de irte, vas a jurar de una vez contra tu buen Dios". –"¡Ah, eso no, señor –respondió el chico indignado–, sería un pecado!". Entonces se abalanzaron sobre él y lo hicieron morir con la crueldad más refinada. En otra ocasión, una mujer, Mme de Rorthays, condenada al fusilamiento, se negó a ser separada de sus tres pequeños hijos, dos de los cuales permanecían abrazados a ella, llenos de miedo, y el tercero estaba en sus brazos. "¡De ninguna manera! –dijo a los soldados–. Prefiero que mueran conmigo, porque si mueren serán ornato del cielo, mientras que si se quedan con ustedes, se volverán quizás malos e impíos".

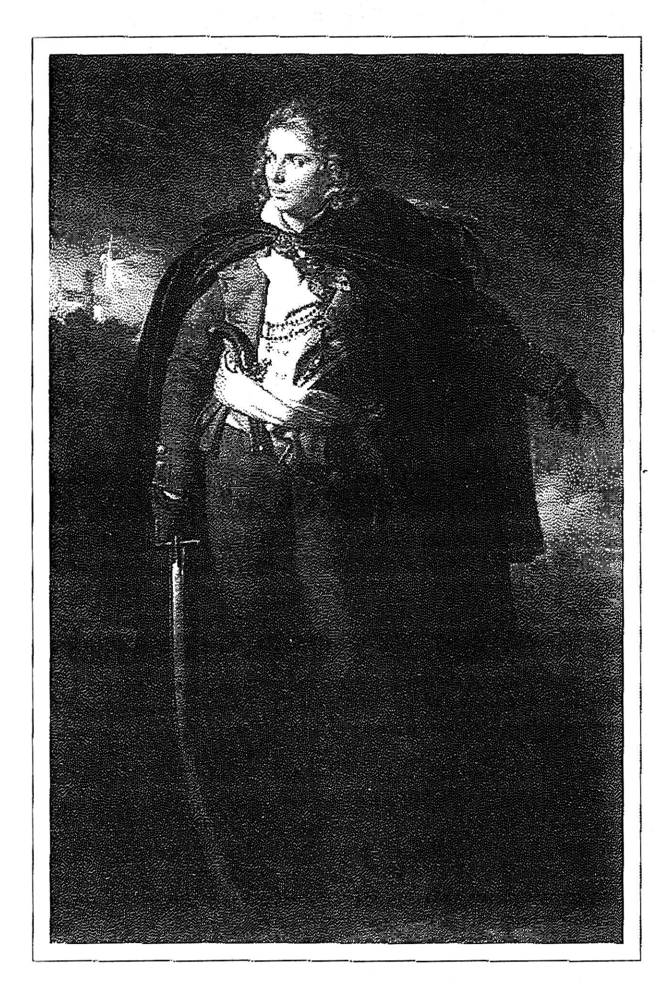
Fueron multitudes los confesores de la fe, hombres y mujeres que marchaban al suplicio entonando salmos y cánticos espirituales, o desgranando su rosario; aún se encuentran cadenas de rosario enmohecidas mezcladas con sus huesos. El espectáculo no dejó de impresionar a los mismos perseguidores. El propio Turreau confesaba su desencanto al Comité de Salud Pública: "Más de cien representantes y generales han venido a fracasar en este país maldito. Ello proviene del coraje fabuloso de los *brigands*. Hay algo de sobrenatural en esa obstinación de la que ningún pueblo ha dado ejemplo. Hay que abandonar este sistema [es decir, este método de represión]".



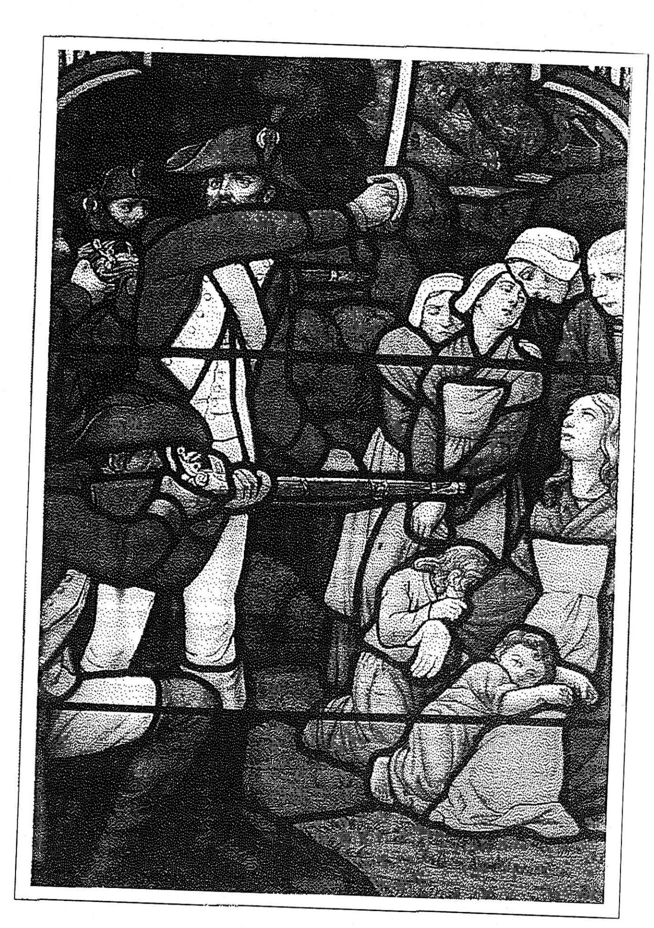
*Rends-toi!*
*Rends-moi mon Dieu!*
(Vitral de la capilla de Notre-Dame de Haute-Foy)



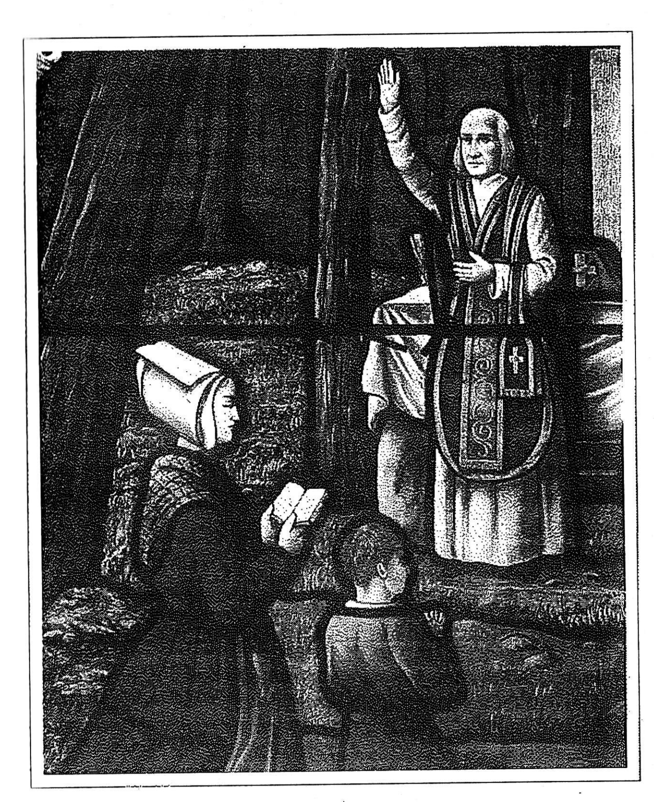
*Retrato de Luis XVII*



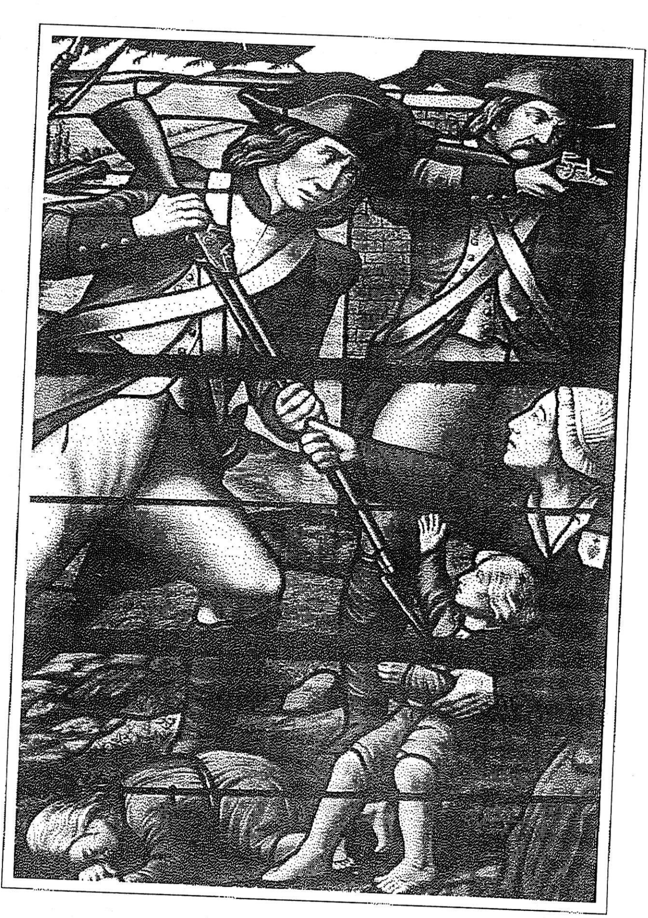
*Jacques Cathelineau*



*Matanza de vendeanos*



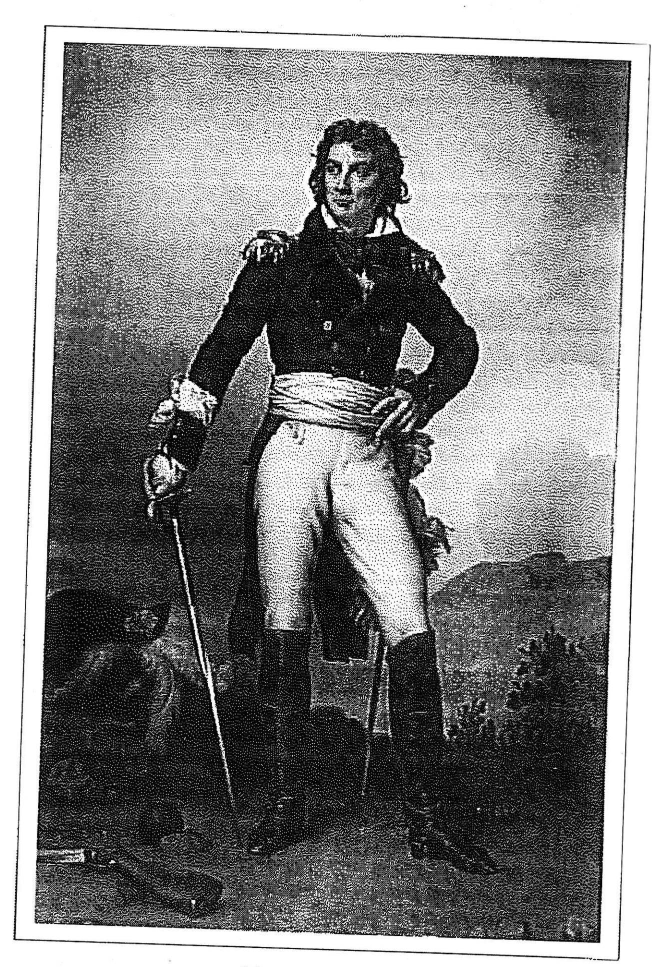
*Misa oculta en el bosque*



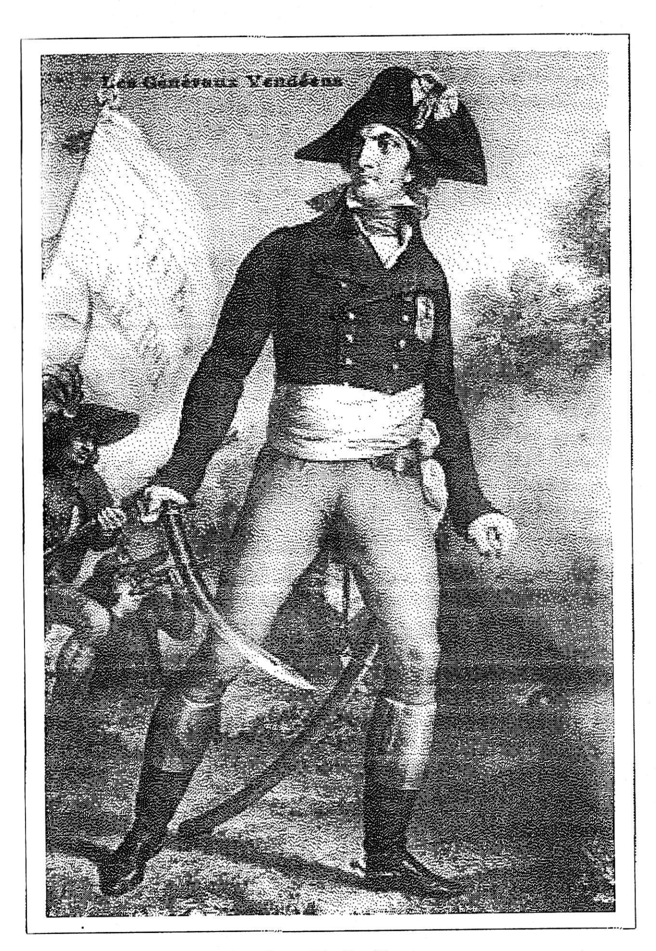
*28 de febrero de 1794*
*Masacre de los habitantes de Petit-Luc*



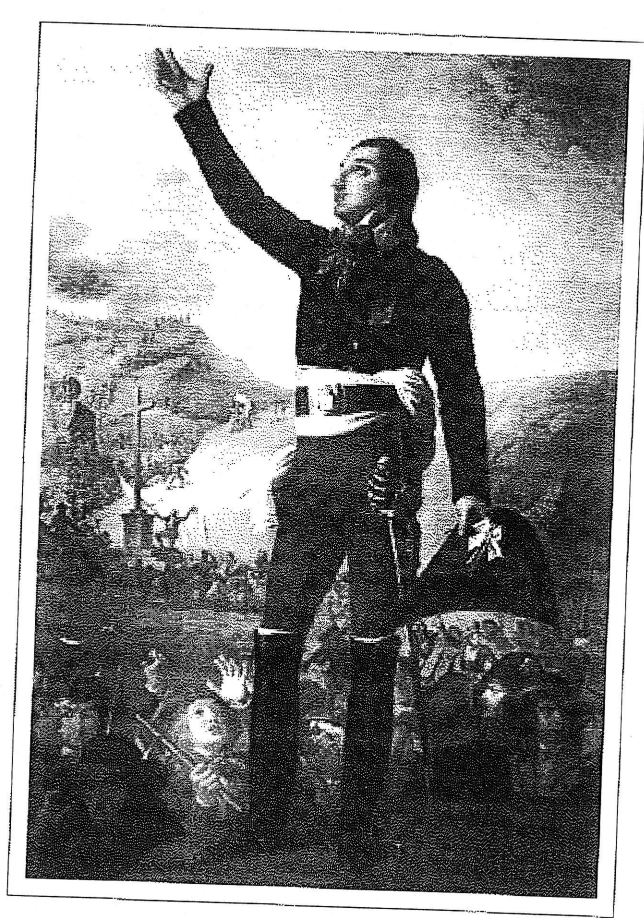
*Charles M. de Bonchamps*



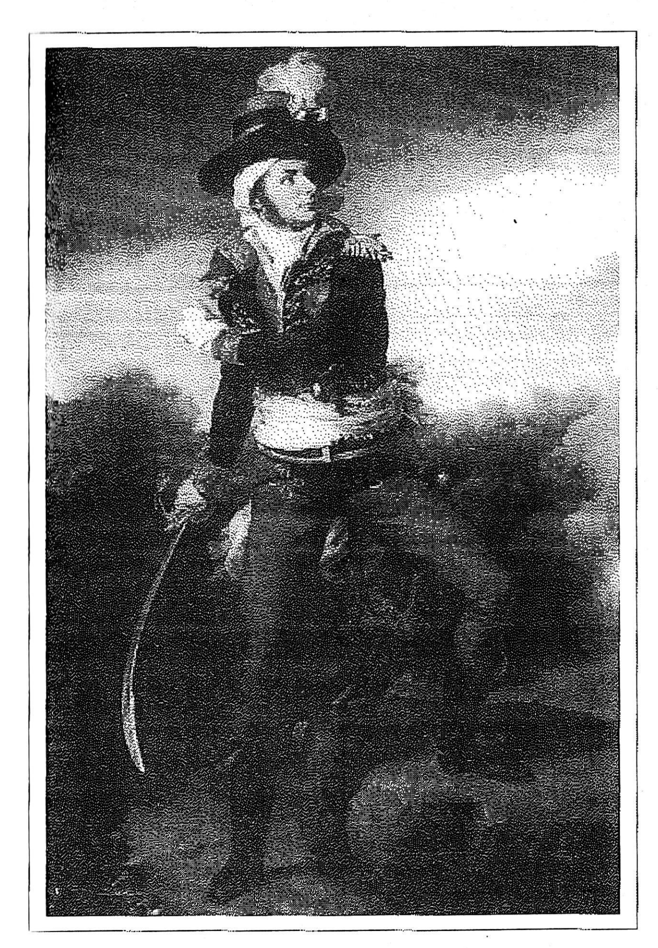
*Maurice d'Elbée*




*Jean N. Stofflet*



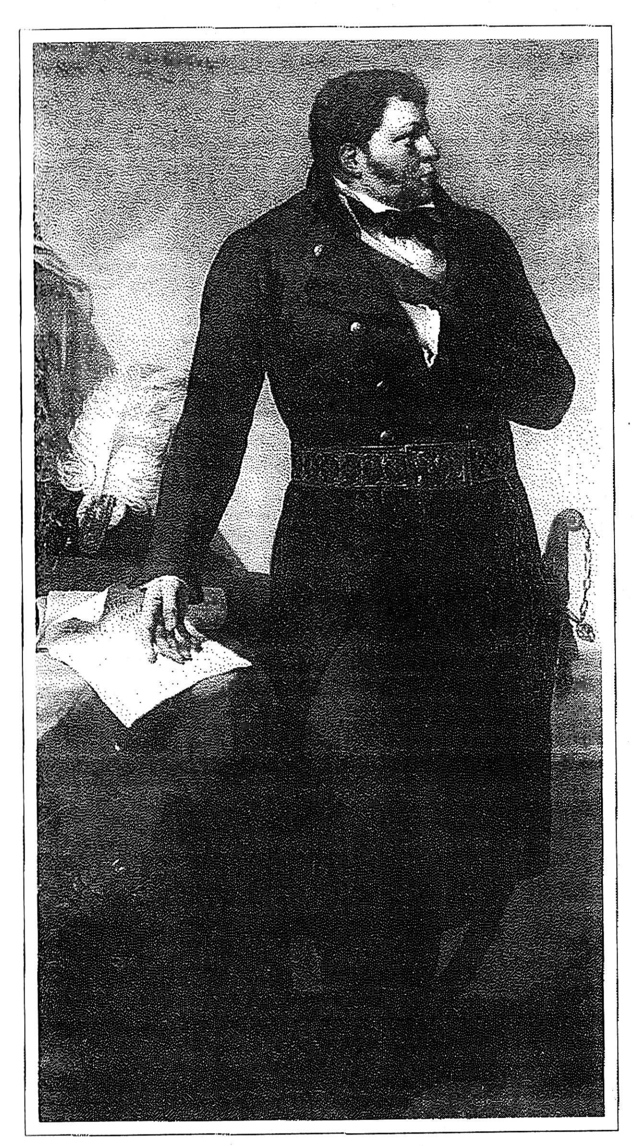
*Louis-Marie de Lescure*



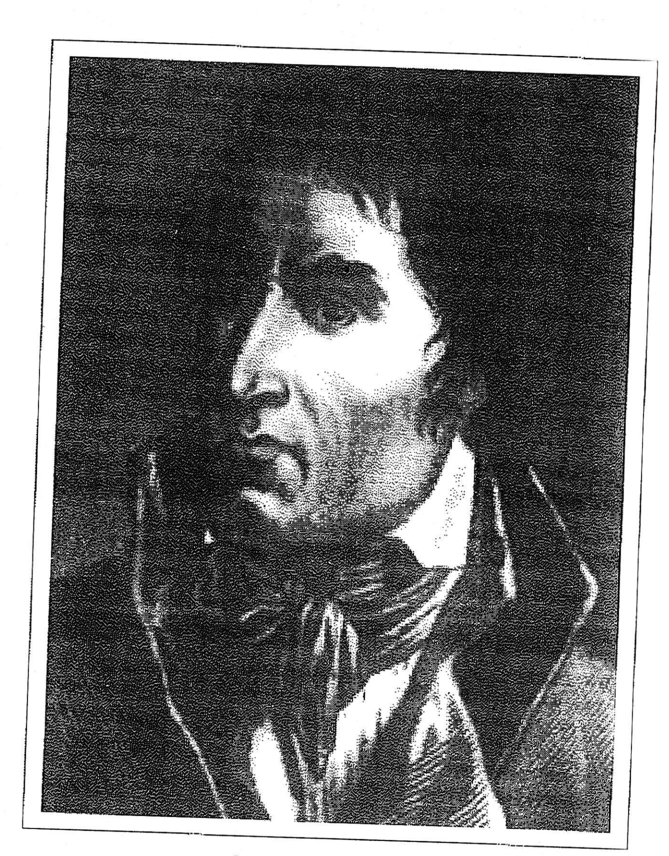
*François A. de Charette*



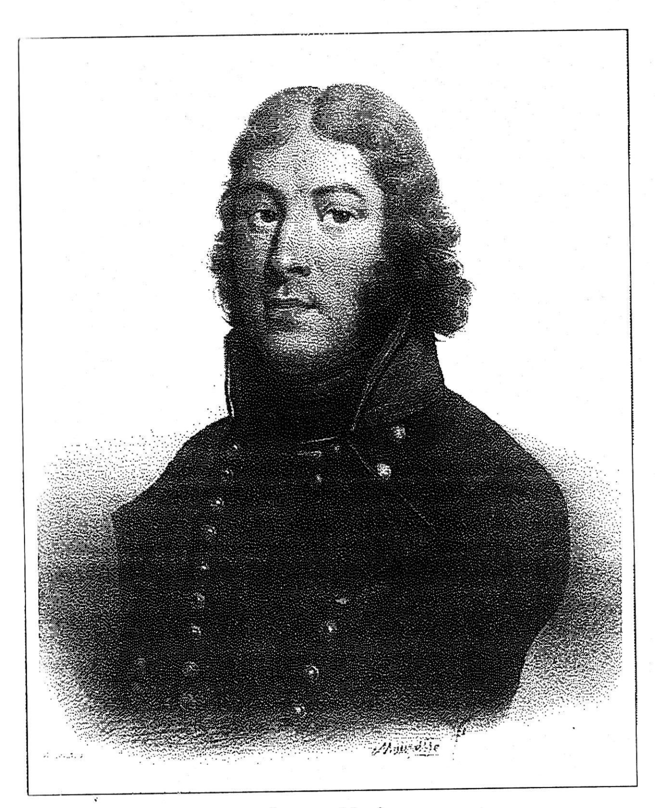
*Jean Chouan*



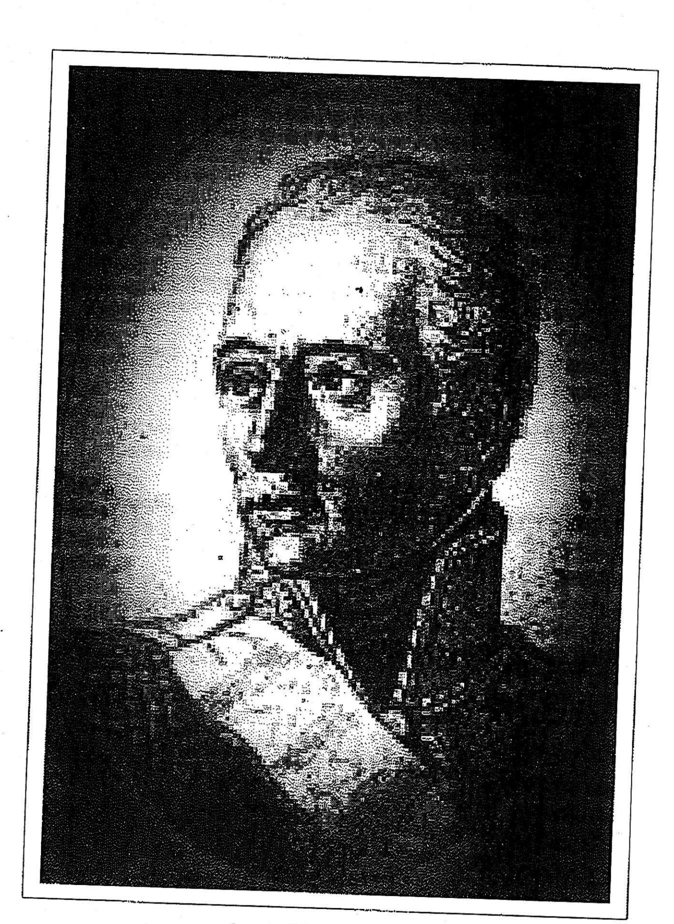
*Georges Cadoudal*



*Jean-Baptiste Carrier*



*Lazare Hoche*



*Louis Marie Turreau*



La localidad de Chanzeaux lloraba la pérdida de la mitad de sus pobladores. El 25 de enero, una de las columnas infernales entró en ese lugar, no encontrando sino quince personas, mujeres y ancianos. El oficial republicano ordenó su ejecución. El pequeño grupo fue conducido, entre dos filas de soldados, al lugar donde se los iba a fusilar. En el camino iban cantando la *Salve Regina*. Cuando llegaron a la fosa, levantaron el volumen de su voz. El espectáculo resultaba tan conmovedor que aun los verdugos estaban impresionados. El jefe del destacamento, al ver que las lágrimas asomaban a los ojos de sus soldados, se puso furioso, y comenzó a entonar lo más fuerte que pudo la Marsellesa, pero su voz, a la que nadie se unía, no logró cubrir el canto sagrado. "¡Fuego!", gritó, y los quince mártires fueron a terminar en el cielo la melodía comenzada en la tierra.

De Chanzeaux, los soldados se dirigieron a Melay. Allí capturaron a 57 personas, entre mujeres y niños. Tras una parodia de juicio, las mujeres fueron condenadas a muerte. Pero antes de que se ejecutase el veredicto, se las quiso hacer sufrir espiritualmente. Para ello las llevaron a la iglesia, y en su presencia saquearon el altar y profanaron los vasos sagrados. Luego las condujeron al presbiterio; allí envolvieron ante ellas los manteles y ornamentos del culto, y les prendieron fuego. Como si estuviesen poseídos, aquellos soldados comenzaron a danzar en torno a las llamas vocife-

rando diversas canciones, a cual más impía y obscena. Luego arrojaron tizones al techo de la iglesia y el campanario. Pronto todo se convirtió en una hoguera. Cuando cayó la cruz que coronaba la torre, los sayones redoblaron sus aullidos con alegría infernal. Luego se lanzaron a saquear las casas del pueblo para después incendiarlas también. Tal fue el espectáculo que ofrecieron a aquellas valerosas mujeres. A continuación, en medio de nubes de humo, las arrastraron, más muertas que vivas, a un campo vecino para ejecutarlas.

En el mismo mes de enero, la señora Victoire Réveillère fue condenada por el comité revolucionario de Cholet y luego ejecutada. En marzo de 1794, la señora Cesbron-Descrance, por haber acogido a algunos sacerdotes refractarios, fue guillotinada. También la señora Perrine Potier fue asesinada el 16 de abril. Juan Pablo II las beatificó a las tres en 1984. El 14 de mayo, los azules quisieron obligar a René Jousseaume, un anciano de 75 años, bajo amenaza de pena de muerte, a destruir con el hacha las estatuas de una capilla. Como él se rehusara, fue degollado al pie mismo del altar.

En Angers las cárceles estaban llenas. A la mayor parte de los allí detenidos se los fusiló. Se calcula que en las zonas aledañas fueron entre 1800 y 2000 las víctimas. En el lugar que hoy se llama "Campo de los Mártires", en Avrillé, cerca de Angers, se sucedieron nueve tandas de fusilamientos entre el 11 de enero y el 16 de abril de este año fatídico.



Los revolucionarios montaban pseudo-tribunales para dar una apariencia de justicia a sus veredictos. Del estilo de los procesos hemos hablado páginas atrás. Las ejecuciones se llevaban a cabo en un simulacro poco menos que ritual. Se formaba el cortejo en el barrio donde se encontraba la catedral o la iglesia principal. Delante iban los tambores y la banda, el comandante y los miembros de la comisión militar, debidamente empenachados. Luego los condenados, encadenados de a dos, seguidos por carros donde ponían a los más ancianos, enfermos, o demasiado débiles. Así atravesaban el trayecto, a veces de varios kilómetros, que conducía al lugar señalado. Las fosas ya estaban abiertas; junto a ellas ubicaban a los reos, atados y de rodillas, para que recibiesen la descarga. Luego algunos soldados ultimaban con sus bayonetas a los moribundos.

Hemos dicho que en Angers las víctimas fueron numerosas. Juan Pablo II ha beatificado sólo a 99 de ellas, por conocerse más detalles de su martirio. Lo hizo el 19 de febrero de 1984. Con esa ocasión dijo el papa:

> Muchos de los mártires de Angers fueron arrestados en su propia casa o en su escondite, porque otros los denunciaron. Se ensañaron contra ellos, hombres y mujeres indefensos, con un desprecio difícilmente comprensible. Conocieron la humillación de la represalia y de las prisiones insalubres; afrontaron tribunales y ejecuciones sumarias [...]

Son, en primer lugar, los numerosos mártires que, en la diócesis de Angers, en los tiempos de la Revolución francesa, aceptaron la muerte, porque, como dijo Guillaume Repin [uno de los mártires], quisieron "conservar la fe y la religión", con firme adhesión a la Iglesia Católica y Romana; sacerdotes que se negaron a prestar un juramento que consideraban cismático, y no quisieron abandonar su cargo pastoral; laicos que permanecieron fieles a estos sacerdotes, a la Misa celebrada por ellos y a las manifestaciones del culto a María y a los santos.

Sin duda, en un contexto de fuertes tensiones ideológicas, políticas y militares, se pudo hacer pesar sobre ellos sospechas de infidelidad a la patria; se les acusó, en las actas de las sentencias, de compromiso con las "fuerzas contrarrevolucionarias". Así sucede en casi todas las persecuciones, de ayer y de hoy. Pero por lo que se refiere a los hombres y mujeres cuyos nombres –entre muchos igualmente meritorios- son recordados, lo que realmente vivieron, lo que respondieron en los interrogatorios de los tribunales, no deja la menor duda acerca de su determinación de permanecer fieles –con peligro de su vida- a las exigencias de su fe; ni sobre el motivo profundo de su condena: el odio a esta fe que sus jueces despreciaban como "devoción insostenible" y "fanatismo". Nos admiran sus respuestas decididas, tranquilas, breves, francas, humildes, que no tienen nada de provocación; y que son tajantes y firmes en lo esencial: la fidelidad a la Iglesia.

Así hablan los sacerdotes, todos guillotinados como su venerable decano Guillaume Repin, las religiosas que se negaban incluso a dejar creer que habían prestado juramento, los cuatro hombres laicos. Baste citar el testimonio de uno de ellos, Antoine Fournier: "¿Estaríais dispuestos a sufrir la muerte por defender vuestra religión?" "¡Sí!". Así hablaban las 80 mujeres, a las que no se puede acusar de rebelión armada. Algunas habían ya manifestado de antemano su deseo de morir por el Nombre de Jesús antes que renunciar a su religión (Renée Feillatreau).



Cristianos auténticos, testimoniaron así, negándose a odiar a sus verdugos y mediante el perdón, su deseo de paz para todos: "Nada he hecho sino pedir a Dios por la paz y la unión de todo el mundo" (Marie Cassin). En fin, sus últimos momentos son una manifestación de la profundidad de su fe. Algunos cantaban himnos y salmos hasta el lugar del suplicio; piden algunos minutos para ofrecer a Dios el sacrificio de su vida, lo que hicieron con tanto fervor que hasta sus mismos verdugos quedaron extrañados. Sor Marie Anne, Hija de la Caridad, anima así a su hermana: "Vamos a tener la dicha de ver a Dios, y de poseerlo por toda la eternidad, y seremos poseídas por Él sin miedo a ser separadas" (testimonio del P. Gruget).

El papa no perdió la ocasión de destacar la analogía de estas persecuciones con las persecuciones comunistas, de las que él fue testigo en su patria. Los 99 mártires de Avrillé quedaron asociados, por la gloria de su beatificación, al primero de ellos, el padre Noël Pinot, beatificado hace sesenta años, del que enseguida hablaremos.

Los peores horrores de las persecuciones que llevaron a cabo los ideólogos de la Revolución se reservaron a los sacerdotes. A veces, estando todavía vivos, les arrancaban la lengua y el corazón. Traigamos a colación algunos casos. El padre François Nicolas, que era vicario de Chambretaud, se

había negado, al igual que su párroco, a prestar al juramento inicuo que exigía el gobierno. Se vio así obligado a seguir ejerciendo el ministerio desde la clandestinidad. Estando cierta vez escondido en una granja, fue denunciado a los azules, quienes esa misma noche se dirigieron allí para detenerlo. Tras el consabido interrogatorio, fue condenado a muerte, en virtud de una ley de 1793 según la cual todo sacerdote refractario capturado en Vendée, debía ser fusilado dentro de las 24 horas. Llegado al lugar de su ejecución, los azules cavaron una fosa en la que hicieron bajar al sacerdote. Allí fue enterrado de pie, hasta el cuello. Luego los soldados se alejaron un tanto, cargaron sus fusiles y tiraron. A continuación uno de ellos desenvainó su sable y le cortó la cabeza que los otros hicieron después rodar por las calles de la ciudad.

Otro padre, Joseph Cosneau, fue detenido por los azules a fines de 1794, y tras atarlo a la cola de un caballo, lo arrastraron hasta Ancenis. Allí, luego de ser mutilado a golpes de sable, lo amarraron a una tabla que pusieron sobre el río Loire. Desde la orilla los soldados se divertían descargando sus fusiles sobre la víctima. Al padre Louis Jousset, sorprendido mientras celebraba misa en un bosque, tras afrentosas torturas, lo mataron, y sus miembros fueron tirados en pasto a los perros.

El 21 de febrero se abrió en Angers el proceso contra el padre Noël Pinot, a quien nombramos más arriba. Las acusaciones fueron múltiples: colaboración con los insurrectos, negarse a jurar la Constitución Civil del Clero, contribuir a la restauración de la monarquía, y, sobre todo, el prohibido ejercicio del sacerdocio. Esto último, juntamente con el hecho de haber celebrado la misa, resultó suficiente para ser condenado a muerte. Irónicamente le preguntaron si quería morir con el alba puesta, lo que el padre aceptó con gusto: de ese modo podría manifestar su sacerdocio hasta el fin; la muerte sería su última misa, su ofertorio final. Así subió al patíbulo vestido con alba y casulla. Momentos antes de la decapitación, tuvo que quitarse la casulla, pero luego, tras haber sido asesinado, sus fieles se la pusieron nuevamente. Cuando Pío XI lo beatificó, en 1926, dijo: "Noël Pinot atestiguó, llevando hasta el momento de su ejecución la casulla, que la tarea primordial, más importante y más sagrada del sacerdote es la celebración de la Santa Eucaristía según el encargo del Señor: Haced esto en memoria mía".



No deja de ser sintomático que los religiosos más odiados por la Revolución fueron los que integraban las dos congregaciones fundadas por San Luis María Grignion de Montfort, la de las Hijas de la Sabiduría y la de los Hermanos del Espíritu Santo, comúnmente llamados *mulotins*. Cuando se impuso el juramento de la Constitución Civil del Clero, los varones de esta familia religiosa se negaron, debiendo dispersarse. Por decreto de 1792, el gobierno resolvió la supresión del Instituto. Algunos de ellos fueron deportados, otros en-

carcelados, otros ultimados en los ahogamientos de 1793, otros, finalmente, torturados y muertos por las columnas infernales. Pero varios de ellos sobrevivieron escondidos. Ambos Institutos perduran hasta el día de hoy.

Hemos dejado para el final de este muestrario de sangre un caso altamente conmovedor, el del padre Bardeau, tal como nos lo ha dejado relatado Jean de la Varende, en su "Man d´Ars", y lo transcribe Calderón Bouchet. He aquí el texto:

> El padre Bardeau era uno de esos sacerdotes que seguían a las tropas de los chuanes, tropas que, cuando llegaron las columnas infernales, fueron poblaciones enteras en éxodo que escapaban a las matanzas, pues la orden de París era terminante: matar a todos.
>
> Una mañana celebraba la misa del alba en una construcción medio granja, medio galpón, para una cincuentena de hombres, mujeres y niños quienes, seguros de estar bien protegidos, escuchaban el oficio del domingo. Todos se habían propuesto comulgar y había un buen número de hostias consagradas. Apenas comenzaba la comunión cuando empezó la sorpresa. Por las altas ventanas los azules acechaban rodilla en tierra. Habían sorprendido a los centinelas entumecidos con el frío matinal, y rodearon la granja, aprovechando, para avanzar, los cánticos, que cubrían el ruido exterior. Tirarían durante la comunión, cuando todos tuvieran las cabezas gachas o entre las manos.
>
> El sacerdote escuchó un ruido que le hizo levantar los ojos: frente a él, y por encima de la puerta, el pasto con que se había tapado un tragaluz redondo, se movía, caía, y un largo fusil de



> cañón todo negro [...]. No tuvo tiempo de gritar ¡*A las armas*! La matanza comenzó.
>
> Fue una de las más espantosas y completas matanzas de las que podían alabarse las columnas. No se escapó ninguno, con excepción del sacerdote, y veremos cómo: después de haber tirado al montón hasta que el humo impidió ver, los azules hicieron salir a los sobrevivientes uno a uno para ejecutarlos al arma blanca. El sacerdote, presa reservada, apareció al final. Trató de consumir las hostias, pero dos hombres lo tenían. Uno de ellos tomó el hostiario, y, sonriendo, lo vació en el chiquero de los cerdos, que estaba junto al edificio, sobre un matete de suero, barro y bosta. "Puesto que quieres comer tus buenos dioses, ve a buscarlos". De rodillas delante de la sentina, el padre tendió la diestra; un sablazo le cortó dos dedos contra la tabla del cerco [...]. Avanzó la otra mano; el sable le cortó las falanges. Los soldados se reían a carcajadas. Por detrás de la espalda se apretó ambas manos, por las que corrían dos chorros de sangre y, con la boca, removió el lodo, para atrapar con los labios las blancas obleas que flotaban. Era demasiado y todos cayeron sobre el santo. Unos lo golpearon con la culata del fusil, otros con los gruesos zapatos militares, y le hundían la cabeza en el barro.
>
> "Me hice el muerto –confesaba después, un poco avergonzado de esta mentira–. Me dejaron [...]". Una vez solo, metió los muñones en el fondo podrido de la charca, para guardar su sangre y sus fuerzas. Los vendeanos lo encontraron una hora después lamiendo el matete para recoger las hostias y luchando a cabezadas con los puercos.

"El hombre era duro –comenta Calderón Bouchet– y sobrevivió a su ordalía: un símbolo completo de la Vendée en su obcecación sublime".

### 3. Un verdadero genocidio

Reynald Secher, joven autor contemporáneo, originario de la Vendée, se ha empeñado en buscar una documentación que muchos consideraban ya perdida, porque las autoridades "culturales" que tienen la manija en Francia se ocuparon diligentemente en depurar los archivos públicos con la idea de hacer desaparecer los documentos que comprueban la masacre realizada en la Vendée por los ejércitos revolucionarios enviados desde París. Secher se las ingenió para descubrir mucho material que se había salvado, conservado a escondidas por particulares. Además pudo llegar a la documentación catastral de oficinas gubernamentales referente a las destrucciones materiales sufridas por la Vendée. El resultado de sus investigaciones los dio a conocer en un magnífico libro, *Le génocide franco-français*, recientemente aparecido. Resumamos sus hallazgos.

Ante todo el autor nos ofrece un análisis de las medidas que se fueron sucediendo en los años 1793 y 1794. Será para nosotros un compendio de lo que hemos expuesto anteriormente. La idea de aniquilar la Vendée, comienza diciendo, fue anunciada por primera vez en abril de 1793 por el ministro Barère: "Hay que desolar hasta su paciencia", afirmó de manera tan gráfica como incisiva. El 1° de agosto, la Convención votó la destrucción de la Vendée: los bosques debían ser destruidos, los animales incautados, las viviendas confiscadas, las cosechas segadas. El 1° de octubre se decretó el exterminio: "Soldados de la libertad, es preciso que los *brigands* de la Vendée sean exterminados antes del fin de octubre; la salvación de la libertad lo exige; la paciencia del pueblo francés lo ordena, su coraje debe realizarlo". El 8 de noviembre, en sesión solemne, la Convención propuso borrar del mapa de Francia el nombre mismo de la Vendée y llamarla en adelante "departamento *Vengé*".



Fue también en esos momentos cuando se recurrió al método del envenenamiento, emponzoñando las fuentes de agua, así como el pan que devorarían los *brigands*, muertos de hambre. "El veneno es más seguro que toda vuestra artillería –decía Carrier, el hombre del día–. Haced envenenar las fuentes de agua. Envenenad el pan, que abandonaréis a la voracidad de este miserable ejército de *brigands*, y dejad que haga su efecto. Tenéis espías entre esos soldados del papa que un niño conduce. Dejadlos con este regalo y la patria está salvada. Vosotros matáis a los soldados de La Rochejaquelein a golpe de bayonetas, matadlos a golpe de arsénico, es menos caro y más cómodo".

Hasta fines de diciembre de 1793 las decisiones tomadas parecieron teóricas, por el hecho de que las tropas revolucionarias no controlaban aún el territorio sublevado. A partir de Savenay, la situación cambió. Fue entonces cuando la Convención decidió pasar a los hechos, en orden a "transformar la Vendée en cementerio nacional", como

se dijo. Mujeres y niños quedaron incluidos; las primeras, en cuanto "surcos reproductores eran todas monstruos", los segundos como peligrosos, "porque *brigands* o en grado de llegar a serlo". Un testigo cuenta: "Veo chicos de diez, cinco o dos años, chicos menores masacrados o ahogados [...]; chicos infortunados tendiendo hacia sus verdugos sus brazos inocentes, sonriéndoles sobre el seno que los lleva y del que un brazo feroz los arranca. Los veo debatirse a los gritos de su madre que los llama". Algunos niños fueron también "confiscados" para ser luego "regenerados".

El propósito necrofílico conoció diversas etapas, a las que ya nos hemos referido, pero que ahora nos ayudará recordar. Primero se recurrió a vapores asfixiantes, mas el procedimiento no resultó. Luego se introdujo la guillotina, pero era demasiado lenta. Más tarde se establecieron cárceles que fuesen "antecámaras de la muerte", donde los allí detenidos muriesen hacinados; tampoco fue viable. Después se recurrió a los ahogamientos, que no sólo se practicaron en la ciudad de Nantes sino también en otros lugares, como Angers, etc.; para hacerlos más impactantes, como lo señalamos en su momento, se los hacía juntando dos personas desnudas, preferentemente el padre y la madre, el hermano y la hermana, un sacerdote y una religiosa, en posiciones obscenas. Finalmente, a partir del 21 de enero de 1794, se recurrió a las "columnas infernales". Secher asegura que lo



dicho está fehacientemente documentado. Si el genocidio no llegó a los resultados apetecidos fue "por la debilidad de los medios". Sobre una población de unas 815.000 personas en la Vendée militar, murieron al menos 117.000.

Este proceso es inseparable del Terror que resolvió implantar Robespierre en el orden nacional. El tirano afirmaba el 5 de febrero de 1794: "A los enemigos del pueblo hay que conducirlos por el terror [...]. El terror no es otra cosa que la justicia rápida, severa, inflexible; es por tanto, una emanación de la virtud". Sus esbirros, Hantz, Garrau y Francastel, representantes de la Convención, lo ratificaban con especial referencia a la región que nos ocupa: "Todos los habitantes que están ahora en la Vendée son rebeldes [...] La guerra no quedará completamente terminada sino cuando no haya un solo habitante en la Vendée [...], esa tierra desgraciada". Bourbotte, delegado del Gobierno, así como el general Turreau, no disimulaban su orgullo y su alegría al constatar: "Hay que hacer mucho camino por estas tierras antes de encontrar un hombre o una choza. Nosotros no hemos dejado a nuestras espaldas sino cadáveres y ruinas".

Hace muy poco se ha traducido al español un apasionante relato de los avatares sufridos por cierto hogar de la Vendée, bajo el título de *Una familia de bandidos en 1793*, donde se recogen los sufrimientos y masacres que tuvieron que soportar los católicos de aquella región a partir de 1789, más

especialmente durante el año 1793, pero sin excluir lo acontecido en los siguientes años, con la implantación del Terror revolucionario. Si bien se trata de narraciones históricas, la obra semeja una novela de aventuras. No nos parece del todo acertado que el traductor la haya titulado "Una familia de bandidos". Nuestros lectores saben que la palabra "bandidos" es la traducción de *brigands*, vocablo despectivo elegido como apodo por el enemigo pero que acabó por resultar honroso para los vendeanos. Mas no todos lo saben, y el título podría, al menos inicialmente, inducir a error. Quien escribe el presente libro es una anciana, Marie Sainte Hermine de Rambure, superviviente de un hogar ejemplar, el del marqués de Serant, la cual no hizo sino relatar los hechos que vivieron los miembros de su familia durante la Revolución francesa, pensando sobre todo en sus dos únicos nietos, con el deseo de que conocieran la historia familiar y el testimonio de heroísmo que ofrecieron sus gloriosos antepasados. El castillo solariego, sito en Bois-Joli, quedó arrasado por los azules, y los parientes de la abuela exterminados.

A lo largo de sus apretadas 300 páginas, la autora, que tenía 16 años cuando estalló la guerra, escribió sus Memorias en 1845. Allí expone el modo de vida y los proyectos de los suyos, en medio de las vicisitudes comunes al pueblo vendeano. Vemos cómo participan en las conspiraciones iniciales de los blancos, en la vida espiritual y litúrgica



de los "buenos sacerdotes", cómo gozan con las primeras victorias militares, y lloran la destrucción de sus casas y las violentas muertes de los suyos. Acompañaron también, al igual que decenas de miles de mujeres, niños y ancianos, la marcha de los ejércitos católicos. De no haberlo hecho, habrían sido capturados, torturados y asesinados por los azules. La escritora se detiene con particular afecto en la consideración de los principales personajes históricos de la epopeya vendeana que han pasado por nuestras páginas. Cuando se refiere a Cathelineau, a quien conoció personalmente, escribe: "Me parece estar viendo ahora aquella mirada de fuego, aquel gesto amplio y significativo, me parece que estoy escuchando aquellos acentos conmovedores que comunicaban a todos los corazones la indignación que se desbordaba de su corazón. Todavía no predicaba la insurrección, pero sentía uno, al verlo y escucharlo, que se acercaba la hora en que las iras que hervían en su pecho lanzarían sus llamas para encender la guerra santa".

"Apoyada en una incuestionable base histórica –escribe Vaquero Oroquieta–, la suerte de esta familia se presenta como el espejo del destino de un sencillo pueblo campesino levantado en armas en defensa de su estilo de vida y de sus principios más generales: la religión católica y su rey". Las apasionantes páginas de este libro, realmente conmovedoras, dejan trasuntar la terrible crueldad que acompañó a la persecución: asesinatos, quemas y

desmanes totalmente arbitrarios. Por lo demás, el hilo de la memoria histórica es impecable, desde sus orígenes hasta el dramático desenlace.

Sería preciso esperar la caída de Robespierre, en julio de 1794, para que el mundo descubriese el horror en toda su dimensión. Cuando el general Hoche, nombrado comandante del ejército azul destacado en la Vendée, llegó a su nuevo destino, quedó horrorizado. "Jamás he visto algo más atroz –escribió en carta a la Convención–. ¡Habéis deshonrado a la República! Llevo a vuestro conocimiento que a partir de hoy haré fusilar a todos aquellos que obedezcan vuestras órdenes".

Felizmente hace ya algunos años comenzó una reacción que está saliendo por los fueros de la verdad. Entre sus propulsores no podemos dejar de nombrar al historiador Pierre Chaunu, quien en su libro *Le grand déclassement* se esmera en enumerar los estragos religiosos y culturales ocasionados por la Revolución: el robo de los bienes de la Iglesia, la destrucción de la Francia monástica, la transformación de abadías románicas en canteras; "embalaban pescado con los manuscritos antiguos y los incunables", etc. En el mismo volumen no vaciló en calificar la guerra de la Vendée como "la más cruel entre todas las hasta entonces conocidas y el primer gran genocidio sistemático por motivo religioso".

En los cursos que hemos dado anteriormente sobre la Revolución francesa nos hemos referido a



Gracchus Babeuf, uno de sus más destacados dirigentes, a quien se considera como precursor del comunismo. Dicho tribuno no vaciló en calificar de *populicidio* a lo efectuado en la Vendée. Término contundente, por cierto. Hace muy poco, en enero del año 2000, Michael Neumann, antiguo redactor de *Die Zeit*, recordó aquella expresión en un discurso al Congreso: "El término francés «populicidio» se utilizó a veces antes que se inventase el término «genocidio». Fue inventado por Gracchus Babeuf en 1795 y describió el exterminio de 117.000 campesinos de Vendée. Esta fértil región del oeste de Francia, en efecto, permaneció prácticamente deshabitada durante 25 años".

Pues bien, en el 2008, se hizo pública la traducción al español de *El sistema de despoblación*. En esta obra, escrita en 1794, el autor denuncia y condena los planes genocidas de Saint-Just, Barère, Carrier, y otros cabecillas de la Revolución. El año 1794 es por él considerado como un *annus horribilis*, el más rabioso de la Revolución. Su amplio conocimiento de los horrores cometidos, así como de las gestiones de los representantes de las sucesivas Asambleas y de los clubes jacobinos, le permitió salir en defensa de las mujeres, los niños, los agricultores y la gente humilde en general. ¿Por qué este libro ha tenido tan escasa divulgación? Quizás porque los dirigentes de la Revolución consideraron siempre a su autor como un pensador de izquierda, propulsor del igualitarismo, por lo que

fue guillotinado. También pudo influir el hecho de haber puesto sobre el tapete los horrendos crímenes que hubiese sido mejor permaneciesen ignorados por el público. No en vano el libro de nuestro autor llevó, como título alternativo, *La vida y los crímenes de Carrier*.

Digamos, más en general, que Babeuf fue un heterodoxo entre los heterodoxos, apartándose atrevidamente de la "línea general" que los jacobinos habían impuesto, al animarse a exponer las causas de la descomposición del proyecto revolucionario. "Volved a analizar la legislación de sangre, hierro o fuego que hemos recordado –escribe–, y os parecerán las cartas de Carrier tan sólo consecuentes. Sus «principios de humanidad» son los de muchos de sus colegisladores. Consultad a Lequinio en su propia obra sobre la Vendée, os repetirá casi literalmente la misma frase de Carrier; es por humanidad por lo que el autor de «Prejuicios destruidos» mató con sus propias manos a unos hombres indefensos de las prisiones de Fontenay y mandó fusilar sin juicio a 500 de aquellos infelices. Robespierre había establecido estas máximas".

Babeuf califica de manera altamente peyorativa la actuación de los dirigentes de la Convención: "naturaleza carnívora", "hordas caníbales", "sacrificadores", "carniceros de hombres", "aristocracia criminal", "exterminadores"... Pusieron en marcha, agrega, un plan de despoblación, una "indignante masacre y escandalosa combustión", una



serie de "actos mortíferos". No sólo. Al señalar cómo la nueva clase gobernante equiparaba falsamente justicia con abusos, afirmará que el "comité de asesinatos públicos" fue el verdadero ejecutor de un "código feroz de abrasamiento y exterminio". De ahí que acuñara el término de *populicide* para calificar las tácticas de aniquilación y estrago a que se vio sometida la población francesa de la Vendée. Fue, pues, un acierto que el traductor español pusiera de subtítulo a la obra de Babeuf, *Genocidio y Revolución Francesa*.

Cuando se celebró el bicentenario de la Revolución, los periodistas le hicieron un reportaje a Pierre Chaunu, historiador liberal y protestante. "Estamos celebrando la revolución de la mentira, del robo y del crimen –afirmó–. Esta es la verdadera trilogía de la Revolución, que se extendió por Europa a sangre y fuego". ¿Qué es lo que ha visto en la Vendée?, le preguntaron. Su respuesta fue: 250.000 masacrados en una población de 600.000 habitantes, aldeas y ciudades arrasadas y quemadas, mujeres y niños horriblemente destrozados. "Tal fue el genocidio vendeano. ¿Es eso lo que festejamos?". Y expresando su legítima extrañeza por la adhesión de numerosos católicos al aniversario, agregaba: "Francamente yo no entiendo cómo hoy los católicos pueden elogiar la Revolución. Una cosa es el perdón y otra solidarizarse con los carniceros, renegando de las víctimas y de los mártires. Creo que la Iglesia tiene miedo, si habla mal

de la Revolución, de parecer antimoderna, de oponerse a la modernidad".

Sin embargo el debate sigue en pie. El término *genocidio* aplicado por Secher a la política seguida con la Vendée ha desatado ardientes polémicas. Se lo considera excesivo. No lo es en modo alguno. Su valiente libro muestra, con la fuerza demoledora de los documentos, que dicha palabra resulta absolutamente adecuada. Etimológicamente no significa otra cosa que "destrucción de un pueblo". Había que matar sobre todo a las mujeres, según ya lo vimos, por ser el "surco reproductor" de una raza que tenía que morir porque se resistía a aceptar la "declaración de los derechos del hombre". Incluso en un periódico de la época se usó como propaganda para comprar aquellas tierras el argumento de la aniquilación de sus pobladores: "Quedan pocos habitantes en esas regiones tan bellas y tan fértiles; uno de los más hermosos lugares de la República y casi totalmente abandonado, sin cultivo; no ofrece a la vista del viajero que lo recorre temblando otra cosa que cenizas y cadáveres".



## II. Año 1795

En el segundo semestre de 1794, la República, sin reconocerse vencida, confiesa que la política seguida en la Vendée fue desacertada. Por una decisión del Comité de Salvación Pública, Turreau fue suspendido y con él varios de sus generales. Los energúmenos Hentz y Francastel se vieron reemplazados por un grupo de miembros de la Comisión de Agricultura y de Artes, que hicieron pública una proclama pacifista. En ella se prometía el perdón a los habitantes de la región, "víctimas de los sacerdotes y de los nobles", se decía, al tiempo que se desautorizaba el pasado reciente y se pedía a los vendeanos olvidar lo acontecido: "Extraviados o intimidados por algunas medidas que el gobierno no ha autorizado, la patria les abre los brazos; vuelvan a sus hogares, prepárense a recoger sus abundantes cosechas y estén seguros de que el gobierno cerrará los ojos al pasado".

Pero los paisanos ya no estaban dispuestos a confiar en promesas. Veían sus pueblos incendiados, sus familias destruidas, y eran suficientemente sagaces como para darse cuenta de que de nada valía ponerse a sembrar si luego la cosecha pasaba al gobierno. Por lo demás, una proclama aparentemente generosa del general Dutruy resultó de hecho agraviante: "El gobierno quiere tratarlos como a hombres [...]. El ejército recibirá, durante

quince días, y considerará como hermanos a todos los que, volviendo a sus casas, vayan a hacerse inscribir con los comandantes de las tropas de la República [...]. Los que no, serán puestos fuera de la ley y se los perseguirá como a caza mayor". Era una trampa grosera. ¿No nos dan lo que les pedimos, a nuestro Dios y a nuestro Rey, el niño prisionero, y ahora nos ofrecen volver a nuestros hogares, ustedes que han incendiado nuestras casas, y degollado a nuestras mujeres e hijos? La respuesta de Charette fue categórica al tiempo que desafiante: "Nosotros esperamos que pronto os desprenderéis de vuestras cadenas deshonrosas y aniquilaréis esa horda de facciosos que ha usurpado una autoridad que no estaba hecha para ella. Sólo entonces os abriremos los brazos [...]. Vivir y morir por nuestra Religión y nuestro Rey, he ahí nuestra divisa". Si no os comportáis así, leemos en otra respuesta, "veréis enseguida más de 30.000 hombres que no están dispuestos a pedir gracia, sino a hacerla a quienes de entre vosotros obráis de buena fe. ¡Abajo la República! ¡Viva el Rey!".

Por cierto que la situación no era la misma que la del año pasado. La caída de Robespierre, y su ulterior muerte en la guillotina, el 29 de julio de 1794, no tardó en repercutir desde la segunda quincena de agosto. Resultó evidente que se entraba en un nuevo período. La Convención se preguntaba cómo podía ser que la Vendée hubiese seguido existiendo durante tanto tiempo. Buscaban un responsable. No podía ser otro que Turreau, concluyeron, quien con sus masacres odiosas había logrado que el pueblo se rebelase más que antes. Lo primero que hicieron fue ordenar el retiro de los soldados del Oeste. Un suspiro de alivio se extendió por toda la Vendée. Aquellos azules se retiraban sin pena ni gloria, muriendo de hambre en medio de un país que ellos mismos habían devastado. Así abandonaron lo que llamaban "la infernal Vendée". ¡La infernal Vendée les deseaba *bon voyage*!



La vida parecía comenzar de nuevo. Los paisanos volvían a sus campos, juntaban las ovejas sobrevivientes, sembraban, recogían. Pero se presentaba una dificultad. ¿Cómo hacer para moler la cosecha? La mayoría de los molinos habían sido destruidos. Se resolvieron entonces a repararlos. También la vida religiosa comenzó a reflorecer. Las misas de los sacerdotes refractarios, en presencia de fieles que no se habían plegado a la Iglesia oficial y cismática, se multiplicaron por toda la Vendée. Sin embargo hubiera sido grave engañarse, en la idea de que todo comenzaba de nuevo. Porque había instrucciones reservadas de la Comisión a los generales. En una de ellas se podía leer: "Buscarán por todos los medios desarmar a los *brigands*. Están ustedes autorizados a hablarles de pacificación; es el deseo del Comité. Dejen que se levanten las cosechas: hay que hacer que el enemigo se duerma y así se aleje de sus jefes. Cuando hayan calmado el furor de los *brigands*,

podrán ustedes caer sobre los graneros llenos de granos y hambrear al país. Hoy es el único medio que le queda a la Patria para vencer a la Vendée".

Públicamente, sin embargo, se seguía condenando, si bien de palabra, a los generales que se habían comportado con sadismo. "La posteridad –dijo uno de los miembros de la Convención– no creerá jamás que hombres que tenían sin cesar en la boca los santos nombres de libertad, de igualdad y de fraternidad, hayan podido entregarse a semejantes atrocidades contra sus hermanos". Turreau seguía siendo el chivo expiatorio. Tanto él como sus generales alegaban que habían cumplido instrucciones. Yo tenía que obedecer, dijeron Grignon y Cordellier.

¿Qué fue finalmente de Turreau? A diferencia de Carrier y de Westermann, que murieron ajusticiados en 1794, tras su juicio, lo enviaron a prisión. Luego, por intercesión del convencional Merlin de Thionville, lo presentaron a un tribunal militar, que lo absolvió. "Dicho general –dijeron los jueces– ha cumplido sus funciones como hombre de guerra y como ciudadano". Según se ve, logró zafar. Ulteriormente sortearía los diversos avatares de la política republicana e imperial..., siempre cayendo parado. El año 1800 entró en contacto con Bonaparte, el cual, tres años después, lo nombró nada menos que embajador de Francia en Norte América, donde permanecería incluso en la época del Imperio. En 1810 fue admitido entre los caballeros de la Legión de Honor. En 1813 tomó parte en la campaña de Napoleón contra Alemania, y al año siguiente celebró la revocación de los Borbones. A pesar de ello, paradojalmente, Luis XVIII lo hizo caballero de San Luis. Y, lo más inverosímil, le pidieron que acompañara al duque de Angoulême en un viaje que éste hizo por las provincias del Oeste, justamente aquellas que él había asolado. En los Cien Días tomó parte en la batalla de Waterloo. Murió el año 1816, en su castillo de Conches, en Normandía.



Señala Weiss, que en las *Memorias* que el general nos dejó, se porta con los vendeanos ya muertos mejor de como se había comportado cuando estaban vivos; elogia su heroísmo, su magnanimidad, su adhesión nunca desmentida a su religión y a su rey, la confianza sin límites en sus comandantes, que suplía con creces, observa, la disciplina militar, su valor indomable en todos los peligros, privaciones y penalidades. "Con esto –concluye Turreau– los vendeanos fueron tan temibles enemigos, y se elevaron en primer lugar entre todos los pueblos belicosos. Y no obstante son franceses en cuerpo y alma". ¿Por qué entonces, mientras ejerció el mando, no tuvo por contrario a su honor proceder como un bárbaro contra tales hombres de tan altos ideales?

Particularmente interesante resulta lo que en sus *Memorias* nos dice sobre las dificultades que encontró al hacer la guerra a los vendeanos. La multitud de colinas y valles, escribe, así como la falta de carreteras hacían difícil llevar rápidamente adelan-

te las ofensivas del ejército azul, medir las distancias, disponer súbitamente un orden de batalla, reconocer la fuerza o debilidad del enemigo y procurarse informaciones seguras. "Nunca se dejan sorprender los vendeanos, y se baten sólo cuándo y dónde quieren. Su habilidad en el uso de armas de fuego es tal que ningún pueblo conocido, por guerrero y ejercitado en la lucha que sea, sabe sacar tan gran utilidad de su fusil, como los cazadores de Loroux y los tiradores del Bocage. Su ataque es una sorpresa, súbita y terrible, casi siempre imprevista, porque es difícil en la Vendée ver de lejos [...]. Guerreros que no yerran tiro ni disparan nunca al aire [...]. Se retiran tan rápidamente que no se los puede alcanzar, sobre todo porque el país no permite el empleo de la caballería; se dispersan, escapan por los campos, los setos, las florestas y bosques; conocen todas las sendas, todos los rincones, escondrijos y celadas, todos los obstáculos de la fuga y todos los medios para evitarlos [...]. Vencedores, os cercan y rodean por todas partes, os persiguen con una furia, un calor, una rapidez, que son enteramente incomprensibles [...]".

Mujeres y niños, agrega, informaban con precisión a los suyos todo movimiento de los azules. "Cuando llegaba la noticia de que era inminente una batalla, el labrador lanzaba alegre de sí la azada y tomaba el fusil. Hasta ancianos y muchachos corrían y peleaban con incomparable pertinacia [...]. Los antiguos héroes parecían haber resucitado. En los cinco meses primeros los vendeanos, con palos y horquillas de heno quitaron a los azules 200 cañones y 500 carros de pólvora". En lo que a él le compete, insiste una y otra vez en que sólo cumplía órdenes. "Yo no recibí constantemente de la Comisión del Bien Público si no la amenaza de enviarme al cadalso".



### *1. La paz de La Jaunaye*

Volvamos ahora a los hechos acontecidos en 1795. La República, tras las vacilaciones de los últimos meses del 94, no sabía qué hacer con los rebeldes vendeanos. ¿No habría llegado el momento de establecer un *tratado* con ellos? "Libertad de cultos, libertad de cultos –escribía un enviado de París al Comité de Salud Pública–; sin esto, es imposible mantener a los habitantes de los campos". No era la recomendación de un creyente sino de un hombre práctico, que entendía se estaba haciendo de los pueblos del Oeste un pueblo de mártires. Las promesas de la Convención ya no persuadían a nadie. Por lo demás, entre los azules, los soldados iban al combate de mala gana; los vendeanos, en cambio, se seguían mostrando arrojados. Es cierto que ahora les faltaba unidad de mando. Quedaban sólo dos grandes capitanes: Charette y Stofflet. Pero aun entre ellos había distanciamientos. Por lo demás, ya no era la gue-

rra heroica y mística de los Lescure, Bonchamps, d'Elbée y La Rochejaquelein. La viuda del primero de ellos nos dice en sus *Memorias*: "La guerra perdió el carácter que había tenido al principio; ya no se vio aquella unanimidad de los caudillos, aquella abnegación, aquella pureza de intenciones, aquel impulso del alma que habían distinguido los primeros tiempos de la Vendée".

Charette y Stofflet eran, por cierto, grandes combatientes, pero, según lo acabamos de señalar, no estaban mancomunados, tanto por razones de desavenencias personales como de estrategia militar. Con todo, en algo estaban de acuerdo, en no tratar con el Gobierno. "No os engañéis –se dice en la contestación de Charette a una de aquellas invitaciones republicanas a la paz–. ¿Podéis creer que incensarémos jamás a la monstruosa República que ha devastado a Francia y ha convertido el más hermoso de los reinos en horror de todas las naciones? ¡No os engañéis! ¡Un rey, la religión católica, apostólica, romana, y la destrucción de vuestro supuesto Estado libre! Este es el grito de combate que siempre oísteis de nuestra parte; por eso hemos tomado las armas, que no depondremos. Nos exhortáis a volver a nuestros hogares. ¿Dónde los hallaremos? Habéis quemado nuestras casas, y degollado a nuestras mujeres e hijos. Ahora queréis tener nuestras mieses y armas, que hasta ahora no habéis podido conseguir. ¡Hombres extraviados! Arrepentíos mejor de vuestros yerros y



dejad de ser los esclavos de aquellos canallas que han jurado la completa destrucción de Francia, y os excitan para cortaros la garganta por una pretendida libertad e igualdad, que no son sino imágenes del viento".

El Gobierno insistía en su propósito integrador. Es cierto que seguía llamando "extraviados" a los vendeanos, pero ahora parecía considerarlos al menos como miembros de la misma nación. Francia quiere reunir a sus "hijos extraviados", decían con fingida misericordia. Reconocían, sí, haber cometido graves crímenes contra los rebeldes, pero la culpa, se excusaban, fue de un grupo terrorista de la Convención, que ahora ya no tiene poder.

Después de muchas vueltas, de numerosas marchas y contramarchas, algunos dirigentes católicos aceptaron entrar en tratativas. En nombre de los vendeanos, Charette se adelantó en poner condiciones previas: el libre ejercicio del culto católico, el retorno de los sacerdotes que no habían prestado el juramento que el Gobierno les había exigido, de modo que a su vuelta fueran respetados en su ministerio presbiteral; como contrapartida, los de la Vendée se comprometerían a no tomar las armas contra la República, volverían a sus propiedades, y algunas cosas más. Luego de diversas vacilaciones, el Gobierno accedió a reunirse, reconociendo que "los que oprimieron el culto católico quisieron lanzar a Francia a la anarquía y hacerse ellos mismos Sumos Sacerdotes de un nuevo culto".

Stofflet se pronunció de manera terminante contra el acuerdo: "Nos degollaron prometiéndonos la salud y la vida; la banda que entonces gobernaba empuña todavía el timón, sus sentimientos son los mismos e iguales sus fines; sólo los instrumentos y los medios son diferentes. Si vuestros deseos fueran sinceros, si vuestros corazones aspiraran a la paz, os diríamos: «Dad al heredero de nuestros reyes su cetro y su corona; dad a la religión su culto y sus ministros; dad de nuevo a la nobleza sus bienes y su esplendor [...]. Entonces olvidaremos vuestra injusticia, y volaremos a vuestros brazos, y fundiremos nuestros corazones con los vuestros, con vuestros deseos y sentimientos». Pero sin estas condiciones previas, despreciaremos una amnistía que la patria nunca puede ofrecer a la virtud; desafiaremos vuestros esfuerzos y amenazas [...]. Así ha sido acordado unánimemente. En Maulevrier, el 28 de enero de 1795". Firman: Stofflet y once jefes más. Como enseguida veremos, a pesar de las objeciones, el proyecto pacifista se llevó adelante sin el consentimiento de Stofflet, lo que le resultó ofensivo: "¡Al diablo con la paz –dijo–, al diablo con Charette!". Juzgaría el paso que su émulo acababa de dar como un cobarde abandono de la buena causa.

Charette, mientras tanto, estaba negociando. Sus adversarios le ofrecían diversas cosas, pero no lo esencial: el ejercicio público de la religión católica así como el retorno de los sacerdotes refractarios. Por el momento eran sólo proyectos de tratado. En ambos bandos había deseos de llegar a un entendimiento. La República parecía mostrarse más dúctil. Ya se prohibía llamar *brigands* a sus adversarios, ahora eran *nos frères égarés*. Finalmente se acabó por decidir que habría un encuentro formal entre Charette y su séquito con el general Canclaux y el representante Ruelle junto con los suyos, en un pequeño castillo, en las cercanías de Nantes. Sería la Conferencia de La Jaunaye.



El 12 de febrero arribaron al castillo los azules con un brillante cortejo de cien húsares y doscientos soldados de infantería. Luego llegó Charette, ornado con un sombrero de plumas blancas, verdes y negras, un crucifijo en el pecho y trescientos caballeros. Del lado de Charette, la repugnancia era casi instintiva, no pudiendo olvidar el inicuo juicio del Rey –en la comisión republicana había tres regicidas–, el Temple, la guillotina, los ahogamientos... Saludó a sus adversarios con cierta frialdad. El general Canclaux, su antiguo enemigo, le dio un abrazo. Los oficiales de ambos bandos se abrazaron entre sí. Los delegados de la República miraban con especial curiosidad a Charette, el famoso jefe mítico que había tenido el coraje de enfrentar, casi solo, a la República. El portavoz vendeano leyó un texto con 22 artículos, que contenía las demandas de Charette: libre ejercicio del culto católico, abolición de las leyes contra el clero refractario, restitución de los bienes de los emigrados, etc. Los vendeanos, en contrapartida, se com-

prometían a observar frente a la República "la más estricta neutralidad".

Los debates se prolongaron por cuatro días. Hubo diálogos enérgicos. Charette, dirigiéndose a un teniente coronel de los húsares de la República, le dijo: "Señor, con 600 hombres yo le he puesto más de 20.000 soldados en el hospital". El oficial respondió galantemente: "Es verdad que nos ha puesto muchos allí, general...". En ambos bandos había partidarios de la paz y de la guerra. El 17 de febrero llegaron a un acuerdo: se declaraba libre el culto católico, con lo que implícitamente quedaba abolida la Constitución Civil del Clero, y legalizados los sacerdotes refractarios; una guardia de 2000 vendeanos constituiría la policía de la región, etc.

¿Hubo cláusulas secretas? No lo sabemos con certeza. Según Napoleón, sí las hubo, y entre ellas se habrían incluido las siguientes: la monarquía sería restablecida, la religión católica se vería restituida a su antiguo esplendor. En el entretanto, hasta la concreta restauración de la monarquía, los realistas quedarían completamente a cargo de la Vendée. Así lo afirma en su *Memorial*, escrito durante su destierro en la isla de Santa Elena. Allí elogia a los negociadores republicanos por su astucia y critica a Charette por su miopía y credulidad. "Cuesta creer que Charette y los demás firmantes de este convenio pudieran pensar ni por un momento que el Gobierno republicano lo ejecutaría sincera y honradamente".



No deja, por cierto, de llamar la atención que en el tratado se habla, sí, de la religión, pero no de la monarquía, que era una de las banderas indeclinables de la Vendée. De hecho no hay la menor alusión a algo que se parezca a una restauración monárquica. Sin embargo, se ha afirmado que, efectivamente, el documento contenía algunos artículos secretos, que arregló Charette, bajo cuerda, con representantes de la República. Al parecer, Ruelle, uno de ellos, se habría comprometido de manera formal, en nombre de la Convención, a que en el lapso de cuatro meses, el pequeño rey Luis XVII, siempre encerrado en el Temple, sería entregado a la Vendée. Si así hubiese sido, todo lo que pareció una defección, quedaría explicado. Charette habría sacrificado momentáneamente su propia reputación a aquella espléndida y misteriosa esperanza. No deja de resultar extraño que el 14 de marzo, en la barra de la Convención, donde en los tiempos del Terror se habían pronunciado los propósitos más sanguinarios y sacrílegos, aparecieran *brigands* de la Vendée llevando banderas blancas con flores de lis y la tradicional leyenda "Viva Luis XVII". Allí se leyó una carta de Charette. Todos se pusieron de pie, y ovacionaron al jefe vendeano, a sus oficiales y estandartes.

¿Qué pensar de todo esto? Nos impresiona el testimonio positivo de Napoleón, al que acabamos de aludir. Incluso cita el desterrado un documento escrito, que dice tener bajo sus ojos, en cuyo artícu-

lo 10 se lee: "La Monarquía será restablecida en Francia". Al parecer, ningún vendeano, o casi ninguno, habría sabido de esto. En tal coyuntura, varios oficiales no ocultaban su indignación, entendiendo que la primera condición que se hubiera debido imponer a los azules habría tenido que ser la liberación y entrega del pequeño Rey. Uno de ellos decía: "El general es un traidor, le voy a hacer volar el cerebro. ¡Cómo trata con los asesinos del rey!". Dos altos jefes así hablaban entre ellos: "¿Cómo no exigió Charette la entrega del heredero del trono y de la princesa, su hermana?". El otro, presuntamente iniciado en el asunto, le respondió: "Hay artículos convenidos que no se pueden hacer conocer [...]; el joven Luis XVII deberá ser entregado en manos de Charette a fines de junio; de aquí hasta allí, para preparar los espíritus al retorno de la monarquía, era preciso la mayor circunspección y un secreto inviolable. Por eso en las discusiones no se trató de la realeza [...], confiando Charette en las promesas de los representantes".

Otros dicen que nunca existió tal compromiso promonárquico. En todo caso, se ha conjeturado, trataríase de un invento ulterior de Charette para denunciar el tratado y retomar así la guerra. Según Billaud la verdad parecería ser que Charette pidió efectivamente el restablecimiento de la monarquía, a lo que se le habría respondido con mucho miramiento que ello era imposible. Él habría vuelto a hablar en secreto con Ruelle quien para llegar al



acuerdo habría hecho promesas verbales. "Yo tengo razones para hacer este tratado –les dijo después Charette a sus oficiales–, razones que no les puedo decir, pero que algún día conocerán".

Sea lo que fuere de esta cuestión, el hecho es que estaban ya a punto de firmar el tratado cuando inesperadamente llegaron a La Jaunaye varios oficiales de Stofflet. Llamen a su comandante, les dijo Charette. Luego solicitó a los representantes de la República tres días de demora para darle a Stofflet tiempo de llegar antes de la firma. Los representantes le dijeron que el pueblo de Nantes esperaba con impaciencia la conclusión del tratado. Charette entonces se avino a adelantar su conformidad. Tres días después llegó, efectivamente, Stofflet, y al saber que el tratado se había firmado sin él, se molestó sobremanera. Todos los vendeanos que estaban contra esta pacificación lo rodearon. De repente, saltó al caballo y salió a todo galope gritando: "Vive le Roi et merde pour la République!". Stofflet volvió así al combate.

Mientras tanto, Charette con los suyos se dirigió del castillo a la ciudad de Nantes, donde iba a gustar los honores del triunfo. El 26 de febrero hizo su entrada en dicha ciudad, que tanto le había costado ocupar en su momento, una entrada triunfal. El espectáculo era realmente extraño: ¡el que hasta ayer no había sido sino un *brigand*, hoy ingresaba en aquella ciudad con un halo de victoria, rodeado por los diputados de la Convención! A su

entrada, orquesta y salvas de honor. Con su altivez y elegancia habituales, avanzaba a caballo, en actitud marcial, aunque no ocultando cierta preocupación, escoltado por dos generales republicanos. Detrás de él iban oficiales blancos y azules. De repente detuvo su caballo: acababa de ver el lugar en que antes se alzaba la guillotina, donde había corrido la sangre de tantos de sus bravos. Profundamente conmovido, se sacó su sombrero empenachado, y saludó prolongadamente. Sus oficiales lo imitaron. Los azules, tras alguna vacilación, también se sacaron el sombrero. Luego todos se dirigieron al hotel, el mismo en que el terrible Carrier se había alojado durante mucho tiempo. Allí se sirvió un suntuoso banquete. Charette, que era el protagonista de la jornada, tuvo que salir varias veces al balcón para saludar a la multitud. Luego se inició un gran baile.

Sin duda que nuestro general ha de haber estado muy inquieto imaginando lo que los vendeanos pensarían de su extraña aceptación del tratado, máxime por no poder hacer públicas sus razones, ya que se había comprometido a guardar silencio. ¿No sería tachado de traición en los medios realistas, de modo que la admiración pasase pronto al intransigente Stofflet? Éste, por su parte, no bien llegó a su cuartel general, había hecho público un manifiesto agraviante para Charette y sus seguidores: "Instruido del cobarde abandono que los señores Charette y otros han hecho de su puesto, así como de su reunión con los enemigos del Estado [...]". A continuación se dirigió a Clisson, donde se encontraba Prudhomme, uno de los firmatarios de La Jaunaye, y lo hizo fusilar por traidor; después ordenó incendiar el cuartel general de Sapinaud, otro de los firmantes. Pero luego pensó que si seguía en semejante tesitura, su actitud suscitaría un verdadero escándalo para los vendeanos en general, y desistió de su proyecto.



## 2. *La retoma de la guerra*

Más allá de las conjeturas a que acabamos de referirnos, lo cierto es que la "paz de La Jaunaye" no constituyó sino un cese del fuego muy mal aceptado por los vendeanos, como lo testimonia cierto informe del bando azul elevado el 20 de abril al general republicano Hédouville: "El corazón del pueblo está ulcerado, de tal manera ulcerado que serán necesarias generaciones para cicatrizar las heridas. Mantiene siempre [...] sus indestructibles prevenciones contra el régimen popular. No se le puede hacer olvidar los tormentos que se le ha hecho sufrir en nombre de la República [...]".

De hecho, la conducción de los republicanos no cumplió importantes compromisos del tratado. No sólo el de la conjetural entrega de Luis XVII a la Vendée antes del 13 de junio, sino también otros, gravemente vulnerados por los azules. El 2 de mar-

zo una columna republicana encerró a 52 personas, hombres y mujeres, en una iglesia. Los asediados resistieron a balazos desde adentro, mientras las mujeres cantaban y cargaban fusiles. Al fin los azules prevalecieron y entrando en la iglesia fusilaron a varios. Semanas más tarde, un general hizo rodear otra iglesia donde se habían refugiado 20 personas; tras incendiarla, mataron a algunos y encarcelaron a otros. Ante tales actos y otros semejantes, Charette hizo pública una declaración solemne el 22 de junio: "Con dolor vuelvo a retomar las armas; los republicanos han jurado nuestra pérdida, no podemos evitarla sino combatiéndolos". Cuatro días después se conoció la muerte de Luis XVII. Al grito de "Viva Luis XVIII, el rey de Francia", el generalísimo retomó nuevamente la guerra. Por lo demás, él había jurado desde el comienzo luchar o morir si la religión no era restablecida y el rey liberado. Ahora reiteraba su decisión de cumplir con dicho juramento.

Se retomaron, pues, las hostilidades, casi como antes. Es cierto que no todos los jefes republicanos reaccionaron del mismo modo. El general Alejandro Dumas, por ejemplo, padre del famoso novelista del mismo nombre, no quiso seguir la política incendiaria. Pero otros sí estuvieron dispuestos. De hecho Charette logró victoria tras victoria, con lo que acrecentó extraordinariamente su prestigio, acabando por ser el comandante indiscutido de todos los ejércitos realistas. La guerra se fue haciendo más



dura, también de parte de los vendeanos, que no dejaban sin castigo a los que pasaban por haber servido traidoramente de guías a las columnas infernales, o saqueaban a quienes se habían enriquecido con bienes robados. Ya los jefes no tenían la ejemplaridad moral que había caracterizado a los Cahelineau y La Rochejaquelein.

Fue precisamente en aquellos momentos cuando se anunció la posibilidad de una ayuda proveniente de Inglaterra, así como la llegada del conde de Artois, el hermano de Luis XVI, para ponerse al frente de las tropas vendeanas. Así éste se lo había hecho saber a Charette por correspondencia. Más aún, el gran comandante vendeano recibió del hasta entonces Regente, el conde de Provence, recientemente proclamado rey bajo el nombre de Luis XVIII, una carta datada en Verona, el 8 de julio: "La Providencia me ha colocado sobre el trono –le dice en ella–; el primero y más digno uso que yo puedo hacer de mi autoridad es conferir un título legal al comando que vos no debíais hasta ahora sino a vuestro coraje y a la confianza de mis bravos y fieles súbditos [...]. Yo os nombro, pues, general de mi ejército católico y real; obedeciéndoos, es a mí a quien obedecerán". A lo que Charette respondió: "¡Qué satisfacción para mis bravos compañeros de armas y para mí enterarme por vos mismo que el trono de San Luis no está ya vacante [...]. La carta con que su Alteza Real acaba de honrarme transporta mi alma. Yo

tendré la felicidad de veros, de combatir bajo vuestras órdenes por la más bella de las causas".

Y mientras tanto, ¿qué pasaba con Stofflet? Poco después del acuerdo de La Jaunaye, había firmado su propio tratado de paz. Pero ahora la designación que Charette acababa de recibir de Luis XVIII excitó la vieja envidia del caudillo. Nombrado solamente teniente general, permanecía definitivamente postergado. Estos dos hombres, grandes por cierto, se estimaban y admiraban recíprocamente, pero su orgullo no soportaba que uno prevaleciese sobre el otro. Para desgracia de la Vendée nunca llegaron a entenderse del todo.

Charette, por su parte, convocó a los suyos. Tras recordarles la perfidia de los azules, aludió a la reciente muerte del pequeño príncipe; no se la podía atribuir sino al régimen ominoso en que lo mantuvieron durante su prisión del Temple. En compañía de Sapinaud, así como de Stofflet, quien al final se había dispuesto a colaborar, y de varios comandantes más, el ahora generalísimo dirigió una larga carta a los miembros del Comité de Salvación Pública, donde señalaba que dada la violación reiterada de los tratados establecidos con la República, la paz había quedado formalmente rota. Era la guerra. Su declaración revestía la solemnidad del caso: "Renuevo el juramento para siempre irrefragable de no deponer las armas sino cuando el heredero presunto de la corona de Francia esté sobre el trono de sus padres, y cuando la religión católica sea reconocida y fielmente protegida. Soy, mientras espero ese momento tan deseado de los franceses, Señores: El caballero Charette". Fue en estos momentos cuando la celebridad de Charette alcanzó su apogeo. Su nombre era conocido en toda Europa.



### *3. La intervención de Inglaterra y los Borbones*

Hasta hacía poco, chuanes y vendeanos no habían recibido de la familia real británica sino platónicos alientos, manifestando cierta disposición a ayudar la causa real de los Borbones. De hecho todas las monarquías europeas se mostraron proclives a apoyar los intentos de los emigrados por restaurar la corona violada. Particularmente desde 1793 Inglaterra pareció interesarse más en el asunto. Los príncipes Borbones, por su parte, no se resolvían a pisar suelo francés. El conde de Artois no era belicoso ni por asomo. Sólo aseguraba su ardiente "anhelo" de unirse a los combatientes vendeanos. Pero parecía tratarse más que nada de una expresión de deseos. Era más fácil escribir cartas que actuar. En lo que toca a la corona británica y sus "buenas intenciones", ya hemos considerado su participación en el desastre de Granville, en la zona de Normandía. Sea lo que fuere, en junio del presente año el ministerio inglés dirigido por Pitt, juntamente con el conde de

Artois, que vivía en Inglaterra, se pusieron de acuerdo en conducir desde la isla la reconquista de Francia. En orden a cumplimentar dicho propósito se organizó una gran expedición naval para desembarcar tropas en la Bretaña francesa; con ellas irían los emigrados que residían en Inglaterra. Dichas tropas se reunirían con los chuanes, comandados por Cadoudal y coordinados por Puisaye.

Esta vez la operación se concretó en la bahía de Quiberon. El desembarco se hizo sin dificultad. Enseguida los emigrados y sus aliados ingleses entraron en contacto con 5000 chuanes. Resulta lamentable decirlo pero la verdad es que los chuanes eran cordialmente despreciados por los emigrados, que los tenían por poco menos que salvajes. Mientras tanto los azules, sumamente preocupados por lo que estaba sucediendo, trataban desesperadamente de juntar tropas para contener el avance de sus enemigos. Pero el desacuerdo que existía entre sus diferentes jefes resultaba disolvente. Por desgracia los blancos perdieron un tiempo precioso que permitió al nuevo jefe de los azules, el general Hoche, bloquear a los realistas en la península donde habían desembarcado, y lanzar luego una fuerte contraofensiva. Las tropas antirrepublicanas se vieron desbordadas. Los emigrados estaban ahora a la defensiva, entre el mar y las bayonetas republicanas. No soportando dicha situación, y dominados por el temor, se arrojaron en masa sobre las chalupas inglesas, disputándose los lugares con frenesí, para poder refugiarse en los buques anclados en la bahía. Si bien los ingleses, con previsión admirable, llevaron a cabo un salvataje desesperado, alrededor de cada buque ya repleto se agolpó una multitud de desgraciados que huían a nado.



Tras semejante desastre, Puisaye entregó el mando al joven conde Charles de Sombreuil. El general Hoche, ahora fuerte, exhortaba así a los vencidos: "¡Rendíos, bravos emigrados! ¡Confiad en la lealtad francesa!". Sombreuil le creyó, junto a los 6200 realistas que no habían logrado embarcarse en las fragatas inglesas. Mas a pesar de las promesas, más de 800 emigrados y chuanes fueron fusilados. Monseñor de Mercé, asesor de los Ejércitos reales del Oeste, el primero que subió al altar del sacrificio con el ardor de un mártir, sufrió la muerte con otros 16, entre los cuales el General de Sombreuil, a quien no cesó de alentar en aquellos momentos dramáticos. Intimado a ponerse de rodillas ante el pelotón, Sombreuil no obedeció sino a pedido del obispo: "Pongo una rodilla en tierra por Dios y la otra por el Rey", declaró con entereza. Su cuerpo cayó sobre el de monseñor, juntando su fogosa sangre de 27 años a la del venerable prelado de 70. La República quedó dueña de un rico botín y de 4000 prisioneros. De entre ellos 750 fueron juzgados y fusilados en julio de 1795. Como se ve, el desembarco resultó un fracaso rotundo.

Los blancos insistían en la necesidad de que viniese personalmente uno de los príncipes Borbones,

en cuyo caso se pensaba que terminarían las rivalidades entre los jefes. De ser así, la Bretaña entera, cuya rebelión, aún latente, permanecía diseminada en cien focos locales, saldría a la luz, el Maine y la Normandía se plegarían, y 300.000 franceses se pondrían bajo la bandera blanca. Desde el comienzo del levantamiento de la Vendée, sus caudillos, tanto d'Elbée como Lescure, no habían cesado de llamar a los príncipes. Ya en 1793, Lescure le escribía así al conde de Artois: "Es al hermano del rey a quien nos cansamos de llamar; a él le exponemos el ardiente deseo que nosotros y nuestros intrépidos soldados tienen de ver a Vuestra Alteza Real a nuestra cabeza [...]. Venid, pues, Monseñor, venid; un descendiente de San Luis a nuestra cabeza será para nosotros y nuestros soldados el presagio de nuevos éxitos y de nuevas victorias; y podemos asegurároslo, seremos invencibles teniendo entre nosotros a un príncipe heredero". Ahora ya no quedaban aquellos grandes jefes, ahora sólo restaban Sapinaud, Stofflet, y sobre todo Charette. Este último conocía muy bien la frivolidad de quienes rodeaban al conde de Artois, y tampoco tenía gran confianza en los ingleses, con frecuencia equívocos, ni en los emigrados, que vivían en las nubes. Los azules, por su parte, se preguntaban que si por acaso se animaba a hacerse presente alguno de los príncipes, lo haría por la Bretaña o por la Vendée. ¿Sería el conde de Provence o el de Artois? A la postre se resolvió que fuese el segundo.



En septiembre de 1795, el conde de Artois decidió por fin embarcarse. "Mi más dulce momento –dijo– será cuando pueda reunirme con mis fieles súbditos que han combatido tan valientemente por mi casa". Asimismo le pidió a Charette que se reconciliase con Stofflet, lo que aquél aceptó, dándose ambos jefes un abrazo. Luego Charette se reunió con Sapinaud y Stofflet para responder de manera conjunta al conde de Artois, resolviendo esperarlo en la costa de la Vendée.

La flota inglesa que llevaba al conde atracó en la isla de Yeu, situada a algunos kilómetros del continente, ante las costas donde tantos soldados de Charette habían combatido y muerto. Enseguida comenzó el desembarco –eran unos 6000 hombres– y el descargue de material: pólvora, cañones, fusiles, sables y pistolas. El 2 de octubre el conde puso finalmente el pie en tierra, juntamente con su hijo Luis Antonio y un estado mayor de nobles. Recientemente Charette había sido derrotado por el general Hoche, novedad que el príncipe ignoraba. Pasaron tres días. El conde se sentía perplejo en aquella pequeña isla. Stofflet deseaba que al menos pusiera sus pies en el continente, en suelo vendeano.

Sin duda que el príncipe había pensado en un recibimiento apoteótico, con multitudes que gritaban ¡Viva el Rey! Cuando vio que no era ello lo que sucedía, sintió ganas de volverse a Inglaterra. Pero ¿cómo quedaría su reputación? Pensó entonces que lo mejor sería que la iniciativa de retornar

proviniese de Gran Bretaña. Mas el gobierno inglés no estaba dispuesto a asumir dicha responsabilidad.

Ya en Granville los mismos ingleses juzgaron que habían perdido el honor. No querían reiterar ahora una situación semejante. Y así prefirieron un camino intermedio, resolviéndose que sus tropas fueran repatriadas. Ello ofrecería una razón plausible al retorno del príncipe de Artois. Pero al mismo tiempo dieron seguridades de que sostendrían al conde en la isla para que pudiera juntarse con Charette, si así lo deseaba. Reunió el conde su estado mayor y con aire desolado les dijo que de Inglaterra había llegado la orden de evacuar la isla. "Me llaman inmediatamente de Inglaterra. El Gobierno quiere que yo parta sin diferir [...]. Decid a los jefes realistas que yo ardo en deseo de ponerme a su cabeza, que mi partida de la isla de Yeu no retardará sino en pocos momentos aquel en que yo cumpliré sus deseos; pero no puedo luchar contra la voluntad imperativa del Gobierno de Inglaterra".

Los jefes vendeanos hicieron llegar su opinión de que ello sería totalmente desalentador, que todos quedarían desanimados y la causa monárquica en franco descrédito. El conde insistió en que los ingleses lo urgían. Cabe pensar qué hubiese pasado si tras su desembarco se hubiera unido a los realistas en el continente. Probablemente las cosas hubieran ido mal, militarmente hablando. Es cierto que Napoleón diría luego: "La República estaba



perdida si los ingleses hubieran dejado descender sobre el suelo de la patria al conde de Artois". Pero dicha afirmación no deja de ser cuestionable. Como señala Gabory, ya no estábamos sino en 1795; el tiempo de las victorias fulgurantes había pasado. Quedaban algunos miles de vendeanos famélicos, que seguían a Charette en momentos muy desfavorables. Sea lo que fuere, de Artois echaría la culpa a los ingleses, esos malditos ingleses, que habían resuelto evacuar la isla a pesar suyo.

En lugar del príncipe tanto tiempo esperado, de uno de los barcos ingleses había bajado el conde de Góyo, su ayuda de campo, quien comunicó oficialmente a los jefes vendeanos que "el Príncipe no juzgaba el momento favorable", por lo cual, tras madura reflexión, había resuelto retornar a Inglaterra. Para "consuelo" de Charette, le entregó de parte del conde un magnífico sable, ornado con esta divisa: "Yo no cedo jamás". Parecía un chiste de mal gusto. Charette empalideció. "No me queda sino huir o morir como bravo –habría dicho–. Sabré morir. Dígale al Príncipe que él firma mi pena de muerte. Usted ve en torno mío 15.000 hombres; mañana no quedarán sino 500. Dígale a Su Alteza Real que yo observaré su divisa: No cederé jamás".

¿Habrá creído Charette en la sinceridad del conde? Naturalmente que no podía darle un desmentido público. Y así declaró: "Los ingleses nos han indignamente traicionado; no nos quedan otros re-

cursos que nosotros mismos, y nuestros medios son débiles". De hecho, el conde de Artois, tras dos meses de dudas, había huido antes de la batalla. Stofflet declaró: "Yo me inclino, pero marchamos al cadalso. *Vive le roi, quand même"*, como si dijera: "a pesar de todo". El emisario de los vendeanos que subió al buque donde se encontraba el conde, profundamente indignado, golpeando la mesa con el puño, se atrevió a exclamar: "Los Borbones no merecen que tanta gente valiente se exponga por ellos". Tal aseveración era rigurosamente exacta. Los príncipes reales habían visto perecer por la causa de la monarquía a miles de combatientes, habían visto masacrar poblaciones enteras, habían visto caer uno tras otro a Cathelineau, Bonchamps, d'Elbée, La Rochejaquelein, y pronto verían caer a Stofflet, Charette, Cadoudal y tantos otros. Ninguno de ellos se dignaría hacerse presente en la tierra ensangrentada.

A pesar de todo, Charette, "el caballero", nunca daría las espaldas a los Borbones. Justamente por aquellos mismos aciagos días había recibido una carta de Dumouriez, antiguo general republicano que se había pasado a la causa de Luis Felipe de Orleans. Dumouriez le pedía ahora apoyo a Charette, viejo conocido suyo, para su nuevo propósito, en la idea de que el prolongado abandono en que le habían dejado los Borbones lo dispondría a aceptar su propuesta, aunque fuera por despecho. En dicha carta, tras un ditirambo en favor del



futuro Luis Felipe, le recordaba los magros honores con que los Borbones habían gratificado al general vendeano. "Ellos os han hecho teniente general; el duque de Orleans, rey, sabrá reconocer con mayor generosidad el servicio que hacéis a la patria". Charette respondió en un simple billete con encantador desenfado: "Mi querido Dumouriez, decidle al hijo del Ciudadano Igualdad *d'aller se faire foutre*. Firmado: El Caballero Charette". Él siempre había combatido por Dios y por el Rey legítimo. Lo que correspondía era seguir luchando por ellos.

Los ingleses estaban muy molestos por todo el *affaire* de la isla de Yeu. Lord Granville afirmaba: "El conde ha abandonado la isla de Yeu por su propia voluntad [...] ¿Qué quieren que hagamos en adelante por una causa que no se la quiere servir?". Algunos prefirieron echarle la culpa al entorno del conde. Sea lo que fuere, entre los ingleses el escándalo fue mayúsculo. Tras el desastre de Quiberon, el ridículo de la isla de Yeu. En 1796 el general Hoche escribiría, refiriéndose a los rebeldes: "Se baten por un rey, y no tienen rey. Esperan un Príncipe que no viene. El Príncipe tiene miedo, y tiene razón". Pero los vendeanos, a pesar de todo, persistían en su propósito. Como afirma Gabory, su realismo estaba fundado mucho menos en el apego a las personas que a los principios.

Se ha echado la culpa de casi todo a Inglaterra. Los tres puntos de combate: Granville, Quiberon y la isla de Yeu, forman el trípode de la deshonra

británica. Pero hay atenuantes que considerar. Inglaterra, si bien estaba en contra de la República, no amaba a la casa de Borbón, su antigua rival. Ello explica en algo las tergiversaciones, las lentitudes, las reticencias, las maniobras lindantes con la hipocresía...

Napoleón dejó escrito en su *Memorial*: "Faltó siempre un Príncipe a la cabeza de la causa vendeana. Los realistas lo pidieron sin cesar a Inglaterra, que se lo mostró una sola vez y no se lo dio, lo que fue un refinamiento nuevo en materia de crueldad política". Y agregaba: "Si yo hubiese estado en lugar del príncipe, habría atravesado el mar en una cáscara de nuez".

### *4. La figura de Charette*

François-Athanase Charette, personaje altamente original y pintoresco, merece una consideración especial. Nacido en 1763, ingresó en la marina, donde luego de recibirse como oficial, participó en la guerra de la independencia norteamericana. En 1790 abandonó la marina para contraer matrimonio. Cuando estalló la Revolución parecía, al igual que muchos hidalgos del Oeste, si no desinteresarse, porque era un ferviente monárquico, al menos resignarse a la inacción. Sin embargo, a comienzos de 1792, entendió que el honor le impedía la abstención, exigiéndole ofrecerse para



defender activamente la causa que tanto amaba, y así partió para Coblenza, donde la nobleza emigrada de Francia se estaba agrupando en torno a los hermanos de Luis XVI. Lo que allí vio no le resultó grato. Aquellos nobles derrochaban jactancia e ilusiones, y mostraban sobre todo una connivencia excesiva con el extranjero. Volvió entonces a Francia. Cuando pasó por París, justamente el fatídico 10 de agosto, pudo ser testigo de aquellos desmanes, y allí mismo se alistó entre los defensores de las Tullerías, siendo uno de los últimos que permaneció en el palacio conquistado por el populacho. Estaba a punto de ser fusilado cuando logró escapar recurriendo a una estratagema: se puso al cinto una caramañola que le había sacado a uno de los muertos, y llevando como si fuese un trofeo la pierna de un soldado suizo que acababa de ser descuartizado, pasó incólume a través de la turba que devastaba los aposentos de la familia real. Saliendo de París con un disfraz, tomó el camino de la Vendée, con el propósito de incorporarse al ejército católico. Al llegar a la casa solariega, su mujer recurrió a diversos argumentos para disuadirlo de meterse en nuevas aventuras. Charette tenía entonces 30 años.

Pocos días después, en marzo de 1793, los paisanos del Marais vinieron a buscarlo, como en tantos otros casos, según lo hemos relatado, para que se pusiera a su cabeza. Y así ya lo tenemos al frente de los suyos. Weiss lo describe como un adalid

de brillantes cualidades, un hombre de perseverancia tenaz, de cierta bravura un tanto arrogante, el gusto del penacho y atuendo caballeresco, con una extraordinaria inventiva que le hacía descubrir un escape, donde amigos y enemigos le tendrían por perdido. Hombre de coraje inquebrantable, parecía no temer los peligros, siempre infundiendo ánimo a quienes lo rodeaban. Realmente inflamaba los corazones. Por desgracia su temperamento lo inclinaba a mostrarse demasiado independiente respecto a otros jefes, como le sucedió con Lescure, Bonchamps o La Rochejaquelein. Gustaba cortarse solo y comportarse como jefe supremo.

Su manera de combatir era extraordinaria, sabiendo aprovechar al máximo el tipo de terreno boscoso y tupido de la Vendée, con yuyales espinosos que posibilitaban salidas sólo accesibles a las bestias feroces... y a los suyos. Supo aprovechar tales particularidades para desconcertar sin pausa al enemigo. Su estrategia le era muy peculiar, bajo forma de guerrilla, con lo que tendría en jaque a las mismas "columnas infernales" de Turreau, de que hablamos páginas atrás. Refiriéndose a dicha aptitud escribía el general Hoxe al Comité de Salud Pública: "No es cosa fácil encontrar a Charette; aún menos combatirlo: hoy está a la cabeza de 10.000 hombres, y mañana anda errante con unos 20 soldados. Se lo cree frente a uno, y está detrás de las propias columnas; o amenaza tal puesto del que



pronto se encuentra a diez leguas. Hábil para eludir el combate, no busca sino sorprender para degollar a las patrullas enemigas y quitarles sus armas. Yo lo persigo sin descanso; perecerá bajo mi mano o yo pereceré bajo sus golpes".

A medida que iban muriendo los grandes jefes vendeanos de la primera guerra, él fue quedando casi solo a fines del 94. La Vendée agonizaba. Consciente de ello, entendió que no le quedaba sino hacer la paz, aprovechando un momento en que la tiranía de París era menos dura, con la desaparición de Robespierre y consiguientemente del Terror. Así lo intentó, firmando el tratado de La Jaunaye, que la Convención había concertado con él, "el rey de la Vendée", como se lo llamaba. Dicho pacto, lo hemos visto páginas atrás, no fue respetado. Entonces él retomó las armas. Mas las cosas no iban bien. El futuro Carlos X lo dejó en banda, como acabamos de relatarlo, debiendo proseguir la lucha cada vez en mayor soledad. Con todo, seguía siendo temible para los azules. Hoche no se equivocaba. "¡No dejen un momento de reposo al gran *brigand*!", incitaba a sus tropas.

Porque Charette continuaba impertérrito, siempre según el estilo que había escogido. Su ejército, señala Calderón Bouchet, parecía integrado por fantasmas. "Las descripciones de los generales azules –nos dice– son unánimes en reconocer su capacidad maniobrera y la velocidad con que desaparecía sin dejar rastros, o sabía presentarse al ene-

migo cuando éste lo creía derrotado". Sin embargo las condiciones se le iban volviendo cada vez más difíciles. Ya que si bien es cierto que los vendeanos se batían como leones, no habían progresado en disciplina militar, ni en perseverancia. Un día Charette estaba al frente de 10.000 hombres, y al día siguiente no contaba con más de 100. El joven general salía al paso de dicha anomalía variando el tipo de su combate, a veces batalla en regla, a veces guerrilla.

¡Extraño este ejército, cuyos integrantes cantaban y bailaban no bien concluían los combates! El sonido de las violas y las gaitas no cesaba hasta el amanecer; incluso danzaban a menudo en la víspera misma de una batalla. "Quiero que la alegría reine donde yo estoy", repetía el caudillo, tratando de que las mujeres acompañasen a sus maridos combatientes, fuesen campesinas o damas de la nobleza. Él mismo alternaba cordialmente con sus soldados, encendía su pipa en las suyas, les distribuía dinero para que comprasen tabaco y aguardiente, les daba cuanto tenía, siempre condescendiente en todo lo que no fuese intrepidez. Los suyos lo amaban y lo admiraban al mismo tiempo. No deja de sorprender el estilo con que ejercía el mando, con ese toque tan aristocrático y autoritario que lo caracterizaba, como cordial y simpático, tan distante y tan atrayente a la vez. Todo se lo perdonaban, aun su frecuente dureza. A nadie le molestaba su prurito de elegancia en el



vestir. *Monsieur de Charette,* así se lo llamaba. No tenía que decir sino una palabra, para que los suyos diesen su vida.

En el pequeño pueblo de Legé habían instalado su cuartel general. La llamada "Corte de Legé" se hizo célebre por su aire festivo y galante. Aun en los peores días, no cesaron las fiestas en el campo, en las plazas, en las casas. Cierta vez el general Haxo detectó la presencia de un grupo de soldados vendeanos, casi exhaustos. Envió entonces un espía para que averiguase algo sobre ellos. "–Bueno, ¿qué hacen? ¿Cuáles son sus preparativos?", le preguntó el general al volver. "Mi general, danzan" "¿Cómo? ¿Danzan?". "Si, mi general, y es Charette quien los dirige". Días después diría Haxo, altamente sorprendido: "¡Los fanáticos bailaron toda la noche y muy de mañana ocuparon sus puestos de combate!". En aquella corte vendeana también se cantaba. Era costumbre en la Francia tradicional que diversos cantos acompañasen los trabajos y distintos momentos de la vida. Cantaba el viñatero, cantaba el zapatero, cantaban los esposos, cantaba el peregrino... ¿Por qué no habrían de hacerlo los combatientes en los momentos de descanso? Su repertorio incluía especialmente cánticos que expresaban la esperanza o el sufrimiento, la nostalgia o la fidelidad.

Pero lo que más se destacaba en Charette, reiterémoslo, era la genialidad con que llevaba adelante el combate. Circulaba como un señor por zonas inhóspitas, jaqueado a veces por columnas

enemigas varias, de 1000 al 1500 hombres cada una. Fue con referencia a este escabullimiento perpetuo, a esta permanente invisibilidad, que se habló del "milagro de la Vendée". Zigzagueando sin cesar a las columnas infernales de Turreau, Charette conservó siempre su libertad de movimientos. Si lo juzgaba oportuno desaparecía, para reaparecer cuando le convenía, por lo general de improviso. Se necesitaba un temple personal a toda prueba para poder prolongar semejante táctica durante meses, dentro del acotado espacio en que se movía, y ello sin que sus incursiones de aprovisionamiento fuesen descubiertas por ninguno de los veinte generales de la República que estaban abocados a su búsqueda, rivalizando entre sí por quién sería el primero en encontrarlo. Miles de soldados azules hostigaban a Charette sin lograr ubicarlo, y eso que el héroe se movía seguido por una multitud de mujeres, niños y ancianos fugitivos. Habiendo visto tanta brutalidad de parte de las columnas infernales para con los aldeanos, no les quedaba sino luchar o morir. Y Charette había jurado morir antes que abandonar a los suyos.

Así fue como durante largos meses de batallas y escaramuzas en los pantanos del Marais, el Bocage y a ambos lados del Loire, tuvo siempre en jaque a todo el ejército de la República, y ello en condiciones verdaderamente precarias de supervivencia. A veces no tenían qué comer, fuera de las raíces del lugar. Las mujeres debían ser ubicadas en el interior de los bosques, donde construían con ramas pequeñas chozas para abrigar a su familia, así como cabañas para sus vacas; estando destruidos todos los molinos de la zona, debían también moler el trigo. Por la noche, cuando los chicos dormían, a la luz de candelas de resina se ocupaban en reparar la ropa que sus maridos usaban para la guerra. Los hombres, por su parte, levantaban mangrullos hechos con ramas, a modo de periscopios, para vigilar los movimientos del enemigo. Charette dirigía todos estos trabajos, sin dejar de poner a cada cual en su lugar. A un padre medio politiquero, que pretendía meterse en asuntos que no le competían, le dijo: "Un sacerdote debe permanecer junto al altar como un general a la cabeza de su ejército".



Sin embargo, según bien lo señala Calderón Bouchet, la memoria de este general no goza, como la de otros caudillos vendeanos, de un recuerdo sin mancilla. Era, sí, un magnífico soldado, eso nadie lo niega, pero le gustaba destacarse sobre los demás y no era fácil en borrarse con generosidad ante las exigencias del bien común. De hecho compartió con Stofflet la responsabilidad de haber introducido o al menos tolerado en la guerra de la Vendée algunas acciones de depredación y de venganza. Desgraciadamente para la causa, escribe Madame de La Rochejaquelein, ellos dos fueron los últimos caudillos del movimiento, y así la guerra perdió el carácter que había tenido en sus comienzos. No se vio ya aquella abnegación de los

primeros comandantes, aquella pureza de intenciones, aquel impulso generoso del alma que tanto distinguieron a los primeros tiempos de la Vendée. Es cierto que la barbarie de los republicanos se había acrecentado sobremanera, endureciendo hasta a las almas más sensibles del ejército católico. Ahora no vacilaban en vengarse por la matanza de sus prisioneros, por los ahogamientos de Nantes, por las crueldades indecibles de las columnas infernales. Sin embargo, en lo que toca particularmente a Charette es preciso señalar que, al parecer, no mandó matar, sino que dicha decisión fue más bien imputable a algunos de sus oficiales.

Detengámonos un tanto en esta cuestión, que empaña aparentemente la nobleza de la causa vendeana, pero que debe ser considerada en un contexto más general. Desde el comienzo los azules trataron a los vendeanos de *brigands*. Algunos de sus historiadores no han querido ver en ellos más que un conglomerado de bandidos, llenos de vicios. Otros escritores, del bando realista, como es fácil de entender, se colocan en el otro extremo, ponderando bajo los rasgos más edificantes la "dulzura angélica" de los vendeanos. Ni una ni otra cosa, afirma Billaud. Los vendeanos no fueron, en su conjunto, personas angelicales, pero menos aún fueron bandidos. Por lo demás, hay que entender que no todos eran iguales. Los hubo más mansos en Anjou y más duros en el Marais; lo mismo se diga de su piedad: muy viva en Anjou, más superficial



en el Bajo-Vendée. Entre los defectos, hubo uno que fue bien vendeano: la inclinación inmoderada al jugo de la uva. Cada victoria era festejada con abundantes libaciones. Se les ha reprochado, asimismo, algunas crueldades, a que acabamos de referirnos, incluidos entre ellas fusilamientos de enemigos vencidos, ejecución de varios curas juramentados, etc. Ello se explica en buena parte como represalia por las terribles atrocidades del enemigo, si bien no las justifican. Ni hay que olvidar la frecuencia con que los paisanos perdonaron de manera heroica a quienes habían incendiado sus granjas y asesinado a sus mujeres e hijos. Grandes por su coraje en los combates, escribe Billaud, se mostraron a menudo sublimes por la generosidad cristiana con que actuaron después de la batalla. Sólo el inconmensurable horror sembrado por las columnas infernales permite comprender la sed de venganza que en ellos se despertó, y que no siempre supieron dominar, a pesar de las exhortaciones de sus oficiales.

Un ejemplo. Tras una batalla, gracias a la cual los vendeanos lograron ocupar cierta ciudad, descubrieron allí una guillotina, en la plaza central, con la cuchilla tinta todavía en sangre. Tal espectáculo los puso furiosos, a tal punto que se arrojaron sobre los prisioneros que habían tomado y comenzaron a matarlos. Cuando llegaron los jefes, sólo con dificultad lograron detener la matanza. Los paisanos acataron la orden, pero no bien se fueron los oficia-

les, se lanzaron en persecución de los republicanos que habían sido enviados a determinadas prisiones, y recomenzaron allí la masacre. Cuando La Rochejaquelein fue advertido de lo que estaba sucediendo, se dirigió enseguida a dicho lugar. "¡Miserables! –les dijo–. ¿Qué estáis haciendo?". A lo que ellos respondieron: "Degollamos a los que han degollado a nuestros amigos, sus mujeres y sus hijos". –"Pero entonces, si vosotros devolvéis mal por mal, ¿dónde está la buena causa?".

En este campo, Charette dejaba hacer. Más bien sufría las represalias que las ordenaba. Pero rara vez bajo su mando, las ejecuciones revistieron un carácter sistemático. En cierta ocasión, los vendeanos, que estaban furiosos, comenzaron a degollar sin asco a los prisioneros. A uno de ellos, que había sido incendiario, se aprestaban a quemarlo vivo. Charette se opuso a este espantoso desquite, e hizo fusilar al delincuente en su presencia.

Al principio, casi no hubo crueldades. Recuérdese cómo, en ocasión de la toma de Saumur, por ejemplo, los jefes del ejército vendeano resolvieron dejar libres a los soldados de la República que deponían sus armas; a los 11.000 que habían detenido les devolvieron la libertad, después de tomar la precaución de cortarles el pelo al rape, para poder reconocerlos en caso de nueva captura. Con motivo de la batalla de Fontenay, ganada por los vendeanos, un personaje siniestro de la República, José María Lequinio, representante del pueblo, poco sospechoso de simpatías por los católicos, escribía: "Luego de la toma de Fontenay, los jefes de los rebeldes recomendaban por doquier el buen orden y empleaban el simulacro hipócrita de la sabiduría y de la bondad para ganarse partisanos". Gracchus Babeuf, aquel comunista "antes de tiempo", se atrevió a afirmar: "Jamás se ha dicho de los vendeanos que hayan cometido rapiñas o excesos [...]. Sus partidarios vivían tan frugalmente como antaño las hordas galas, en relación al César [...]". Refiriéndose a cierta batalla, un dirigente republicano, el general Danican, declaraba "que los realistas han hecho más de 30.000 prisioneros a los que soltaban pelados; no han cometido crueldades sino después que nosotros les hemos dado el ejemplo envenenándolos y masacrando a los enfermos en sus lechos".

He aquí un mensaje-testimonio dirigido a la comisión republicana de Doué por soldados azules prisioneros de los vendeanos: "Hemos sido conducidos a una comunidad de benedictinos en Montagne. Es con verdadero placer que hacemos públicos los procedimientos honestos y humanos que hemos recibido y que recibimos cada día de los generales y comandantes del ejército de los católicos. Nuestros heridos y nuestros enfermos son tan bien tratados como podrían serlo en un hospital militar [...]". Carta dictada, se dirá, bajo amenaza. Quizás. Pero nadie podrá decir que alguien forzaba la mano de un tal Savary, agregado al estado

mayor republicano, amigo de Kléber y guía del ejército de Maguncia, cuando consignaba en su gran colección de documentos, que sigue siendo una de las más importantes fuentes para la historia de las guerras de Vendée, sus impresiones de prisionero durante un mes en el campo realista. Allí fue testigo de una escena emocionante: cierto día, relata, los jefes vendeanos, informados de la manera como los azules trataban a los *brigands*, discutían si no sería buena política recurrir a las represalias, condenando a muerte a los prisioneros capturados. "Durante este tiempo un espectáculo muy extraordinario se ofrecía a las miradas: el patio estaba rodeado de paisanos de la región, de rodillas, las manos juntas, pidiéndole al buen Dios no permitir que se degollase a los prisioneros".

Recordemos también cómo Bonchamps, herido de muerte ante la ciudad de Cholet, en octubre de 1793, imploró y obtuvo de sus colegas, antes de expirar, la gracia para varios miles de soldados republicanos capturados en el curso de la batalla. Aquellos hombres, puestos en libertad, volvieron llenos de gozo a sus unidades, reconociendo como a liberador suyo a Bonchamps, ya moribundo. Los esfuerzos de los jefes vendeanos por conducir la guerra según procedimientos más humanos –y cristianos–, no podían sino desconcertar la fanática intolerancia de los llamados "representantes": una medida de clemencia era de antemano entendida por ellos como un embuste. "Los *brigands* afectan



hacia nuestros prisioneros una falsa humanidad; nos los envían a menudo con una simple prohibición de llevar las armas contra la religión y el rey".

Otro ejemplo. En cierta ocasión un joven de apellido Bibard, vino a anunciarle a su madre la muerte en combate de su padre y de su hermano. Ella, una campesina sencilla, le respondió: "Tu padre y tu hermano han recibido la recompensa, y están ahora con el Buen Dios [...]. Tú, hijo mío, vuelve al Ejército, mientras que tus hermanas y yo vamos a rezar [...] ¡Y no olvides que será ahora preciso batirse por tres!". A la verdad, el muchacho se mostró digno de tal madre. Poco tiempo después, cubierto de heridas, en defensa de una ciudad, fue tomado prisionero por los azules vencedores y arrojado en prisión. Su carcelero, que era un hombre brutal, no le ahorraba maltratos. Pero habiendo sido retomada la ciudad por los vendeanos, el joven fue liberado y no bien le resultó posible, intercedió con éxito por su verdugo. "¡Acuérdate –le dijo– de que yo te he perdonado por amor a Jesucristo!". Cuando el general La Rochejaquelein se enteró del hecho, se arrojó al cuello de Bibard, y exclamó abrazándolo: "Por un vaso de mi sangre, yo no habría querido que te mostrases menos generoso".

Charette, es preciso reconocerlo, fue menos "piadoso" que los otros comandantes, empleando desde el comienzo métodos de guerrilla muy eficaces pero también más crueles. D'Elbée no lo miraba con buenos ojos, considerando que era un

jefe de espíritu obstinado, cuyas actitudes no favorecían a la postre el curso del combate. Pero quedémonos, mejor, con una buena imagen de esta figura tan pintoresca como intrépida. A juicio de Napoleón, su talento militar se elevó a veces a la altura del genio. "Leí una historia de la Vendée –nos dice en su Memorial de Santa Elena–, y si los detalles y los retratos son exactos, Charette es el único gran carácter, el verdadero héroe de este episodio notable [...]. Hay degüellos, pero sin degradación; se reciben socorros de extranjeros, pero no se pasa la vergüenza de estar bajo sus banderas, ni de recibir un estipendio diario por no ejecutar sino su voluntad". No deja tampoco de resultar significativo que el general ruso Alejandro Suvarov, capitán invicto contra turcos, polacos y franceses, lo saludase diciendo: "¡Héroe de la Vendée, ilustre defensor de la fe de tus padres y del tronco de tus reyes, honor de los caballeros franceses, salud!".

En cierta ocasión los azules dispusieron que el general Haxo formase en Nantes un cuerpo de ejército de 5000 a 6000 hombres para atacar y vencer de una vez por todas a Charette, en cualquier lugar se lo encontrase. Nuestro héroe no disponía más que de 1500 hombres. Cuando Haxo logró ubicarlo, entendió que sería su último combate. Juntó entonces a sus hombres, les pasó revista, y les dirigió una corta arenga: "¡Camaradas! El peligro que os amenaza es grave, pero vuestro coraje



no es menor. Sin embargo si hubiera entre vosotros algunos que desesperasen de nuestra causa, que se pongan a mi izquierda; yo no quiero conducirlos al combate. Quienes, al contrario, tengan confianza en los recursos de su general, pónganse a mi derecha. ¡Yo los salvaré a todos!" Aclamaciones entusiastas acogieron sus palabras. Aun las mujeres allí presentes, que eran muy numerosas, se mostraron tan resueltas como los soldados. Era diciembre. La noche caía muy temprano. El enemigo estaba a un cuarto de legua, al punto de que se veían los fuegos del vivac. Pero, como de costumbre, los vendeanos bailaban, al son de violas y gaitas, prolongándose las danzas hasta el momento en que los oficiales se retiraron para ocupar sus puestos de combate. Tras el primer encontronazo, abrumado por la superioridad numérica del enemigo, Charette logró escapar con los suyos, merced a esa astucia que tanto maravillaba a Napoleón. ¿Dónde estaba? Había desaparecido.

Otra arenga en una situación semejante. "Nuestra Patria está en nuestras almas, en nuestros altares, en nuestras tumbas, en todo lo que nuestros padres han amado antes que nosotros. Nuestra Patria es nuestra Fe, nuestra Tierra, nuestro Rey. Pero la patria de ellos ¿qué es? ¿Comprenden esto? Ellos quieren destruir las costumbres, el orden, la tradición. Entonces ¿qué es esa patria que se burla del pasado, sin fidelidad, sin amor? ¿Esa patria de confusión y de irreligión? Bello discurso, ¿no es

así? Para ellos, la patria parece no ser sino una idea, para nosotros es una tierra. Ellos la tienen en el cerebro; nosotros la tenemos bajo los pies, ¡es más sólida! Y es viejo como el diab' el mundo que ellos llaman nuevo y que quieren fundar en la ausencia de Dios [...]. Viejo como el diab'[...]. Se ha dicho que nosotros somos los secuaces de viejas supersticiones [...] ¡Es para reírse! Pero frente a esos demonios que renacen de siglo en siglo, somos una juventud. ¡Señores! ¡Somos la juventud de Dios, la juventud de la fidelidad!" ¡Espléndida arenga, tan popular como recia, perfectamente adecuada para aquellos jóvenes aldeanos!

"Fue, a fin de cuentas –afirma Weiss–, un hombre extraordinario. Peleó como un héroe, y dirigió batallas como un genio; su constancia fue inconmovible, aun en las circunstancias más desesperadas; una firmeza inmutable cuando todo parecía perdido".



## III. Año 1796

Durante este año las hostilidades fueron mermando. El general Hoche, tras haber vencido en varias ocasiones a Charette, se abocó a presionar sobre los chuanes que sostenían una lucha desesperada bajo Cadoudal y Frotté. Poco a poco, el jefe azul logró ir erosionando la resistencia del enemigo a fuerza de proclamas tentadoras. "¿Cuáles son vuestros jefes? ¿Poseen los talentos de d'Elbée, la amenidad de Bonchamps, el coraje de Stofflet, la actividad, las astucias y los conocimientos locales de Charette?". Por lo demás, siendo como era un hombre inteligente, entendió que no dejaba de ser contraproducente la política de hacer mártires, máxime que los blancos cultivaban la mística del martirio, para no cesar en su combate. Gracias a esta nueva táctica, dosificada con medidas más drásticas, Hoche logró desgastar la resistencia. Hubo, por cierto, otros motivos de debilitamiento entre los blancos, por ejemplo las divisiones internas de sus jefes, que atentaban contra la disciplina, a tal punto que alguno de ellos inició por su cuenta tratativas con Hoche.

Queremos destacar la figura de Hoche entre los generales azules por la hábil política que implementó en la guerra contra los católicos. Su programa, que incluía la libertad religiosa, el desarme, y la derrota de Charette, sería puntualmente aplicado.

Ante todo levantó la bandera de la libertad religiosa. Aunque personalmente ateo, era demasiado astuto para no darse cuenta de la razón última del enfrentamiento: la causa religiosa. Era preciso serenar al pueblo, decía, ganarse a los sacerdotes, sobre todo a los refractarios, puesto que sólo ellos tenían real influencia sobre el pueblo sencillo.

La consigna se fue aplicando en los hechos. Cierto día, uno de los generales que estaba bajo las órdenes de Hoche, el general Graciano, vio que sus soldados habían detenido a un sacerdote, el padre Léauté, que se veía hambriento y enfermo. Siguiendo la política de su comandante, en vez de castigarlo, le hizo dar de comer, le prometió una buena sotana, lo invitó a celebrar misa sin temor, e incluso le ofreció sus hombres para barrer la iglesia. En cuanto al desarme, Hoche quiso implementarlo lanzando una proclama: "Reconstruid vuestras chozas –les dijo a los paisanos–, rezad a Dios y trabajad vuestros campos [...]. Entregad vuestras armas, rehaced vuestras aldeas". Comentando tal modo de comportarse, señaló el padre Deniau: "¡Esa proclama resultó más funesta para Charette que diez batallas perdidas!". Sin embargo, como no fueron tantos los paisanos que consintieron en acatar la orden impartida, Hoche los amenazó con apoderarse de todos los animales de la comuna y no devolverlos hasta que sus habitantes no hubiesen cumplido la prescripción. Con el tiempo los paisanos fueron cediendo. Quedaba lo tercero: capturar a Charette.



### 1. *El apaciguamiento de los chuanes*

¿Qué acontecía mientras tanto en la chuanería? Frente a la sagaz política del general Hoche, las convocatorias desesperadas de Puisaye no conseguían reanimar el espíritu de los chuanes. Cadoudal, por su parte, a pesar de la terrible derrota de Quiberon, había logrado mantener sus grupos armados, en espera de una hora más propicia. El 24 de noviembre de 1795, no vaciló en arrojarse con los suyos sobre la posta de Elven. Pero los granaderos que la defendían lograron repeler el embate. De este modo, los nombres de Quiberon y Elven resonaron en los oídos de los chuanes como dos hitos de derrota. Sin embargo pronto se repusieron, entendiendo que había que acabar con las divergencias de los jefes. Dirigiéronse entonces a Puisaye, casi olvidado desde Quiberon, rogándole que dejase a un lado su resentimiento, lo que él hizo con magnanimidad, dispuesto ya a entenderse con Cadoudal. Hoche sabía muy bien quién era el alma de la resistencia: "¡El maldito Puisaye! –exclamaba–. ¿No podré atraparlo?". Mientras tanto el jefe chuan lograba unir a los nobles en una unidad montada, que denominó la *Compañía de los caballeros católicos*. Enseguida se dirigió por carta al conde de Artois exhortándolo a no perder la confianza: "Pronto toda Francia va a pedir un rey", le aseguró.

Las batallas se sucedieron unas a otras, por lo común con resultado negativo. No faltaron, sin

embargo, gestos heroicos. Aludamos tan sólo a uno de ellos. En cierta ocasión un jefe chuan, el general Boisguy, había pedido una entrevista a Hoche. Éste se negó. Luego el jefe azul le tendió una trampa a la que Boisguy logró escapar gracias a un acto heroico que merece no ser olvidado. Un criado suyo, apodado *Sans-Chagrin* (sin pesadumbre), se presentó ante Hoche: "Yo soy el general de Boisguy", le dijo. Lo condenaron a muerte. Mientras se dirigía al cadalso confesó su verdadera identidad. No por ello le perdonaron. "Soy feliz de morir –declaró–, puesto que he podido salvar a mi general".

La situación para los chuanes empeoraba de día en día. La paz se imponía. La Vendée la había aceptado. El Anjou chuan haría otro tanto. Cadoudal pidió entonces un cese del fuego. "Entregue primero las armas –le respondió Hoche–. Usted, señor, dice que quiere la paz, yo también; la quiero, y la obtendré. Le repito que me será agradable ahorrar sangre, pero si es preciso que siga corriendo, diré, con el alma oprimida de dolor: *Salus populi prima lex*". El 21 de junio, Cadoudal se rindió simple y llanamente. Sólo Puisaye seguiría impertérrito, esquivo e indomable, errando por los montes, llorando sus ilusiones destruidas y no dejando de apelar a Inglaterra. En cuanto a los paisanos bretones, ya hacía tiempo que habían vuelto a sus arados.

La Normandía sería la última en someterse, probablemente porque habiendo constituido una amenaza menor que las otras provincias chuanas, estuvo menos en la mira del general Hoche. Allí combatía el conde de Frotté, con sus "Caballeros de la Corona", pero en total soledad, y sin dinero ni armas. Si bien el gobierno inglés lo apoyaba, de hecho, y como de costumbre, no le hizo llegar la ayuda esperada. Tras diversas refriegas, poco menos que desesperadas, Frotté fue vencido ante la modesta ciudad de Tincheburg, tras siete horas de recio combate. Luego los reveses se sucedieron. Cierto día el enemigo logró capturar a Grandorge, un jefe famoso que había seguido luchando. Lo condenaron a muerte. Oyó su pena sin pestañar. Antes de ejecutarlo le ofrecieron un vaso de aguardiente. "Un monárquico –respondió– debe morir con sangre fría". Lo llevaron entonces al lugar del suplicio. Al ver a un soldado que fumaba, le dijo: "Granadero, pásame tu pipa". La fumó pausadamente; cuando llegó al lugar de la ejecución, la devolvió a su dueño, agradeciéndole el favor. "Grita ¡Viva la República!", le ordenó el comandante republicano; él gritó: "¡Viva el Rey!". Y cayó. Frotté, por su parte, resolvió retirarse. La Normandía ya no siguió combatiendo, así como todo el Oeste.



## 2. *Detención y muerte de Stofflet y de Charette*

El primer enemigo de entre los vendeanos al que Hoche apuntaría ahora no fue Charette sino Stofflet. Este gran comandante había hecho público el 26

de enero la siguiente proclama: "¡Bravos amigos, el momento de mostrarse ha llegado! Dios, el rey, el grito de la conciencia, el del honor y la voz de vuestros jefes os llaman al combate". Hoche acusó el desafío y respondió indirectamente en carta al Ministerio de Guerra: "Creo que la guerra stoffletiana durará quince días". A continuación envió 6000 hombres contra aquel comandante. Tras diversos avatares, el valiente jefe vendeano se vio precisado a escapar precipitadamente, no teniendo siquiera tiempo de llevar consigo la cruz de San Luis, ni de destruir su correspondencia con el conde de Artois.

Valiéndose de una delación, lograron enterarse de la casa donde el héroe se refugiaba. Stofflet advirtió que los azules habían llegado y aprovechó la oscuridad para esconderse. Los soldados iluminaron todo el recinto, pero no lo encontraron. Estaban furiosos. ¿Se les había escapado de las manos? Apoderáronse entonces del dueño de la casa, un granjero llamado Lizé, y también de su mujer, amenazando con fusilar al hombre y quemar viva a la mujer si no denunciaban el lugar dónde se ocultaba el huésped. Heroicos, ambos callaron. Los azules llevaron entonces la mujer a las llamas. Al escuchar sus gritos, Stofflet, no aguantando más, salió de su escondite y trató de ganar la puerta. Sus enemigos se abalanzaron sobre él. Uno de ellos le dio un sablazo en la frente. Su piel cayó sobre sus ojos. Enceguecido por la sangre, debió rendirse. Sin más tardar, fue llevado a pie hasta Chemillé, distante



unos diez kilómetros. De allí fue transferido a Angers, donde lo sometieron a juicio y lo condenaron a muerte. El 25 de febrero fue conducido al lugar de la ejecución. Cuando le quisieron cubrir los ojos, se negó a ello, y gritando por última vez: "¡Viva la Religión! ¡Viva el Rey!", cayó fulminado. Tenía 43 años. Fue, sin duda, uno de los jefes más virtuosamente obstinado que haya conocido la Vendée.

Mientras tanto, ¿qué era de Charette? Perseveraba en sus correrías. Cierto día se encontró con una joven sumamente bella. Siempre galante, se le acercó. Era la hija del marqués Grégo y esposa de un emigrado. ¿Cómo se encontraba allí, tan lejos del castillo de su padre? En esos tiempos no se pedían muchas explicaciones. Pocos días después, Charette se topó de pronto con una columna republicana. Eludió el combate, al mejor estilo suyo, desapareciendo. Pero los azules esta vez lograron localizarlo. Cambió nuevamente de dirección pero también allí encontró nuevas tropas enemigas. Estaba cercado. ¿Y Madame de Grégo? Nadie la había visto. ¿No habría sido ella quien advirtió a los azules? Después se enteraron de que era la amante de Hoche, quien la había utilizado para espiar y delatar. Ya anteriormente dicha mujer no había dejado de prestar un relevante servicio a la República al impedir que Charette se encontrara con Stofflet, fortaleciéndose así la insurrección. El incorregible Charette logró ahora escapar nuevamente. Pero Hoche no se dio por ven-

cido, destacando tres columnas para que persiguiesen al fugitivo sin tregua. Se lo sabía desamparado y casi en total soledad.

Hoche recurrió esta vez a una estratagema. Encargó a uno de sus generales que contactara a nuestro héroe y lo exhortara a entregarse, dándole seguridades para él y su familia, incluida la de irse al extranjero, a Inglaterra o a Suiza; de elegir el segundo país sería acompañado hasta allí por un destacamento de caballería. La República pondría los medios, le aseguraron. Un plazo de 48 horas le fue concedido para que diese la respuesta. Caso contrario, continuarían las hostilidades. Antes de responder, Charette convocó a sus seguidores, ya escasos, y les dejó en libertad para retirarse. Pero inmediatamente, como avergonzándose de lo que acababa de decir, protestó en alta voz que él, mientras tuviera un hálito de vida, mantendría en alto la bandera blanca bajo la cual se había refugiado el viejo honor francés. "¡Jamás entregaré mi espada a los enemigos de mi Rey!". Y agregó: "Mientras quede una rueda, la *charrete* rodará". Luego saltó a caballo y se dirigió a su campamento para escribir una carta al emisario del general Hoche, que lo haría justamente famoso y lo pinta de cuerpo entero:

> Señor, usted me propone de parte de su general en jefe [...] abandonar la Vendée para pasar a Jersey [Inglaterra] [...], o irme a Suiza escoltado por un destacamento de caballería. ¿Desde cuándo la República se cree autorizada a dictarme leyes que el honor y la justicia reprueban y que yo no podría adoptar sin una insigne cobardía? ¿Desde cuándo sus dirigentes se han permitido fijar los gastos de mis viajes y de dirigir su marcha? ¿Qué derecho ha podido usted adquirir sobre mis propiedades para ofrecerme tan generosamente su disfrute en el extranjero, en épocas fijadas únicamente por sus caprichos?
>
> Persuadido de que todas las naves de la República no bastarían para transportar a los realistas del país que yo tengo el honor de comandar, usted debe comprender que su proyecto de embarcarme en Saint-Gilles es quimérico. Igualmente convencido de que sus ejércitos republicanos no sabrían sino débilmente escoltarnos atravesando Francia para dirigirnos a Suiza [...]. Vencer o morir por mi Dios, por mi Rey, he ahí mi divisa irrefragable. La conducta que siempre he tenido debe convencerlo del poco caso que hago de sus amenazas. El futuro probará que sabré hacerlas tan infructuosas como sus maniobras [...] ¡Viva el Rey!
>
> El caballero Charette, teniente general de los Ejércitos del Rey.



Al escribir esta carta, Charette se estaba condenando a sí mismo. Por cierto que no se ilusionaba; la Vendée, cansada ya de muertes y de ruinas, se resistía a seguirlo. Por lo demás, como afirma G. Lenotre, en el espléndido libro que escribió sobre nuestro héroe, y a quien seguimos en estas páginas, el general no hubiera ganado nada aceptando las proposiciones de Hoche. Luego se supo que si se hubiera trasladado a Saint-Gilles para embarcarse, como se le había propuesto, ya arteramente el Directorio había decidido que fuese allí detenido y encerrado en el castillo de Saumur, para ser ense-

guida juzgado y condenado a muerte. La ruptura de las conversaciones evitó así que cayese en una nueva trampa. Sin embargo no le era posible prolongar su resistencia; los paisanos no respondían ya a sus llamados. Con todo, este hombre obstinado, seguido por sus últimos fieles, resolvió retomar la lucha. Pronto se topó con nuevas tropas republicanas. El enfrentamiento terminó con una masacre de los blancos. Casi solo, escapó por un costado. Ahora entendió sin sombra de duda que la Vendée estaba muerta. Muy probablemente habrá recordado aquel día ya lejano en que los paisanos lo arrancaron de su casa solariega de Fonteclause, cuando juró volver a poner al Rey en el trono o perecer. Queriendo permanecer fiel hasta el fin a dicho compromiso, reunió a los pocos que todavía lo acompañaban y les dirigió unas palabras de despedida: "Hemos sido traicionados, vendidos, no os queda otra esperanza que perderos en la multitud; que ninguna consideración os detenga. En cuanto a mí, ligado como estoy al juramento que hice a mi Rey, no puedo abandonar mi puesto sin su orden, y mi religión me prescribe esperar mi destino [...]. Me defenderé como soldado y moriré como cristiano". ¡Texto sublime, realmente digno de admiración!

Eran los primeros días del mes de marzo del 96. La caza al *grand brigand* se volvía implacable. Hoche había ordenado: "Cualquiera sea el tiempo que haga, no dejen respirar a su presa. Reúnan tropas por doquier; maten sus caballos". ¡Detener



a Charette! Más fácil era decirlo que hacerlo. Si al menos los paisanos quisiesen hablar. Pero no se les podía sacar una palabra. Aun los que lo habían abandonado, aun los que ya no lo seguían, se negaban a traicionarlo. El general Grigny escribiría un día: "Charette no se dedicaba más que a evitarnos, con una destreza y una agilidad sorprendentes, secundadas por el silencio absoluto de todos los habitantes de la campaña. De pronto se ocultaba en una finca, de pronto se acostaba en un bosque; íbamos derecho donde estábamos seguros de encontrarlo: siempre llegábamos allí algunos minutos después de su evasión. Ni las promesas, ni los halagos, ni las amenazas podían absolutamente nada sobre los chacareros que lo habían albergado". En cierta ocasión, uno de los suyos le pidió que no se mostrase en público con su sombrero emplumado. Dame tu sombrero, le dijo Charette, y toma el mío. El soldado se lo sacó y lo puso en la cabeza de su jefe. Justamente aparecieron por allí unos azules y cuando vieron a quien llevaba el sombrero de Charette, se abalanzaron sobre él y lo mataron. ¡Victoria!, comenzaron a gritar, hasta que al darse cuenta de su error profirieron en imprecaciones y blasfemias. Charette había desaparecido.

Esperando contra toda esperanza, nuestro caballero había logrado agrupar 50 o 60 jinetes y 400 infantes. El enemigo, abrumador, se lanzó al ataque. Una vez más Charette desapareció como por arte de magia. Siete días pasaron sin que pu-

diesen encontrarlo. Por fin lo ubicaron, pero cuando estaban ya a punto de detenerlo, desapareció de nuevo. Aquel a quien el año anterior el rey de Francia había nombrado "el segundo fundador de la Monarquía", erraba ahora, de seto en seto, por la zona donde había reinado, siempre escondiéndose. El comandante enemigo no sabía ya qué hacer. Ocurriósele entonces una estratagema: disfrazar a varios de los suyos como si fuesen vendeanos capturados o heridos, que preguntaban por Charette. Tampoco este truco resultó. Por aquellos días aciagos el caudillo vendeano se enteró de que Stofflet había sido capturado y ulteriormente fusilado en Angers.

Poco después se topó inesperadamente con una columna azul. Entablóse la lucha. En el entrevero resultó herido; una bala le había dado en la cabeza y otra en la espalda. Retomó, sin embargo, la marcha, torturado por la fiebre y la sed. En tales condiciones recorrió cuatro leguas. Allí lo esperaba una nueva trampa: varios oficiales superiores del ejército republicano recorrían la zona disfrazados de personajes ingleses y emigrados, preguntando qué camino tomar para encontrarlo a Charette. Éste, tras pasar la noche en una casa, a la mañana siguiente retomó viaje. Sólo lo acompañaban 32 hombres. Prontamente apareció el enemigo y se inició el combate. Charette logró escapar, pero pronto fue nuevamente herido; un oficial de los blancos logró cargarlo sobre sus hombros, pero



fue muerto por una descarga; otro hizo lo mismo y también cayó; un tercero volvió a cargar al general, cubierto de sangre. Al fin fue capturado. "¿Cuál es su nombre?", le pregunta un oficial azul. Charette no respondió. El comandante enemigo se llamaba Travot. Cuando éste lo vio le preguntó: "¿Dónde está Charette?". "Helo aquí", respondió el vencido. "¿Es verdad?". "Sí, ¡fe de Charette!". Cuando le dijeron que aquél se llamaba Travot, le preguntó: "¿Eres tú Travot?". "Sí". "En buena hora –dijo Charette–, sólo a ti yo quería rendirme". Y lo felicitó caballerescamente.

Los soldados azules se acercaban, lo rodeaban, lo observaban atentamente. Ante ellos estaba el hombre-fantasma, a quien creyeron que nunca podrían capturar. El lugar del bosque donde aconteció esta escena es hasta el día de hoy un lugar venerado. En 1911, más de 5000 personas venidas de todos los puntos de Francia asistirían a una ceremonia en su homenaje, que presidió el general barón de Charette, sobrino nieto del héroe vendeano.

Pero sigamos con los hechos. Charette fue llevado a la cocina de una casa cercana. Allí le curaron sumariamente sus heridas, lo lavaron, y se lo dejó descansar. Cuatro o cinco horas pasó en dicho lugar, siempre rodeado de soldados. No se conoce a ciencia cierta qué sucedió en el entretanto. Sólo sabemos por un narrador, testigo de segunda mano, y manifiestamente hostil, que Charette habría dicho a Travot: "He recibido de Inglaterra una es-

pléndida espada; es en nácar, rodeada de dorados; la envié a París para que le hicieran una vaina de plata. Si no temiese comprometer a la persona a quien se la he enviado, se la regalaría a usted, como a mi vencedor. Usted es digno de llevarla". Finalmente el prisionero fue trasladado a Angers.

Al conocerse la noticia de la detención de Charette, la República entera estalló de alegría. "¡Estamos como locos –escribió Hoche– desde que supimos esta buena noticia!". Billaud nos ha dejado un vívido relato de los últimos momentos de Charette, que a continuación compendiaremos. Al llegar a Angers, fue conducido a donde se encontraba el general Hédouiville, rodeado de todo su estado mayor, quien lo recibió con respeto y cortesía. Luego lo condujeron a prisión. Un médico le lavó las heridas, que ya comenzaban a infectarse. Luego el general lo invitó a un banquete. Charette comió con buen apetito, conversando con mucha desenvoltura. "¿Por qué usted recomenzó la guerra?", le preguntó el general. "Porque la República no cumplió sus promesas". Alguien le expresó su extrañeza de que se hubiese dejado capturar vivo. "Yo me he batido por mi religión –replicó Charette–, pues bien, mi religión me prohíbe el suicidio. Por lo demás, pronto sabré demostrar que no temo la muerte". Porque estaba seguro de que sería condenado a la pena capital.

Al día siguiente lo llevaron a Nantes. Fue un viaje de 16 horas, en compañía de los generales Travot,



Valentin y Grigny. Ha de haber sido para Charette un trayecto altamente evocador. Pasaron por Saint-Florent, que le traería al recuerdo la rebelión de los conscriptos de 1793, el perdón de Bonchamps, y sobre todo el paso del río Loire. Cada dos horas una cañonera republicana rendía honores a la gloriosa víctima. Finalmente llegaron a Nantes. Charette entró en la celda que le había sido destinada, donde durmió serenamente. Luego fue llevado a juicio. "¿Cuáles eran sus proyectos al hacer la guerra?", se le preguntó, entre otras cosas. "Tener un Rey –respondió–, y que el Gobierno fuese lo que era antes [...]". Terminado el interrogatorio, exhibieron públicamente al prisionero haciéndole recorrer toda la ciudad, antes de llevarlo a la prisión. Charette avanzaba con la frente alta, el rostro tranquilo, conversando con los oficiales que lo rodeaban. Cuán diferente este recorrido de aquel triunfal, embriagante, por la misma ciudad, que siguió a la firma del tratado de La Jaunaye. Hubo, por cierto, injurias agresivas, aunque escasas. Él no parecía oírlas. Cada tanto tomaba tabaco de la tabaquera de algún gendarme cercano.

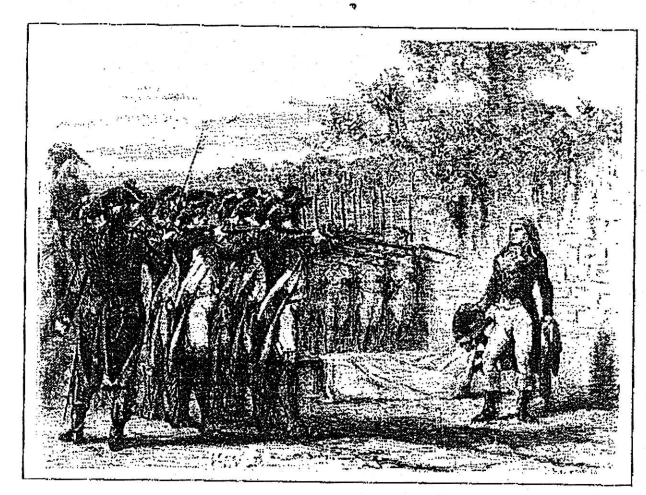
Cuando le comunicaron que había sido condenado a la pena capital pidió un sacerdote no juramentado. Le respondieron que la ley no los conocía. Aceptó entonces, si bien a regañadientes, los servicios de un cura constitucional. Se confesó, de rodillas, durante dos horas. Pero no quedó del todo tranquilo. Al igual que María Antonieta,

un anhelo lo acuciaba: recibir la absolución de un sacerdote refractario, mientras se dirigía al lugar del suplicio. Una hermana suya que lo visitó en la prisión le dio la seguridad anhelada: en tal calle concreta, por donde tendría que pasar, habría un buen sacerdote en la ventana de una casa. Tendría un pañuelo blanco.

A las cuatro de la tarde, los tambores dieron la señal de partida. Cuando apareció Charette, realmente imponente, se hizo un silencio sobrecogedor. Con su confesor, el condenado recitó el *Miserere.* Al pasar por la calle señalada, buscó con sus ojos la ventana de que le había hablado su hermana. Al ver el pañuelo blanco se inclinó para recibir la última absolución. Pronto llegaron a la plaza Viarme, donde se encontraban las tropas ya formadas. En el centro, dos bandas militares y una docena de generales a caballo. Charette se acercó al grupo de generales, y en medio de la admiración general mantuvo con ellos una animada conversación. Al fin, saludó con la cabeza. Por encima de la multitud pudo ver, frente a él, la ventana de donde partió, el 29 de junio de 1793, el tiro que mató a Cathelineau. Un oficial le ordenó que se arrodillase sobre una piedra que allí se encontraba pero él se negó tanto a ello como a ser vendado. En voz alta pronunció el acto de contrición. Luego le dijo al comandante del pelotón: "Señor, yo mismo daré la señal; inclinaré la cabeza. Ello querrá decir: Tiren". El oficial transmitió el mensaje. El silencio era den-



so. Charette estaba de pie, recto, con la frente alta. Tras murmurar una última oración, inclinó la cabeza. Cayó lentamente, como quien se acuesta. El "Rey de la Vendée" había muerto. Tenía 33 años. Su programa había sido terminante: "Combatido: a menudo; vencido: a veces; abatido: jamás". Era el 29 de marzo de 1796. Los miembros del pelotón, al retirarse, no pudieron disimular sus lágrimas.



*Fusilamiento de Charette*

Fue, en verdad, un gran soldado. "Se batía como un león, y maniobraba como un zorro", escribe de él Gabory. Refiriéndose a su persona, Napoleón reconoce en su *Memorial de Santa Elena:* "Me deja la impresión de un gran carácter; lo veo hacer cosas de una energía y de una audacia poco corrientes;

deja trasuntar al genio". Hace algunos años, cierto panegirista de nuestro héroe le pidió al obispo de Luçon, "con motivo de la causa de beatificación de los mártires vendeanos", que Charette fuera incluido en la lista. "Sin duda –decía– fue un poco mujeriego. Más de un santo llorará ese pecado de juventud [...]. Sin embargo, fue un defensor de la fe, la confesó ante sus jueces y murió por ella". Sucesor de los generalísimos Cathelineau, d'Elbée y La Rochejaquelein, hizo el sacrificio de su vida, de una vida si no ornada con las mismas virtudes de aquéllos, al menos con la misma fe y el mismo honor.

Así que en febrero y marzo murieron dos grandes jefes vendeanos, Stofflet el 25 de enero en Angers, y Charette el 29 de marzo en Nantes. La Vendée militar quedó huérfana, enteramente sometida a una ocupación republicana que fue realmente depredadora. Para colmo, entre los pequeños jefes vendeanos que sobrevivieron hubo discordias y desencuentros. Aunque se libraron algunos combates, la muerte de los dos grandes marcó el fin de la guerra, de esta segunda guerra, que abarcó los años 1794, 1795 y 1796.

### 3. *Balance general*

La Vendée militar perdió globalmente cerca del 15% de su población. De los 815.029, que eran originariamente, sólo quedaron 117.257. En carta que el general Hoche dirigió al ministro del Interior el 12 de febrero de 1796, da una cifra semejante: "Seiscientos mil franceses han perecido en la Vendée y se afirma que en esa época la población total del país insurrecto se redujo al quinto de los habitantes masculinos". Cerca de 50.000 personas, si no más, fueron fusilados, guillotinados, ahogados o muertos en prisión en el conjunto de las ciudades capitales de la Vendée militar. En cuanto a las casas, probablemente la mitad de ellas desaparecieron consumidas por las llamas.



En consonancia con lo que hemos señalado anteriormente, observa Messori que el término *genocidio* es aquí perfectamente adecuado. Porque ¿qué significa la palabra "genocidio", escribe, sino "destrucción de un pueblo", según la etimología? Jean-François Revel, en su obra *El conocimiento inútil*, amplía el significado de la palabra proponiendo cuatro características para saber si estamos realmente frente a un genocidio: 1) Cuando la violencia ejercida contra los adversarios busca, de manera clara y a veces explícita, no sólo someterlos sino también exterminarlos. 2) Cuando este exterminio se extiende a toda la población, combatiente o no, de cualquier sexo y edad, según un plan predeterminado, y que trasciende las operaciones estrictamente militares. 3) Cuando, con esa misma finalidad, se destruye sistemáticamente los medios de subsistencia de la población civil, sus casas, sus campos, sus herramientas de trabajo, siempre de ma-

nera deliberada y no por saqueos incontrolados. 4) Cuando las matanzas organizadas son imputables a un plan previamente elaborado y no a la anarquía, y continúan después de la victoria de los represores y cuando el adversario ya ha sido reducido a la impotencia. El mismo autor concluye que si estas son las características de un genocidio, entonces el primero de la historia se cometió en la Vendée.

Coincide Messori al señalar que no otra cosa era lo que buscaban "los amigos de la humanidad en París: la orden era matar ante todo a las mujeres por ser el «surco reproductor» de una raza que tenía que morir". La razón: porque el pueblo vendeano se resistía a aceptar "la Declaración de los derechos del hombre". Se hacía preciso destruir sistemáticamente sus casas y sus cultivos para que los supervivientes desaparecieran por escasez y hambre. Según el pensador italiano las cifras de muertos que nos da Secher son exactas: el 15% de la población. Proporcionalmente fue como si en la Francia actual hubiesen sido asesinadas más de 8 millones de personas. La más sangrienta de las guerras modernas, la de 1914, costó algo más de un millón de muertos franceses.

Secher nos ha dejado un inteligente análisis de lo que sucedió al terminar la llamada "segunda guerra de la Vendée". Por ley del 24 de agosto de 1797, escribe, el Directorio proclamó teóricamente la amnistía y el retorno de una cierta libertad general, pero de hecho la Vendée fue dejada al arbitrio de



las autoridades locales, que bajo el camuflaje de benévolas expresiones, no dejaron de perseguirla con tenacidad. Ya el 25 de julio de 1796, el consejo municipal de Luroux-Torrereau había redactado un memorial dirigido a los habitantes del distrito donde, tras lamentar "los desastres de la anarquía", prometía "la seguridad de las personas y de las propiedades y un alivio en los males [...]. Rodeados de vuestra confianza, vuestros administradores van a ocuparse de las personas y de las cosas". El propósito aparente de dicho memorial era exhortar al olvido del pasado y la práctica de la fraternidad: "Los hombres son todos hermanos y debemos mirarnos como tales. Seguid, por fin, esas bellas máximas que deben ser grabadas en todos los corazones y son uno de vuestros deberes principales [...]". Pero, como bien observa Secher, esas bellas declaraciones, casi de raigambre evangélica, fueron firmadas por los mismos que dirigieron la represión brutal de los meses anteriores. Por eso no las tomaron en serio las poblaciones siempre en guardia. Los hechos posteriores justificarían sus prevenciones. Para poner un ejemplo, las indemnizaciones otorgadas se limitaron a "los patriotas", con gran indignación de la mayoría de la gente.

Para colmo, en enero del 97, las autoridades resolvieron celebrar de manera desfachatada y con gran pompa el aniversario del asesinato del último rey de Francia. En la ceremonia se incluyó un juramento solemne que debían pronunciar todos los

funcionarios y representantes de las comunas: "Juro odio a la realeza, a la anarquía, adhesión a la república y a la Constitución del año XII". El 8 de noviembre del 98, los consejos municipales de los diferentes cantones decidieron que se celebrara una fiesta de la paz. Intención ingenua, al parecer, pero que encubría implícitamente un encomio al espíritu de la Revolución. Para dar a dicha manifestación todo el boato deseable, se hizo intervenir a las fuerzas armadas, en traje de gala, así como a los diversos funcionarios públicos. El desfile, con banderas y escarapelas tricolores, recorrió todas las calles de los pueblos, bajo los acordes de los himnos republicanos, desembocando en las plazas ubicadas frente a las iglesias. Los actos se cerraron con banquetes "fraternales", bailes e iluminaciones.

Otro caso de venganza ideológica. En Nantes se celebró el aniversario de una batalla en que los azules habían vencido a los realistas, con una paródica "procesión religiosa". Los ciudadanos, "dominados por una santa indignación", después de haber roto imágenes de santos y los tabernáculos del templo, "llevando uno la imagen de un santo, el otro de una Virgen, éste del niño Jesús, aquél un relicario, se dirigieron a eso de las cuatro de la tarde hacia el Campo de Marte [...]". Por cierto que tales fiestas no despertaban el menor entusiasmo en el pueblo, profundamente irritado. El canton de Brioux, por ejemplo, se lamentaba del poco interés de la gente. "La casi totalidad de sus ciudadanos dormitan en



una vergonzosa indolencia y un cobarde desinterés, pareciendo considerar un odioso placer y un juego criminal el hecho de contravenir a la expresión de la voluntad general".

Los abusos de los soldados azules hacían más odioso, si cabe, las medidas de las autoridades. Hubo de parte de ellos incursiones de toda clase: robos, asaltos, toma de rehenes, frecuentemente bajo pretexto de "servicios a la República", manera elegante de "enmascarar un delito". Los soldados, mal acostumbrados durante las guerras, no ahorraban violencias sangrientas matando vendeanos, decapitándolos y paseando luego sus cabezas sobre una pica. Como éstos habían luchado por Dios y por el Rey, ahora sus enemigos tomaban la revancha exhortando a trabajar "los días llamados domingos y fiestas", así como a destruir "los signos exteriores del culto" y de la realeza.

Más allá de tales desgracias, Billaud se atreve a calificar de "victoria de los vencidos" al resultado de esta contienda en su excelente libro *La guerre de Vendée*. Pregúntase el autor cuáles fueron las *consecuencias* reales de esta "guerra de gigantes", como gustaba calificarla Napoleón. ¿Fueron puramente negativas, una mezcla de sangre y de ruinas, o tuvo también resultados halagüeños? Resumamos sus asertos.

Conviene ante todo, nos dice, tener en cuenta las *consecuencias materiales y personales de la gue-*

rra. Hubo muertos, hubo devastaciones. Ya hemos indicado algunos números. Según Chateaubriand, 600.000 blancos perecieron en la Vendée. Según otros, en los dos campos hubo 900.000 muertos. Algunas localidades fueron particularmente afectadas. Cholet, por ejemplo, en siete años, sobre 8444 habitantes perdió 6282; en Saint-Lambert-du-Lattay, sobre 1200 fueron 800 los que murieron, es decir, dos tercios de la población. Por doquier familias enteras fueron casi aniquiladas. René Bordereau, una heroína célebre, perdió 42 de sus parientes. En la familia de Cathelineau, murieron él y sus 3 hermanos, sus 4 cuñados, 16 primos sobre 18; los dos restantes volvieron lisiados a sus casas. Un prefecto de la Vendée le escribía en los siguientes términos al Primer Cónsul: "Las pequeñas aldeas; las villas deberán ser reparadas aún durante mucho tiempo, porque sus habitantes ya no existen". No otra había sido la política de generales al estilo de Westernann, el carnicero de los vendeanos, que unía los incendios a los muertos; el principio de su conducta era: "Una aldea quemada asusta más que cien cadáveres". Los soldados de Maguncia continuaron dicha política. No sin razón fueron llamados "los incendiarios". Turreau acabó la tarea con sus "Columnas Infernales".

De las Memorias que nos han dejado algunas autoridades políticas de aquellos tiempos podemos extraer los siguientes datos: en una superficie de cien leguas cuadradas, no se veían sino granjas vueltas escombros, molinos sin aletas, castillos en ruinas, aldeas calcinadas, iglesias carentes de techo, a cielo abierto, y sin campanas. Cholet fue quemada cuatro veces; sus calles quedaron desiertas, nos declara un testigo, con cadáveres semidesnudos; los perros y los lobos se disputaban sus restos. Cuando volvieron los habitantes del lugar, lo primero que tuvieron que hacer fue luchar, durante semanas, con las bestias feroces, especialmente manadas de lobos, muchos de ellos rabiosos.



Sin embargo, y sobre esto se basa en parte Billaud para hablar de "victoria de los vencidos", tantos destrozos materiales permitieron que todo pudiese ser luego reconstruido, mejorándose las casas y las iglesias. Fue una consecuencia material no querida, por cierto, pero consecuencia al fin. Asimismo, terminada la guerra, se proyectó un vasto programa de rutas, de modo que al fin del Imperio no habría en toda Francia una región con mejores caminos.

Billaud analiza luego las *consecuencias sociales* de la guerra. El pueblo vendeano se vio profundamente trastornado por las exigencias bélicas. La guerra arrancó a los paisanos apacibles de sus campos, así como a los artesanos de sus oficios, convirtiéndolos en improvisados soldados. Al tener que participar en diversas campañas se vieron precisados a dejar su hábitat natural y dirigirse a regiones lejanas, que antes no habían conocido, ampliando así sus restringidos horizontes habitua-

les; lástima que al volver a sus pagos encontraron con frecuencia a sus parientes masacrados y sus casas incendiadas, lo que suscitó una cólera inmensa, que dejó rescoldos de venganza.

En cuanto a la nobleza vendeana, mejoró mucho a raíz de la guerra. Es cierto que ya antes de que ésta estallase, era distinta a la nobleza común de Francia, por lo general bastante segregada del pueblo sencillo. Apenas si en la Vendée había distancia entre nobles y paisanos, según lo hemos señalado en su momento. Los nobles se mezclaban con sus colonos, bailaban en sus bodas, y los colonos gustaban a veces salir de caza con sus señores. Cuando estalló la Revolución, la emigración de nobles fue mucho menor en la Vendée que en el resto de Francia. Y ya hemos visto cómo los aldeanos se dirigirían a ellos para que fuesen quienes los condujeran en su combate por Dios y por el Rey. "Bueno, vamos, venceremos o moriremos juntos", dijo d'Elbée al ser invitado. La guerra creó un lazo social mucho más fuerte aún que antes entre nobles y campesinos. En numerosas ocasiones los paisanos pudieron admirar el coraje de sus jefes, en muchas otras éstos quedaron asombrados ante la intrepidez y bravura de los campesinos.

Hubo, asimismo, prosigue Billaud, *consecuencias militares*. El alma de los vendeanos, en 1789, era tosca y medrosa. Se los había descrito: "un pueblo de hombres de mal genio, sin vigor y sin coraje". Pues bien, ese pueblo de pacíficos campesinos



se convertiría en una raza de soldados. Fue como el oro que se pone en el crisol: adquirió temple. E hicieron la guerra, una guerra de cuatro años. Incluso lograron vencer a los terribles guerreros de Maguncia. "Combate de leones –dirá Kléber en su momento–, un combate con tigres". Los soldados azules, cuando hablaban de su lucha con los blancos, decían "la infernal Vendée", y se alegraban si los destinaban a otros frentes de combate. Dicho temple guerrero se mantendrá en generaciones ulteriores. Fueron vendeanos, principalmente, quienes enfrentarían con éxito a los alemanes en la primera guerra mundial.

Finalmente el desenlace de la guerra entrañó *consecuencias religiosas*. Como ya lo hemos señalado reiteradamente la fe católica había sido la causa principal de la contienda. Pues bien, frente a los opresores del cristianismo, la Vendée conquistó la libertad religiosa al precio de su sangre. Recuérdese que por aquellos años en toda Francia el culto católico estaba prohibido, los domingos suprimidos, las campanas mudas, los sacerdotes fieles proscriptos. En el tratado de La Jaunaye la primera cláusula impuesta por Charette fue: "En adelante, el culto católico es libre en Vendée; los refractarios no serán allí molestados". A partir de entonces los buenos sacerdotes pudieron circular con libertad y celebrar misa donde quisieran, las campanas volvieron a repicar y el *decadi* desapareció en pro del domingo. Hasta se llegó a celebrar un sínodo en 1795,

custodiado por Charette, bajo la presidencia de un obispo emigrado. El general Hoche, por su parte, ateo pero inteligente, llegó a ordenar que sus oficiales y soldados fuesen a misa para reconciliarse con los vendeanos.

También la fe de los vendeanos se acrisoló. Padres y madres la comunicaron a sus hijos, con acentos de heroísmo. En el seno de los hogares, al atardecer, se contaban las gestas del abuelo o del hermano mayor, caídos con el rosario al cuello y el Sagrado Corazón en la chaqueta, fusilados como "fanáticos" en Angers, o guillotinados por haber escondido a "un padre de los buenos", o ahogados en el Loire; se mostraba a los chicos los escondrijos de los bosques donde había celebrado sigilosamente la misa, a la noche, casi sin luz, algún sacerdote condenado a muerte. Los jóvenes no podían dejar de reflexionar en el valor de una religión signada por un heroísmo tan grande. No es, pues, de extrañar la floración inaudita de vocaciones que siguió a la guerra, como en ninguna otra parte de Francia.

Billaud destaca la innegable relación que media entre la guerra vendeana y el futuro Concordato. Tras los terribles años de persecución, de terror, de destrucción de los signos sagrados, de acoso a los buenos sacerdotes, apareció Napoleón. Personalmente no tenía fe, la había perdido a los 13 años. Pero era inteligente y comprendía que a un pueblo católico no se le podía extirpar su religión ni imponerle una religión inventada por los hombres, como



la de la diosa Razón o la del Ser Supremo. Y haciendo caso omiso de los consejos de Talleyrand, Grégoire y Sieyès, que lo exhortaban a mantener la religión oficial, con el clero juramentado, se propuso restablecer en Francia, aunque fuese por motivos fácticos, la religión católica. Era la religión que él conocía, la misma que le enseñó su madre. Para ello se pondría en contacto con el papa, en orden a firmar con él un Concordato. No fue la Vendée, por cierto, la causa única de tal decisión, pero sí lo ayudó para inclinarse en dicha dirección. Desde el principio se interesó por esa "lucha de gigantes", no ocultando su admiración por aquellos paisanos que batallaban y morían por su fe. En cierta ocasión pediría que le contasen sus hazañas. "A esos relatos –dice el padre Bernier–, su figura se anima, sus ojos brillan, y exclama, transportado: «¡Yo querría ser vendeano!»". Trataremos de este tema con más extensión en el próximo capítulo.

Pregúntase Gabory qué hubiera sucedido si los vendeanos hubiesen triunfado, decidiendo una marcha victoriosa sobre París en mayo o junio del 93, como algunos lo habían llegado a proponer. Se habría ahorrado a la nación el Terror y más de veinte años de guerras extranjeras, responde; un millón quinientos mil hombres hubiesen quizás escapado a las matanzas de toda clase.

En el recientemente aparecido *Livre noir de la Révolution française*, afirma Secher que las guerras vendeanas tuvieron tres fases. Sírvannos su

reflexión como una síntesis del presente capítulo. La primera fue la guerra civil, que corrió de marzo de 1793 a diciembre del mismo año, y se cerró con la derrota de Savenay. La segunda fue la concepción, planificación y realización de un sistema de aniquilamiento y de despoblación, un verdadero *populicidio*, como dijeron los revolucionarios, de la Vendée y de los vendeanos; dicho período comenzó en abril de 1793 y terminó con la caída de Robespierre. La tercera fase fue –y es– la manipulación de la memoria, que se tradujo –y se sigue traduciendo– por un *memoricidio*.

CAPÍTULO TERCERO

# NAPOLEÓN BONAPARTE Y LA VENDÉE



*Napoleón Bonaparte*

Al término del capítulo anterior hemos aludido a una figura trascendental en la historia de Francia, que interferiría en los proyectos de la República, sobre todo en lo que atañe a su política antirreligiosa. Nos referimos a Napoleón Bonaparte, un personaje amado por algunos, incluso católicos, hasta el delirio, y aborrecido por otros hasta la execración. Si bien ya algo dijimos de él en nuestro segundo volumen sobre la Revolución francesa, trataremos ahora de adentrarnos más en su personalidad, tan compleja como apasionante, con especial referencia a su relación con la Vendée.

Siendo aún joven oficial, la República pensó en él para que colaborara en la represión del ejército católico y real. Fue en agosto de 1795 cuando, en plena segunda guerra, se lo designó para servir allí bajo el mando del general Hoche. Pero

se negó terminantemente. La aceptación de dicho destino lo hubiera obligado no sólo a abandonar el ejército de Italia, en el que revistaba, sino también a sacar la espada contra enemigos que admiraba, a quienes calificaría, no lo olvidemos, de "pueblo de gigantes". Tal rechazo no quedaría impune, ya que se vio militarmente sancionado.

Sin embargo no por ello su carrera política se detuvo, llegando a ocupar, a fines de 1799, el cargo de Primer Cónsul. Con los poderes que dicho puesto le confería, dirigió un gesto benévolo a la Vendée, ofreciéndole a Luis de La Rochejaquelein, hermano de Henri, el grado de coronel. El vendeano creyó necesario rechazar la distinción. Poco más adelante intentó un nuevo acercamiento. Esta vez al conde Constant de Suzanné, quien habiendo luchado hasta hacía poco en las filas de los vendeanos, quedó asombrado al enterarse de que se le ofrecía un mando militar importante si aceptaba adherirse al nuevo gobierno. El noble rehusó de plano la propuesta: "Cuando uno es realista y ha combatido como tal –alegó–, no puede sin deshonrarse servir a otro partido". Varios jefes recibieron propuestas semejantes, entre otros d'Autichamps. Fue, al parecer, el padre Bernier, antaño capellán del ejército de Stofflet, quien habría influido particularmente para que el Primer Cónsul buscase incorporar oficiales vendeanos en las filas del ejército consular.

Desde que llegó al poder, Bonaparte supo encontrar expresiones contundentes que halagaron



la altivez de los vendeanos. Al padre Bernier, por ejemplo, un día le confesó que estaría "orgulloso de ser vendeano". Cuando hablaba de esa manera, se refería sobre todo a la Vendée militar, a los vendeanos combatientes. Ya en la primera conversación que mantuvo con aquel sacerdote abordaron la cuestión de las guerras de la Vendée-. "El primer cónsul –relata el padre– es un hombre extraordinario; entiende perfectamente que todos los sacrificios hechos por los vendeanos no pueden ser condenados a la esterilidad. Cuando yo le cuento la piedad y los rasgos de coraje de que más de una vez he sido testigo, su figura se anima, se creería que está celoso de esos soldados que él no ha comandado [...]. Más de una vez ha dicho: «Yo les devolveré todo esto. ¿No hay que hacer algo en favor de los que han hecho tanto en favor de la religión?»". Eran palabras demasiado elogiosas para ser sinceras, dirigidas a un sacerdote a quien quería ganar para su causa.

Porque a los comienzos de la guerra vendeana, más concretamente, en 1793, no era tal la opinión de Bonaparte sobre aquel levantamiento. "La Vendée –decía por ese entonces– quiere un rey, la Vendée quiere una contrarrevolución declarada. La guerra de la Vendée es la del fanatismo, del despotismo; la nuestra, al contrario, es la de los verdaderos republicanos amigos de las leyes, del orden, enemigos de la anarquía y de los malhechores. ¿No tenemos la bandera tricolor?". Por cier-

to que al margen de tales apreciaciones, siempre valoró el coraje de los jefes vendeanos. Ya hemos señalado la admiración que experimentaba por Charette. Más aún, cierta tradición nos dice que, siendo Emperador, tenía en su escritorio una miniatura que representaba al célebre general vendeano. Su aprecio por la Vendée y especialmente por Charette explica la antipatía que le despertaba el general Turreau, creador de las "columnas infernales", a quien jamás quiso confiarle un mando militar importante.

Pero también en su *Memorial* nos muestra que nunca llegó a comprender a fondo la nobleza intrínseca de la causa. Allí leemos: "¿La primera Vendée fue inglesa? No. Ella fue desde el principio completamente popular; fue el movimiento espontáneo de una población numerosa, compuesta de hombres simples e ignorantes que, separados de toda civilización y del resto de Francia por falta de comunicación y sobre todo por la impenetrabilidad de sus localidades, no conocían otras leyes que el respeto debido a la religión, a la realeza, a la nobleza. Las ventajas de la libertad, la supresión de la feudalidad, resultante de los decretos de la Asamblea nacional, no halagaron sus pasiones; ellos no vieron en la ley nueva sino ataques a la religión de sus padres y a la antigua monarquía. Desde que creyeron en peligro el altar y el trono, se levantaron en masa [...]". Y en otro lugar explica la política que siguió para ganárselos:



> El estado de cosas cambió, pero insensiblemente, y por el solo efecto del contacto de esas masas ignorantes con la civilización nueva. El Consulado pacificó a la Vendée porque era un primer paso hacia una reorganización monárquica y porque el Primer Cónsul, cuando no era más que el vencedor de Italia, daba a esa población la esperanza de que a ella se le debería el restablecimiento del culto. El Concordato cumplió dicha esperanza. El Imperio extinguió los últimos restos de la Vendée y así se vio, en 1814, seis mil paisanos de esas comarcas batirse como héroes por la causa de Napoleón, y preferir la muerte a rendir sus armas a los aliados de esos mismos príncipes por los cuales habían durante seis años resistido a todos los esfuerzos de la República. El heroísmo de esos bravos prueba que la gran reconciliación de los franceses había sido realizada por Napoleón y que la Francia de 1814 no era la de 1793.

Así dice, hablando en tercera persona, y revelando la astucia de su plan. Más adelante nos extenderemos sobre este tema.

## I. La llamada Tercera Guerra de la Vendée

Decimos la "llamada" tercera guerra, aceptando, si bien por motivos más prácticos que reales, que hubo *cinco guerras* de la Vendée. De las dos primeras, que nos parecen verdaderamente tales por su envergadura, nos hemos ocupado largamente. La tercera y la cuarta tienen que ver con la figura de Napoleón. De la denominada "quinta", algo diremos al final.

El poco tiempo de paz, muy relativa, que siguió a la muerte de Charette, fue aprovechado por los católicos para restaurar lo que estuvo a su alcance, especialmente en el campo religioso. En tal emprendimiento quisiéramos destacar la figura de un eclesiástico eximio, el padre Luis María Baudouin, sacerdote cabal y lleno de celo apostólico. Cuando se impuso la prestación del juramento, se negó rotundamente, así como a reconocer la legitimidad del obispo constitucional. Tras ser detenido, en 1792, tomó el camino del exilio, dirigiéndose a España, donde permanecería durante cinco años. Durante su estadía en Toledo, aprovechó para conocer mejor los místicos españoles, leyendo con admiración a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz. Deudor de la escuela francesa del cardenal Bérulle, su espiritualidad se polarizó en la figura de Cristo, "que no es el Dios de los filósofos del siglo de las luces", decía. En 1797 volvió a su patria, viéndose obligado a vivir en la clandestinidad. Disfrazado de marinero, ejerció valerosamente su ministerio, especialmente de noche, con el fin de pasar inadvertido. Entendió que la primera necesidad era acrecentar el número de buenos sacerdotes, para lo cual se hacía necesario formar a los jóvenes que creyeran tener vocación, atendiendo especialmente las necesidades de la hora. A ello se abocó, buscando candidatos aptos para un ministerio que exigía tanto coraje, dadas las circunstancias. Fundó, asimismo, una congregación femenina. Todo ello era clandestino. Pero cuando el Primer Cónsul hizo libre el culto, a fines de 1799, su obra salió a la luz del día. Pronto inició el primer seminario que se abrió después de la Revolución, en orden a tomar el relevo de un clero envejecido y diezmado por años de persecución. Poco después empezaría otros seminarios más. Murió lleno de méritos en 1835. "He vivido un siglo de revoluciones", diría. Fue un hombre realmente contemplativo, pero de una contemplación que redundaba en acción. Gracias a sacerdotes de ese estilo, Francia, y sobre todo la región de la Vendée, tan católica, pero tan saqueada, seguiría viviendo.



Volvamos a la situación que comenzó a vivirse el año 1797. En agosto de dicho año asomó una esperanza: el gobierno declaró nulas todas las leyes anteriores relativas al juramento de los eclesiásticos, y por tanto quedaron canceladas las penas de

prisión o deportación. Al saberlo, muchos sacerdotes se apresuraron a retornar de la emigración o salir de sus escondites. Pero al parecer hubo numerosas protestas de parte de los republicanos, por lo que poco después otra ley reimplantó las antiguas en toda su odiosidad, con el aplauso entusiasta "de los patriotas del Oeste". No pocos sacerdotes fueron encarcelados. Detectarlos era ahora más fácil que en los días del Terror, porque el territorio, medianamente pacificado, hacía menos dificultoso ubicar a los padres. Las iglesias, que estaban en ruinas, volvieron a utilizarse para fines profanos.

Fue dicha situación la que desencadenó la llamada "tercera guerra" que, al decir de Gabory, podría ser denominada "la guerra de los emigrados". En agosto de 1797, el conde de Artois, recluido en su torre de marfil de Edimburgo, por instigación del padre Bernier, a quien acabamos de referirnos, autorizó la retoma de la lucha, cuando fuese posible, designando él mismo los que serían sus jefes: Cadoudal, La Prévalaye, Godet, Bourmont, Frotté y d'Autichamps. Fuera de Cadoudal, a quien ya conocemos, y que era del pueblo bretón, así como de d'Autichamps, nacido cerca de Angers, los demás capitanes desconocían el terreno. Casi todos ellos se reunieron en un castillo, juntamente con 200 jefes subalternos y 1200 paisanos en armas. Allí se fijó el 15 de octubre como día del alzamiento, que sería, en su opinión, gigantesco. Los ejércitos se lanzarían conjuntamente, en ese mismo día, sobre las principales ciudades de Bretaña, Maine, Normandía y Vendée, deponiendo a los intendentes de las distintas localidades; los chuanes desde una orilla del Loire y los vendeanos desde la otra, avanzarían en tenaza sobre Nantes. Incluso era posible que se hiciese presente el conde de Artois. El 30 de octubre, Bourmont así lo anunció: "Su Alteza Real, el hermano del rey, sólo espera, para llegar a bordo de la escuadra aliada que se dirige a nuestras costas, un lugar que le sea ofrecido como punto de desembarco".



Mientras tanto, ¿qué hacían los del gobierno? Su situación no les era muy favorable, que digamos. Como creían que la zona estaba suficientemente pacificada, habían retirado muchos soldados del oeste francés. Sólo quedaban 16.000 hombres. Pero el peligro no era tan grande como al principio pudieron sospecharlo, máxime que pronto fueron advertibles diversas fricciones entre los jefes del ejército católico. De hecho fue sólo con 120 chuanes que Frotté entró en campaña; luego de varias derrotas, se creyó obligado a licenciar a sus tropas. Tampoco Normandía respondió como se esperaba. Cadoudal, en la Baja-Bretaña, lanzó varios ataques con sus chuanes, pero tampoco logró el éxito esperado. Lo mismo aconteció en otros lugares. Bourmont, por su parte, se había propuesto ocupar Le Mans. Sólo había reclutado un ejército de 3000 hombres. Efectivamente logró conquistarla, pero pronto ordenó su evacuación, no

se sabe bien por qué. Algo parecido sucedió con Nantes: fue primero tomada, pero luego los soldados se retiraron. Tampoco en la zona de la Vendée hubo triunfos significativos. Parecían cansados.

Bonaparte, tras volver de su campaña en Egipto, dio un golpe de Estado, el 9 de noviembre de 1799. Pocos días después, el 28 de diciembre, tomó posición frente al levantamiento de la Vendée: "Una guerra impía amenaza con abrasar por segunda vez los departamentos del Oeste. El deber de los primeros magistrados de la República es detener sus progresos y extinguirlos en su foco; pero no quieran recurrir a la fuerza sino después de haber agotado las vías de la persuasión y de la justicia". Enseguida concedió una amnistía total por los hechos recientemente acontecidos. Para lograr que se alcanzase la pacificación deseada, necesitaba de un intermediario que resultara potable para los sublevados. Hábilmente eligió a un vendeano, justamente aquel que tanto había contribuido al alzamiento, y que tiempo atrás se había mostrado particularmente agresivo con el Directorio, el padre Bernier, a quien hemos encontrado anteriormente en diversas ocasiones.

¿Quién era, a fin de cuentas, el padre Étienne Bernier? Habiendo sido ordenado sacerdote en 1787, tres años después fue nombrado párroco de Angers. Tras negarse a prestar el juramento impío, se vio removido de la parroquia, y entonces le hizo la vida imposible a su sucesor, que era juramentado. En 1793 se unió a los ejércitos vendeanos. Después del desastre de Savenay, atravesó el Loire, y se aproximó a Stofflet, ejerciendo sobre él una gran influencia. Desde el día en que consideró perdida la causa de la Vendée, a raíz del último fracaso que acabamos de recordar, la abandonó para arrimarse al nuevo poder, ofreciendo sus servicios a Bonaparte. El 3 de diciembre, este hombre tan astuto como enigmático, escribiría en los siguientes términos a un agente suyo en París: "Haga entender bajo cuerda que yo puedo mucho para el cambio que se prepara. Estoy dispuesto a secundar los planes del gobierno; hable y haga hablar para que mi nombre cobre relevancia. Las dificultades no son tan insuperables como usted parece creerlo. Yo tengo la confianza de los paisanos a los que no he comprometido en esta misma tentativa; la de los jefes no me hará falta". Cadoudal rugió al enterarse de lo que entendía como una vergonzosa defección del antiguo capellán. Lo cierto es que en adelante Bernier le fue fiel a Napoleón, quien pronto lo elegiría de nuevo para ayudarle en la tramitación del Concordato con el papa. Al parecer, ya casi había olvidado la causa vendeana. Por lo demás, quedó decepcionado porque no se lo nombró cardenal arzobispo de París, como lo hubiera deseado, debiéndose contentar con la diócesis de Orleans. Murió en 1806.



Un poco más conocido este personaje, bastante misterioso, volvamos al tiempo y a los hechos

que nos ocupan. Llamado por Bonaparte para ser intermediario válido entre el Primer Cónsul y los rebeldes, Bernier se dirigió a París, donde fue recibido con los más grandes honores por aquel a quien llamaba "el salvador de Francia". A nuestro juicio, se equivocaba sobremanera. No era posible olvidar que cuando Napoleón inició el Consulado pronunció esa frase tan reveladora: "Ciudadanos, la Revolución queda fijada en los principios que la han comenzado; está terminada". Él entendía "encarnar" dicha Revolución. Es quizás en ese sentido que decía ser "el representante del pueblo". Sea lo que fuere, Bernier y Napoleón se comprendieron a primera vista.

Hubo otros contactos, pero más insospechables, entre Bonaparte y los jefes vendeanos. Algo de ello dijimos páginas atrás. Especialmente sintomático nos parece el que mantuvo con el conde Luis María d'Andigné, quien había sido comandante de los chuanes. Dicho conde nos ha dejado en sus *Memoires*, un relato del encuentro. El diálogo tuvo lugar en París, el 21 de diciembre de 1799. El Primer Cónsul, nos refiere, se mostraba a la vez halagador, impaciente y amenazante, buscando ostentar ascendiente sobre su interlocutor. D'Andigné tuvo al principio mala impresión de Napoleón, le pareció una persona vulgar: "Nada en su conjunto me daba a pensar que pudiese ser un hombre importante". Pero pronto entendió que no era tan así. Como solía hacerlo, el Primer Cónsul comenzó legi-



timando los levantamientos del Oeste, para luego acabar con la suya: "Ustedes han hecho muy bien en defenderse contra un gobierno opresor, pero las circunstancias han cambiado, y nada debe impedirles tratar conmigo". D'Andigné insistió en la necesidad de que el nuevo gobierno otorgase libertad plena para el ejercicio de la religión católica. "La religión yo la restableceré –respondió Napoleón–, pero no para ustedes sino para mí [...]. No porque nosotros, los nobles, tengamos mucho de religión, pero ella es necesaria para el pueblo". Al conde nada le gustó lo que acababa de oír. Con todo, prosiguió la conversación y la focalizó en los Borbones, que era la razón por la cual d'Andigné había ido a París. "Usted me habla siempre del rey ¿Es entonces realista?", le preguntó Bonaparte. "Desde hace diez años combato por la restauración de la monarquía francesa –le respondió el conde–. ¿Cómo, después de ello, podría usted suponer que yo no soy realista?". "Pero yo no soy realista", objetó Napoleón. "Yo querría que lo fuese", le dijo el conde. Napoleón "sonrió y pareció halagado por esta respuesta", señala el conde en su crónica. "Pero los Borbones ya no tienen chance –agregó Napoleón–. Ubíquese del lado de la gloria". A lo que d'Andigné: "Nuestro lugar está en otra parte". "En fin, ¿qué es lo que ustedes quieren?". "Los realistas no tienen sino un anhelo: el rey y usted. Lo que queremos es: Luis XVIII por rey legítimo y Bonaparte para cubrirlo de gloria". Al escuchar semejante respuesta el Primer Cónsul se contentó con

sonreír, agregando para su coleto: "Si los realistas no vienen a mí, serán exterminados".

La conversación siguió su curso, recayendo ahora en los príncipes franceses. Napoleón le confió: "Ellos no han hecho nada para la gloria. Están olvidados. ¡Que no estuviesen en la Vendée! ¡Era su lugar!". El diálogo continuaba. Al conde le pareció entender que su interlocutor lo quería ganar con dádivas o empleos, ya que en un momento en que Bonaparte pareció estimar que su invitado estaba de acuerdo con él le dijo: "¿Qué quiere ser? ¿Quiere ser general, prefecto? Usted y los suyos serán lo que quieran". D'Andigné le aseguró que ninguno de ellos deseaba ser nada. La respuesta pareció chocarle: "¿Se sentiría usted humillado de llevar el uniforme que lleva Bonaparte?". "De ningún modo –contestó el conde–. Pero jamás iríamos a combatir mañana contra las potencias de las que ayer hemos sido aliados". Napoleón se indignó: "¿Entonces ustedes son aliados de las potencias extranjeras?". D'Andigné respondió: "Usted sabe bien que hemos sido obligados a aceptar el socorro que sólo Inglaterra podía darnos; y no podemos olvidarlo tan pronto".

De repente Bonaparte perdió la paciencia: "Si usted no hace la paz, yo marcharé sobre ustedes con cien mil hombres". A lo que el conde: "Entonces trataremos de probarle que somos dignos de combatirlo". "Yo incendiaré sus ciudades [...]", rugió Napoleón. "Viviremos en chozas". "Quemaré



sus chozas". "Entonces nos retiraremos a los bosques. Por lo demás, usted quemará la cabaña del cultivador apacible, arruinará a sus propietarios que no toman parte alguna en la guerra [...], pero usted no nos encontrará sino cuando nosotros lo queramos, y, con el tiempo, destruiremos todas sus columnas, una a una". Entonces el Primer Cónsul, con voz terrible, dijo: "¿Me está amenazando?". A lo que d'Andigné, muy serenamente, contestó: "Yo no he venido a amenazarlo sino todo lo contrario, para hablarle de paz. Conversando, nos hemos apartado de nuestro tema. Cuando usted quiera, lo retomamos". Bonaparte se calmó. Tal fue el coloquio, bastante singular, por cierto.

Otro que intentó acercarse fue Frotté. Él jamás había consentido en tratar con la República, pero dadas las nuevas circunstancias y ante los ofrecimientos de paz que hizo llegar Napoleón, aceptó la invitación. Comenzó entonces a verse con los jefes enemigos locales, pero, arteramente traicionado, lo llevaron a un consejo de guerra, que lo condenó a muerte. Fue fusilado el 17 de febrero de 1800, cayendo con honor e hidalguía. Cadoudal, el último que persistía en resistir, al fin consintió en tratar con Napoleón, a pesar de que no confiaba en su persona, considerándolo un jacobino disfrazado, que acabaría por poner en el trono a algún Orleans. Tras conversar con él, sin mayores resultados, se dirigió a Londres. Acontecimientos posteriores lo llevarían a planear un secuestro de Napoleón. Detenido, des-

pués de una viva resistencia, sería condenado a muerte y ejecutado el 15 de junio de 1804.

La tercera guerra de la Vendée, si así se puede llamar a las pocas escaramuzas que nos han ocupado, había concluido. Tras una mirada retrospectiva señala Gabory el cambio operado en los espíritus, como lo demuestra el reducido número de combatientes que participaron en aquella alianza tardía de la Chuanería y la Vendée. Una vez más el conde de Artois quedó descolocado. En adelante se limitaría a alertar sobre las apariencias engañosas de la personalidad de Napoleón.

El Primer Cónsul, por su parte, les aseguraba a los vendeanos que reinando plenamente la paz religiosa, no había más motivo para rebelarse. Es cierto que la segunda causa del levantamiento, la restauración de la monarquía, no había quedado satisfecha. Sin embargo, la propaganda proveniente de París resultaba exitosa ya que las poblaciones del Oeste, complacidas con la libertad religiosa alcanzada, fueron perdiendo razones para el combate y, consiguientemente, abandonando a sus jefes. Se ha preguntado si Bonaparte partía de alguna convicción religiosa personal, o su actitud respondía a una mera táctica política. A juicio de Gabory, el debate tiene importancia secundaria. El origen católico de Napoleón, así como su muerte igualmente católica, hacen la afirmativa probable. Sin embargo, algunas de sus palabras, por ejemplo, las que habría dicho al consejero de Estado Thibaudeau, podrían



hacer dudar de ello: "Yo era mahometano en Egipto, seré católico acá. No creo en las religiones". Sea lo que fuere, a d'Andigné le escribió el 30 de diciembre: "Ya ha corrido demasiada sangre francesa desde hace diez años. Dígale a sus conciudadanos que las leyes revolucionarias no volverán a devastar el bello suelo de Francia, que la Revolución ha terminado, que la libertad de conciencia será entera y absoluta". Después de tantos sufrimientos, comenta el historiador francés, tales palabras no podían sino sonar a música celestial en los oídos de los vendeanos.

De hecho, poco a poco la fe salía a superficie. Los sacerdotes ya no debían esconderse y podían celebrar en las iglesias. La orden de Napoleón a los dirigentes políticos era que no persiguiesen lo más mínimo, ni se metiesen en las cosas de la religión. El retorno de los sacerdotes fieles era, por lo general, ocasión de una gran fiesta para toda la población. La Iglesia, por su parte, podía negarse al reintegro en su seno de los sacerdotes juramentados sin una previa retractación pública. Un republicano lo relata con asco: "Todos los sacerdotes que han hecho juramento, deben ser rebautizados, rebendecidos, desexcomulgados, y otras tonterías, si quieren retomar el ejercicio del culto".

Parecía, pues, natural que la gente mirase con buenos ojos al Primer Cónsul. ¿Por qué los vendeanos tenían que seguir sintiéndose descontentos si ahora podían practicar públicamente la religión en

que creían? Por lo demás, ¿acaso no estaban ya bajo un régimen monárquico? Esta última idea, nos parece, pudo hacer que los incautos fuesen inducidos a engaño. Porque Napoleón no era legítimo sino intruso, le faltaba legitimidad y los vendeanos querían no a cualquier rey, sino a su rey. Sin embargo no podemos olvidar que la causa principal del gran levantamiento, más que el anhelo de reponer al rey había sido la defensa de la fe católica. Resulta muy difícil que aquella gente pudiera ver en Napoleón, como lo vemos nosotros, una encarnación o un foco de propagación del espíritu revolucionario, si bien con algunos correctivos.

Sea lo que fuere, más allá de las conversaciones entabladas entre algunos dirigentes vendeanos y Bonaparte, fue evidente que un golpe de aire fresco se dejó sentir en la Vendée. Ya desde el ascenso de Napoleón al poder consular, se reconoció el despotismo con que había obrado el gobierno del Directorio, con su persecución religiosa desde 1797: "Leyes injustas han sido promulgadas y ejecutadas, actos arbitrarios han alarmado la seguridad de los ciudadanos y la libertad de conciencia [...]". La pacificación del país y su ulterior reconstrucción parecieron ser el resultado del accionar exclusivo de Bonaparte. Todo se jugó entre mediados de octubre y fines de 1799, cerrándose el proceso el 28 de diciembre con una "proclamación de los cónsules de la República a los habitantes de los departamentos del Oeste". Las nuevas



autoridades prometían corregir las malas leyes, así como obrar según justicia, sobre todo en lo referente a la libertad de culto: "Los Cónsules declaran la libertad total de los cultos garantizada por la constitución [...], ningún magistrado puede atentar contra ella [...]. Todos nosotros no conoceremos sino un sentimiento: el amor a la patria. Los ministros de un Dios de paz serán los primeros motores de la reconciliación y de la concordia; que ellos hablen a los corazones el lenguaje aprendido en la escuela de su maestro; que vayan a los templos reabiertos para ofrecer con sus conciudadanos el sacrificio que expiará los crímenes de la guerra y la sangre derramada". Como observa Secher, la palabra "sacrificio" no es casual. Bonaparte, siendo niño, la había conocido de labios de su madre. La decisión del régimen consular fue considerada una victoria para los vendeanos. Su identidad quedaba reconocida, su combate justificado.

## II. El Concordato

Por mero olfato político, entendía Bonaparte que una religión era necesaria al pueblo, de donde la conveniencia de acercar posiciones con la Iglesia. Si bien la Vendée no fue la causa de tal paso, al menos lo facilitó. Corría el año 1800, y Napoleón se veía urgido a concretar su designio. Es cierto que poco antes las tropas a su mando habían expulsado de los Estados Pontificios al papa Pío VI y lo habían hecho prisionero. Dicho papa murió el 29 de abril de 1799 en Valence, entre Aviñón y Lyon, donde fue enterrado "civilmente". Su sucesor, Pío VII, se mostró más inclinado a iniciar una negociación. Fue entonces cuando Napoleón resolvió entrar en tratativas con Roma para entablar un Concordato, lo más a su agrado posible. Para ello tendría que afrontar procedimientos diplomáticos, no siempre expeditivos, como eran de su gusto, y ello tanto de parte del papa como de la curia vaticana, siempre atentos a numerosos matices cuya importancia a él le escapaban.

La tarea no era fácil. Luego de tantos desentendimientos y conflictos con la Iglesia, eran muy pocos en París lo que se inclinaban al acuerdo. No lo querían los jacobinos, por supuesto, pero tampoco personajes de influjo como Talleyrand, el obispo apóstata, ni Fouché, el ex oratoriano, ni Sièyes, el cura francmasón. Tampoco le interesaba al Senado, ni al Consejo de Estado, ni a la Academia, ni al Ejército, ni a la Iglesia juramentada. Grégoire, por ejemplo, obispo del oficialismo, no quería ni oír hablar de ello; otros obispos de la misma tesitura, temían por sus sedes usurpadas, no fuera a ser que Roma los obligase a entregarlas. Bonaparte se sentía, pues, muy solo en ese asunto, de modo que su decisión pareció sumamente atrevida. Pero ¿estaba en verdad realmente solo? En el fondo sabía que no. Su olfato lo llevaba a entender que en dicho proyecto, aparentemente tan descabellado, lo apoyaba todo el pueblo fiel, que quería ver reestablecidas, de una vez por todas, las relaciones entre la Iglesia y el Estado. De hecho, la noticia trajo un suspiro de alivio no sólo en la Vendée sino en toda Francia.



### *1. La gestación del tratado*

Comenzaron, pues, las negociaciones. Los contactos entre la Santa Sede y Bonaparte no fueron nada fáciles, por cierto. Las exigencias de Napoleón eran tajantes: que todo el episcopado se renovase, que el papa obligase a presentar su renuncia a los obispos legítimos que aún quedaban, que los bienes de la Iglesia confiscados o vendidos permaneciesen en manos de sus actuales poseedores, que el Estado tuviese a su cargo el control del culto... Napoleón quería mostrarse como la parte fuerte; se manifestaba imperioso, exigente. El papa, en cam-

bio, cuando cuestionaba algo, lo hacía con timidez. Talleyrand, siempre truhán, tensaba la relación, tratando de que Napoleón no aflojase, no temiese a los romanos, siempre estúpidos, le decía.

En cierta ocasión las tratativas estuvieron a punto de ser interrumpidas, pero apareció alguien que lo impidió. Fue aquel sacerdote de la Vendée, el antiguo asesor de Stofflet, de quien hemos hablado tantas veces, el famoso padre Bernier, hombre ambicioso, dijimos, no especialmente piadoso, pero de aguda inteligencia, gran sentido de los matices y voluntad férrea. El 3 de diciembre así escribía a su agente en París: "Haga entender bajo cuerda que yo puedo mucho para el viraje que se prepara. Estoy dispuesto a secundar las vías del gobierno [...]". En respuesta, el general d'Hédouville, agente de Fouché, le hizo llegar "la seguridad de que el Primer Cónsul deseaba emplearlo en un teatro más amplio", lo que no habrá dejado de halagar su ambición. Entonces el padre se dirigió a París, donde Bonaparte lo recibió con muchos miramientos y le encargó negociar las cláusulas del Concordato. Sin él, nunca se habría llegado a un acuerdo, tanto que un historiador reciente pudo hablar del "Concordato vendeano". En el mismo sentido, cierto republicano llamado Chassin llegó a afirmar que "la guerra de la Vendée fue una de las causas del Concordato; con Bernier, era la Vendée la que firmaba el pacto". Sea lo que fuese de tal opinión, al padre Bernier le tocó negociar oficialmente, en nombre



de Napoleón, encontrando siempre fórmulas conciliadoras. En cierta ocasión, harto Bonaparte por la lentitud de Roma, quiso romper las negociaciones; entonces el padre Bernier, según él mismo declara, lo llamó a la realidad hablándole de la Vendée, aún estremecida por las recientes persecuciones.

El Concordato incluía 17 artículos. El catolicismo era declarado no religión del Estado sino religión de la mayoría de los franceses. Se trataba de algo más que de una cuestión de palabras. El trazado de las diócesis se adaptaría en adelante a las nuevas divisiones administrativas determinadas por la autoridad pública. Se decidía la creación de un nuevo cuerpo episcopal. Ello implicaba pedir a los antiguos titulares que aceptaran toda clase de sacrificios, incluido el de la renuncia a sus propias sedes; si se negaban a ello, serían simple y llanamente reemplazados. A los nuevos obispos los nombraría el Primer Cónsul; el papa les conferiría los poderes espirituales. A su vez, los obispos nombrados elegirían a los párrocos, ateniéndose a una lista proporcionada por el Gobierno. Antes de su consagración, pronunciarían el juramento de obedecer "al gobierno establecido por la Constitución", e incluso de denunciar toda intriga que fuera en detrimento del Estado. Por último, para conservar la paz, el papa se comprometía a no protestar contra la venta de los bienes de la Iglesia ya enajenados, ni turbar a sus actuales propietarios. A cambio de ello, el Gobierno ponía a disposición de los obispos los edifi-

cios de culto no enajenados. Asimismo se garantizaba la libertad del culto público. Nada se decía de la enseñanza, ni de la moral cristiana. Evidentemente no se quiso volver al régimen tradicional, al régimen de Cristiandad. Luis XVIII, desde el exilio, hizo todo lo que pudo para evitar la firma del Concordato, mas en vano.

El documento fue firmado el 25 de julio de 1801, pero se hizo público recién en Pascua de 1802. ¿A qué se debió dicha demora? Cuando parecía que todo estaba arreglado, Bonaparte no tuvo empacho en nombrar como obispos a ocho sacerdotes que en su momento habían jurado la Constitución del clero. Roma exigió que primero se retractasen; si se negaban a hacerlo, no daría su consentimiento. El Cónsul se obstinó: "No quiero que se retracten". Los mismos nombrados se resistían a hacerlo. La situación parecía sin salida. Una vez más intervino Bernier, logrando que los obispos objetados se arrepintiesen y pidiesen perdón. Salvado este último escollo, el día de Pascua se promulgó oficialmente el acuerdo. Las calles de París se llenaron de gente. La satisfacción era general. Las campanas de Notre-Dame, mudas desde hacía nueve años, comenzaron a repicar. En una carroza tirada por ocho caballos, llegó Bonaparte, con sus dos colegas cónsules, detrás sus ministros y sus generales, a la catedral, donde esperaban los senadores, los jueces y los militares. Comenzó la Santa Misa. En la elevación sonaron las campanillas, como se hacía



bajo el *Ancien Régime*. Y para terminar, el Te Deum. Al relatar esta ceremonia, Secher no oculta su complacencia; comentando las palabras del himno litúrgico: "Los ángeles te alaban, los profetas [...] y el ejército esplendoroso de los mártires", escribe: "Entre esos mártires estaban Cathelineau, el santo de Anjou, y Lescure, el santo de Poitou, y los campesinos muertos con el rosario al cuello, las mujeres fieles ahogadas en Angers [...]".

Pero Bonaparte tuvo sus designios secretos, que no por ser tales, los ocultó del todo. Pocos días antes de la ratificación solemne del tratado, el 8 de abril, en un discurso a los miembros del Tribunal explicó que el Concordato lograría "que el papa reorganizase a los católicos en Francia bajo la obediencia republicana"; luego, "una vez que el catolicismo se hubiese sometido por las buenas, se suprimiría el intermediario extranjero entre la República y los eclesiásticos. La dirección de estos últimos quedaría entonces enteramente en manos del Gobierno". Por eso, no compartimos del todo el gozo que muestra Secher. En realidad, más allá de sus aspectos positivos, el Concordato hizo posible una especie de *ralliement*, por el que la Iglesia pareció aceptar una cierta coexistencia con los postulados de los principios revolucionarios. No es ello, por cierto, lo que habían querido los combatientes de Gran Ejército Católico y Real. No era sólo la "libertad religiosa" lo que ellos propiciaban.

*2. Los "Artículos Orgánicos"*

Tras la ratificación del Concordato, Napoleón hizo una de sus trapisondas, realmente astuta. Bajo el pretexto de establecer nuevos reglamentos de policía para la aplicación del Concordato, el Primer Cónsul ordenó agregar de manera inconsulta 77 artículos orgánicos, todo un código de derecho eclesiástico. Era evidente que se extralimitaba, invadiendo la competencia de la Iglesia. Veamos algunos de ellos. Según el título I, ninguna disposición de la Santa Sede podría ser publicada en Francia sino después de su aprobación por parte del Gobierno. El título II prohibía a los obispos salir de sus diócesis y los obligaba a someter al Estado los reglamentos de sus seminarios, en los que debían ser enseñados los cuatro artículos de 1682, es decir, los artículos del galicanismo integral, hacía tiempo desaparecido. Al recibir dicho sorprendente documento, el papa Pío VII quedó totalmente desconcertado. ¿Qué podía hacer? No otra cosa que lo que hizo, o sea, negarse a reconocerlo. Bonaparte, siempre estratega, se mantuvo en sus trece, sabiendo muy bien que en las presentes circunstancias el papa no podía romper con él. Y así todo el "paquete", Concordato y Artículos Orgánicos, fue adoptado como ley el 8 de abril de 1802.

Ahora había que aplicar el Concordato. El tema más espinoso era el que se refería a los obispos. El documento preveía que se harían desaparecer los dos episcopados, tanto el que se había mantenido fiel a Roma como el constitucional, integrado por los que habían hecho el famoso juramento. ¿Cuáles iban a ser las reacciones de los buenos obispos, al verse removidos de sus sedes? En un Breve que el papa había dirigido a los obispos legítimos, les pedía que renunciasen voluntariamente; en caso negativo, les decía, se vería obligado a ir hasta el fin. Entre ellos hubo 58 renuncias y 37 que se negaron. Entonces el papa tomó una medida drástica, declarando suprimidas las 135 diócesis de la antigua Francia. De este modo, todos los obispos, renunciantes o no, quedaban sin territorio y por ende carecían en delante de toda jurisdicción.



¿Y qué sucedió con los otros obispos, los que habían pronunciado el fatídico juramento, en actitud cismática respecto de Roma? Presintiendo una borrasca que podría hacerlos desaparecer, su infatigable jefe, el obispo Grégoire, juntamente con sus seguidores, intentaron acercarse a los enviados de Pío VII para llegar a un acuerdo, pero éstos se negaron a reconocerles el título de obispos. Tampoco encontraron apoyo en el Primer Cónsul, quien declaró que todos los obispos de una y otra Iglesia debían dimitir. El papa, por su parte, les envió un Breve, evidentemente de acuerdo con Napoleón, donde les pedía su dimisión. Como eran tan dependientes del gobierno no pudieron resistir, y de hecho accedieron.

Tras este vendaval, se hacía preciso formar un nuevo episcopado, el previsto por el Concordato. Entonces el Primer Cónsul escogió 60 obispos, 16 entre los antiguos, 12 entre los constitucionales, completando el resto con prelados nuevos. Así llegó a contar con un episcopado a su gusto, cumpliéndose de este modo lo que había dicho en otra ocasión: "El pueblo necesita una religión, y se necesita que esa religión esté en manos del Gobierno".

### *3. La "Petite Église"*

Tales avatares no dejaron de tener graves consecuencias, sobre todo para los sacerdotes heroicos, que en su momento se habían negado a pronunciar el juramento de adhesión a la Constitución civil del clero, en comunión con los obispos fieles y con el papa. No dejaba de ser dramático constatar cómo ahora su fidelidad de tantos años parecía verse desconocida, al mismo tiempo que se premiaba a no pocos de los traidores. El mismo Pío VII, cuando se dirigió por carta a los obispos fieles, no pudo disimular su melancolía: "Estamos forzados, por la necesidad de los tiempos, que ejerce también sobre nosotros su violencia [...]", les decía, a pediros la renuncia.

Las razones de quienes se opusieron al Concordato eran numerosas, quedando expuestas en un documento publicado el 6 de abril de 1803, bajo el



nombre de "Reclamaciones Canónicas". Ante todo hubo motivos políticos: no creían poder aceptar a Bonaparte, a quien calificaban de usurpador, como autoridad política de Francia para concordar con la Santa Sede. La oración que prescribía el Concordato: *"Salvam fac Rempublicam, salvos fac Consules"*, en vez del tradicional: *"Salvum fac Regem"*, les parecía inaceptable. Se negaban asimismo a hacer el nuevo juramento que imponía el Concordato. Pero sobre todo se oponían a la reorganización de la Iglesia, que preveía la renuncia de todos los obispos franceses. El papa había dado un plazo de diez días para hacerla efectiva; en caso contrario, Roma declaraba sus diócesis libres y vacantes. Los firmantes denunciaban el carácter inédito en la historia de la Iglesia de una medida semejante, recordando la tradicional imagen del matrimonio espiritual indisoluble entre el obispo y su diócesis. Asimismo parecía inaceptable el nombramiento de doce antiguos obispos constitucionales, sin que hubiesen retractado el juramento previo que habían pronunciado, condenado por el papa Pío VI, solamente diez años antes del Concordato.

Mons. de Coucy, obispo de La Rochelle, de quien dependía el Bocage vendeano, se opuso con firmeza a la aplicación del Concordato, y pidió, desde el exilio, a su clero y a sus fieles, que no reconocieran el nuevo episcopado concordatario, permaneciendo fieles a sus pastores legítimos. Obispos al estilo del de La Rochelle, que no eran pocos, considera-

ban la Iglesia concordataria como viciosa y cismática. Esta guerra teológica se hizo particularmente virulenta en las tierras de la Vendée, donde fueron numerosos los sacerdotes que a ella adhirieron. Los aldeanos apenas podían comprender el cambio de posición de la Iglesia. Cuando en un lugar del Marais, el párroco, recién vuelto de su exilio en España, cantó *"Domine, salvam fac Rempublicam"*, toda la gente salió de la iglesia. ¡Cómo es posible, gritó uno de ellos, que los sacerdotes que rehusaron el juramento y llamaban a la República hija del demonio, nos exhorten hoy a rezar por ella!

En el alto Bocage, donde la contrarrevolución había encontrado sus más entusiastas exponentes, el nuevo grupo refractario reclutó sus mejores efectivos. Fue precisamente allí, y más exactamente en el actual departamento de Deux-Sèvres, donde se situó el centro de la resistencia, es decir, en la región de Courlay, Cirières, Bressuire, Cerizay y alrededores, de donde habían provenido las más ardientes tropas del ejército católico y real. La marquesa de La Rochejaquelein escribe en sus *Memorias* que los habitantes de Courlay habían sido "los soldados de élite de Lescure"; los llamaba "los granaderos de Lescure". Pues bien, aquel mismo apego a las cosas religiosas, la misma propensión a sacrificarse por ellas, la misma sed que experimentaban de combatir por lo noble y perseguido, los orientaban ahora a esta nueva y extraña cruzada. Las parroquias que antes se habían levantado para defender la doctrina católica, conculcada por la Revolución, se manifestaban ahora con igual entusiasmo contra el Concordato. En varias iglesias los sacerdotes no trepidaban en predicar contra la política del papa y contra los obispos dóciles a sus mandatos. Algunos prelados franceses que residían en Londres como emigrados, prohibieron a sus vicarios mantener relación con los concordatarios; más aún, varios de ellos se resistieron a volver.



En 1805 el número de los "disidentes" en la región era de unos 20.000. Muchos de los sacerdotes que antes habían hecho vida de fugitivos, huyendo de bosque en bosque, o de choza en choza, y a quienes los fieles amaban de manera entrañable, se sentían de nuevo marginados. Nápoleón no dejó de perseguirlos y de acosarlos. Entre ellos se destacó el padre Pierre Texier, de una familia de héroes. Su tío, Joseph, había sido uno de los más decididos combatientes en la guerra de Vendée, uno de esos hombres que participó en todas las batallas, y "cuya bravura sobrehumana debía inmortalizar el recuerdo", como escribe Crétineau-Joly. El padre del sacerdote había sido martirizado en Courlay por los azules; tenía 72 años, y a cada tortura gritaba: "Viva Jesús, viva su Cruz" y "Viva el Rey". Pues bien, el padre Texier fue el jefe indiscutido de la *Petite Église* hasta su muerte y un terrible adversario del Concordato y del Imperio. Su cabeza fue puesta a precio por Napoleón.

Los disidentes se ocultaban y tenían registros parroquiales clandestinos; en esas carpetas se leía que las ceremonias se habían hecho "en una casa particular, a causa de la persecución". Tras haber sido hostigados por la Convención, ahora lo eran por el Consulado y "por el mismo clero", según se decía. La gente humilde los veía como víctimas del verdadero catolicismo, mártires de la fe. Desde el comienzo muchos realistas se afiliaron al grupo refractario, entre ellos la tía de Henri La Rochejaquelein, por instigación de su propio párroco. La disidencia estalló también en otras regiones de Francia, como en Normandía, y hasta en el Languedoc. Napoleón, indignado por esta oposición que no esperaba, llegó a pedirle al rey de España que le extraditase algunos obispos de esa línea allí refugiados. Carlos IV ordenó la detención de dos obispos franceses. El mismo Napoleón puso también en prisión a varios sacerdotes que vivían en la Vendée, confiscándoles sus bienes. Coexistieron así dos Iglesias, lo que trajo consigo graves incidentes. Por ejemplo, los fieles casados por sacerdotes que habían aceptado el Concordato, llegaron a creer que vivían en concubinato y pedían que los casasen de nuevo. Hubo asimismo discusiones acaloradas entre sacerdotes de las dos Iglesias. Eran, una vez más, los sacerdotes "buenos" contra los "intrusos".

Cuando llegó la Restauración, accediendo al trono Luis XVIII, la *Petite Église* salió a la superficie.



En 1814 el rey recibió benévolamente en las Tullerías a monseñor de Coucy y al padre Joseph Texier. Los sacerdotes disidentes, por su parte, se dirigieron a este obispo para pedirle instrucciones. Más tarde el prelado acabó por aceptar el Concordato, y dejó libres a sus antiguos adeptos para que "cada uno siguiese su conciencia". Faltándoles ya el obispo, todos ellos se reunieron en torno al padre Texier. Éste les dijo: "Ya que nuestro obispo no nos indica lo que debemos hacer, que cada uno de ustedes obre según sus luces. En cuanto a mí no me rendiré jamás". "Tampoco nosotros", exclamaron los demás sacerdotes.

Cabe preguntarnos lo que sucedió en años posteriores. Bajo la Restauración se propuso entablar un nuevo Concordato. Desgraciadamente el proyecto fue rechazado por la Cámara en 1817, manteniéndose así en vigor el ya firmado. El rey no se atrevió a insistir. Un obispo, por su parte, se animó a hablar bien de "los venerables sacerdotes que soportaron con tanto coraje y perseverancia las persecuciones de Bonaparte". El subprefecto de Bressuire fue aún mas explícito al señalar que "es entre los disidentes donde se encuentran principalmente los antiguos vendeanos, siempre fieles a su divisa: Dios y el Rey, cubiertos de honorables heridas que recibieron combatiendo por esos dos objetos de su adoración y de su respeto".

En 1826 murió el padre Texier. Sus exequias congregaron a una gran multitud. Casi enseguida la

iglesia de Courlay, donde normalmente oficiaba aquel sacerdote, fue clausurada. Entonces los disidentes edificaron una nueva capilla en el mismo pueblo, que es hasta hoy la sede principal de la *Petite Église*. En 1829 murió monseñor de Themines, obispo de Blis, el único sobreviviente de los obispos que se habían negado a aceptar el Concordato. Desde ese momento la *Petite Église* fue administrada por sacerdotes. Pero en 1840 ya no quedaban sacerdotes disidentes en el Bocage vendeano. ¿Cómo hacer? Se pensó entonces en una nueva forma de organización. La autoridad del último sacerdote fue transmitida a un laico, que recibió así el encargo de dirigir la comunidad. La potestad residiría, de este modo, en una persona elegida por su intregridad, su sabiduría y sus lazos de parentesco con el último *bon prêtre* (buen sacerdote). De este modo los fieles, siguiendo las instrucciones que habían recibido de monseñor de Themines, se reagruparon en torno a Philippe Texier, pariente cercano del sacerdote fallecido.

Cuando hace un tiempo leímos las obras completas del cardenal Pie, obispo concordatorio de Poitiers, para escribir un libro sobre su vida y su pensamiento, nos impresionó encontrar una Carta Pastoral suya, hecha pública el 21 de noviembre de 1853, donde el celoso obispo recurría a las autoridades civiles para que cerrasen algunas capillas de la *Petite Église*, que se encontraban en su jurisdicción. En el mismo documento denunciaba también



el carácter ilegal de tres escuelas atendidas por un grupo de "hermanas desidentes" en Courlay. Sin embargo en otra ocasión este mismo obispo se dirigió con expresiones verdaderamente paternales a aquellas ovejas suyas que si se habían separado de Roma no había sido por soberbia, les dice, sino por una mal entendida fidelidad a la Iglesia de siempre.

En 1868, con motivo del Concilio Vaticano I, que convocó Pío IX, los miembros de la *Petite Église* redactaron un memorial donde recordaban su fidelidad a la Iglesia Católica, memorial que, anexado a las "Reclamaciones" de 1803, enviaron al papa y al concilio. Pero, como se sabe, aquel concilio debió interrumpirse inopinadamente, lo que impidió el tratamiento del asunto. En 1892 elevaron un nuevo recurso a León XIII. Esta vez el papa, en los términos más respetuosos para con los disidentes, confirmó la conducta de Pío VII respecto al Concordato.

La *Petite Église* de Vendée sigue hoy existiendo y cuenta con unos 4000 fieles. Desde hace un siglo y medio carecen de sacerdotes propios y rechazan a los sacerdotes católicos mientras no se haya hecho justicia con sus antiguos pastores. En el entretanto se siguen rigiendo por laicos siempre descendientes de la familia Texier. En el plano doctrinal no mantienen divergencias esenciales con la doctrina católica. Reconocen al papa como jefe de la Iglesia universal y rezan por él. Son muy religiosos y de costumbres austeras. Su centro está

en Courlay, en su capilla de la Plainelière. Tienen, además, pequeñas capillas en otros pueblos. Todos los domingos se congregan para un oficio cultual, cantado en francés y en latín; sobre el altar están los ornamentos del día; la comunión es espiritual y de deseo. Los libros litúrgicos son el misal que en 1787 se usaba en el obispado de La Rochelle, reimpreso una y otra vez, y el catecismo que se usaba antes de la Revolución. Celebran las fiestas de precepto, y durante la cuaresma practican el ayuno y la abstinencia. El bautismo de los niños es conferido por laicos. La primera comunión, también espiritual, se recibe a los diez años; los niños son preparados durante un mes. Para casarse, los novios dan su consentimiento en la intimidad familiar, delante de testigos; luego hay una ceremonia en la capilla, donde se leen los textos de la liturgia del matrimonio. Cuando alguien fallece, el cuerpo es velado, mientras se recita el rosario; a continuación se lo lleva a la capilla, donde se realiza una ceremonia, y luego al cementerio, pasando adelante de la tumba del padre Texier. Antes de sepultarlo se implora a Dios reciba en su misericordia "el alma de su servidor, que no ha tenido la asistencia de un sacerdote, no porque no la haya deseado, sino únicamente a causa de su fidelidad a nuestros antiguos pastores".



## III. Táctica psicológica de Napoleón para ganarse a la Vendée

A lo largo de los años que hemos ido considerando es posible observar una inteligente maniobra de Napoleón para arrastrar tras sí al pueblo de la Vendée. Los resultados fueron notables.

### *1. La Coronación*

Pero antes de abocarnos a declarar dicha estrategia será conveniente aludir a lo que aconteció enseguida de la firma del Concordato. Era evidente que Napoleón apuntaba a la consolidación de su poder. En mayo de 1802 logró que el Senado propusiese que el régimen consular fuera garantizado de antemano para un nuevo período de diez años; más aún, algunos sugirieron, sin duda que por insinuación del mismo Primer Cónsul, que un plebiscito le confiriera a Napoleón el Consulado vitalicio. Asimismo se hizo perceptible un intento por agrupar en torno a su figura suprema una nueva nobleza. Desde el punto de vista jurídico, el régimen logró consolidarse con la promulgación del *Código Civil*. A juicio de Napoleón dicho Código se había vuelto necesario porque, como él decía, Francia era "una República sin ley con treinta volúmenes de

leyes". Los "inmortales principios" introducidos por la Revolución habían sobrevivido a sus promulgadores, pero sin haber adquirido esa legitimidad que sólo podía darles un Código que los sistematizara. Cambacérès, que era el segundo cónsul, encontró las palabras adecuadas para acabar de convencer a su jefe: "Este monumento duradero de nuestra Revolución impondrá el respeto y el amor de las razas futuras". Para su elaboración, Napoleón recurrió a un grupo de estudiosos, del cual él mismo sería el cerebro. El Código fue hecho público el 21 de marzo de 1804. Trátase de una obra sintética, de estilo claro y conciso. Allí se incluye la igualdad de las personas, los derechos del hombre, el divorcio y la laicización del Estado; también se promulga la libertad religiosa, entendiéndose así la religión como algo propio de la esfera privada. Con ocasión de las ulteriores invasiones de Napoleón a naciones extranjeras, dicho Código se propagaría por toda Europa. Bien señala Daniel-Rops que, al promulgarlo, Napoleón consagró, frente al ideario del *Ancien Régime*, la entera ideología de la Revolución. Tal Código atravesaría dos monarquías, dos Imperios y cuatro repúblicas. Solo la Francia de Vichy se atrevió a revisar y corregir sus principios liberales y revolucionarios.

Pero Bonaparte no se contentó con el consulado vitalicio y con haber promulgado el Código. Su intención era ir más allá. Sabía perfectamente que la mayoría de los franceses, pero especialmente el



clero, a quien estaba tratando de ganar, conservaba una instintiva preferencia por la monarquía. Hacía poco que había regresado de Egipto logrando posesionarse del poder político. No pocos lo tenían por realista, creyendo que quizás repondría a los Borbones en el trono. El duque de Enghien, que era miembro de la familia real, entendió que ello era imposible. "Si Bonaparte es realista, lo es sólo para sí". El duque deseaba, por cierto, el retorno de los Borbones. Aun cuando vivía en la ciudad alemana de Ettenheim, cerca de Friburgo, próxima a la frontera de Francia, seguía siempre con atención los acontecimientos políticos de su patria, por si se ofrecían oportunidades para el restablecimiento de la monarquía legítima, decidido como estaba a luchar abiertamente por sus derechos. En aquellos días Bonaparte había hecho un intento junto a Luis XVIII por ver si éste renunciaba a sus derechos a la corona de Francia. Enghien apoyaba lealmente a Luis XVIII, como lo dejó en claro por diversas cartas, algunas de las cuales llegaron a manos de Bonaparte. Desde entonces el Primer Cónsul hizo montar una estrecha vigilancia en Ettenheim.

Mientras tanto, el conde de Artois dio a Cadoudal poderes para un golpe de audacia. Éste, con un grupo de amigos, proyectó una acción de comandos en París, de lo que también se enteró Bonaparte gracias a sus espías. Dos influyentes personajes, Talleyrand y Fouché, fogoneaban a Napoleón para que reaccionase. Los realistas, le decían, afirman

frecuentemente que usted quiere restablecer el trono; debe dar a la Revolución una prueba de que en modo alguno propicia la vuelta del antiguo régimen. Por fin Napoleón resolvió detener a los conjurados así como al duque de Enghien, quien nada quería saber con aquel tipo de golpes de fuerza. Envió, pues a los suyos a Ettenheim para que prendieran a Enghien. En esos momentos el duque, desconociendo lo que se tramaba, se disponía a salir de caza con dos compañeros. Se lo detuvo así en territorio extranjero. Él aseguró que nunca se había metido en ninguna conjuración contra la vida del Primer Cónsul, como se afirmaba falsamente. Que estaba, eso sí, totalmente en contra de los crímenes de la Revolución, de los asesinatos de Luis XVI, de María Antonieta y de Isabel.

De nada valieron sus descargos. La orden era traerlo a París. Lo llevaron al castillo de Vincennes, en las cercanías de la capital, y la misma noche en que llegó fue juzgado. Ya de entrada estaba decidido que el príncipe había de ser fusilado, por lo que el interrogatorio no sería sino una mera fórmula. Nada apareció en su transcurso que indicase que el duque fuera digno de la pena de muerte. Enghien dejó bien en claro que no participó en ninguna conjuración y que estaba lejos de la idea de atentar contra la vida de Napoleón, lo que hubiera considerado una victoria, dijo, que en el fondo no sería sino una derrota. "Sólo deseo una conferencia con el Primer Cónsul", afirmó una y otra



vez. No se lo consintieron. Los jueces, por su parte, se mostraban renuentes a firmar la pena. "Tuvimos que fallar –confesó más tarde uno de ellos–, si no queríamos ser nosotros mismos sentenciados". Tuvieron, por cierto, su cuota de culpa, pero la principal recayó en Bonaparte. El duque cayó al fuego de la metralla, lo que acabó de destruir los puentes que se habían tendido entre Napoleón y los fieles a los Borbones, quienes hubieron de convencerse de que Bonaparte no trabajaba para el Rey sino para sí mismo.

La noticia del asesinato causó pésima impresión. Bonaparte entendía hacer de ello una lección. "Por lo menos verán ahora de qué somos capaces y nos dejarán en paz". Y agregó: "Esa gente quería poner en confusión a Francia y sofocar en mi persona la Revolución; yo la había de defender y vengar [...]. He derramado sangre, había de hacerlo, acaso todavía derramaré más [...]. Yo soy un estadista. Soy la Revolución francesa: lo digo de nuevo y lo mantendré". ¿No querría ser acaso "la Revolución coronada"?

Fouché movió ahora una nueva ficha de su tablero, tratando de convencer a Napoleón de que diera rápidamente un nuevo y trascendental paso, que asumiera la dignidad imperial. Ya el Cónsul había rodeado su autoridad del aparato propio de un monarca. Las Tullerías tenían todo el aspecto de una corte. De este modo no le resultó difícil a Fouché y sus colaboradores lograr que el 18 de

mayo el Senado declarase por ley la transformación del régimen de Consulado en Imperio. Napoleón Bonaparte sería desde ahora el *Emperador de los franceses*. Y ello sin salirse del espíritu de la Revolución. Para que quedase bien en claro la seriedad del paso, el hasta ahora Primer Cónsul se dirigió a Aquisgrán, antigua sede de Carlomagno, y se arrodilló ante su sarcófago antes de ir a la basílica, para sentarse solemnemente en el trono de su "glorioso predecesor". ¡Parecía increíble! ¡Tanto odio a la Monarquía, y ahora no sólo se restaura un Reino, sino que se erige un Imperio!

Pero Napoleón dio todavía un paso más. Como sabía que el título que se disponía a asumir estaba carente de legitimidad ante sus súbditos, y que sólo podía ser aceptable cuando se convirtiese en "el Ungido del Señor", como lo habían sido los reyes de Francia, se dirigió al cardenal Caprara para expresarle su deseo de ser consagrado por el papa en una ceremonia de coronación, que había de tener lugar en París. La Curia pontificia quedó asombrada. ¿Cómo conferirle a aquel hombre, que había dado tantos motivos de quejas, un privilegio que lo colocaría por encima de todos los príncipes católicos de Europa? Por lo demás, el mismo Carlomagno había ido a Roma para ser consagrado y ahora este corso pedía que el papa se trasladase a París, a un país que había dado tantas muestras de impiedad y ateísmo, hasta ahora no retractadas. Las negociaciones fueron arduas prolongándose a lo largo de



cinco meses. En varias ocasiones parecieron interrumpirse, por ejemplo cuando se trató de la fórmula del juramento constitucional que el Emperador prestaría en la ceremonia de su coronación, donde parecían incluirse los Artículos Orgánicos, lo cual resultaba inaceptable para la Santa Sede. Un nuevo diferendo se produjo al tratarse de la posible presencia en la ceremonia de los obispos que habían pronunciado el juramento de la Constitución civil del clero. Pero en esto el papa cedió, quizás para mostrar su agradecimiento al hombre que había firmado el Concordato. No todos los miembros de la Curia Romana vieron con buenos ojos el arreglo. También Napoleón encontró enemigos entre los suyos. A ellos les arguyó: "Hay que juzgar la ventaja que sacaremos de ello, por el disgusto que producirá a nuestros enemigos. ¿Qué dirán los Borbones?".

Para cumplimentar lo acordado, Pío VII salió de Roma el 2 de noviembre, rumbo a París, acompañado por un séquito de cuarenta personas. A lo largo del camino, los franceses lo saludaban de manera cordial. "Hemos atravesado Francia en medio de un pueblo arrodillado", le dijo a Fouché. La acogida que le brindó Napoleón fue sobria y hasta descomedida, haciendo que fuese el obispo apóstata Talleyrand quien lo recibiera en las escalinatas del palacio. Más aún, organizó las cosas de modo que el papa llegase de noche a la capital en orden a evitar un recibimiento popular. Pío VII, decidido a pasar por alto dichas descortesías, encontró una

solución de componenda a dos dificultades pendientes: el juramento constitucional lo formularía Bonaparte en ausencia del papa, por un lado, y por otro el Emperador quedaría dispensado de comulgar en la misa. El tan citado padre Bernier fue encargado de concertar la ceremonia de la coronación. Hubo un incidente de última hora. En vísperas de la consagración, Josefina, la esposa de Napoleón, pidió ver al papa en privado. Era para decirle que no estaban casados por la Iglesia sino por el civil. El papa, que nada sabía de ello, exigió que el matrimonio religioso se celebrara inmediatamente; en caso contrario, no participaría en la ceremonia. Autorizaba, claro está, que las nupcias se celebraran secretamente, en un aposento de las Tullerías.

Al día siguiente, 2 de diciembre, se realizó la consagración, con gran pompa, en medio de salvas y repiques de campanas. Ante Notre-Dame, el artista David había erigido un suntuoso arco de triunfo, y en el interior del templo pululaban tapices y terciopelos. El papa llegó con puntualidad, pero debió esperar dos horas la llegada del cortejo. Luego empezó la misa, cuyo ritual estaba tomado en gran parte del propio de la consagración de los reyes de Francia, si bien con algunos retoques. Al comienzo, el papa bendijo los símbolos del poder, la espada, el cetro, el globo y la mano de la justicia; después se los fue entregando a Napoleón, mientras le recordaba que aquel poder que se le confería debía servir para proteger a la Iglesia. Enseguida el



Emperador tomó en sus manos la corona que estaba sobre el altar y se la colocó él mismo sobre su cabeza. Al parecer, la corona con que se ciñó fue la misma que usaba Luis XVI. Se ha dicho que al ponérsela a sí mismo habría querido dejar en claro que se negaba a admitir la idea tradicional de que el poder venía de Dios por la intermediación del papa. Pero dicha interpretación es discutible. Por lo demás, así había sido previamente acordado. Tras ello, Napoleón puso una diadema sobre la frente de Josefina, que estaba arrodillada ante las gradas del altar. Mientras tanto, los coros entonaban el "*Vivat Augustus in aeternum*". Escribe Daniel-Rops que el pincel de David inmortalizó esta escena con mucha verdad al destacar "el contraste entre el Emperador casi divinizado, que ocupa el centro de la escena, ante un segundo plano de sotanas y rutilantes uniformes, y el anciano silencioso, sentado a la derecha del cuadro, que sonríe con aire triste, como si ya presintiera el previsible porvenir".

De hecho, el verdadero triunfador parecía ser Napoleón. Los Borbones estaban indignados. El conde de Provence, furibundo, proponía ir al Vaticano para clavar en las puertas de la basílica de San Pedro una protesta: "Los excesos de un Alejandro Borgia son menos repugnantes que esta horrible apostasía de su sucesor". Desde el otro lado, también los jacobinos se sentían molestos; un abogado, François Quéré, murmuraba: "Sea dicho aparte, ¿valía la pena hacer esta Revolución, para volver a lo que se había creído muerto?".

## 2. *Mejoría de sus relaciones con la Vendée*

Hemos ya señalado que Napoleón no es, como tantos lo creen, el reverso de la Revolución. Por el contrario, él mismo dijo que *era* la Revolución, si bien bajo otras formas. En el preámbulo de la Constitución que él impuso, escrita por Sièyes, es cierto, pero bajo su dirección, se podía leer: "Ciudadanos, la Revolución está fijada en los principios que la han comenzado; ella está terminada". En otras palabras, la Revolución ha perdido su furor inicial, su tendencia a los desmanes, pero lo esencial sigue en pie: el rechazo de la Cristiandad, la soberanía del pueblo, entendida como lo contrario de la soberanía de Dios, los derechos del hombre, en detrimento de los derechos de Dios. Con todo, para la generalidad de la población, la impresión era que se había instaurado la paz entre la Iglesia y el Estado, si bien sobre bases un tanto extrañas.

En la Vendée, a pesar de todo, no se lo pudo mirar a Napoleón sino como un correctivo de la política anticlerical y anticatólica que la Revolución había propiciado hasta entonces. Por su parte, el novel Emperador se esmeró por tratar bien no sólo a la Iglesia sino también a los dirigentes de la causa vendeana, llegando incluso a ofrecer grados en el ejército a sus antiguos jefes, al tiempo que reducía o quitaba impuestos a la población civil.



Esta nueva mirada, benévola hacia la Vendée, tuvo gestos concretos. En 1804, para poner un ejemplo, siete días después de su coronación, creó una nueva ciudad en La-Roche-sur-Yon, que quiso pasase a ser la capital de la Vendée, con la intención de que fuese considerada como punto central de la región y encrucijada de toda la zona. Su intención era que se la edificase como para 15.000 habitantes, y lo más rápidamente posible. Dispuso, asimismo, que la iglesia estuviese en el centro del tejido urbano. Un símbolo de su anhelo de pacificación. La ciudad tomó el nombre de *Napoleón*. Luego de su caída, cambiaría de denominación, pasando a llamarse *Bourbon-Vendée*.

Además decidió trazar una red de caminos en todo aquel territorio. Así lo resolvió, se dice, como medida estratégica para evitar nuevas turbulencias, despejando de ese modo el *Bocage*, disperso y encerrado en sus setos, espesos y tupidos. Ya hemos señalado en su momento que, durante las guerras, el estado de los caminos fue en parte responsable de las grandes dificultades que encontró el ejército para reprimir. Sea lo que fuere, lo cierto es que aquella red de caminos permanece intacta hasta hoy. Para contar con suficiente mano de obra recurrió a prisioneros de guerra que había ido capturando en sus numerosas campañas, italianos, prusianos, austríacos y suecos; muchos de ellos murieron en el lugar por las malas condiciones de vida. También estableció varios colegios en diversos puntos de la

Vendée, dirigidos por sacerdotes o religiosas. Y mandó reconstruir iglesias destruidas. Por todo ello, y a pesar de algunas reservas, los vendeanos no pudieron sino ver en Napoleón a un benefactor, luego de las terribles borrascas sufridas.

Volvieron entonces no pocos sacerdotes de los que antes habían emigrado. Grande fue la emoción popular, como lo deja advertir este informe del pueblo de Laroux-Bottereau, con motivo del retorno del padre Peccot, que regresaba de su exilio en España.

> La población entera, con trajes de fiesta, se dirigió a la antigua ruta de Nantes, donde se había preparado una gran fogata. Todos querían llegar más temprano para saludar a aquel cuya ausencia había sido tan amargamente llorada. Al ver aquellos rostros conocidos, aquella multitud que hacía llegar al cielo gritos de gozo, aquellos niños que pedían de rodillas su bendición, el santo anciano olvidó los sufrimientos del exilio. La inmensa alegría que inundaba su corazón no podía traducirse en palabras. Tomaba entre sus brazos a los buenos labradores, lloraba, sonreía cada tanto y no dejaba escapar sino esta palabra: «Buen día, hijos míos, buen día, mis queridos hijos, iré a veros» [...].
>
> El pastor no podía dominar su emoción al ver los desastres y las destrucciones acumuladas por el terror; cuando llegó al lugar, de golpe su rostro se llenó de lágrimas. Una sola mirada sobre todas esas ruinas le bastó para revelarle la extensión de las desgracias que habían agobiado a su parroquia. Buscaba en vano a su alrededor aquella multitud de jóvenes cuya cuna había bendecido o cuya unión consagrado, y había dejado llenos de fuerzas y de salud, a la entrada de la vida. Apenas se animaba a pronunciar su nombre o pedir noticias de su familia. Para un gran número, ay, la respuesta habría sido la misma.
>
> La vista de su iglesia incendiada le arrancó profundos lamentos; aquellos muros ennegrecidos y casas sin techo le anunciaban que desde hacía mucho el fuego del hogar se había extinguido y que no había, en su lugar, más que cenizas y lágrimas.



Era natural que esos sacerdotes, por lo general, comentasen abundante y elogiosamente el papel jugado por el nuevo régimen en la vuelta a la paz. La sintonía del pueblo vendeano con Napoleón, "emperador por la gracia de Dios y por la voluntad del pueblo francés", como algunos decían, duraría hasta 1812 y explica, entre otras cosas, el fracaso de las raras tentativas insurreccionales que organizaron en aquellos tiempos los realistas. Por cierto que, años después, las cosas cambiarían, volviendo Napoleón a ser considerado como enemigo. Un cronista contaría: "Cuando se enteraron de su caída, gritaron «¡Viva el rey! El emperador fue destronado. Luis XVIII ha sido proclamado rey de Francia [...]». Francia se había liberado de su tirano. ¡Sus hijos, sus queridos hijos [los del rey] estaban salvados! El entusiasmo de la población llegó a su culmen. Nunca he olvidado con cuánta felicidad se cantó el *Domine, salvum fac regem* por primera vez en la iglesia [...]". Pero lo que el cronista relata sería más adelante. Por el momento, los que se habían negado a cantar en la misa *Salvam fac Rempublicam* no tenían empacho en cantar *Salvum fac Imperatorem.* Como si los hermanos de Luis XVI hubiesen pasado al olvido.

### 3. *Su viaje triunfal por la región*

Entre las grandes campañas militares que emprendió Napoleón, de las que por razones obvias no podemos ocuparnos, signadas por rotundas victorias –varios combatientes vendeanos se enrolaron en las filas del Gran Ejército Imperial–, acometió dos que sus asesores le habían desaconsejado: a España y a Rusia. Sabemos lo que le pasó en Rusia. Ciñámonos ahora a lo que sucedió en España. Napoleón se dirigió allí, o más propiamente a Bayona, al sur de Francia, en los Bajos Pirineos, el 2 de abril de 1808, para "arreglar" los asuntos de España, ya invadida por los franceses. Llegó el 15 de dicho mes, y allí permanecería hasta el 20 de julio. El 2 de mayo estalló una gran insurrección en Madrid, duramente reprimida, muriendo miles de españoles. Goya lo ha dejado admirablemente evocado en su famoso cuadro de los "fusilamientos". En Madrid no quedaba ya ningún Borbón. Gobernaba el general Murat.

Mientras tanto, el 5 de mayo, siempre en Bayona, tras una borrascosa escena de familia, en presencia del Emperador, el rey Carlos IV, luego de abdicar en favor de su hijo Fernando VII, se arrepintió de haberlo hecho. A su vez Fernando debió renunciar, cediendo ambos la corona de España a Napoleón, quien graciosamente la ofreció a su hermano, José Bonaparte, en adelante José Napoleón 1°, Rey de España y de las Indias. Todo



fue una gran farsa. Juzgando Napoleón que las cosas habían quedado tranquilas en España, resolvió retornar a su patria. Pero ni bien José subió al trono, numerosas insurrecciones estallaron por doquier. En Sevilla se constituyó una Junta rebelde, que reconoció a Fernando VII por su único soberano. José se sentía solo: "No estoy espantado de mi situación, pero es única en la historia; no tengo un solo partidario". Pronto estalló un levantamiento general en toda España, para recobrar su independencia. La situación se hizo tan grave que Napoleón decidió tomar él mismo las riendas de la situación. El 5 de noviembre, a la cabeza de 200.000 hombres, cruzó la frontera española. La represión fue severa y feroz.

Luego decidió volver a París, pero no sin antes hacer un recorrido por la Vendée, que es lo que interesa especialmente a nuestro propósito. Resultó, en verdad, un viaje glorioso. Por las razones que antes expusimos, fue muy bien recibido. En cada pueblo lo esperaban con arcos triunfales. Sin embargo aquel trayecto fue también acompañado de malas noticias. Por ejemplo, habiéndose detenido en uno de los pueblos, donde querían agasajarlo, le llegó la noticia de que el general Dupont se había rendido en Bailén. Dicha derrota tuvo gran resonancia en toda Europa, dejando en claro que los ejércitos imperiales no eran tan invencibles como se creía. Al enterarse de ello el Emperador se puso furioso, llegando a decir que lo iba a hacer fusilar a Dupont.

Con todo, en lo que a la Vendée atañe, fue un trayecto triunfal, minuciosamente proyectado por Napoleón, quien se fue deteniendo en todos los pueblos posibles. Había pedido que al entrar en cada uno de ellos, así como al salir, se tocasen las campanas durante media hora. El 31 de Julio, el intendente de Benet, uno de los pueblos, lanzó esta proclama: "El vencedor de Europa, el restaurador de la religión nos viene a visitar [...] ¡Somos los primeros de este departamento por el que él pasa! ¡Cuántas municipalidades envidian nuestro destino! ¡Ciudadanos de todas las clases, acudid de todas partes a rendir homenaje al primer hombre del mundo! [...]. Hombres, mujeres y niños, vestíos con ropas de fiesta en este día feliz [...]".

Empeñábase sobre todo el Emperador en saludar con preferencia a los sacerdotes. Sabía bien el partido que podía sacar de dicha actitud, que tan bien caía en el pueblo: "Yo estimo y amo a los sacerdotes que son buenos franceses y que saben defender la patria contra esos eternos enemigos del nombre francés, esos malvados herejes de Inglaterra", decía. La expresión no deja de tener sabor, comenta Gabory; quería elogiar a los que tanto en Bretaña como en la Vendée, se habían batido por su fe católica. Un sacerdote ya mayor y enfermo, el padre Jacques Boursier, se acercó casi arrastrándose a la carroza imperial para saludar al Emperador. Luego diría: "Como Simeón, habiendo visto al Redentor de Israel, yo puedo morir contento, he visto al pacificador de la Vendée".



Por cierto que en este viaje, tan glorioso, Napoleón no las tenía todas consigo. Temiendo que algunos vendeanos pudiesen desconfiar de él, no disimulaba el temor que sentía de sufrir algún atentado. En Fontenay, por ejemplo, el servicio de seguridad revisó metro por metro los lugares por donde iba a pasar, incluidas las bodegas y las cuevas, no fuera que hubiese allí alguna bomba escondida. El intendente de ese lugar quedó profundamente decepcionado cuando Napoleón se negó a tomar parte en el banquete que se le había preparado; el cortejo imperial incluía sus propios cocineros. Sin duda que temía un posible envenenamiento. Pero por lo común trataba de mostrarse feliz. En cierto pueblo pidió que le fueran presentados algunos combatientes vendeanos. Al verlos, les mostró la gran simpatía que le producían. "¿Es acá –les dijo a un grupo de ellos– donde ustedes vencieron a los que habían vencido a todos los demás?".

En otro lugar felicitó por su coraje a una joven de apellido Regrenil, que se había destacado en varias ocasiones durante la lucha contra los azules, tomando parte en toda la campaña al otro lado del Loire. Su historia era notable. Sin duda que alguien se la relató a Napoleón. De muy joven había ingresado en el convento de las Ursulinas de Luçon. Luego dejó la vida religiosa. Tenía 20 años cuando se puso traje de hombre y empuñó el fusil, un sable y dos pistolas. Primero tomó parte en el paso del Loire. Luego, en Dol, se puso a la cabeza de

una compañía en derrota y logró que volviesen al combate. Escapada del desastre de Savenay, prosiguió la lucha hasta el fin. Mientras la multitud la aplaudía, ya que la consideraban comparable a Juana de Arco, el Emperador la felicitó por su coraje y le dio un abrazo. Otro tanto hizo la emperatriz Josefina. Al abrazar a esta heroica vendeana, estaban abrazando a toda la Vendée. Entonces se adelantó un hombre: "Sire, yo soy el intendente de la municipalidad y hermano de la joven Regrenil". "¿Y usted que hacía mientras su hermana se batía tan bien?", le preguntó Napoleón. "Sire –respondió el hombre, que se imaginaba ser hábil–, yo era neutral". Entonces Napoleón le lanzó esta terrible réplica: "¡Neutral! ¡Bueno, entonces usted no era sino un cobarde y un *Jean-foutre!*". En fin, al término de su viaje por la Vendée, Napoleón pudo decir: "He quedado extremadamente contento del espíritu del pueblo de la Vendée".

En uno de los días de aquel trayecto pidió que eligiesen doce hombres de los más valerosos y los llevasen a París, acompañados por el oficial que los había comandado en la batalla: "Quiero ver a esos bravos y buenos franceses. Quiero que el pueblo de la capital los vea". Tiempo después, dicho deseo se cumpliría. Los seleccionados eran gente del pueblo, marineros o labradores. El departamento pagó el viaje. En París los alojaron en los mejores hoteles. Todos querían conocerlos. El Emperador los recibió en las Tullerías, juntamente



con sus ministros y consejeros, y les pidió que relatasen sus combates y la parte que tuvo cada uno de ellos. Luego los colmó de regalos. No sabiendo qué más darles, les preguntó en qué le era aún posible serles agradable. Uno de ellos se adelantó y le dijo: "Devolviéndonos nuestros sacerdotes". Se ve que Napoleón quería integrarlos en su proyecto guerrero. Ya antes de su viaje por la Vendée, el año 1803, siendo aún Primer Cónsul, le había comunicado por carta al ministro de Guerra:" Mi intención es formar una legión compuesta de dos escuadrones de cazadores y tres batallones de infantería. Me gustaría poner al frente de ellos con el título de coronel al Señor d'Autichamps, que está en París [...]. Esta legión deberá estar compuesta por oficiales y soldados, por hombres que han hecho la guerra de la Vendée contra nosotros".

Napoleón tenía, no sólo en aquella circunstancia sino en todo su obrar, el sentido de los gestos y de los símbolos. Sabía cuán sugestivo era ello para la gente común. Usaba por ejemplo, su sombrero de una manera que le era peculiar, así como lo era el modo inconfundible que tenía de llevar su mano derecha en la chaqueta guerrera. El modo de haberse con su sombrero contenía también un "mensaje" implícito: arrojado al suelo o al rostro del interlocutor significaba que estaba furioso, y ello hacía temblar. Apeló asimismo al recurso de los *souvenir* que dejaba en sus frecuentes viajes o entrevistas particulares. El objeto, siempre presente

para el agraciado, ayudaba a hacer duradera la fidelidad.

De este modo, su manera de comportarse durante el viaje por la Vendée se enmarca en una política seductora, merced a la cual consiguió ganar la voluntad y el afecto de no pocos de aquellos pobladores. Tanto sus éxitos bélicos como su estrategia de seducción logró que numerosos vendeanos, incluidos algunos nobles, olvidasen un poco al rey legítimo, Luis XVIII, por quien tanto habían luchado, y mirasen ahora con admiración la figura impactante del Emperador. De ahí que en las ulteriores campañas de Bonaparte varios de ellos se ofrecieran de voluntarios, como una manera de agradecer sus beneficios. Dicha inesperada adhesión no dejó de tener sus peligros para la causa católica. Algunos empezaron a juntar la patria vendeana y la patria republicana. Víctor Hugo, el gran escritor, cuyo padre, héroe de las guerras de Napoleón, fue un conocido general republicano en las luchas de la Vendée, no temería decir: "Mi padre republicano, mi madre vendeana". Es claro que, luego, cuando los vendeanos fueron testigos de los desmanes de Napoleón, sobre todo en la actitud que tomó con la Iglesia, y especialmente con el papa, volverían a sus antiguas aficiones.

En el fascinante viaje de Napoleón por el territorio de la Vendée hubo, pues, una mezcla de honradez y de hipocresía. Porque, en el fondo, el Emperador temía a la Vendée, o, más propiamente, la



aborrecía al tiempo que la admiraba. Su correspondencia y sus grandes proclamas al ejército no dejan lugar a dudas. "Soldados –dijo sólo un mes después de haber tomado el poder–, hay que exterminar a esos miserables, el deshonor del nombre francés". Se trataba de una política camaleónica. En un discurso ante el Consejo de Estado, que pronunció el 16 de agosto de 1800, hizo pública su táctica: "Mi política es gobernar a los hombres como la mayoría quiere que lo haga. Tal es, creo, la manera de reconocer la soberanía del pueblo. Es haciéndome católico que acabé la guerra de la Vendée, haciéndome musulmán me establecí en Egipto, y haciéndome ultramontano he ganado los espíritus en Italia. Si gobernase un pueblo de judíos, restablecería el templo de Salomón". Ello explica en buena parte su extraña actitud con la Vendée.

Los mejores vendeanos nunca le creyeron del todo. Seguían esperando la hora de la "verdadera" Restauración, la del rey legítimo. "Los vendeanos han conocido las amnistías –observaba en 1804 el prefecto de Maine-et-Loire–, seguidas de degüellos espantosos, y esas imágenes lúgubres permanecían siempre presentes en su imaginación aterrorizada". Aun en aquellos que habían mirado con buenos ojos a Napoleón, la confianza comenzó a declinar cuando empezaron a considerar los hechos: el Emperador perseguía al papa, en 1808 le había quitado sus Estados Pontificios, y en 1810 los anexó al Estado francés, luego le arrebató su libertad; el papa

estaba en prisión y el Emperador excomulgado. Todo ello no podía dejar de ser ponderado en los hogares católicos de la Vendée. En varios pueblos del Sèvre aparecieron carteles con la bula de excomunión, del 11 de junio de 1809.

En los rostros de los vendeanos, que habían sacrificado todo en defensa de la fe católica, se comenzó a advertir la cólera. Aquel que se les había mostrado como el enviado mismo de Dios para restaurar su Iglesia, fue pasando a ser para ellos el peor de los impíos, perdiendo así, poco a poco, su lustre y popularidad. Pronto en la misma Vendée el ambiente político se enrareció: brutalidad de funcionarios imperiales o arbitrariedades de algunos intendentes. Fouché, todopoderoso ministro de la Policía, comenzó a dar pábulo a su inquina de apóstata. En Bretaña hizo perecer, uno por uno, a los dirigentes chuanes que se negaban a inclinar la cabeza, incluido Cadoudal, quien fue detenido y condenado a muerte. En Vendée y Anjou, todos los jefes que conservaban influencia sobre el pueblo, fueron puestos en prisión a despecho de las convenciones.

### 4. *El ocaso de Napoleón*

Tras la aurora de paz religiosa, que pareció inaugurar la época del Concordato, pronto aparecieron nubarrones. Los Artículos Orgánicos, añadidos arbitraria y unilateralmente por Napoleón al



tratado, preanunciaban la intención del nuevo Carlomagno de inmiscuirse en los asuntos de la Iglesia, como lo iría demostrando progresivamente. "Ya ha tomado el incensario –decía en voz baja el arzobispo de Burdeos–; si le dejamos hacer, pronto subirá al altar".

En modo alguno fue un acto banal en este contexto su decisión de ceñir la corona de los lombardos. No sería sino el preludio de su accionar contra los Estados Pontificios. "El papa será vasallo mío", dijo entonces a un confidente. Y pronto escribiría a Pío VII: "Vuestra Santidad es soberano de Roma, pero yo soy su Emperador". En 1805 se desencadenó el enfrentamiento entre Napoleón y la coalición de Estados europeos. Prevenir un ataque inglés fue la excusa que blandió para ordenar la ocupación de Ancona, que era una ciudad pontificia, violando así los dominios de la Iglesia. ¡Pensar que hacía sólo un año que el papa lo había coronado! Luego ocupó Venecia y la unió al reino de Italia. Pronto hizo a su hermano José, rey de Nápoles, que era feudo del papa, desde donde sus tropas ocuparon el puerto de Roma. Mientras tanto, en una serie de contundentes victorias, venció a Prusia y entró en Berlín. Su deseo era que el papa tomase partido, aliándose con él para enfrentar en común a sus enemigos. El 2 de febrero de 1809 las tropas francesas hicieron su entrada en Roma, rodeando el palacio del papa, y el 17 de mayo Napoleón anexó lisa y llanamente

al Imperio los Estados Pontificios. La bandera tricolor fue izada en el Castel Sant'Angelo. Entonces el papa publicó una bula, *Cum memoranda illa die,* en la que excomulga a sus expoliadores, cómplices y consejeros. Dos meses después, un destacamento de soldados franceses secuestraron al papa y, atravesando toda Italia, lo llevaron a Francia. Luego fue conducido de nuevo a Italia, más concretamente, a Savona, pequeña ciudad a cuarenta kilómetros de Génova, donde permanecería cautivo durante tres años, en espera de que renunciara a sus poderes temporales sobre Roma.

Mientras tanto, Napoleón se separó de Josefina, para desposarse con María Luisa, hija de Francisco II de Austria, y sobrina segunda de la reina María Antonieta. Estamos en los años 1810-1811. Napoleón, en el ápice de su poder, soñaba con instalar al papa en París, de modo que esa ciudad fuese a la vez capital espiritual y temporal del mundo. Pero el Emperador no las tenía todas consigo. En varias de las tierras por él conquistadas estallaban levantamientos por motivos semejantes a los de la Vendée, al punto de que él mismo llegó a hablar de "las mil Vendée" con que hubo de encontrarse.

Uno de los focos de resistencia se concentró en el Tirol. Era Emperador en Viena Francisco II, cuando Napoleón, aliado con el barón bávaro Montgelás, invadió y derrotó a sus ejércitos. Luego tomó en esa zona ocupada diversas disposiciones contra el culto católico. Los campesinos tiro-



leses intentaron por todos los medios de representación respetuosa que se retiraran aquellas medidas, pero sin éxito. Entonces el hermano de Francisco, el archiduque Juan, descontento con lo que estaba aconteciendo, convocó a varios hombres que le eran leales, entre ellos uno llamado *Andreas Hoffer.* Corría el año 1806 cuando los reunió en Viena, y les propuso formar un contingente de partisanos, para sublevarse contra el invasor.

Hoffer, hijo del propietario de un mesón, era un joven gigantesco, de negra barba y de educación muy limitada, que se ocupaba del comercio de vinos y caballos con Italia. Comenzó este muchacho a reclutar jóvenes tiroleses para secundar los designios del archiduque. Años atrás, el 1° de junio de 1796, ante la amenaza de que Austria fuese invadida, por iniciativa de los sacerdotes de la región se había consagrado el país al Sagrado Corazón. Ahora, en 1809, Andreas Hoffer, a la cabeza de su ejército, renovó aquella consagración. Él solía usar el escapulario del Sagrado Corazón e instó a sus tropas a llevarlo en sus chaquetas.

Este caudillo, a quien llamaban "el chuan del Tirol", se reveló como un gran jefe de guerrillas, llevando adelante una guerra local de emboscadas, sumamente eficaz. Lo primero que atacaron fue Innsbruck, logrando ocuparla. Pronto el Tirol quedó liberado. Los combatientes regresaron entonces a sus hogares, dejando la ciudad al mando de un intendente nombrado por Viena, con la pro-

mesa del Emperador de no desampararlos. Pero al poco tiempo Tirol fue alevosamente entregado a Francia. El mariscal Lefebre, con 40.000 hombres, avanzó sobre Innsbruck. La juventud, vibrando de patriotismo y siempre bajo la conducción de Hoffer, decidió "luchar contra los infieles [los bávaros] y los masones [los franceses]". Dieron así batalla en Berg Issel y vencieron. Francisco II entregó al caudillo una medalla de oro. Hoffer la recibió sin siquiera ponerse de pie, indignado por la anterior defección del monarca. Éste se comprometió a no abandonarlos de nuevo, por lo que ellos volvieron a confiar en su Emperador.

Poco más adelante, los ejércitos bávaro-franceses atacaron de nuevo en Berg Issel. Esta vez los católicos fueron derrotados, muriendo un tendal de jóvenes. Hoffer escribió entonces una audaz carta al Emperador, que tituló: "De igual a igual". Allí dice: "Amé mucho a mi país, como todos, tal vez más que todos. Por mi tierra me habría lanzado al fuego. No me detuve en pensar que obrando así hacía frente al ejército más grande del mundo. ¿Quién es este Napoleón para permitirse ser amo de mi amado Tirol?". El emperador francés al tomar conocimiento de esta carta, puso precio a la cabeza de Hoffer. Habiendo sido delatado por un traidor, lo llevaron a Mantua y allí fue ejecutado por orden de Napoleón. Hoy Hoffer sigue siendo el héroe nacional del Tirol, y el lugar donde está su tumba, en Innsbruck, es santuario nacional tirolés. Hay también un museo en las afueras de Innsbruck, precisamente en Berg Issel, dedicado a Hoffer y los suyos.



Mas el ocaso de Napoleón se fue haciendo dramático sobre todo a raíz de la resistencia implacable de los españoles, a que antes aludimos, pero sobre la que ahora nos extenderemos. Hemos señalado cómo en mayo de 1808 el Emperador, tras separar a Carlos IV de su hijo Fernando VII, instaló en el trono de España a su hermano José. Inmediatamente el pueblo se rebeló en masa, inspirado por los mismos sentimientos que movían a los de la Vendée: la fidelidad dinástica y la religión; sobre todo ésta, que de algún modo incluía a aquélla. A los ojos del clero, los franceses eran los que importaban a España el virus de los "filósofos" de las "luces" así como de los terroristas perseguidores, y Napoleón no era sino el que había despojado al papa de sus posesiones. Como se sabe, el clero tenía gran influencia sobre el pueblo español. El 2 de mayo estalló la revuelta en Madrid. Tras la capitulación francesa en Bailén, el 21 de julio de 1808, que, como vimos, sorprendió a Napoleón en su viaje por la Vendée, él mismo decidió intervenir personalmente, desde noviembre de 1808 a enero de 1809, logrando restablecer a su hermano en el trono de Madrid.

España estaba exhausta pero no rendida, como lo muestra la resistencia de Zaragoza, en febrero de 1809, que no cayó sino después de una encarnizada lucha. La guerra de España duraría cinco

años. Los ocupantes tomaron varias medidas anticatólicas: supresión de la Inquisición, abolición de varias órdenes monásticas y mendicantes, cancelación del derecho de asilo en las iglesias, atentados contra los templos y sepulturas; eran "francesadas", como aún hoy califican a esas acciones los españoles. Juntamente con ellas, las autoridades de ocupación fomentaban la creación de logias masónicas en las grandes ciudades. Todo ello era más que suficiente para que Pepe Botellas, como se lo llamaba a José por su afición a la bebida, y todo su clan, parecieran la encarnación misma de Satanás y su corte infernal. La lucha por la libertad fue inseparable de la guerra religiosa. El canto de los combatientes, que se batían al estilo de los comandos, tenía por estribillo esta copla:

*La Virgen del Pilar dice*
*que no quiere ser francesa...*

Como afirma Daniel-Rops, el heroísmo católico de la Vendée volvió a mostrarse en España, sólo que extendido a toda una nación. Tal fue aquella "guerra de España", refiriéndose a la cual el mismo Napoleón reconocería que constituyó para él el comienzo del fin.

Mientras tanto, el papa se encontraba en Savona, prisionero del Emperador y totalmente aislado de la Iglesia, negándose con santa pertinacia a conceder la investidura a los obispos nombrados por el Emperador excomulgado. Napoleón, por su parte,



a más de controlar a los obispos que le parecían sospechosos, recluyó a algunos de ellos en residencia vigilada. Luego decidió dar un gran golpe. El 9 de junio de 1812, alegando que los ingleses preparaban un desembarco en Savona para raptar al papa, ordenó que Pío VII fuese llevado a Francia e instalado en el palacio de Fontainebleau. Quince días después emprendió la campaña a Rusia. Sabemos el resultado de esta nueva aventura. Cuando llegó a Moscú, la encontró en llamas, viéndose obligado a emprender la retirada en medio de un invierno crudelísimo. Mientras tanto, el papa había comenzado a ceder, y en un momento de desfallecimiento aceptó una especie de nuevo Concordato mucho más condescendiente aún que el anterior. Pero luego sintió un profundo remordimiento por lo actuado, a tal punto que le hizo llegar al Emperador una larga carta de retractación. Napoleón se puso furioso, e hizo público un decreto que volvía obligatorio el nuevo Concordato. Había doce sedes episcopales vacantes. Se apresuró entonces a cubrirlas, aunque fuese con la ayuda de la policía.

Pero Europa estaba harta del Emperador, de tantas guerras, de tanta sangre. Éste, ya muy debilitado, ordenó que el papa fuese llevado nuevamente a Savona. A lo largo del camino, las multitudes se sucedían a las multitudes para aclamarlo a su paso. Así pudo llegar a Roma, de donde había sido arrebatado hacía cinco años.

### 5. *Los Cien Días y la Cuarta Guerra de la Vendée*

En 1814 abdicó Napoleón, subiendo al trono Luis XVIII. El ex-emperador fue recluido en la isla de Elba. Pero de allí escapó al año siguiente. Tras regresar a París, retomó la corona, logrando mantenerse en el poder durante cien días.

Consideremos lo que pasó en esos tres largos meses. Los hombres de la Revolución estaban felices. O, como escribe Gabory, "los hijos de la Revolución volvieron al hombre de la Revolución", poniendo en él su suprema esperanza. El clero, por lo general, sobre todo en la Vendée, se sentía sumamente contrariado, negándose a cantar en la misa el *Salvum fac imperatorem*. De golpe, llegaron noticias preocupantes a la región. Advirtiendo que varios países de Europa estaban preparando una ofensiva general contra él, el Emperador había dispuesto una nueva leva para constituir un ejército que pudiese hacer frente a la amenaza. Napoleón, siempre sagaz, entendía que lo más que podía esperar de la Vendée era la neutralidad. Bretaña y la Vendée fueron así exceptuadas de la leva de guardias nacionales. Pero era tarde. Los paisanos ya no creyeron en este favor interesado, entendiendo que el rey legítimo no era sino Luis XVIII. Y así, el 11 de mayo, d'Autichamps, Suzannet y Augusto de La Rochejaquelein, celebraron en las orillas del Loire, una especie de consejo de guerra, donde se decidió un levantamiento general para el 15 de mayo.



Antes de seguir adelante, digamos algo de los hermanos de La Rochejaquelein. Porque Henri, el héroe máximo de la familia, de quien tanto hemos hablado, tuvo dos hermanos, Luis y Augusto. Luis había cumplido 24 años cuando, hacia fines de 1801, volvió al castillo familiar. Todo el pueblo vendeano lo recibió con delirio. Aquel castillo había sido cinco veces incendiado por los azules. Al año siguiente, se casó con la viuda del marqués de Lescure, el "Santo de Poitou", que era primo suyo. Tuvieron ocho hijos. Desde el castillo, consagraron su tiempo y su fortuna en ayudar a los necesitados, especialmente a los antiguos soldados del ejército vendeano. En cuanto a Augusto, tenía seis años cuando la Revolución dispersó su familia. Separado de sus padres, a los que nunca volvería a ver, fue criado por una hermana mayor en Inglaterra, donde ingresó en la Marina de guerra. A los 18 años volvió a la Vendée. Pero no bien pisó tierra lo detuvieron y encerraron en el Temple. Puesto en libertad a los pocos meses, fue de nuevo arrestado en 1809. Se le dio entonces a elegir entre revistar como subteniente en el ejército del Emperador o seguir en prisión. Augusto eligió lo segundo, pero luego, recapacitando, aceptó integrar un regimiento en formación que se encontraba en Tours, donde revistaban algunos miembros de las familias más ilustres de la Vendée: un pariente de Charette, du Landreau, y otros. Los generales de Napoleón los habían incorporado entendiendo que aquellos jefes vendeanos y

bretones eran realmente guerreros de élite. Así Augusto participó en la campaña de Rusia. En 1812, en las orillas del río que pasa junto a la capital, el joven oficial salvó la vida a un aristócrata ruso que había caído en manos de sus hombres y éstos se aprestaban a matarlo. Algunos días más tarde, en el curso de la batalla de Borodino, Augusto recibió un sablazo en plena cara y fue dejado entre los muertos. Pero estaba aún con vida. Cuando algunos soldados rusos, al advertirlo, se proponían matarlo, debió su salvación a la intervención del príncipe Damidov, el mismo a quien él había salvado días atrás. Cuidado en Kazán por la familia del príncipe, allí permaneció hasta que Luis XVIII retomó el poder en Francia.

Volvamos ahora a los hechos que acontecían en la Vendée. Al enterarse del retorno de Napoleón, numerosos voluntarios se habían reunido en toda la región para ponerse una vez más al servicio del Rey legítimo y cortar el camino al Intruso que intentaba suplirlo. El 12 de marzo, Luis XVIII designó al viejo duque de Borbón, padre del duque de Enghien, para ponerse a la cabeza de la Vendée, y al príncipe de La Trémoille para organizar la Bretaña, con el fin de constituir "nuevos cuerpos de voluntarios, sea con el fin de unirlos lo más prontamente posible a nuestros ejércitos, sea para unirse en la zona misma y defenderla contra las empresas del enemigo". Augusto de La Rochejaquelein y otros oficiales acudieron para poner los primeros contingentes de voluntarios a disposición del rey. Se iniciaba así la llamada Cuarta Guerra de la Vendée.



Algunos historiadores han pretendido negar todo carácter religioso a esta guerra. Mas no es así. Los vendeanos permanecían fieles a los ideales que dieron origen al primer levantamiento, es decir, la religión y la política, el trono y el altar. Véase, si no, lo que podemos leer en una carta que un grupo de oficiales realistas enviaron al enterarse de que ciertos jefes de la Vendée proyectaban ponerse de acuerdo con el Usurpador: "Profundamente afligidos por la noticia de que algunos generales y oficiales superiores del Ejército vendeano están a punto de dejarse sorprender por las insinuaciones pérfidas de los enemigos del trono y del altar, olvidando que nuestro soberano, Luis XVIII, los ha puesto fuera de la ley, ordenamos atacar al usurpador y a todos sus sostenedores [...]. Protestamos acá y para siempre, en nombre de todos los bravos vendeanos, contra todo tratado, pacto o acuerdo contrario al juramento que todos hemos hecho tácitamente de no deponer las armas sino tras la ruina entera del tirano y sus promotores, y la restauración de nuestro augusto monarca Luis XVIII [...]".

El 15 de mayo, a la salida de la misa, las campanas de rebato repicaron en todas las parroquias, llamando al combate. El 17 de mayo, el párroco de Aubiers reunió en la iglesia, como en los inolvidables días de 1793, a toda la población católica.

Después de haberlos exhortado a combatir por Dios y a morir por el Rey –"vendeanos, les dijo, sois soldados de Jesucristo y del Rey"–, les dio la absolución general y ellos partieron. Pronto se alistaron 25.000 hombres, si bien es cierto que esperaban el doble. Entre los comandantes nombremos a Suzannet en Legé; Robert y los dos sobrinos de Charette, en la zona de Raiz; d'Autichamps, en los Mauges; Augusto de La Rochejaquelein, en la región de Gatine; Sapinaud, en el Bocage. Por desgracia, y como en otras ocasiones, no faltaron altercados entre los principales jefes, por ambición u orgullo. Desde la apertura de las hostilidades, d'Autichamp se caracterizó por una lentitud desesperante, perdiendo ocasiones de victoria, con lo que le dejaba al enemigo un peligroso margen de reacción. Sapinaud gustaba firmar "general en jefe del ejército real francés", y d'Autichamps "general en jefe de los ejércitos de Su Majestad Luis XVIII". Más allá de las desavenencias, los gestos y el tono de las proclamas seguían siendo los de siempre: "¡Dios y el Rey –decía d'Autichamps a sus paisanos–: he ahí nuestra divisa! [...]. En sus pretendidas constituciones el usurpador [...] quita a nuestra religión su preeminencia [...]. Él inspira la persecución contra los ministros de los altarés [...]. La causa sagrada de la religión está ligada con la de los hijos de San Luis". Pero ya no había en los nobles aquel fuego sagrado de 1793. No había ardor místico en su combate.



Otro problema fue que algunos de los jefes vendeanos se habían enrolado, como lo señalamos oportunamente, en los ejércitos de Napoleón, participando en sus campañas. Pues bien, quienes dejaron de servirlo para colaborar con las tropas de la Vendée, teniendo que luchar ahora contra el mismo Emperador, no siempre llegaron a superar su anterior admiración por Napoleón, y el recuerdo de su *grandeur*. No poco les costaba dejar de cultivar a la vez los recuerdos del Imperio y los de la Vendée. Un joven sacerdote de aquella región decía que durante su infancia lo habían emocionado dos nombres, el de Charette y el de Napoleón, "esos dos mortales incomparables". Sin embargo al enterarse de que un movimiento realista tradicional había estallado en el Oeste, volvieron a sus fuentes y a su anhelo primigenio de restaurar no cualquier realeza sino la realeza tradicional y legítima. Así, por ejemplo, el caballero de Landreau, que había revistado en los ejércitos del Imperio, volvió a enrolarse en la Vendée poco antes de la abdicación de Napoleón, constituyendo formaciones militares en el Bocage vendeano. Por sus golpes de mano, los grupos de caballería que formó fueron llamados "los cosacos de Landreau". En el fondo, nunca habían llegado a asumir plenamente la causa del bonapartismo.

Luis de La Rochejaquelein fue nombrado por Luis XVIII general en jefe de los Ejércitos reales de la Vendée. Enseguida comenzaron las operacio-

nes militares. Pronto los vendeanos ocuparon la ciudad de Cholet. Mientras tanto los chuanes tomaron Bressuire, en el departamento de Deux-Sèvres. Luis de La Rochejaquelein, por su parte, esperaba ayuda de Inglaterra, uno de los países que se habían aliado contra Napoleón. Ellos habían quedado en desembarcar vituallas y municiones en el pequeño puerto de Saint-Gilles: 30.000 fusiles, 9 millones de cartuchos, etc. De hecho sólo llegaron 12.000 fusiles y un millón de cartuchos. "Siempre los ingleses nos engañaron", comentó Suzannet. Se acordaron de Quiberon. Algunos de los jefes vendeanos miraban con cierto recelo esta ayuda del extranjero. Otros la aceptaban, pero siempre que fuese bajo la bandera de Francia. Así d'Autichamps, quien declaraba: "Franceses, nuestros augustos aliados, los emperadores y los reyes, vienen en nuestra ayuda bajo la bandera de Francia". Del lado de los antiguos republicanos algunos toleraban que el extranjero viniese en ayuda de los resistentes a Napoleón. Fouché, por ejemplo, según lo relata Crétineau-Joly, se resignaba a que el Emperador que volvía del exilio corriese la suerte de los combates, en la seguridad de que sería vencido, pero lo que no podía aceptar era que fuesen los blancos quienes restablecieran por las armas la antigua monarquía. Ello hubiera significado "la muerte de la Revolución, y Fouché pretendía vivir con ella y para ella", escribe el historiador francés.



Napoleón estaba preocupado. Le habían dicho que en el horizonte de la Vendée se agitaba una oleada de combatientes. No había pensado en ello al desguarnecer esa región para dar un golpe contundente en el norte. Entonces confió la represión del Oeste al general Lamarque, un militar probado en la lucha contra los guerrilleros de España. Su ejército sólo contaba con 8000 hombres de tropas regulares. Consideró un buen expediente tomar medidas rigurosas contra los nobles y los emigrados, ordenando, por ejemplo, a su ayudante de campo que hiciera arrasar la casa de La Rochejaquelein. "La Vendée –dijo con esa ocasión– verá en este acto de rigor una renovación de las desgracias que la abrumaron hace 10 años".

¿Qué pasaba en el entretanto con Luis de la Rochejaquelein? Desde que se enteró del retorno de Napoleón se había propuesto fomentar un alzamiento. Es cierto que no tenía ninguna experiencia de guerra. Con todo quiso merecer su apellido. En poco tiempo se lo nombró comandante en jefe, y como tal dirigió a sus generales una orden del día premonitoria: "Si los señores generales lo quieren francamente, jamás la Vendée ha sido tan fuerte como lo es en este momento. Fusiles, cañones, municiones de guerra de toda especie van a desembarcar en la flota inglesa [...]. Mostrémonos dignos del nombre francés y rechacemos con indignación todas las proposiciones que busquen una transacción con el monstruo que quiere gobernar Francia". Las

batallas se sucedieron. En cierta ocasión, Luis subió a una colina desde donde así arengó a los suyos: "¡Adelante! ¡Viva el Rey!". Al verlo tan expuesto, un grito de admiración subió de las líneas enemigas: "¡Es demasiado valiente, no lo maten!", gritó uno de los jefes del ejército de Napoleón, pero su voz quedó cubierta con el estrépito de la metralla. Una bala le había dado en pleno corazón. Así encontró una muerte gloriosa el hermano heredero de "Monsieur Henri", a la cabeza de sus últimos fieles. Era el 4 de junio de 1815. Tenía 38 años. Dejaba ocho huérfanos, el mayor de los cuales no había aún cumplido 11 años. Entre los grandes jefes de esta cuarta guerra, Luis, marqués de La Rochejaqulein, fue quizás el que combatió con más fuego sagrado. "La bala que golpeó a La Rochejaquelein –escribe justamente un autor de *Memorias*, un tal Canuel– mató a la Vendée". Esta expresión estuvo con frecuencia en boca de los vendeanos.

Refiriéndose a la mezcla que en esta guerra se produjo entre vendeanos y extranjeros, nos ofrece Gabory una acotación no carente de interés. La participación de los prusianos, observa, produjo cierta preocupación en los vendeanos. Habían llegado, es cierto, en apoyo de Luis XVIII, y eran, por consiguiente, los aliados de Francia, contribuyendo así al "restablecimiento del trono y del altar". No era otro el anhelo de todo buen vendeano. Pero pronto corrió el rumor –o se lo hizo correr– de que aquellos "aliados" podrían acabar de dividir a Francia, repartiéndosela entre ellos. Tal posibilidad suscitó viva indignación en los sectores realistas. Sapinaud y La Rochejaquelein no dudaron en enviar sendos mensajes a Cholet, para que hiciesen llegar al general azul Lamarque, "el voto unánime de todos los jefes vendeanos" de unirse a sus tropas para combatir como franceses todos los intentos de las potencias extranjeras que se propusiesen el desmembramiento de Francia. Lamarque respondió: "Acabáis de hacer una declaración que os honra demasiado para que yo no la haga conocer en toda Francia. Ella reconocerá que los que se han batido por opiniones diversas no dejan de conservar por ello un corazón completamente francés". Para salir al paso de tal rumor, los prusianos se esmeraron por dejar las cosas en claro ante la población. El general que comandaba el sexto cuerpo declaró: "No hemos venido aquí como enemigos; quedaos tranquilos, permaneced en vuestras villas y aldeas; nadie apreciará tanto vuestra generosa y heroica entrega por la causa de vuestro Rey como el ejército prusiano. Vuestras familias, vuestros bienes serán respetados". Con lo que los vendeanos se tranquilizaron, entendiendo que aquellos extranjeros estaban colaborando para devolverles a su legítimo rey. Y así se oyeron miles de gritos de "Viva el rey", y también de "Viva los liberadores de Francia".



Mientras tanto, los ejércitos de los países aliados a la causa de los Borbones, seguían avanzan-

do en territorio francés. Se cuenta que cuando las unidades prusianas a que antes aludimos iban entrando en la región del norte de Loire, en una especie de paseo militar, los oficiales del cuarto ejército y su comandante, el general conde von Bülow, encontraron tiempo para leer las memorias de la marquesa de La Rochejaquelein. Cultores del nacionalismo alemán, que había nacido entre ellos especialmente en reacción al yugo napoleónico, quedaron profundamente conmovidos por el relato heroico de lo acontecido en 1793.

¿Y qué era del hermano de Luis, Augusto de La Rochejaquelein? Cuando murió Luis, lo sucedió en el cargo, decidido a combatir hasta el fin contra las huestes de Napoleón. Su actuación fue relevante en estos meses de combate. Para motivar mejor el propósito de los vendeanos, le pidió a Luis XVIII que enviara un príncipe a la Vendée, como se había solicitado, aunque inútilmente, en anteriores ocasiones. Pero lo mismo que entonces, tampoco ahora apareció ninguno. Con todo, ya la guerra se acercaba a su fin. Desde que llegó a la Vendée la noticia de la derrota de Waterloo, los combates cesaron. ¿Qué sería posteriormente de Augusto? Luego de terminar la guerra, se casó con la viuda del príncipe de Talmont, hermano del compañero de armas de Henri, y compró un castillo en la Vendée. Años después, bajo el gobierno del rey intruso, Luis Felipe de Orleans, tomó parte activa en el equipamiento de la duquesa de Berry, casada con el hijo de Carlos X,



para la empresa que ella encaraba y que sería la última guerra de la Vendée, de que después hablaremos. Ello le valió ser condenado a muerte por contumacia, así como su mujer. Absuelto en 1835, se dirigió a Portugal para combatir contra los liberales, como lo había hecho en España diez años antes, luciéndose especialmente en la batalla de Trocadero, con "los cien mil hijos de San Luis". Luego volvió a su castillo, donde permaneció el resto de su vida. Fue el cardenal Pie quien pronunciaría su elogio fúnebre con acento encendido.

Unas palabras finales sobre la partida de Napoleón hacia su último exilio, porque ello tiene también algo que ver con los vendeanos. El 19 de junio de 1815, a las diez de la noche, una carroza con cuatro caballos, sin escudo de armas, llegó a Niort, ciudad vendeana, y se detuvo ante un hotel. De ella bajó un hombre con uniforme, de aspecto fatigado. Era Napoleón, seguido por altos oficiales que caminaban en silencio. El ex-soberano partía para el exilio, sin saber el lugar, si Estados Unidos o Inglaterra... No podía ni sospechar que el sitio señalado sería Santa Elena, en pleno Océano Atlántico. Al día siguiente, por la mañana, Napoleón se dirigió hacia la prefectura. A su vuelta, la multitud, habiéndose enterado de su presencia en el hotel, se agolpó en la vereda. "¡Viva el Emperador!", gritaban. Napoleón no se asomó al balcón. "Quedaos aquí –exclamaba la gente–, no os vayáis". Algunos oficiales le propusieron: "Poneos a la cabeza del

regimiento y volved á París, o si no, id a la Vendée para uniros con el ejército del general Lamarque". Pero la suerte ya estaba echada. Napoleón dejó Niort a eso de las 3 de la mañana, en dirección a Rochefort. Durante el camino, las aclamaciones se renovaron incesantemente. Era la despedida –agridulce– de la Vendée...

### 6. *Napoleón en la isla de Santa Elena*

Tras la abdicación, el ex-emperador había manifestado deseos de vivir su ostracismo en Inglaterra. No le dieron el gusto. Un día, y a la fuerza, sus carceleros lo embarcaron en un buque inglés y lo depositaron en Santa Elena, isla rocosa y agreste, en medio del Atlántico, ocupada por Inglaterra. Algunos de sus admiradores se habían ofrecido a acompañarlo en el exilio. Entre ellos se contaba un marqués llamado Manuel A. de Las Cases, al parecer descendiente colateral del famoso fraile dominico español Bartolomé de las Casas. Gracias a él, se nos ha hecho posible penetrar algo más en el pensamiento interior del Emperador, ahora desterrado.

¿Quién era Las Cases? Nacido al sur de Francia, en la zona del Languedoc, estudió primero en la Escuela Militar de París y luego hizo la carrera naval, interviniendo en algunas batallas. Al estallar la Revolución, optó por irse a Inglaterra y se incorporó a un grupo de emigrados, llegando a



participar en la expedición de Quiberon. Cuando Napoleón tomó el poder, Las Cases se le acercó, y fue tratado por él con benevolencia, recibiendo de su protector la dignidad de barón. Al llegar la Restauración, huyó de Francia, pero luego retornó con los Cien Días, ocupando el puesto de Consejero de Estado. Tras la derrota de Waterloo, se trasladó, como dijimos, a Santa Elena, juntamente con su hijo Manuel, para acompañar al Emperador a quien tanto se había aficionado. Allí pasaría 18 meses, dedicándose en buena parte a mantener largas conversaciones con su admirado jefe, cuyo contenido transcribía por la noche en una carpeta, haciendo a veces su hijo de secretario.

Napoleón no era tratado por el gobernador de la isla y sus oficiales con el respeto que él creía merecer. Por eso las relaciones de Las Cases con las autoridades locales no dejaban de ser tensas. En cierta ocasión, el marqués se comunicó por carta con uno de los hermanos de Napoleón, Luciano Bonaparte, quejándose del trato que se le daba al detenido. La carta fue interceptada por las autoridades de la isla quienes resolvieron que tanto Las Cases como su hijo debían ser expulsados al Cabo de Buena Esperanza. Tras ocho meses en dicho lugar, volvieron ambos a Europa, pero el marqués sólo sería autorizado a entrar a Francia tras la muerte de Napoleón.

El libro que contiene sus reflexiones y entrevistas se publicó luego bajo el nombre de *Mémorial*

*de Sainte Hélène, ou Journal où se trouve consigné jour par jour, ce qu'a dit et fait Napoléon pendant dix-huit mois* (Paris, 1822-1823). Cuando su autor retornó a Francia, ya bajo Luis Felipe, el rey intruso, fue elegido diputado entre 1831 y 1839, sentándose en las bancas de la extrema izquierda. Su hijo Manuel, quien había tomado parte en la Revolución de julio de 1830, fue encargado por Luis Felipe de traer a Francia los restos mortales de Napoleón.

En este documento extraordinario que es el *Memorial*, se revelan algunos aspectos muy destacados de la figura de Napoleón. Arrinconado en ese islote, como un águila a la que se le han cortado las alas, o como Prometeo atado con cadenas en un peñasco, transcurrió los últimos años de su vida, en condiciones precarias e incómodas, primero en una especie de rancho, y luego en una casa algo mejor, pero en extremo sobria. Gracias a sus confidencias al marqués, nos ha abierto el corazón, revelando mejor su identidad y cuáles fueron sus reales miras políticas. Al parecer, se entendía como el punto culminante de una larga trayectoria histórica, o el remate de cuatro dinastías. La primera fue la de los generales romanos y francos que rigieron la zona de las Galias, Clodoveo y sus merovingios. La segunda, la de Carlomagno, en el 800, quien instauró el Imperio. Hacia el año 1000 apareció Hugo Capeto, dando origen a la dinastía del mismo nombre. Y, finalmente, él, Napoleón Bonaparte, alcanzando la plenitud histórica, tras la República vuelta Imperio.



A lo largo de estas páginas apasionantes, no queda disimulado el menosprecio del Emperador por los Borbones, a quienes considera como tiranos del pueblo. "Los Borbones –le dijo a Las Cases– quieren hacer todo lo posible para *encapuchinar* a la pobre Francia, cubriéndola de frailes y de sacerdotes mucho más por hipocresía que por fervor, dado lo muy persuadido que están de que el trono y el altar son aliados naturales indispensables para encadenar al pueblo y embrutecerlo". Helo aquí en las antípodas de la cosmovisión vendeana. Él se considera el hombre de la madurez histórica, que había puesto un término a la mediocridad presente. Él era el hombre moderno, el hombre de la postcristiandad, de la época de las luces, el que había asumido el ideario y el espíritu de la Revolución. "La igualdad es la pasión de siglo, ¡y yo soy y quiero ser siempre el hijo del siglo!", le decía al marqués. "Yo no podía reinar sino precisamente por el principio de la soberanía del pueblo". Él había dado cuerpo y también alma a la Revolución, convencido como estaba de que los suyos eran "el ejército de la soberanía del pueblo", los que debían diseminar por toda Europa el ideario de la Revolución. Él no hacía más que seguir *le vent de l'histoire*. Por lo demás, le aseguraba a Las Cases, la victoria final de las ideas modernas era ineluctable: "¿Cómo no han de vencer? Obsérvese bien el curso de las cosas: ¡en el día, aun los que mandan oprimiendo, se pervierten con arreglo a ellas!".

Con todo, no deja de señalar el deseo que tuvo de efectuar algunos retoques en la Revolución, de modo que perdiera su virulencia y así se volviera más potable. "Yo purifiqué la Revolución", le dijo al marqués. Pero jamás renuncia a la gloria de haber sido su faro universal. En relación con ello el *Memorial* nos ofrece un texto al que aludimos anteriormente, pero que ahora nos parece oportuno recordar:

> Nada podría ahora destruir o borrar los grandes principios de nuestra revolución, cuyas grandes y bellas verdades deben perdurar siempre, dado lo mucho que las hemos rodeado de esplendor, de monumentos, de prodigios. Hemos ahogado sus primeras máculas en torrentes de gloria y ahora son inmortales. Surgidas de la tribuna francesa, cimentadas por la sangre de las batallas, decoradas por los laureles de la victoria, saludadas por las aclamaciones de los pueblos [...]. Viven en la Gran Bretaña, iluminan América, se han nacionalizado en Francia. Este es el trípode de donde brotará la luz del mundo. Esas verdades lo regirán, constituirán la fe, la religión, la moral de los pueblos. Y esta era memorable se enlazará, dígase lo que se haya podido decir, a mi persona, porque al fin y al cabo, yo he hecho brillar su antorcha, consagrado sus principios, y hoy, por virtud de la persecución, paso a ser su Mesías. Todos, amigos y enemigos, me considerarán su primer soldado, su gran representación.

Como se ve, Napoleón entendía ser el "abanderado" de la modernidad, su encarnación misma en el campo de la política. Lo intentó tratando de restaurar una especie de contubernio entre el *Ancien*



*Régime* y el espíritu jacobino. "Se propuso –escribe Las Cases– tres objetos de la mayor importancia, y todos los habría conseguido, a saber: reconciliar Francia con Europa, establecer la armonía aparentando adoptar las costumbres de los nobles, reconciliar al mismo tiempo y amalgamar la Francia nueva con la antigua". O en palabras de él:

> Yo también habría tenido mi Congreso y mi Santa Alianza. Son ideas que me han robado [...]. La causa del siglo estaba ganada; la revolución, llevada a cabo. Yo venía a ser el arca de la antigua y de la nueva alianza; el mediador natural entre el antiguo y el nuevo orden de cosas. Tenía los principios y la confianza de uno y me había identificado con el otro; pertenecía a los dos [...]. Hubiera querido los mismos principios y el mismo sistema en las dos partes. Habría un código europeo y un tribunal europeo supremo, que corrigiera los errores de todos, como el nuestro corrige los de nuestros tribunales. Una misma moneda en cuños diferentes; las mismas pesas, las mismas medidas, las mismas leyes [...].

Era el esbozo de un nuevo orden mundial, convenientemente globalizado, un sueño imperial. Unificar toda Europa en la uniformidad de monedas, pesos y medidas, así como de una idéntica legislación. "¿Por qué el Código no habría de servir de base a un código europeo y mi universidad imperial a una universidad europea? Así Europa no habría compuesto realmente sino una sola y misma familia. Todos viajando, se hubieran encontrado siempre en su patria".

En cuanto a sus convicciones espirituales y su política religiosa, algo dejó entrever en sus conversaciones. A los 13 años, le confesó a su interlocutor, dejó de creer. "Ojalá algún día de nuevo [...]". Ahora dice creer en Dios, pero en realidad no muestra tener la verdadera fe. Véanse, si no, las siguientes reflexiones.

> Todo proclama la existencia de un Dios. Ello es indudable; pero nuestras religiones son evidentemente hijas de los hombres. ¿Por qué hay tantas? ¿Por qué no ha existido siempre la nuestra? ¿Por qué ha de ser exclusiva? ¿Qué sería entonces de los hombres virtuosos que nos precedieron? ¿Por qué estas religiones se injurian, se exterminan, se combaten? ¿Por qué ha ocurrido eso en todos los tiempos y lugares? Porque los hombres son siempre los hombres y porque los sacerdotes han infiltrado siempre por doquier el fraude y la mentira. No obstante, desde que llegué al poder me apresuré a restablecer la religión. Me servía de ella como de base y de raíz. A mis ojos ella era el apoyo de la buena moral, de los verdaderos principios, de las buenas costumbres. Además, la inquietud del hombre es tal, que necesita lo que de vago y maravilloso ella le presenta. Más vale que lo tome allí, que no ir a buscarlo en Cagliostro [...], o de los que leen en el porvenir, o de los bribones".

Uno de sus acompañantes, comenta Las Cases, se atrevió a decirle que a lo mejor un día concluyera por ser devoto. Él, con aire convencido, le contestó que temía que no, y que lo decía lamentándolo, porque la fe era sin duda un gran consuelo, mas añadió que de todos modos su incredulidad no procedía de aviesidad o de licencia de ánimo, sino sólo de la fuerza de su razón.



> Sin embargo, el hombre no debe afirmar nada sobre lo que concierne a sus últimos instantes. Sin duda creo que en ese momento moriré sin confesor, y con todo, he aquí –dijo, señalando a uno de nosotros– alguien que acaso me confiese. Seguramente estoy muy lejos de ser ateo, pero no puedo creer todo lo que se me enseña a despecho de mi razón, so pena de ser falso e hipócrita. Bajo el Imperio, y en especial después del matrimonio con María Luisa, se hizo todo lo posible para persuadirme a que fuera con gran pompa, a la manera de nuestros reyes, a Notre-Dame. Yo me negué en redondo, diciendo no creer lo suficiente para que ello pudiera serme beneficioso y creer sin embargo lo bastante para no exponerme a sangre fría a un sacrilegio [...]. No hay, esto aparte, duda de que mi incredulidad fue, en mi calidad de Emperador, un beneficio para los pueblos. De otro modo, ¿cómo hubiera podido yo ejercer una verdadera tolerancia, cómo hubiera yo podido favorecer con equidad a sectas tan contrarias, si hubiese sido dominado por una sola? ¿Cómo hubiera conservado la independencia de mis pensamientos y movimientos bajo la sugestión de un confesor que me hubiera gobernado fundándose en el temor del infierno?

En lo que atañe a las relaciones entre lo espiritual y lo temporal, su idea era, tras haber intentado separar la Iglesia y el Estado, juntar en sus manos las riendas de ambos poderes:

> Y así lo sancionó el papa en el famoso concordato de Fontainebleau, a pesar de mis reveses de Moscú. ¿Qué no hubiera sido de haber vuelto yo victorioso y triunfante? Habría conseguido por fin la

> tan deseada separación de lo espiritual y de lo temporal [...]. A partir de ese momento yo iba a exaltar al papa enormemente, iba a rodearlo de pompa y de honores. Lo hubiera hecho olvidar su poder temporal, lo hubiera convertido en un ídolo. Hubiese permanecido a mi lado y París habría llegado a ser la capital del mundo cristiano. Yo habría dirigido el mundo tanto religioso como político [...]. Habría tenido mis sesiones religiosas lo mismo que mis sesiones legislativas. Mis concilios hubieran sido la representación de la cristiandad y los papas tan sólo sus presidentes [...]. Yo habría abierto y clausurado las asambleas, aprobado y publicado sus decisiones como lo hicieron antes Constantino y Carlomagno. Y si había faltado dicha supremacía a los emperadores es porque habían cometido la falta de dejar residir lejos de ellos a los jefes espirituales, quienes se aprovecharon de la debilidad de los príncipes o de las crisis de los acontecimientos para librarse de ellos y someterlos a su vez. Mas para llegar a eso hube de maniobrar con mucha destreza, disfrazar sobre todo mi verdadero pensamiento y engañar por completo a la opinión [...].

El Emperador decía, asegura Las Cases, que esa liberación de la corte de Roma y la consiguiente dirección religiosa en manos del soberano, había sido siempre el objeto de sus meditaciones y de sus deseos.

Pensamos que estas confidencias ayudarán a penetrar algo más en el interior de esta figura tan apasionante como complicada. Todo lo cual tuvo no poco que ver con la actitud que tomó en su momento con nuestros combatientes de la Vendée.

CAPÍTULO CUARTO

# LOS BORBONES Y LA VENDÉE



*Duquesa de Berry*

Napoleón se ha retirado. Volverían finalmente los Borbones, por cuya restauración tanto habían luchado los vendeanos, si bien dicho combate quedó un tanto obnubilado por el espejismo imperial.

## I. El retorno de los Borbones

Todavía durante el gobierno de Napoleón, ya en sus postrimerías, Luis XVIII se había dirigido a sus fieles de la Vendée: "El imperio de Bonaparte se desploma, la Revolución toca a su fin. Es preciso, pues, que los vendeanos y los bretones tengan la gloria de darle el último golpe". Así los incitaba al combate para posibilitar su propio retorno, de modo que a los ojos de todos éste apareciese más

debido al amor de los franceses que a las bayonetas extranjeras, justamente lo contrario de lo que deseaba Fouché. Concordaba el rey en ello con el canciller de Austria, el príncipe de Metternich, alma del Congreso de Viena y la Santa Alianza, quien había dicho: "Que Francia se pronuncie, es asunto suyo y no nuestro". El gobierno imperial, mientras tanto, temiendo un levantamiento espontáneo, había colocado las provincias más proclives a la monarquía bajo una ocupación militar aplastante, capaz de paralizar cualquier movimiento de cierta trascendencia. "Yo cuento con La Rochejaquelein para la Vendée", había afirmado el rey.

Luis de La Rochejaquelein entró entonces en contacto con el duque de Angoulême, hijo mayor del futuro Carlos X, para invitarlo a dar un paso, ofreciéndose él a allanar el terreno. Esta vez el duque consintió, y de manera efectiva, haciendo una entrada triunfal en la ciudad de Bordeaux, donde La Rochejaquelein y los suyos habían ya preparado los ánimos. Una gran bandera blanca flameaba en una de las torres de la ciudad. Así la Restauración no sería vista como cosa de ingleses, de alemanes o de rusos, sino de franceses, si bien ayudados por aquéllos. Era el 12 de marzo de 1814, justo 21 años después del primer levantamiento de la Vendée. El Rey se acordaría de ello cuando en 1820 diese al heredero de la corona el título de "duque de Bordeaux", y asignase a la casa de La Rochejaquelein la divisa: "Vendée-Bordeaux-Vendée", porque "a Luis de La Rochejaquelein es a quien debo el movimiento de mi buena ciudad".



## 1. *La política ambigua de Luis XVIII*

En 1814, tras el triunfo de Waterloo, subía al poder Luis XVIII, en medio de grandes festejos. Entre otros agradecimientos por los apoyos recibidos no quiso que pasara al olvido el decisivo aporte de la Vendée. "El amor, por una parte, y la fidelidad por la otra, han hecho que estos dos nombres –de Borbón y de Vendée– sean inseparables". Mas pronto las nubes comenzaron a espesarse.

La hermana Lucía C. de la Presentación nos ofrece en la revista "Il est ressucité", un excelente análisis del giro que fueron tomando los acontecimientos. Al comienzo, nos dice, todos estaban esperanzados, el pueblo, los nobles, la Iglesia. Pero por desgracia dichas expectativas, en buena parte se vieron frustradas. Porque en los hechos, Luis XVIII no supo restaurar de veras la monarquía tradicional, que es aquella por la que tanto habían luchado los vendeanos, sino una monarquía muy influida por la ideología liberal, heredada de la Revolución francesa, e incluso del "bonapartismo". El designio práctico de Luis XVIII fue hacer convivir lo mejor posible en su persona las dos Francias, en él reconciliadas. Por una parte, varias de las medidas que se tomaron durante su gestión fueron suficientemente

sintomáticas de su benevolencia para con el proceso revolucionario. Baste un ejemplo: Turreau, aquel general de las "columnas infernales", que había sido nombrado gran oficial de la Legión de honor, barón del imperio y embajador en los Estados Unidos, según ya lo señalamos oportunamente, sería designado por Luis XVIII para acompañar a la hija de Luis XVI en un viaje que ella hizo por Vendée, la misma Vendée que Turreau había prolijamente devastado.

Pero al mismo tiempo, se obró en dirección contraria. Por ejemplo, para honrar la memoria de los héroes vendeanos, el cuerpo de Luis de La Rochejaquelein fue solemnemente transferido, el 8 de febrero de 1816, a Saint-Aubin de Baunigné, en presencia de las más altas autoridades civiles y militares. El cortejo, formado por miles de veteranos, siguió un largo recorrido, pasando por todas las parroquias que estaban en el trayecto. En cuanto a los restos de su glorioso hermano, "Monsieur Henri", después de largas búsquedas, fueron exhumados y puestos juntos a los de su hermano Luis. Sin embargo hay que decir que estas acciones positivas fueron debidas más a la iniciativa popular que a decisiones de la Corona. La política oficial, siempre pendular, mostró poco interés en testimoniar su reconocimiento en favor de quienes tan bien habían servido a los Borbones. No se aceptó, para poner un ejemplo, la incorporación a las fuerzas armadas de numerosos jóvenes que habían combatido en el Ejército del Oeste, llegando a desconocerse sus méritos en la lista de los



servicios. Cuando el duque de Berry propuso que se admitiera en los Inválidos a sus veteranos, juntamente con los caídos en las guerras republicanas e imperiales, Luis XVIII se rehusó, so pretexto de que ello "provocaría disputas". Por lo demás, la ayuda del gobierno a tantos huérfanos y heridos de las guerras de la Vendée fue sumamente tacaña bajo Luis XVIII, si bien luego Carlos X trataría de reparar tal injusticia. Como si la Corona tuviera vergüenza de ayudar a quienes en graves emergencias permanecieron fieles a la monarquía. ¡Siempre para no exasperar a los enemigos! Así se redujo a la mitad la pensión acordada por el Imperio a la viuda de Bonchamps, mientras que la de la hermana de Robespierre, de un monto igual, se mantuvo intacta.

Es cierto que se levantaron monumentos, estatuas y cruces en honor de los jefes vendeanos y chuanes, pero también en estos casos se trató por lo general de iniciativas privadas. Incluso algunos miembros de la corte parecían querer minimizar los méritos de aquellos jefes. En cierta ocasión, el duque de Angoulême se encontró con el general Augusto de La Rochejaquelein, quien en razón de sus heridas se veía obligado a andar con bastón, y le dijo con sorna: "¡Usted está orgulloso porque ha oído silbar tres balas en su vida!". A lo que Augusto le replicó: "Sí, he oído silbar tres balas en mi vida. ¡La primera mató a mi hermano Henri, la segunda mató a mi hermano Luis, la tercera me hirió en la rodilla!".

*2. La expedición a España*

Hubo, sin duda, algunos gestos dignos de parte de los Borbones. Por ejemplo, la ayuda militar que prestaron a la Corona española. En 1820 una revolución había impuesto a Fernando VII cierta constitución calcada sobre la constitución francesa de 1791. En la práctica, el Rey estaba prisionero de las Cortes, e hizo conocer secretamente al Rey de Francia que deseaba una intervención en su favor. Luis XVIII resolvió entonces enviar tropas a la Península para liberarlo. "Cien mil franceses están prestos a marchar invocando el nombre de San Luis para conservar el trono de España a un nieto de Enrique IV", declaró en un discurso del 28 de enero de 1823.

El duque de Angoulême fue nombrado generalísimo del ejército francés para aquella operación. Dicho duque, esposo de la hija de Luis XVI, era el hijo mayor del conde de Artois, futuro Carlos X, y por tanto heredero al trono a la muerte de su padre, bajo el nombre de Luis XIX. De hecho nunca llegaría a reinar, porque prefirió abdicar. Lo tenemos pisando ahora suelo español. Allí fue recibido como un libertador, formando un solo cuerpo con las tropas españolas fieles, el llamado "Ejército de la Fe". He aquí la orden del día que dio a los suyos: "¡Soldados! la confianza del rey me ha colocado a vuestro frente para cumplir la más noble misión. No es el espíritu de conquista el que



nos hace tomar las armas; un motivo más generoso nos anima; nos hemos propuesto reponer a un rey sobre su trono, reconciliar a su pueblo con él [...]". Y dirigiéndose a los españoles: "La facción revolucionaria que ha destruido en vuestro país la autoridad real, que tiene a vuestro Rey cautivo, que amenaza su vida y la de su familia [...]". ¡Cuánto se parecía dicha situación a la que se tuvo que vivir en su país!

> Francia no está en guerra con vuestra patria. Nacido de la misma sangre que vuestros reyes, no puedo desear sino vuestra independencia, vuestra felicidad y vuestra gloria. He franqueado los Pireneos a la cabeza de cien mil franceses, pero lo he hecho para unirme a los españoles amigos del orden y de las leyes, para ayudarlos a librar a su rey prisionero, a volver a levantar el altar y el trono, a arrancar a los sacerdotes de la proscripción, a los propietarios de la expoliación, al pueblo entero de la dominación de algunos ambiciosos que, proclamando la libertad, no preparan sino la esclavitud y la ruina de España [...]. Españoles, vuestra bandera flameará sola en vuestras ciudades; las provincias atravesadas por nuestros soldados serán administradas en nombre de Fernando por autoridades españolas [...]. No queremos sino vuestra liberación. Ni bien la hayamos obtenido, volveremos a nuestra patria, felices de haber preservado a un pueblo generoso de las desgracias que engendra una revolución y que la experiencia nos ha permitido conocer hasta el colmo.

Las mismas multitudes que antes se habían levantado contra Bonaparte, acogían ahora con gozo a los recién llegados. Pronto los franceses arribaron a Madrid, sin encontrar ninguna resisten-

cia importante. Mientras ellos avanzaban, el rey Fernando, la reina, los hermanos del rey y sus hijos, habían sido transferidos a Sevilla, donde se encontraban bajo la vigilancia de las Cortes y de unos 8000 hombres.

La entrada del príncipe francés en Madrid fue triunfal, como lo había sido en Toledo y en Burgos. Inmediatamente decidió seguir viaje hacia el sur para liberar al rey prisionero, mientras enviaba un mensaje conminatorio a quienes lo mantenían cautivo. Fernando, en una carta obviamente dictada por sus carceleros, afirmó que él no estaba detenido. El príncipe desestimó el mensaje, siguiendo adelante en su campaña. Por fin las Cortes devolvieron al rey su autoridad, suplicándole que fuese al cuartel general francés para tratar allí el fin de las hostilidades. Fernando, una vez libre, prefirió no tomar venganza de sus enemigos. He hizo el elogio de sus libertadores: "Francia, encargada de una empresa tan santa, ha triunfado en pocos meses frente al esfuerzo de todos los rebeldes del mundo reunidos, para desgracia de España, sobre el suelo clásico de la fidelidad y de la lealtad, y me ha librado de la esclavitud en la que yo gemía. Restablecido en el trono de San Fernando por la mano justa y sabia del Todopoderoso, por los generosos propósitos de mis nobles aliados, por la esforzada campaña de mi augusto y bienamado primo el duque de Angoulême y de su valiente ejército [...]".



El príncipe victorioso retornó a su patria como lo había prometido. De la frontera española hasta París no hubo sino arcos de triunfo, bailes, discursos alusivos, juegos de artificio. Fernando, por su parte, ordenó que el príncipe francés, "gracias a sus esfuerzos por liberarlo de la esclavitud a que lo había reducido el furor revolucionario", durante su estadía en el país fuese tratado como "infante de España".

Uno de los que acompañaron al duque, el general de Bourmont, escribía desde España a su esposa el 20 de abril de 1823: "Acá todo el pueblo es realista, el clero hace sonar las campanas, las municipalidades hacen iluminar las ciudades". El hijo del general, el teniente Luis de Bourmont, así escribía a su madre: "En cuanto a mi padre, el placer de combatir bajo esta bandera que él defendía con tanto ardor en los campos de Vendée, lo llenó por así decir de un nuevo entusiasmo". Nos agrada advertir el reconocimiento del designio común que enlaza las dos empresas: la de la Vendée y la de España, como si fuesen gemelas. Por su parte, el general Bourmont, en carta a un amigo suyo, que era ministro de Marina, le expresaba su dolor al ver que en París no se comprendía bien la importancia del proyecto emprendido. Se nos pide, le dice, que no inquietemos a nadie por sus opiniones políticas. Me parece que desde París lo que se busca es entrar en tratativas lo más rápidamente posible con los liberales españoles,

"para que imiten lo que se ha hecho entre nosotros", es decir, unir la Corona con la Revolución.

Con la conquista de Cádiz, la campaña quedó terminada y los reyes españoles expeditos para ejercer el poder con libertad. Desde el punto de vista de Francia, el triunfo de esta expedición le devolvió el rango de gran potencia, ahora contrarrevolucionaria. En lugar de propagar la soberanía del pueblo y los derechos del hombre, como habían tratado de hacerlo los ejércitos republicanos, y también los de Napoleón, se profesa garante del orden cristiano y tradicional frente a la Revolución.

Quedaba por afirmar el trono vacilante de Fernando VII. "Nosotros restableceremos fácilmente un gobierno fuerte –escribió Bourmont–, amado de la nación española". Lástima que el rey de España no estaba, ni de lejos, a la altura de las circunstancias, influido como se encontraba, él también, por las ideas disolventes. Más allá de ello, este gran general vendeano, con su modo de actuar y de expresarse, estaba revelando dotes de hombre de Estado, muy a la altura de sus cualidades militares. Para evitar el influjo nefasto de los liberales franceses e ingleses en España, recomendó un plan enérgico de retorno a la monarquía tradicional. "En nuestro siglo filosófico –escribe a un amigo suyo–, nada contribuirá más a debilitar las ideas revolucionarias en Europa que el espectáculo de una nación, arrojada en el abismo por los desenfrenos de la arbitrariedad y el efecto de las ideas revolucionarias, que es



devuelta a la prosperidad por una Monarquía restablecida sin mezcla de las ideas nuevas".

Bourmont soñaba con una España que volviese a ser lo que fue en el curso de los siglos pasados, sobre todo en la época de los Habsburgo, una gran potencia europea, fundada en el catolicismo, tan entrañado en el corazón de los españoles: "Conversando con los habitantes de los pueblos, he notado por doquier que el amor de la religión es lo que predominaba". Al advertir que el más seguro sostén del pueblo español era el clero, no temió recomendar el restablecimiento de la Inquisición. El pueblo mismo la reclamaba: "La Inquisición, que pudo resistir con éxito la infiltración de las doctrinas de Lutero y de Calvino, sería la más fuerte barrera que se podría oponer a un retorno de las ideas revolucionarias en España". Atrevida la visión de este general tan vendeano. Lo que en última instancia comprendió perfectamente fue que España lograría volver a empalmar con sus grandes tradiciones si el rey Fernando se decidía de una vez por todas a desembarazarse de la camarilla que le impedía gobernar. Por desgracia prevaleció allí una influencia opuesta, como la que trataba de ejercer el embajador de Francia en Madrid, que se profesaba liberal empedernido. Era la siempre reiterada doble política de los Borbones de la Restauración, nunca dispuestos a volver a los orígenes capetos de la monarquía católica, sino siempre fluctuantes...

### 3. *El viaje del duque de Angoulême por la Vendée*

Hemos, sin embargo, de reconocer que Luis XVIII les hizo a los pobladores de la Vendée un gesto favorable enviándoles al duque de Angoulême. Al anuncio de la llegada del sobrino del rey, toda la Vendée se estremeció de emoción. Era la primera vez que podrían ver de cerca a un príncipe de la familia real y recibir de sus propios labios el agradecimiento por las hazañas guerreras de aquel pueblo en favor de la Corona. Aprovecharían la ocasión para expresarle sus expectativas, su desolación al ver que el rey mantenía algunas de las leyes revolucionarias así como el Concordato leonino, su molestia por la *Charte*, esa constitución liberal que los jacobinos habían arrancado de su bondad, o mejor, de su debilidad.

Llegó el duque a la región, entrando por Savenay. Luego se dirigió a Nantes. Una multitud le salió al encuentro, encabezada por jefes y oficiales vendeanos. En los balcones y ventanas de las casas, banderas blancas, estandartes y flores de lis. Es cierto que la unanimidad no era absoluta. Quedaban aún algunos nostálgicos de Napoleón e incluso de la República. Aquí y allí se oyó algún grito de ¡Viva el Emperador! Pero ello fue más bien singular y esporádico. El recorrido del príncipe por las comunas bretonas resultó verdaderamente triunfal. En todas las rutas se agolpaban los paisanos. Cuando llegó a Cholet, debió entrar bajo ar-



cos de triunfo. Particularmente emotivo fue para los vendeanos ver en compañía del duque a su mujer, la hija de Luis XVI y de María Antonieta, María Teresa, aquella ilustre prisionera del Temple. En algunos lugares se organizaron bailes y fiestas populares, donde el duque tuvo ocasión de encontrar a numerosos nobles vendeanos, hijos de quienes en la guerra jugaron un papel trascendente, los descendientes de Charette, de Lescure, de La Rochejaquelein, de Cathelineau.

Por desgracia, el príncipe era un hombre apagado, carente de fuego, incapaz de llegar a los corazones de aquellos hombres. Sólo sabía hablar de paz, de concordia, de olvido del pasado. A ojos vistas, trataba de mostrarse "equilibrado", componendero entre los católicos y los liberales. Él hubiera preferido que nadie se presentase con armas que recordasen los momentos épicos de su reciente historia. No le dieron ese gusto los vendeanos. Su mayor deseo era mostrarle a un Borbón que aún había en la Vendée brazos y fusiles dispuestos a defender los ideales de la Cristiandad. Aunque se cuidaba de manifestarlo, no comulgaba con esa tesitura el espíritu del príncipe. El viaje fue, en este sentido, un tanto decepcionante. Quizás los vendeanos se han de haber acordado de las palabras de aquel cura de Cholet: *Vive le roi, quand même*... ¡Era lo que había!

Un dato curioso, relativo a los Borbones. Magdalena Sofía Barat, la fundadora del instituto del

Sagrado Corazón, que luego sería canonizada, sentía especial afecto por los héroes de la Vendée. En un pensionado a su cargo había recibido a las tres hijas de La Rochejaquelein, por las que sentía especial afecto. Ella escribiría al rey en 1815: "Hay lugar a esperar que Su Majestad cederá al deseo de sus más fieles súbditos y que, cumpliendo el voto de Luis XVI, ponga su reino bajo la protección del Sagrado Corazón". Algunos videntes de esos años habían recibido mensajes del cielo en el mismo sentido. Se insistía en que era el rey en persona quien debía realizarlo. Si así lo hacía, Francia recibiría un diluvio de gracias. Pero Luis XVIII temió cumplir el requerimiento de lo alto, al menos públicamente, por miedo a las repercusiones que ello podría tener en los ambientes liberales. Lo mismo Carlos X. Pocos años después, una vez más, la Revolución derribaría el trono…

En lo que toca a las muestras amistosas de la Corona para con la Vendée, hemos de decir que tampoco Carlos X se privó de ello. A un hijo de Cahelineau, por ejemplo, le confirió no sólo la nobleza sino también una pensión para él y para cada una de sus hermanas. Luego recibió al joven en su guardia-corps. No fue el único gesto del rey. En los años 1829-1830, Francia y Rusia tenían un enemigo común: el Islam. Para estrechar lazos entre los dos ejércitos, el rey de Francia envió a varios de sus oficiales junto al estado mayor ruso. Entre ellos se encontraba el general Augusto de

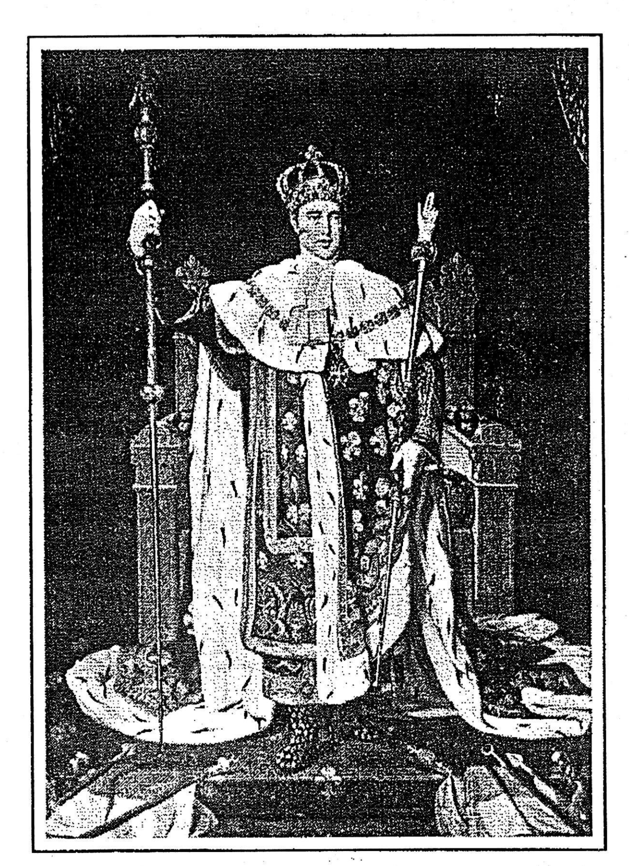


La Rochejaquelein, quien llevó consigo a su sobrino Henri, entonces subteniente en el primer Regimiento de los Granaderos a caballo de la Guardia del Rey. Todos quedaron impresionados cuando el zar Nicolás I en persona los recibió en San Petersburgo. Al presentarlos a sus soldados les dijo: "He pensado que para volver a encontrar a un La Rochejaquelein, ningún lugar era más indicado que al frente de las tropas". Los condecoró entonces con las cruces de San Andrés y de San Vladímir.

Por esos años se estaba proyectando una expedición de Francia a Argelia, punta occidental del Imperio Otomano, para poner fin a la piratería berberisca que infestaba desde hacía siglos las riberas del Mediterráneo. El general Bourmont, un hombre profundamente idealista, se entusiasmó con la idea, pensando que por ese medio se alcanzaría la unión de las naciones cristianas en un designio común, al tiempo que se haría más factible la conversión de los infieles y su salvación. Tal propósito se realizaría más tarde, pero no con esta intencionalidad tan católica.

Digamos en conclusión que los Borbones de la Restauración, a pesar de algunos gestos positivos, no estuvieron a la altura de lo que de ellos se esperaba. La alianza secular entre Cristo y Francia, concertada en las fuentes bautismales de Reims, estuvo lejos de ser reasumida en 1815. Los reyes no se mostraron dispuestos a restaurar la Cristiandad, no aceptaron ser los lugartenientes de Cristo en el or-

den temporal, manteniendo connivencias letales con el espíritu de la Revolución. Luis XVIII, aceptando la *Charte*, y Carlos X, prestando juramento sobre ella en su consagración, reiteraron la falta de Luis XVI. De ahí la desilusión de sus más leales súbditos.



*Carlos X*



## II. El golpe de Estado de Luis Felipe y la llamada Quinta Guerra de la Vendée

La Revolución de 1830, que puso en el trono al intruso Luis Felipe de Orleans, hijo del famoso Felipe Igualdad, no fue sino el desemboque terrible de quince años de monarquía "según la *Charte*", o monarquía constitucional, bajo la cual Luis y Carlos habían renovado el error de su hermano, Luis XVI, reconociendo el dogma de la soberanía del pueblo y los llamados derechos del hombre.

### *1. El fin de la Restauración*

A semejanza de lo que aconteció en 1789, Carlos X no quiso defender su trono, exclamando, como antaño su hermano Luis XVI: "No quiero que por causa mía corra una gota de sangre". De este modo respondió a sus generales, que lo impulsaban a enfrentar la insurrección. La enérgica duquesa de Berry, madre del príncipe heredero, se lo aconsejó vivamente, al igual que tiempo atrás lo había hecho Elisabeth, alentando a su pusilánime hermano. Tampoco ahora el rey le hizo caso y acabó exiliándose en Londres. El barón de Haussez, ministro de Marina de Carlos X, dejó así consignada en sus *Memoires* la actitud corajuda de la duquesa: "En medio del

desconcierto universal, la confusión de ideas y la falta de resolución que producía este hecho terrible, una cabeza conservaba la calma, la determinación, la energía; una cabeza que juzgaba el mal, su extensión, los medios para remediarlo, una cabeza que tenía una voluntad: era la de la duquesa de Berry. Pero tuvo la dolorosa sorpresa de ver que Carlos X dejaba a los rebeldes triunfar en París y se retiró. Entonces le dijo a un amigo: «Ayúdeme a obtener del rey que marche sobre la Vendée. Allí encontraremos los medios de combatir. Yo animaré a esa brava gente con mi presencia y mi ejemplo. ¡Estoy armada y me mostraré en las primeras filas!»". Tan decidida estaba que ya había adquirido un traje masculino y tomado con ella dos pistolas.

Con motivo de la toma del poder por parte de Luis Felipe hubo en Francia, pero sobre todo en París, alta tensión. El 15 de febrero de 1831, día aniversario del asesinato del duque de Berry, se organizó una ceremonia religiosa. A último momento fue prohibida, pero igual se llevó a cabo, lo que provocó atropellos. Entre otros desmanes, el arzobispado fue invadido y destruido en su totalidad. Las oraciones públicas quedaron prohibidas. Fueron tropelías que tomaron de sorpresa a la gente buena, desarmados como habían quedado durante la Restauración.

Especialmente el Oeste francés en su conjunto se vio seriamente afectado. Una ola de anticlericalismo comenzó a extenderse por toda aquella re-



gión. Se reeditaron actitudes ya conocidas. Los sacerdotes y los religiosos eran nuevamente insultados por la calle, se derribaban las cruces de los caminos y se arrancaban las flores de lis. Asimismo fueron borrados los nombres de los generales y héroes vendeanos que se encontraban en los monumentos erigidos en su honor bajo la Restauración. Una cruz de granito, levantada en el lugar donde murió Henri de La Rochejaquelain, no fue perdonada. Las oraciones públicas quedaron prohibidas. Recomenzaron las mascaradas sacrílegas, las procesiones blasfemas. Tales medidas y actitudes tomaron de sorpresa a la población, no dándole tiempo para reaccionar. El clero, por su parte, que al comienzo experimentó cierta repugnancia a cantar *Domine, salvum fac Ludovicum Philipum*, ahora se oponía a ello de manera rotunda.

### 2. *La cólera vendeana, la duquesa de Berry y la epopeya romántica*

Los delitos que siguieron a la Usurpación provocaron una ardiente exasperación en la Vendée. Tanto que algunos se prepararon para un levantamiento militar, bajo las órdenes de ese gran hombre que fue el mariscal de Bourmont. No queremos dejar de recordar aquí una figura extraordinaria, una joven intrépida, la condesa Félicie de La Rochejaquelein, esposa de Augusto, a quien la duquesa de

Berry llamaba "mi querida amiga". Luis Felipe puso a la policía en su búsqueda hasta lograr encontrarla y detenerla, pero la "heroica condesa", como los vendeanos gustaban llamarla, logró escapar, llevando luego durante quince meses vida clandestina, en medio de acuciantes peligros. "Mi misión –decía en una de sus cartas– es preparar el terreno lo mejor posible para Augusto. En ello empleo mi tiempo, mis cuidados y mi dinero". En otra de sus misivas leemos: "Si la Vendée militar está bien dirigida, puede poner en pie un ejército activo de 40 a 50.000 hombres". Se movió sobre todo en la orilla izquierda del Loire, siendo algo así como la animadora espiritual de la resistencia. Aun cuando pertenecía a una familia noble, sentíase en estrecha comunión de ideas con el pueblo sencillo, con los paisanos vendeanos a quienes amaba con todo su corazón, y a los que quería defender como una madre a sus hijos. Hasta los últimos años de su vida seguiría siendo siempre la misma. Todavía en 1873 le rogaba insistentemente a un sobrino suyo que, junto con sus amigos vendeanos, sostuviese a los valientes carlistas que por aquellos años se batían en España contra los liberales: "Es preciso que en este momento muestres lo que eres, un corazón verdaderamente vendeano y fiel [...]. El triunfo de don Carlos está absolutamente ligado al de nuestro rey [...] ¡Te escribo con el mismo sentimiento que si fuese tu general!". Era una señora de 77 años la que hacía esta exhortación.



Pero volvamos a lo que acontecía en la Vendée. Augusto de La Rochejaquelein había comprado en 1828 un castillo en zona francamente realista, como lo hemos señalado anteriormente. Una misa allí celebrada en 1831 por el eterno descanso del alma de su suegra, la princesa de Talmont, reunió buena parte de la nobleza de la región. Como era de prever, se habló del mal momento por el que pasaba la patria. La hora es propicia, dijeron algunos, hay que aprovecharla, canalicemos las indignaciones. La Rochejaquelein preparó una proclama: "Vendeanos siempre fieles, ha llegado la hora de correr a las armas; acordaos de vuestros padres, acordaos de vuestros hermanos; tenemos que imitar su coraje y vengar su sangre. Como ellos, combatiremos por la religión y el rey legítimo [...]. Vendeanos, mis amigos, mis hijos, nuestros bravos soldados, acudid todos, seguidme. Gloria a Dios. Viva Enrique V".

Poco a poco la zona se fue poniendo en pie de guerra. Encabezaban el levantamiento varios de los apellidos más prestigiosos de la Vendée militar: Atanasio de Charette, por ejemplo, descendiente del héroe, tenía la misión de formar el tercer cuerpo de ejército de Anjou, en el Marais; la condesa de La Rochejaquelein, de quien acabamos de hablar, organizaba el segundo cuerpo en el centro; el general Jacques de Cathelineau encabezaba el primer cuerpo en los Mauges. En el norte actuaban el general Clouet, Cadoudal y otros.

La duquesa de Berry sería la abanderada de la causa. Su intención era levantar el país haciendo renacer de sus cenizas la rebelión de 1793. En enero de 1831 el rey derrocado envió desde su exilio algunas instrucciones generales para una toma de armas simultánea en el sur de Francia y en la Vendée. Asimismo acabó por ceder a las instancias de la madre de Enrique V, nuestra duquesa, reconociéndole el ejercicio de la Regencia durante la minoría de su hijo, pero que sólo tomase el título, le decía, "cuando haya puesto pie en tierra francesa". La duquesa tenía ya carta blanca. Carlos X le había escrito: "¡Id, hermana mía, y que el cielo vele sobre vuestra empresa! Apenas hayáis puesto el pie en la Vendée yo estaré a vuestro lado, como vuestro más adicto voluntario". En la práctica no apoyaría lo más mínimo esta expedición, aceptada de mala gana.

¿Quién era la duquesa de Berry? Se llamaba María Carolina. Había nacido en Nápoles en 1798. Por su padre, Borbón de Sicilia, descendía de Luis XIV, y por su madre, María Clementina de Austria, de la emperatriz María Teresa. Los sicilianos la querían entrañablemente y ella no desdeñaba participar en sus fiestas pueblerinas con toda sencillez. A los 18 años se casó con el hijo menor de Luis XVIII, Carlos Fernando, duque de Berry. No bien desembarcó en Marsella, el año 1816, se volvió francesa de alma, ganándose también allí el cariño del pueblo sencillo. Talleyrand decía de ella que era "toda la poesía de su época". Durante cuatro años fue feliz. Pero en 1820 el cuchillo de un anarquista se clavó en el corazón de su marido, a quien ella adoraba. Pocos días después nacía su hijo Carlos Fernando. Era la duquesa una mujer muy religiosa, y sinceramente devota del Sagrado Corazón, lo que aprendió en la escuela de Santa Magdalena Sofía Barat. No sin razón se la ha comparado con Elisabeth, la hermana de Luis XVI. Cuando la corona ya estaba trastabillando sobre la cabeza de éste, ella le había escrito así a una amiga: "Los diputados, víctimas de sus pasiones, de su debilidad o de la seducción, corren a su ruina, a la del trono y a la de todo el reino. Si en este momento el rey no tiene la severidad necesaria para hacer cortar al menos tres cabezas, todo está perdido". A pesar de lo que aconteció, Elisabeth permaneció hasta el fin junto a su hermano, y cuando comprendió que todo estaba perdido, se ofreció en sacrificio por la patria. Afectos e impulsos muy semejantes se volverán a encontrar en el alma de la duquesa de Berry.



Se ha dicho que cuando el trono de Carlos X estaba cancelando, la duquesa había exclamado: "¡Qué desgracia ser una mujer!". Los cortesanos estaban aterrados. Algunos vendeanos, como Jacques Cathelineau, trataron de dar ánimo al rey medroso, señalándole el apoyo que podría recibir del Oeste. Entonces la duquesa, a quien los relatos de la Vendée militar la fascinaban, se acercó a su suegro y le dijo con entereza: "Yo partiré sola, yo

llevaré a mi hijo Enrique V; lo presentaré a las multitudes vendeanas; ellas le harán un escudo". A su juicio, había sido un grave error la persistente ausencia física de los Borbones en el escenario de la contienda. "Locura –respondió el rey–, me opongo a que mi nieta vaya a correr suertes tan peligrosas". Pero esta mujer tan ardiente persistió en su propósito de resistencia. Sólo ella custodiaba la voluntad indomable de triunfar, a pesar de tantos obstáculos. "La Vendée, en el tiempo de su gloria –decía–, nunca tuvo un solo miembro de mi familia, para compartir sus peligros y sostener su coraje. Diré pronto a los vendeanos: yo voy". Mujer impulsiva, romántica y encantadora, comenta Gabory.

La duquesa se ocupó primero en buscar ayuda extranjera. Hizo gestiones con Austria, con Holanda, con Rusia, enviándoles emisarios y pidiéndoles cooperar en favor de la Corona conculcada. La gestión no obtuvo resultados. El pequeño Enrique V le daba ánimo: "Mi buena madre, ruego todos los días al cielo por ti, para que seas sustraída de todos los peligros de que estás rodeada".

Ella entendía, escribe Gabory, que le tocaba lavar del reproche de poltronería a los príncipes de la casa borbónica. "Por demasiado tiempo se parecieron a personajes de teatro que no cesan de clamar: Partamos, partamos, pero permanecen clavados en la escena". Carlos X se ha de haber escondido de vergüenza, recordando el papelón de la isla de Yeu. Lo que los hombres no supieron



hacer, una mujer débil lo llevaría a cabo. "Si nuestros hijos quedan huérfanos les habremos legado el honor y una página en la historia", decía. La suya fue la concreción de un sueño de caballería. Sólo que aquí, frente a tantos caballeros cobardes, el lugar del héroe lo ocuparía una "dama".

La intención de la duquesa era levantar el país, haciendo renacer de sus cenizas la rebelión de 1793, para permitir a su hijo reinar, reconquistando así el trono usurpado. No quedaba más que fijar el lugar del desembarco. Las miradas de todos los buenos vendeanos estaban polarizadas en aquella mujer. "Allí donde está Madame –se decía–, allí estará nuestra espada". Se pensó primero en Bretaña, porque en aquel lugar se podía contar con no menos de 8000 chuanes, según se pensaba. Pero las autoridades políticas, advertidas del peligro, abortaron el levantamiento en dicha región. La duquesa eligió finalmente el sur, puesto que le habían asegurado que las puertas del Tolón y de Marsella se le abrirían no bien apareciese. Ya el mariscal de Bourmont se había instalado en Niza a partir de abril de 1831. "En cualquier lugar en que Madame haga izar su bandera –aseguraba–, allí me encontrará con los cuatro hijos que me quedan".

Se señaló el 30 de abril de 1832 como fecha del alzamiento. La víspera a la noche desembarcaba la duquesa de Berry, con sus más fieles, no lejos de Marsella. Junto a ella, según lo habían previsto, el mariscal de Bourmont y sus hijos. La

playa estaba desierta. Por primera vez la princesa tuvo esa impresión de abandono que con frecuencia experimentaría en adelante. Retiróse entonces a una humilde cabaña, en espera del amanecer. A las primeras horas de la mañana llegaron dos caballeros con una terrible noticia: el movimiento se había frustrado. "Hay que salir de Francia", le dijeron. ¿Qué estaba sucediendo? Las cosas no habían sido preparadas con la debida previsión en aquellos lugares del sur. Pero pedirle a la duquesa salir de Francia era no conocerla. Tras un rato de reflexión, se volvió a sus compañeros y les dijo: "No, señores, no saldré de Francia; la Vendée me espera. No engañaré la esperanza de un país que ha dado a mi familia tantas muestras de dedicación. La Vendée no me lo perdonaría jamás y con razón. El próximo encuentro será en la Vendée". Y comenzó a visitar las casas de los seguidores de aquel lugar, siendo por todos bien recibida.

Pobre duquesa. Desde que entró en Francia iría de decepción en decepción. Luis Felipe, siempre bien informado, seguía puntualmente sus pasos. Ella comenzó a internarse en la región. Cuando pudo hacerlo, el barón de Charette se le allegó en el castillo de Montaigu. Mientras tanto, el general Lamarque fue enviado a aquella zona con la misión de encabezar las tropas del Oeste. En una de sus proclamas así se dirigió a los vendeanos: "Escuchad a un hombre que os ha combatido y os estima [...]. Bajo el reino de Felipe de Orleans los sacerdotes recibirán el mismo trato, los mismos miramientos [...]. Vuestros padres han cubierto con sus huesos esta tierra, en nombre de la realeza; nosotros hemos derramado olas de sangre, en nombre de la libertad [...]. Pues bien, esas dos necesidades de nuestro orden social se reúnen ahora y se confunden en la monarquía constitucional".



Por desgracia, en el bando real no todos estaban de acuerdo. Eran las desavenencias que siempre habían caracterizado a los blancos. En cierto momento, tres altos oficiales fueron a ver a la duqueza para disuadirla de su proyecto. La Regente supo responder de manera categórica a sus argumentos, pero la decepción hubo de ser terrible ya que ella había esperado que la Vendée entera, sin fisura alguna, se levantaría en bloque a su llamado. Admirado ante semejante energía, un abogado parisino le decía al barón de Charette: "¡Hay en el corazón y en la cabeza de esta princesa con qué hacer veinte reyes!". Contra viento y marea, el levantamiento se inició finalmente el 4 de junio, dándose así comienzo a la llamada "quinta guerra" vendeana, o también "la epopeya romántica", por el sesgo que le dio la presencia de la intrépida duquesa. Sonaron entonces las campanas de rebato, tan familiares a los oídos de los vendeanos. La bandera blanca fue izada en numerosos campanarios, mientras los combatientes recibían en las parroquias emblemas del Sagrado Corazón para poner en sus chaquetas, al igual de lo que había sucedido cua-

renta años atrás. Comenzaron las refriegas. Las tropas realistas, que en algunos casos combatieron con la misma intrepidez que sus ancestros de 1793, lograron algunas victorias, pero de poca trascendencia, militarmente hablando. Según el plan preconcebido, los vendeanos debían tomar Nantes, Angers y La Rochelle, mientras los bretones ocupaban Rennes. Así, en pocas semanas, mediante una especie de guerra relámpago, los ejércitos legitimistas dominarían todo el Oeste. Luego marcharían sobre París. Pero todo ello era pura imaginación, muy lejos de lo que realmente acontecería.

Esta guerra duró cinco meses, de junio a noviembre, durante los cuales la duquesa de Berry, que se consideraba siempre como la Regente de Francia, debió permanecer escondida, logrando que fracasasen todos los esfuerzos de la policía para encontrarla. Su ánimo seguía siempre encendido. Es cierto que ella había esperado ir a descubierto, bajo el cielo de la Vendée, rodeada de sus fieles vasallos. Nada de ello había sucedido, lo que no dejaba de resultar extraño. Desde cuarenta años atrás los vendeanos se habían desgañitado sin éxito pidiendo que algún príncipe de la casa real se sumara a sus filas, poniéndose a su cabeza. Ahora, que tenían consigo a una princesa, no acudieron como hubiera sido de esperar. Sin embargo con su actitud tan generosa como valiente la duquesa tuvo al menos el mérito de mostrar que la familia real no abandonaba a sus fieles.



Como decíamos, debió llevar una vida azarosa, viviendo en las sombras, siempre de noche, ocultándose en granjas, yendo por senderos estrechos, surcados por charcos, a veces hundiéndose hasta las rodillas, entre arbustos y matorrales. Con frecuencia optaba por disfrazarse, haciéndose pasar por un joven campesino chuan, de cabellos rubios, blusa y gorro azul... En cierta ocasión, debió hacer noche en un establo, ella, la viuda del duque de Berry, hija política del rey. Hasta tuvo que tomar un nombre falso: *Petit-Pierre*. ¿Sería todo un fracaso? Por cierto que, de su parte, no estaba dispuesta a arrostrar la derrota sin batalla, persistiendo obstinada con sus proclamas: "Vendeanos, bretones, todos los habitantes de las fieles provincias del Oeste, habiendo desembarcado en el Sur, no tengo miedo de atravesar Francia, en medio de peligros, para cumplir una promesa sagrada, la de volver entre mis bravos amigos y compartir sus peligros y sus trabajos. Al fin y al cabo estoy en un pueblo de héroes".

Los jefes vendeanos estaban desolados. La duquesa iba mucho más allá que ellos. Cierto día la Regente le dijo a uno de los capitanes: "¿No tenía 15.000 hombres con usted?", a lo que aquél respondió: "Apenas si tengo algunos, y pienso que si luchamos le haríamos más bien daño a Enrique V". Parecía una Vendée apática, tan distinta de la del 93. "Cuando yo estaba en Massa –insistía la duquesa–, recibí más de 500 cartas. Me llamaban. Ahora me rechazan". Diálogos dolorosos, por cier-

to. Estaba aludiendo, llena de indignación, a lo que señalábamos atrás: "La Vendée, en el tiempo de su gloria, nunca tuvo un solo miembro de mi familia para compartir sus peligros [...]. Se ha hecho de ello el objeto de un justo reproche. Ahora vengo; no calculo ningún obstáculo, ¡y no podéis hacer nada por mí!". Si la Vendée no me apoya, agregaba, me iré a Bretaña, donde Cadoudal me espera con 30.000 hombres. "No es que la rechacemos, Madame –le contestaron–, pero os habéis equivocado sobre la Vendée y sobre Bretaña". Ella recurrió, entonces, a la fibra patriótica: "Señores, acordaos de la guerra del 93". "Pero en el 93 los paisanos fueron a buscar a sus jefes –le respondieron–, mientras que en 1815, como en 1832, los jefes fueron y van aún hoy a buscar a los paisanos; la diferencia es enorme". La duquesa, desolada, se tiró sobre un jergón.

Poco después sucedió algo todavía peor. Un enviado del Comité legitimista de París mantuvo con ella una entrevista y desautorizó su acción, pidiéndole que se dirigiese a Inglaterra. Comprendió entonces que la partida estaba perdida, que había sido vencida sin haber sacado la espada. Entonces resolvió dejar Francia. Antes de hacerlo, por consejo de Charette, se propuso reunir en Nantes a los jefes vendeanos, con el objeto de darles una explicación de los motivos de su partida, postergando la ofensiva para tiempos mejores.



Mientras tanto los azules lograron capturar al general Cathelineau y lo asesinaron. Era el trigésimo sexto miembro de la familia Cathelineau, víctima de las guerras de la Vendée. Charette, por su parte, acababa de librar un combate, donde fue vencido. Al enterarse de esta batalla, la duquesa exclamó: "¡Que no haya ido a morir entre los bravos que cayeron combatiendo! ¡Si hubiese sido muerta, hubiera podido tener la seguridad de que un día sería vengada!". Hubo todavía diversas escaramuzas, pero minúsculas. La duquesa se sentía agobiada. Ni una noche de sueño completa.

Los suyos la llevaron a Nantes, alojándosela en el cuarto del sacristán de la catedral. Luego la trasladaron a una casa contigua, donde permaneció escondida unos cinco meses. El secreto era total. La policía le había perdido el rastro. Sólo Charette la visitó dos veces, para mejor protegerla. El 28 de agosto Carlos X le escribió: "Necesito expresaros, querida hija mía, la profunda inquietud que experimento por vuestra valiente pero inútil perseverancia en una empresa malograda desde el principio, y que no puede ya ser sino peligrosa para vos como funesta para la causa que servimos [...]. No tenéis ahora otro partido posible que uniros a mí y a vuestra familia".

Los soldados y la policía la buscaban sin pausa. Era preciso que apareciese un delator. No sería, por cierto, un vendeano el que la traicionase sino un judío llamado Deutz, nacido en Colonia, que se ha-

bía convertido al catolicismo, ganando así la confianza de la duquesa, quien propuso al gobierno entregar a la princesa por la suma, enorme en aquella época, de 500.000 francos, lo que aceptó el nuevo ministro del Interior, Adolfo Thiers. El 7 de noviembre fue introducido el judío junto a la duquesa, que el año anterior le había confiado algunos encargos. Esa misma tarde, designaba la ubicación de la casa a un comisario. Tras ser detenida, fue llevada al castillo de Nantes. En presencia de una multitud, se dio vuelta para gritar por última vez: "¡Viva el Rey! ¡Viva Enrique V!". El prefecto de la ciudad publicó entonces un bando: "Nanteses, la duquesa de Berry ha sido detenida en el castillo de Nantes, confiada al honor de la guardia nacional y del ejército". Comenta Gabory: "Un silencio religioso reina en la ciudad, una gloria incontestable descansa sobre la cabeza del único Borbón –una mujer– que haya venido a combatir; si su gesto parece superado, no se impone menos por su belleza heroica". Poco después fue transferida e internada en Blaye.

El gobierno del Usurpador hizo una infame campaña para deshonrar a la heroína, pero no se animó a entablarle un juicio, porque temía revueltas. Tampoco quiso liberarla. Quedó, pues, detenida en una celda, sin motivo declarado, bajo la custodia del general Bugeaud, hombre brutal, que le hizo sufrir toda clase de vejaciones. Su único consuelo eran los sacramentos que un sacerdote venía a administrarle. Miles de protestas se elevaron en Francia y en el extranjero en favor de ella pidiendo su liberación.



Cuando finalmente fue puesta en libertad, hizo pública esta magnífica declaración a los franceses:

> "Madre de Enrique V, he venido sin otro apoyo que sus desgracias y su buen derecho, para poner un término a las calamidades de Francia, restableciendo allí la autoridad legítima, el orden y la estabilidad, prendas necesarias del reposo y la prosperidad de las naciones. La traición me ha entregado a mis enemigos: retenida prisionera y durante mucho tiempo oprimida por personas a las que yo no les había hecho sino bien, he gemido por su ingratitud y sufrido con resignación los males con que me han agobiado; pero no dejaré por ello de protestar contra la usurpación de los derechos de un niño, al que la justicia, los lazos de la sangre, el honor y la fe jurada, les obligaban a proteger y a defender".

Así se cierra, con este broche de oro, la gran epopeya de la Vendée, cuyo espíritu, atravesando los tiempos y los espacios, se hermana con la gesta de los carlistas de España y de los cristeros de Méjico. Es el espíritu mismo de la Cristiandad.

Si es cierto que la Revolución soviética está en continuidad ideológica con la Revolución francesa, nada de extraño que Lenin no vacilara en comparar a los soldados del Ejército Blanco que lo enfrentaba en Rusia –"los cosacos", como él los llamaba– con los combatientes de la Vendée. Lo mismo, si bien desde el punto de vista contrario, haría Alexandr Solzhenitsyn, en un acto de homenaje a

los héroes de la Vendée, con motivo del segundo centenario del comienzo de los hechos, pronunciando un admirable discurso en el escenario mismo de los acontecimientos vividos en Francia, con el que quedó inaugurado un momumento a los héroes y víctimas de aquel levantamiento. "No hemos tenido Termidor –dijo en aquella ocasión–, pero hemos tenido nuestra Vendée, incluso más de una entre 1920 y 1921. Campesinos en tropel, armados de bastones y horquillas, han marchado al son de las campanas de las iglesias vecinas, para ser derribados por las ametralladoras". En aquella ocasión el gran resistente fue llamado "el vendeano de Rusia", ya que a él le debemos en buena parte la caída del muro de la mentira comunista. Interesantes estos paralelismos que nos ofrece la historia.



## *Libros consultados*


A. Billaud, *La guerre de la Vendée*, Impr. Lussaud, Fontenay-le-Comte 1977.

Baron de la Tousche, *Monsieur Henri,* Émile Pole, Paris 1948.

Daniel-Rops, *La Iglesia de las Revoluciones*, Luis de Caralt, Barcelona 1960.

Émile Gabory, *Les guerres de Vendée* (incluye cuatro libros: La Révolution de la Vendée, Napoléon et la Vendée, Les Bourbons et la Vendée, L' Angleterre et la Vendée), Robert Laffont, Paris 1989.

Ernest Jac, *Le bienheureux Grignion de Montfort*, Paris 1924.

G. Lenotre, *Monsieur de Charette. Le Roi de Vendée*, Hachette, Paris 1924.

Gracchus Babeuf, *La guerre de la Vendée et le système de dépopulation*, Chiré-en-Montreuil, 2008; trad. al español: *El sistema de despoblación*, Ed. de la Torre, Madrid 2008.

Guy Janssen, *La Petite Église*, Geste Editions, La Crèche 1999.

Hilaire Belloc, *Napoleón*, Sudamericana, Buenos Aires 1944.

J.B. Weiss, *Historia universal*, tomos XVII, XVIII, XIX, XX y XXI, La Educación, Barcelona 1931 y 1932.

Jean Clement Martin, *Blancs et Bleus dans la Vendée déchirée*, Gallimard/Histoire, 1993.

Jean de Viguerie, *Cristianismo y Revolución*, Rialp, Madrid 1991.

Jean Dumont, *La Révolution Française ou les prodiges du sacrilège*, Criterion, Paris 1984.

Jean François Chiappe, *Le Comte de Chambord*, Perrin, Paris 1990.

Jean Goy, *La Sainte Ampoule du sacre des Rois de France*, Reims 1994.

Jean-François Revel, *El conocimiento inútil*, Espasa-Calpe, Madrid 2007.

Juan Charruau, *Una familia de bandidos en 1793*, Gaudete, Madrid 2008.

Michel Bernard Cartron, *Louis XIX. Roi sans couronne*, Communication & Tradition, Paris 1996.

Michel Vovelle, *La mentalidad revolucionaria*, Crítica, D.L., Barcelona 1989.

N. Delahaye & J. Ch. Ménard, *Guide historique des Guerres de Vendée*. 1793-1832, Ed. Pays & Terroirs, Cholet 1993.

Napoleón - Las Cases, *Memorial de Santa Elena*, tres tomos, Iberia - Joaquín Gil, Barcelona 1944.

Pierre Chaunu, *Le grand déclassement*, Robert Lafont, Paris 1984.

Reynald Secher, *Le génocide franco-français: La Vendée-Vengé*, Presses Universitaires de France, Paris 1986.

Rubén Calderón Bouchet, *La contrarrevolución en Francia*, Huemul, Buenos Aires 1967.

Varios, *Le livre noir de la Révolution française*, Cerf, Paris 2008.

Varios, *Napoléon Bonaparte et la Vendée*, Edit. d'Art, Paris 2004.



Vittorio Messori, *Leyendas negras de la Iglesia*, Planeta, Barcelona 1997.

## *Artículos consultados*

Guy Coutant de Saissevel, "Dans le Bocage vendéen; de la guerre de Vendée à la Petite Église", en Cahiers de Chiré, Chiré-en-Montreuil n° 7 (1992) pp. 103-113.

Gabriel de Fontavice, "Les «crimes» des Chouans: deux cent ans de désinformation", en Cahiers de Chiré n° 7 (1992), pp. 249-253.

Jean Fournée, "Réflexions sur la Chouannerie normande", en Cahiers de Chiré n° 7 (1992), pp. 165-171.

Philbert Doré Graslin, "Le «non possumus» de la Vendée", en Cahiers de Chiré n° 8 (1993), pp.119-125.

Reynald Secher, "La Vendée: génocide et mémoricide", en Cahiers de Chiré n° 8 (1993), pp.267-277.

Maurice de Charette, "La Vendée, guerre religieux", en Cahiers de Chiré n° 9 (1994), pp. 65-73.

Pierre Marambaud, "Quelques réflexions sur la Guerre de Vendée", en Cahiers de Chiré n° 10 (1995), pp.213-227.

Noëlle Destremau, "Charette, roi de la Vendée", en Cahiers de Chiré n° 12 (1997), pp.133-139.

Lucie-Christine de la Présentation, "Sur les traces des Vendéens", en Il est ressucité, años 2001-2002.

Alexandr Solyenitzin, "Alocución sobre la rebelión de la Vendée (25 de septiembre de 1993)", en Gladius n° 75 (2009), pp. 71-73.

"La Vendée, el corazón de la Cristiandad", en Ahora-Información n° 10 (1999).

"1808-2008. En guerra contra la Revolución", en Ahora-Información n° 93 (2008).

Impreso en Alba Impresores
Amancio Alcorta 3910, Buenos Aires
República Argentina

Noviembre de 2009

